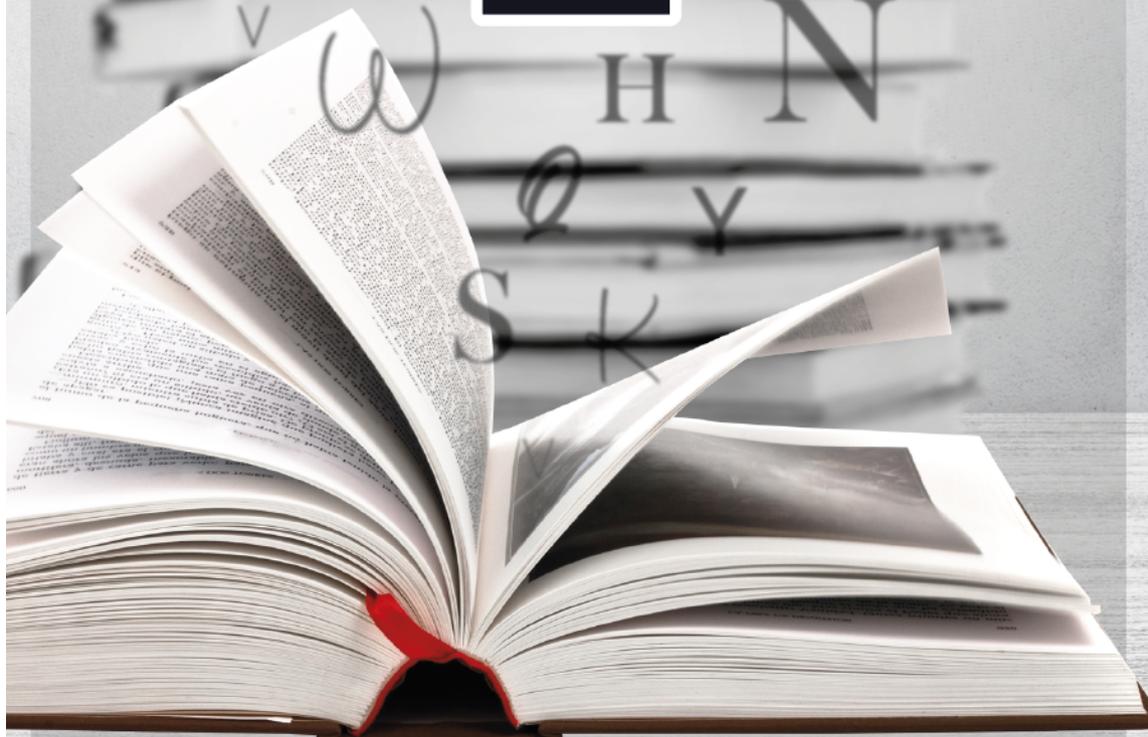


Eleazar Ontiveros Paolini

# MURIENDO

*Desde la*

# Z



Mérida, 2021

**MURIENDO**

*Desde la*

**Z**

**Junio 2021**  
**200 ejemplares**  
**© Eleazar Ontiveros Paolini**

Hecho el depósito de ley  
Depósito legal: ME2021000237

Portada, diseño y diagramación:  
Lcda. Jessenia Torrealba  
jesseniatorrealba@gmail.com

Impreso en Gráficas El Portatítulo C.A.  
E-mail: graficasportatitulo@gmail.com

**MURIENDO**  
*Desde la*  
**Z**

*Eleazar Ontiveros Paolini*



# CONTENIDO

AGRADECIMIENTO	7
DEDICATORIA	9
<b>I</b> PRETENSÓN ACLARATORIA	11
<b>II</b> FRENTE AL PAREDÓN	19
<b>III</b> EN SALAMANCA	49
<b>IV</b> UN ENCUENTRO AGRADABLE	65
<b>V</b> LOS ORÍGENES	77
<b>VI</b> PROGRESANDO	91
<b>VII</b> LLLEGANDO A LA ZETA	121
<b>VIII</b> ARRIBO A LA ÚLTIMA PALABRA: ZWIESELITA	127
<b>IX</b> SE INICIA LE PERIPLO	141
<b>X</b> LA PRIMERA EXPERIENCIA	169
<b>XI</b> LOS PRIMEROS ENFRENTAMIENTOS	187
<b>XII</b> EN LA CAPITAL	201
<b>XIII</b> EL REGRESO	223
<b>XIV</b> LA DEFINICIÓN	241
<b>XV</b> VIXIT	261



# **Agradecimiento**

Nuestro sincero agradecimiento a la generosidad y desprendimiento del Dr. José Rafael Pulido Hernández, quien al financiar la publicación de esta novela Muriendo desde la Z, ratifica su proverbial interés por apoyar las manifestaciones del espíritu; entre ellas, la literatura.

Gracias,

*Eleazar Ontiveros Paolini*



# Dedicatoria

A mi esposa

A mis hijos

A mi nieta

A mis hermanos

A mis amigos, los Académicos Jonás Montilva, José Manuel Quintero Strauss y Ricardo Gil Otaiza

A mi amigo Ramón Sosa Pérez, Director Ejecutivo de la Academia de Mérida

A Graficas El Portatítulo, por su esmerada dedicación para lograr el libro primorosamente impreso

A mi amiga inseparable de toda la vida, mi Sombra, que me ha acompañado fielmente desde mi nacimiento

*Eleazar*



# I

## PRETENSIÓN ACLARATORIA

Escribo la historia de mi vida convencido de que es única, tal como es única la de cada ser humano. Ella es referencia de un mundo muy especial. Sin embargo, no es descartable que pueda influir en otros de alguna manera. A lo mejor algunos la aprecien como curiosidad ajena a su propia existencia o como ejemplo a seguir, pero sin ser dable aprehenderla espiritualmente a plenitud; sin posibilidades de ser parte de su esencia individualizada. Tal vez les servirá como pauta que se conjuga para enjuiciar la propia como superior, en esa esclavizante actitud humana de santificar por sobre todo el yo, imputándole a los otros los defectos.

Mi historia, aunque no lo crean, no es reciente. Viene de muy atrás, de mucho antes de que la comadrona me diera con sus manos callosas la palmada en la espalda para que absorbiera por vez primera el indispensable oxígeno, escaso en las alturas parameras. Llego a creer que pudo haber sido mucho más atrás, mucho antes de que un inquieto espermatozoide de mi padre penetrara en las ansias maternas de un óvulo de mi madre. Es decir, con siglos de anterioridad, cuando la omnipotencia, omnisciente e infalible, desde su ser venido de la nada, creato ex nihilo, planificó todo hasta un fin inexistente, incluyéndome a mí en ese desidertum, aun cuando muchos no acepten que la nada haya precedido a lo creado, ni tampoco que sea una a especie de materia de la cual todo haya surgido, ni que ninguna causa eficiente ha intervenido en la creación, es decir, que lo creado no se originó de ninguna materia preexistente.

Eso sí, tengo la convicción de que en cada uno de nosotros se mezclan y entrecruzan todos los fenómenos del mundo,

en una síntesis apretada, constreñida en la coraza rígida del cuerpo y el cerebro, a pesar de que centremos toda nuestra acción, pensamiento y sentimientos en un algo que estimamos concreto. Y es que cada cual, hecho espíritu voluble, sufre y goza su hechura de criatura, y de una manera u otra, se clava a sí mismo en una cruz personalizada, singular.

Sabemos, o pretendemos saber, lo qué somos. Sólo nos sentimos como seres haciéndonos, sin poder terminar de hacerlo, para bien o para mal, en forma ininterrumpida. Y es que internamente, en lo profundo del espíritu, no hay ninguna realidad cierta; no existe ni siquiera la imagen de un ser cabalmente terminado. Claro que esto no tiene nada de malo; es el motor que ha impulsado el mundo, permitiéndonos, aunque no lo tengamos en un plano consciente, sobrepasar nuestras formas y fenómenos, en la búsqueda de un camino ontológico.

No escribo mi vida por sentir que soy algo. La escribo para saberme a mí mismo hasta donde sea posible, pero eso sí, no he seguido, en apariencia, el camino de transmutar en emociones íntimas la realidad sensible, sino de oír sin juzgar lo que me cuenta el aire que respiro, mi pasión por las palabras, la barba que me crece, la leche que me bebo, los colores de las rosas, el vuelo de las mariposas, mis matas parameras, la límpida quebrada, el susurro del viento, la calidez del sol, mi chorro de orines, los olores de la leña haciéndose carbón, el agite de mis sueños, los duendes del licor, la armonía de los cantos, los rosicleres, mi gran amor real y los ficticios que sólo fueron veleidades que iban y venían, el espacio de mis sentimientos, lo que he palpado, oído, recordado y olvidado. Claro que ese espacio no lo conozco a plenitud y en consecuencia, no soy capaz de establecerle límites. Sin embargo, eso no me importa ni debe preocupar a los demás.

No puedo a mí mismo decirme si la vida ha sido tránsito cierto, pero quiero aclarar que pretendo, aunque sé que el esfuerzo

resulta inútil, contarla sin que se entrometa con impertinencia, en grado apreciable, la ficción. Aunque sé que es inevitable. Una vez oí decir a un viejo escritor que expelía sabiduría hasta por la larga y blanca barba, que en toda biografía hay algo de ficción y que toda ficción tiene algo de biográfica. O sea, que sin poder evitarlo nos retratamos en las quimeras, en los mitos, las parábolas, las fábulas y en el cuento, y para colmo, nadamos en mundos nimbados e intangibles.

Quiero, es el objetivo de lo que narro, desprenderme de mi vida, antes que la inexorabilidad me desprenda de ella en un día o una noche en que las alas se habrán agotado en su agitar de vuelos, sin poder seguir viajando a espacios ignotos.

La vida no es otra cosa que el sendero recorrido, tratar de trazar un camino hasta metas indefinidas; es irse muriendo día a día, causa por la cual cada uno de estos es el primero de lo que nos queda por vivir. Por eso, nunca he entendido por que se celebran los cumpleaños con tanta efusividad.

Creo tener la ventaja, así pretendo demostrarlo, que si bien me asemejo a todos los demás por aquello del huevo genitor, no me he quedado en ser una mariposa, un murciélago, una larva, una hormiga, o un ser con sólo la mitad derecha o la mitad izquierda. Si bien pretendemos interpretar a los demás, vana ilusión, entiendo que sólo nos interpretamos a nosotros mismos aunque a medias, con muchas deficiencias.

Por supuesto que eso de ser objetivo al escribir mi vida pretendiendo que sea una novela, no me lo creo ni yo mismo, pues nunca seremos en verdad independientes del objeto. Efectivamente, como ser humano, en mí confluyen, y en eso si nos parecemos todos, la razón que como tal es un bien universal, heredado y la cultura, bien adquirido y contingente. De la cultura sobresale lo mejor que de ella hemos adquirido: la imaginación. Como es inevitable que razón, cultura y lenguaje se compenetren sin prefabricarlo, tal complejidad acicatea

con persistencia nuestro cerebro, terminando por obligarnos a producir, casi a diario, mundos nuevos que navegan en el río de la tradición. Está sobreentendido que la imaginación es más rica si tenemos más palabras para conformar esos nuevos mundos de ficción, ya que la amplitud de nuestro mundo es definida por el límite de nuestro lenguaje, limitado a su vez por la lógica. No en vano ese lenguaje es la estructura de la razón. Confieso sin ningún rubor, a pesar de ser el tipo que más palabras conozco en el mundo, que no soy ni medianamente brillante en descubrir las relaciones sintácticas que en sus miles de relaciones se esconden. Es paradójico, pero así es y no puedo hacer nada para solventarlo.

Lo más emocionante, así lo puede precisar al terminar la supuesta novela, es decir, después de mezclar episodios verdaderos y mentiras sobre mi vida, es que percibir esos nuevos mundos ha superado la propia razón y la lógica, dándome el goce indefinible de burlarme de la fastidiosa realidad; conformándome con representarla. En otras palabras, como lo diría el lenguaje tremebundo de los filósofos, convertirla en una versión hipotética.

Entiendo que no todo nuevo mundo, producto de la imaginación, es luminoso. Algunos de ellos son desesperantes, en especial cuando con arranques inadmisibles de ingenuidad, pensamos asirlos como propiedad tangible y vivirlos a plenitud en un espacio sensible, que sería lo mismo que transmutar los sueños, las pesadillas, las ansias desmedidas, en realidades manipulables por nuestra voluntad, por nuestros deseos y apetencias.

Mi novela fue un parto sin dolor, pero desesperado y desasosegado. Resultó que al terminarla y después leerla, no tenía seguridad de si lo escrito era obra mía, pues me pareció que el personaje aprisionado en el texto desde su nacimiento hasta su muerte, Leonardo Prado, así me llamo, era un ser

diferente, lleno de plenitudes que no se explicaba, pletórico de sentimientos de los que nunca tuvo conciencia y de complejos que antes fueron simples formas de evadir el orgullo. Tampoco me explico, cómo fue posible poder narrar los pasos finales e inexorables de mi propia muerte.

Hay algo sobresaliente: mi capacidad, única en el mundo, inigualable, incomprensible, inextricable, indiscernible y demás adjetivos calificativos sinónimos, según dicen los entendidos, los letrados, los psicólogos, los filólogos, los literatos y demás yerbas relacionadas, creo que nunca sirvió para ser apreciado en mi esencia como ser. Por el contrario, no sé si tengo razón, en cada presentación, en la calle cuando era abordado, en la televisión y la radio cuando era entrevistado, me sentí como un payaso de circo, como si fuera un objeto de espectáculo divertido, sin que se tomarán en cuenta mis sentimientos, mi forma de pensar, de amar y de odiar, concentrándose todo en lo que exteriorizaba por mis dotes inimitables. Es decir, que aplaudían lo que decía y contestaba, pero no a quien lo decía o contestaba, es decir, a Leonardo Prado.

Que no se me olvide. Un médico especialista que me estudio hasta la saciedad, terminó por decirme, después de muchas entrevistas, que posiblemente mi condición de sietemesino, de ser gemelo de un hermano que murió durante el parto y de haber tenido un toque muy leve de autismo y posiblemente de epilepsia, habrían estimulado mi memoria, haciéndola prodigiosa, pero sin que tales aspectos me afectara como patología manifiesta. Es decir, sin que entorpeciera los procesos de integración, la comunicación verbal, no verbal y la imaginación; sin que obstruyera las actividades mentales superiores de comparación, generalización, síntesis y análisis, pero facilitando algo que es común en los autistas: la repetición sistemática, incansable. Claro que muchos otros interesados en mi virtud, si es que puede llamarse así y no mi drama, consideraron que tal etiología es sólo habladuría, que no

hay una explicación satisfactoria. Pero yo, aunque mi criterio sobre el particular no tiene validez, creo que en el fondo hay algo de eso, en especial cuando nadie se ha aventurado a dar otra explicación. Me han hecho hasta la saciedad estudios del cerebro y no han captado ninguna diferencia con el de otros considerados normales, pues hasta el sistema límbico, según me explicaron, vital en lo de la memoria, ubicado debajo de los lóbulos cerebrales, no mostraba ninguna característica especial en cuanto al tamaño, contorno, color o superficie. Otro especialista, por cierto muy interesado en mis dotes memorísticas, se dedicó a comparar mi zona de Broca, ubicada en el lóbulo frontal izquierdo, pensando que como ella controla la emisión y articulación del lenguaje, indispensable para la memorización, podría mostrar un desarrollo superior. Después de muchos estudios comparativos, se llegó a la conclusión de que no difería del de otras personas sin mis capacidades. Uno más, y creo que fue el que dio la mejor opinión, consideró que como la memoria queda almacenada en numerosos y diferentes lugares del cerebro, es posible que muchos de ellos tengan un desarrollo especial, no visualizable, pero que comprobarlo objetivamente resultaba imposible por no contar todavía con los medios adecuados.

Confieso que escribí la narración de mi vida a escondidas de mi profesor, tutor y representante; el bueno de Fernando Rigoberto Jacinto Perdomo González. Debido a que no duermo ni siquiera cinco horas, pues me acostumbré a fortalecer mi memoria recostado a la almohada horas y horas, aprovechaba la forzada vigilia para escribir a mano, en una agenda, el texto de mi obra ¿Pero será una obra? Bueno así llaman a todas las novelas y lo mismo quiero, nadie me lo puede prohibir, darle tal connotación a la mía. Cuando le mostré lo escrito, una vez que creí que lo había concluido, y en momentos en que iba describiendo mi extinción, me preguntó ¿Pero cómo hiciste para escribir si sólo te dedicabas a leer y memorizar? Muy fácil, le respondí, en vez de sentarme en el borde de la

cama a leer, me puse a escribir, así de sencillo. Por supuesto que le pedí me perdonara por no haberle comentado nunca lo que estaba asentando en mi agenda, pues con seguridad me hubiera ayudado con algunas sugerencias y consejos, pero la tarea la había dimensionado como algo que yo enfrentaría con exclusividad, sin injerencias de ningún tipo. Luego, con su indeclinable voluntad de ayudarme en todo, la pasó en la máquina de escribir, en lo que duró unos seis meses, pues sólo había aprendido a escribir en ella utilizando los dedos índices, produciendo un cacofónico y fastidioso tic tac.

Otro aspecto que me parece importante comentar, no me importa si le interesa o no a los que se atrevan a leer la novela, es que después de releerla unas cinco veces, descubrí, no sin el asombro de un pichón de escritor, que sin quererlo y sin explicitarlo directamente en el texto, había creado un espacio en el que estaba incluida integralmente mi experiencia humana. Allí hay algo de lo intelectual y de lo pasional, algo del conocimiento y de lo instintivo, algo de la vida y de la muerte, algo de las sensaciones y de lo intuitivo, de la dulzura y la amargura, la admiración y el desprecio, el amor y el derecho, Los cuales de ninguna manera pudieron ser expresados con la rigidez de una definición, ya que en muchos casos sólo se insinúan, dándole el valor de lo inacabado.



## II

### FRENTE AL PAREDON

El despertador llamó a la vigilia con insistencia. Eran las seis de la mañana, hora acordada con el profesor Fernando para levantarse. Leonardo se resentía cada vez que se veía obligado a levantarse en horas de la madrugada. Hasta altas horas de la noche se embebía con obsesión en el repaso de las acepciones, eligiendo al azar palabras del diccionario, empezaran por la letra que empezaran. Al hacerlo se olvidaba del mundo. Nada lo distraía y el sueño no lo sumía en su obligatoriedad. En determinadas oportunidades optaba por utilizar parte del tiempo en escribir en su agenda lo que quería registrar de las experiencias diarias, para un día darle cuerpo a su novela. Esto lo hacía cuando constataba que su tutor dormía profundamente. No quería que supiera sobre lo que escribía. Algún día le daría la sorpresa. Por otra parte, no quería ninguna apreciación crítica a favor o en contra de su oculta producción literaria. Se trataba de un goce íntimo que lo llenaba de satisfacción.

Se bañaron y vistieron con cierta celeridad. Las maletas las habían arreglado antes de acostarse. Tal como lo concertaron con la recepción, los esperaba un taxi en la puerta del hotel.

De acuerdo a lo planificado deberían estar en el aeropuerto a más tardar a las 7 de la mañana. El vuelo a Caracas saldría a eso de las 8 y resultaba necesario tener en cuenta la posibilidad de que se presentara una tranca de esas insoportables en alguna de las avenidas que tendrían que transitar para llegar al aeropuerto a la hora acordada. Por otra parte, sabían que no se respetaban las reservaciones. Los despachadores no tenían ninguna vergüenza en negociar cupos sin importarles a quienes perjudicaban. Además, los reclamos eran inútiles. La anarquía y la impunidad decidían todo en el país.

Leonardo le tenía fobia a los viajes. Sentía que la constante viajadera de una ciudad a otra, de un país a otro, en la mañana, a mediodía, en la tarde, los sábados, los domingos e incluso durante noches enteras, lo incomodaba hasta el extremo de pensar en renunciar, mandando todo al carajo. Con insistencia acosaba con quejas y lamentos a su tutor, quien en cada caso, con la paciencia de un padre amante, trataba de aplacarlo. Más pronto de lo que crees — le aseguraba Leonardo con afectación — aunque trates de convencerme, desistiré de este acoso y me iré a vivir arriba de Betania, como lo hice en mi niñez, en donde sé que al lado de los viejos y de Dolores, voy a poder descansar, al abrigo de la quietud del páramo, el frío y la lluvia.

Soñaba día a día con insistencia, sentarse, sin ninguna preocupación, cerca de la chimenea, tomar una novela, y perderse en el mundo nimbado de la ficción o de la historia. Le recordaba a su tutor que allí tendría la compañía de sus fieles amigos: los libros. Que para eso, pensando siempre en huir de la jauría, había conformado una biblioteca en la que reposaba todo lo que no había podido leer y deseaba hacerlo, sin que ni el vuelo de una mosca lo interrumpiera.

Eso lo discutiremos después — ripostaba en cada oportunidad Fernando —. Argumentaba que tendrían tiempo de sobra para pensar en el retiro, pero que su opinión era invariable sobre el deber de seguir adelante hasta que fuera sensato considerarlo suficiente. Con tono profesoral le decía: el don que Dios te ha dado debe ser conocido y disfrutado por la mayoría de la gente. Es decir, y sé que con esto no estás de acuerdo, no te pertenece a ti solo, es de todos por ser la voluntad de la omnipotencia.

Al oírlo, Leonardo se reía con sorna, a la vez que con plena conciencia le respondía que también era necesario considerar que él era obra de Dios y por ende tenía pleno derecho a tomar el rumbo que creyera conveniente, a lo que agregaba:

## II Frente al Paredon

¿No sentenció acaso que todos teníamos libre albedrío? Ya he compartido, hasta la saciedad, mi incomparable capacidad. Además, cada día crece en mí la convicción de sentirme no como un genio sino como un hombre show, como dicen los gringos, que brinda en cada presentación, en cada reto, un espectáculo similar al que pretendieron con King Kong. Nadie, así lo creo, estima en su justo valor lo que hago, sólo se divierten conmigo, muestran su admiración momentánea, algunos me adulan y después, al despedirse, no creo que hayan fijado algún aprecio sincero por mi persona, sino el sencillo recuerdo de mi memoria en su memoria. Eso seguirá siendo así, a pesar de que en esta gira a la cual considero determinante por enfrentar a los que son los mayores conocedores de la lengua, podré convencer y convencerme de que soy en el mundo de habla hispana quien tiene el léxico más rico, más completo, si se toma en cuenta que conozco un gran porcentaje de las 88.000 palabras del Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española, excluyendo nombres de animales, plantas, minerales, compuestos químicos y referencias geográficas. Y esto — le recordaba —, no le ha sido posible a ningún otro humano.

Comprensivo, Fernando siempre le sugería que seguirían hablando durante el vuelo y en este caso — le recordó con énfasis — que debía centrar su atención en alcanzar la cúspide de su carrera y luego pensar en el resto del camino a seguir. Te prometo — le aseguró — que después de la gran prueba que debemos enfrentar en los próximos días, definirás tu futuro con plena libertad, sin que yo opine nada, pues, en definitiva, es una decisión personal, aunque mi opinión pueda diferir de la tuya.

Llegaron al aeropuerto de Maiquetía a eso de la 9 am, es decir, 3 horas antes de la fijada para el vuelo a Madrid. Hicieron el consabido registro, compraron el periódico y se sentaron a esperar. En grandes titulares los periódicos nacionales daban a conocer del viaje a España para corresponder a la invitación de la Junta de Gobierno de la Academia de la Lengua y de

la Universidad de Salamanca. El avión saldría a las 12 meridiano, de acuerdo a lo establecido en el itinerario de la aerolínea española IBERIA, de manera tal que tendrían que armarse de paciencia durante lo que serían tres largas horas de aburrimiento, de tedio, de ir para allá y para acá, sintiendo la inquietud de la gente corriendo en todos los sentidos, arrastrando sus maletas, su sudor y su destino.

Leonardo, con un sombrero calado hasta los ojos y unos lentes opacos, pretendía evitar ser reconocido, evitando el desasosiego que le causaban las personas deseosas de tocarlo y de pedirle un autógrafo. Su fama ya era mundial. Recordó que, si bien en los inicios de su carrera le satisfacía, le halagaba que los admiradores se le acercaran, a lo largo se convirtió en un asedio insoportable, tanto que ni siquiera podía comer tranquilo en un restaurante o asistir a algún espectáculo, sin sentirse como un venado rodeado de la jauría.

Almorzaron a las once y lo hicieron con la mayor lentitud, tratando de que el tiempo transcurriera sin tener conciencia de ello. Parece que eso nos pasa a todos y más cuando anuncian que el vuelo saldrá una dos o tres horas después de la fijada. No nos queda más que sacarle la madre a no se sabe quién, tomar café como unos desesperados y tratar de leer alguna revista, procurando calmarnos, hasta que se nos llama al abordaje y respiramos tranquilos. El colmo de la maldición es cuando esa vocecita nasal inconfundible anuncia por los altoparlantes, que el vuelo fue suspendido y por lo tanto se pospone para el otro día, a una hora no muy bien precisada. Que desagradable y perturbador recoger las maletas e irse a un hotel o a casa de algún familiar, si es que lo tenemos a mano, para pensar si al otro día podremos llegar a nuestro destino.

IBERIA anunció su vuelo 777 con destino a Madrid. De nuevo se dejó oír la chillona y rebuscada vocecita de la muchacha encargada de tan rutinaria tarea: “Se le agradece a los señores

pasajeros abordar el avión por la puerta número siete. No olviden sus bolsos de mano”.

A las doce y treinta minutos el avión despegó rumbo a la capital española. Eran seis o siete horas de vuelo, lo que resultaba un nuevo fastidio, a menos que se consiguiera algo que hacer. Como siempre, Leonardo sacó su revista de crucigramas súper difíciles y empezó, con una celeridad asombrosa a llenarlos sin siquiera pararse un momento por efecto de alguna duda o imprecisión. Fernando, a su lado, lo miraba llenarlos con el asombro de siempre. Aun cuando lo había acompañado desde el inicio como tutor, consejero y promotor a decenas de ciudades, asociaciones, instituciones, universidades, colegios, liceos, televisoras y hasta teatros, no dejaba de estimar como Leonardo manejaba a sus anchas el significado de las palabras.

Leonardo, con desgana, a la vez que recibía un refresco de la azafata, le preguntó a su profesor cuál sería el itinerario a seguir de ahora en adelante, pues por su proverbial falta de interés en conocerlos con anticipación y en forma pormenorizada, no lo tenía precisado

Fernando, dándole como siempre un tonito profesoral a su explicación y aprovechando la oportunidad para hacer aflorar sus conocimientos, le explicó: el avión llegará a Madrid a eso de las diez o diez y media de la mañana, dado el cambio de horario. De inmediato, alguien nos espera en el aeropuerto. Nos dirigiremos al famoso “Hosped Madrid”, uno de los mejores de la ciudad, según puede constatarlo, de cinco estrellas. Allí nos espera una suite donde podremos descansar a pierna suelta y pedir lo que se nos antoje. Dormiremos o haremos lo que querramos el resto del día. En la tarde, a eso de las 3, seremos invitados a algún sitio especial. Al día siguiente, en la mañana, cuando despertemos, iremos al Museo del Prado y en la noche enfrentaremos lo que Dios quiera en la Academia. Es casi un pecado venir a Madrid y dejar de ver ese maravilloso espacio en que se manifiesta la más

grande profundidad espiritual transmutada en los colores. Dejar de ver obras que jamás podrán ser imitadas y que son, sin duda, un patrimonio de la humanidad, muestra del genio que Dios ha dado a muchos hombres, tal como lo ha hecho contigo, es casi un pecado. Regresaremos luego al hotel y a eso de las siete de la tarde, vendrán a buscarnos para ir a la Academia de la Lengua, en donde, de acuerdo a lo dispuesto y acordado, te presentarás a las 8 ante los académicos. La entrevista, llamémosla así, será transmitida por la Televisora Internacional de España para todo el mundo. Dimensiona —dijo tratando de ser convincente— la importancia que representa ese detalle. Ellos, se nos informó por órgano del Instituto de Lexicografía, te preguntarán por el significado de quince palabras, previamente seleccionadas por su dificultad, con base a lo poco comunes, por un comité de expertos. Tengo la impresión, y eso me divierte, de que muchos de los académicos no conocen el significado de algunas de las palabras que seleccionarán. A veces eres indiferente frente a nuevos retos, pero dimensiona lo que este representa — enfatizó — en cuanto a la apreciación que como mente privilegiada generarás en hombres tan ilustres. Por otra parte, han decidido, no te lo había comentado pues nunca te has interesado en los pormenores económicos, pase lo que pase recibirás la cantidad de 200.000 euros y si a la totalidad de las palabras puedes darles con propiedad su acepción o acepciones, recibiremos la enorme cantidad de 500.000. Bueno, al otro día de la entrevista y de salir airoso del paredón, como tú has calificado el reto, a eso de las 10 de la mañana saldremos en vuelo a Salamanca, para que te presentes en una universidad de las más prestigiosas de España, incluyendo en ello su antigüedad.

Leonardo, indiferente con las cifras que le daba a conocer Fernando, le solicitó que le explicara con detalles lo que en el fondo era la Academia y de qué se ocupa en forma prioritaria. Consideraba que algo debería conocer antes de ir a presentarse en tan sacrosanta institución, y era que a lo mejor, nadie lo sabía, tendría que apelar en algún momento, en alguna

conversación, a datos básicos sobre ella. También, interesado, le preguntó a que se debía tanto entusiasmo cuando habló del Museo “Del Prado”, aunque en este caso ya había leído algo acerca del mismo, y sabía que era uno de los más prestigiosos del mundo. También, agregó, que le agradecía le contara algo sobre la Universidad de Salamanca.

Fernando agradeció que le solicitara esa información. Le gustaba, era un vicio pedagógico, explicar cualquier cosa, en especial porque de alguna manera tenía conocimientos amplios de historia, geografía y ciencias naturales, con las cuales lidió durante toda su vida como profesor de secundaria, egresado del pedagógico.

Bueno — dijo a la vez que asumía una pose estirada — la Real Academia tiene la delicada misión de velar para que los cambios que experimenta la lengua española en su constante adaptación a las necesidades de sus hablantes, no quiebren la esencia de la unidad del idioma. Debe cuidar, de igual manera, que el idioma conserve el genio y se resalte su esplendor. Por otra parte, y esto es muy importante, a intervalos determinados publica una nueva edición del DRAE, es decir, del Diccionario de la Real Academia, en donde aparecen adaptaciones, adecuaciones, exclusiones e incorporación de nuevas palabras. También edita sobre ortografía, filología y lexicografía. En los países de América Latina hay académicas nacionales, que en coordinación con la Real Academia tratan de cumplir la misión encomendada a ésta y que pueden lograr la inclusión en el DRAE de palabras de uso común en cada país.

En cuanto al extraordinario museo — explicó respirando profundo y manteniendo una pausa — es muy, pero muy importante. En él se guarda la colección de pintura más sobresaliente de España, lo que no quiere decir que sea sólo española. Allí hay pinturas de la escuela italiana, flamenca, neerlandesa, francesa, alemana, británica y de otras, que

hacen del museo una pinacoteca extraordinaria. Su origen se remonta al año 1814, cuando Fernando VII entró triunfante a España después de su exilio en Francia. Ese mismo año firma el decreto de fundación de una galería de pinturas y otros objetos artísticos en el Palacio de Buenavista. Posteriormente, en 1818, toma la decisión de restaurar el edificio del Gabinete de Historia Natural y Academia de Ciencias de Villanueva del Prado de los Jerónimos, para construir el Museo Real de Pintura y Escultura. Ya verás mañana la riqueza que allí se guarda — dijo emocionado de sólo pensar en poder tener al alcance de sus ojos obras imperecederas — basta con considerar las pinturas de Diego Velásquez, Francisco de Goya, José de Ribera, El Bosco, Alberto Durero, Rafael, El Greco y Tiziano, para dimensionar la riqueza que se expone en el Prado.

La amable azafata interrumpió para preguntar si deseaban cenar. Contestaron afirmativamente y a los pocos minutos, la cena les fue servida, pero Fernando, no queriendo interrumpir su explicación, continuó sin respetar los modales de comer con la boca cerrada:

La Universidad de Salamanca — querido Leonardo — está asentada en la Ciudad del mismo nombre, en la comunidad autónoma de Castilla y León. Es la más antigua de las universidades españolas y una de las más antiguas de Europa, después de la de Bologna, Oxford y París. Imagínate lo antigua que es que se fundó o por lo menos fueron sus orígenes, en 1218, es decir, que tiene muchos siglos. Hoy cuenta, según he averiguado, con 32.000 estudiantes y ofrece muchas carreras, maestrías y doctorados. Muchos venezolanos han estudiado su cuarto nivel en esa Universidad y hay algo muy importante que debes saber: las primeras universidades de América Latina copiaron su modelo al fundarse. La de Santo Domingo, fundada en 1538; San Marcos de Lima, en 1551; México en 1533; y la nombro, por la proximidad a nuestro estado Táchira, la de los Andes, en Mérida, en 1.785.

## II Frente al Paredon

Después de la cena se quedaron dormidos, hasta que la azafata los despertó ofreciéndoles un paño tibio para cubrirse la cara y despabilar un poco la modorra. A la hora prevista, aterrizaron en el agitado aeropuerto de Barajas. Una vez cumplidos los requisitos legales con las autoridades, salieron al sitio en donde las correas transportaban las maletas desde el avión. De pronto, vieron a un hombre corpulento, que mostraba por encima de la gente, levantando los brazos, una cartulina en la cual se leía: Señores Leonardo Prado y Fernando Perdomo. Se acercaron a él y se identificaron. A partir de ese momento el hombre, después de darles cordialmente la bienvenida, se encargó de todo. Sugirió que esperaran en la salida, que él los recogería en el coche en la puerta de entrada.

Leonardo le comentó a Fernando con cierta decepción, que en todas partes los había recibido algún personaje importante, el presidente de la institución que invitaba, el Ministro de Cultura y así por el estilo, pero, en este caso, se conformaron con enviarles el chofer.

Fernando le aseguró que él también había notado el detalle, pero que eso no debía importarles, pues lo de ellos era cumplir lo convenido, olvidándose de lo demás. Por otra parte creía, dado el carácter de la Academia, que debió presentarse algún contratiempo que imposibilitó que algún representante de la misma hubiera venido a recibirlos, pues era inconcebible que institución de tanta importancia obviara un detalle de tal naturaleza.

Más o menos unos quince minutos después, un automóvil negro, muy lujoso, se paró frente a ellos. Reconocieron al hombre que los había esperado. De inmediato, abordaron el auto, rumbo al hotel.

Hacía un calor de mil demonios. No en vano estaban en pleno verano. Por esa razón no se veía un agite extremo en las calles. Los españoles son apasionados al mar y le huyen

a la inclemencia del sol que abrasaba a Madrid en la época, para vacacionar en las playas que tienen en el Mediterráneo, incluyendo las de Francia, que se convertían en hormigueros humanos.

El chofer les dio con efusión la bienvenida, a la vez que se identificaba como Jesús del Rosal y especificaba que era gallego, nacido en Pontevedra y devoto, para más señas, como casi todos sus paisanos, del Apóstol Santiago, a quien se encomendaba todos los días. Explicó que era el chofer oficial del Presidente de la Academia, y que de acuerdo a lo que le indicaron, se ponía a la entera disposición para llevarlos a donde quisieran

Leonardo le dio un golpecito en la pierna al profesor, a la vez que gesticulaba con la boca, como queriendo decirle que se iban a tener que calar la perorata del chofer, quien por lo visto no pararía de hablar.

Al cabo de una hora de transitar las calles de la hermosa ciudad y oír mil explicaciones del chofer, llegaron a la puerta del “Hosped Madrid”; a todas luces un hotel de primera categoría. Dos diligentes mozos, con smoking, le abrieron la puerta, a la vez que otro sacaba las maletas del carro y sin mucha parsimonia se dirigió a la recepción. Entraron, una bella mujer los atendió en la recepción. Les indicó que se les había reservado, por parte de la Academia, la suite N° 7, que daba a la calle y que por lo tanto permitía una vista panorámica de gran parte de la capital española. Leonardo se llevó la mano al bolsillo de atrás del pantalón para sacar su cartera y dar la concebida propina al maletero, pero no la encontró.

Sin duda se la habían robado en el aeropuerto. No supo en qué momento. Pensó que fue cuando estaba parado en la salida, ya que el ir y venir de personas era indetenible. Recordó — creyendo haber encontrado una explicación — que había sentido que alguien lo empujaba con fuerza al salir y sabía de

la utilización de ese método empleado por los carteristas en todo el mundo. Su preocupación se atenuó, al recordar que el pasaporte, la cédula y demás papeles estaban en su bolso de mano.

La muchacha de la recepción, con coquetería a la vez que reía, mostrando una dentadura perfecta y pretendiendo con ello solventar el mal momento, les dijo que eran los hombres del día en España. Que todos los medios difundían con profusión la noticia sobre la prueba a que tendrían que enfrentarse al otro día en la Academia y que se explicaba que la misma consistía en constatar el conocimiento que tenían sobre las palabras del diccionario, en función de la escogencia de palabras que harían expertos en lexicología y filología.

Pretendiendo congraciarse presagió que saldrían airosos de tan difícil prueba. O por lo menos era lo que les deseaba de corazón. Afectando poses de inocencia, le pidió a Leonardo, le estampara su firma en una libreta en la cual desde que ingresó al personal del hotel, tenía la rúbrica de las grandes luminarias que de cualquier disciplina habían optado por alojarse en el Hospel. Complacida les mostró la carátula de la famosa revista “Hola” en cuya portada aparecía Leonardo y en el interior, una entrevista que le habían hecho en Caracas.

Al detallar lo que mostraba la revista, Leonardo con jocosidad comentó que se sentía de la realeza al mezclarse con duques, duquesas, multimillonarios, es decir con la sangre real de España y Europa, lo que le resultaba muy alentador a alguien que, como él, había nacido en un pueblo perdido de las montañas venezolanas y que ni siquiera aparece en el mapa del estado, menos en el de Venezuela.

La joven asimiló el comentario sin siquiera pestañear. Estaba acostumbrada a experimentar ese tipo de situaciones sin inmutarse. Era que, como muchos españoles, se sentía cómoda con la supervivencia de la nobleza, los títulos nobiliarios y la

existencia de un Rey. Al igual que la mayoría estimaba que convivían con el progreso y liberalismo del siglo XXI, sin ningún tipo de contratiempo y que, por el contrario, ayudaban a la estabilidad social.

Leonardo, a la vez que esbozaba una sonrisa por el comentario de la muchacha y pareciendo haberse resignado al robo, estampó su firma en la libreta.

De inmediato, Fernando, sin siquiera consultarlo con Leonardo, le pidió a la joven que por favor le indicara al chofer que después de ocupar la suite, bañarse y cambiarse de ropa, bajarían para que los llevara a un buen restaurante; a uno de los mejores.

Se quedaron boquiabiertos con la belleza y amplitud de la suite. Ante todo decidieron bañarse. Había dos espaciosa salas de baño y dos yacusi. Optaron por éste en espera de lograr un momento de pleno relajamiento neutralizando hasta donde afuera posible, el cansancio acumulado por tan largo viaje.

Después del baño se tiraron en las amplias camas, descansaron una media hora, para luego vestirse con parsimonia. Les resultó difícil seleccionar la colonia a usar, pues había hasta una media docena disponible para ellos *ad libitum*. Leonardo fue batiendo frasco por frasco y oliendo en cada caso, hasta que se decidió por una de marca “Aqua di Gio”, de Armani. Olía a cielo.

Cuando bajaron y entregaron la llave de la suite a la recepcionista, esta les recomendó que fueran a comer a “El Serete”, restaurante que era considerado por españoles y turistas como de primerísima categoría tanto por su belleza como por la exquisitez de su comida. Les aseguró que ningún famoso que hubiera pisado Madrid, había dejado de visitarlo. Eso sí, les aclaró con picardía, les costará un ojo de la cara y parte del otro.

Le haremos caso — afirmó Fernando pretendiendo ser chistoso

— pero si resulta un fiasco le insinuaremos al gerente que prescindiera de sus servicios, pues se espera que mujer tan bella, recepcionista de un hotel de este tipo y codeándose a diario con importantes e ilustres visitantes, no puede defraudar a nadie con sus recomendaciones.

A la vez que se sentaban en la recepción, Leonardo, entusiasmado, le dijo a Fernando que tenía la sensación de que España era algo de otro mundo. No era una exageración, habían viajado y conocido mucho, pero en el ambiente flotaba una sensación especial. Percibían que el país tenía un sabor sui generis, algo diferente, algo subyugante, algo para lo cual no tenía una explicación posible.

Fernando se alegró por el entusiasmo de su pupilo. No era para menos, pues lo preocupaban las constantes quejas por los viajes. Para reforzar lo que Leonardo sentía en ese momento, le ratificó su convicción, pues ya lo había hecho muchas veces, que conocer era algo estimulante, algo que hablaba de la belleza de la vida, que permitía entender que éramos habitantes en un mundo amplio en que las múltiples formas de pensar, sentir y actuar definían un espectro de riqueza inconmensurable.

La recepcionista, frunciendo el ceño como si estuviera haciendo un gran esfuerzo para recordarlo, les informó que minutos antes el Secretario de la Academia de la Lengua había llamado preguntando por ellos, a la vez que le solicitó que les informara que en unos veinte minutos estaría en el hotel. Que lo esperaran pues deseaba acompañarnos, en el entendido de que la academia tendría el agrado de invitar.

Bajando la voz para que la muchacha no lo oyera, Fernando comentó que ya estaba extrañando no se les hubiera contactado, en especial por tener entendido que los españoles eran excelentes anfitriones. Leonardo no le dió importancia al comentario, se entretenía con la hermosa cara de la recepcionista, que inquieta por la persistente mirada del

muchacho, empezó a utilizar la computadora para evitarla.

Se dispusieron a esperar. Después de hacerlo durante un rato, hizo su aparición un señor finamente trajeado, de baja estatura, algo calvo, de barba bien cuidada, ojos vivaces y con porte señorial, que al verlos los distinguió y se dirigió a donde estaban.

El hombre, afectando una pose estirada, les tendió con amabilidad la mano, a la vez que les daba la bienvenida a Madrid y se ponía a la orden para atenderlos de la mejor manera. Pidió las más sentidas disculpas por no haber podido recibirlos en el aeropuerto, pero según explicó, una sesión extraordinaria de la Academia, acerca de un asunto delicado, se llevó toda la mañana, concluyendo la misma a eso de las dos de la tarde.

Al unísono Fernando y Leonardo, mostrando respeto y un tanto sobrecogidos por el porte gallardo del hombre, le agradecieron la amabilidad de haber venido a saludarlos y ponerse a sus órdenes

A vez que sonreía complacido, el Secretario les insinuó que se dejaran de lado los formalismos y se empezaran a tratar como viejos conocidos. Les manifestó que su deseo era que se sintieran lo más cómodos posible. De inmediato les insinuó que fueran a almorzar, haciéndoles el comentario de que la recepcionista había escogido con mucho criterio “El Serete”, pues era uno de los restaurantes más prestigiosos de la capital española. Les aseguró que en verdad era extraordinario y con una bodega que se perdía de vista, aunque sabía que la gente del trópico no era muy dada al vino y preferían el escoses, la cerveza y el ron. Rompiendo en forma definitiva cualquier reserva formal, comentó con un dejo de satisfacción, que había probado un ron venezolano que se vendía mucho en Madrid y al cual consideraba excelente, de marca “Cacique”.

## II Frente al Paredon

Una vez en el auto, el Secretario le indicó al chofer que se dirigiera a “El Serete”, sin ninguna explicación más. El chofer conocía perfectamente la dirección, pues era el preferido de la Academia para atender a sus invitados. Lo que si le solicitó fue que procura la vía más rápida, pero que debía desplazarse a baja velocidad para que los señores pudieran ir apreciando con cierto detenimiento, lo que la ciudad ofrecía en cuanto a arquitectura, a lo largo de la vía por donde se irían desplazando.

Al cabo de una media hora y sosteniendo una agradable conversación, en la cual con prudencia el Secretario no tocó nada de lo referente al acto que se realizaría en la Academia al otro día, llegaron al restaurante.

Fernando se alegró de haber llegado. Tenía tanto apetito que pensó que podía comerse una ternera. Así se lo dio a conocer a sus acompañantes.

El Secretario se vio en la necesidad, con cierta incomodidad, de aclarar que “El Serete” se especializa en frutos del mar, pescados y mariscos de todo tipo y que por lo tanto no ofrecía carnes, pero, que sin embargo, les aseguró, que lo que degustarían no tendría comparación. Ya verán — enfatizó.

El ambiente del restaurante era extraordinario. Pinturas de calidad, flores, luces a baja intensidad, una música suave, sugestiva, y muchos adornos llenos de colorido, mostrando con profusión motivos españoles.

El mesonero, vestido de smoking, se acercó, saludó con cortesía y le extendió a cada uno un menú, empastado con cuero repujado e impreso con letras doradas.

El Secretario, continuando con el deseo de mostrar la mayor amabilidad, les dio a conocer que entre los españoles era un pecado no tomarse un buen vino antes del almuerzo, durante el mismo y al final. Aclaró que el que iba a ordenar y que a

pesar de que ellos no estaban acostumbrados a degustar los vinos con la posibilidad de apreciar su calidad, les iba a resultar imposible no disfrutarlo a plenitud. Aseguró que se trataba de uno de los más famosos de España, el Pingus, calificado con 99 sobre 100 por los expertos. Este proviene — dijo tratando de impresionar — de las bodegas de Domingo Pingus, ubicadas en las orillas del río Duero. Entre nosotros, amigos, — acentuó — hay un dicho que resume nuestro amor por el vino, del cual no podemos prescindir. Dice: “Si eres rico y no bebes vino, más vale que te pegues un tiro”. Claro — agregó — que lo de rico puede eliminarse, pues muchas familias, hasta las muy humildes, lo procesan a nivel casero, lo que quiere decir que lo bebe todo el mundo, aunque haya diferencias, a veces significativas, en la calidad.

Fernando, un poco incómodo por ponderar que el Secretario tenía razón en cuanto a sus posibilidades de apreciación del vino, optó, tratando de medio remedar el capote, diciendo, sin mucha convicción, que si bien el consumo en el trópico no era cotidiano, si se consumía de vez en cuando, y que en su país, incluso, había una fábrica de nombre “Pomar”, pero no podía hacer ninguna calificación. Para justificar en algo lo que no tenía que justificar, comentó que el consumo estaba aumentando a lo mejor por los cada vez más elevados precios del escocés, en especial de vinos chilenos y argentinos e, incluso, que como no sucedía antes, se hacían con cierta regularidad reuniones, las llamadas “catas”, para degustarlos, acompañado el consumo con algunos pasapalos o tapas. Es tanto, aclaró, que ya empezaban a aparecer, no sabía si con la propiedad debida, catadores y hasta profesores que se suponía enseñan todo lo relacionado con el vino, su fabricación, tipos, propiedades y formas de servirlo.

Leonardo, con cierta impertinencia, queriendo apurar el almuerzo, pues tenía el estómago contraído por el hambre, se atrevió a proponer que había llegado el momento de probar

las delicias de las que había hablado su anfitrión.

El Secretario asintió, pero propuso previamente pedir otra botella y algunas entradas, para ir amortiguando, mientras se solicitaba el plato principal.

Leonardo y Fernando estuvieron de acuerdo, aunque ya el primero empezaba a sentir el efecto de los duendes escondidos en el vino.

El anfitrión llamó al mesonero y le solicitó que trajera un abreboca de langosta en rodajas y camarones en tinta de pulpo. Como plato principal, aseguró que lo sugería pues no tenía ni el más mínimo temor de quedar mal con ellos, Mero a la Parrilla.

Por considerar, ya antes lo había comido, que se trataba de algo exquisito y que por tener la seguridad de que iban a degustar algo delicado, sin esperar la opinión de sus invitados, hizo el pedido. Para justificar lo que consideraba un atrevimiento, les explicó entusiasmado que el mero era el mejor pescado y que marinado con aceite de oliva, limón, romero y ají rojo ahumado, para luego ser colocado en la parrilla a fuego muy lento, era un plato para dioses. Pretendiendo ser aún más convincente, les dijo que había un dicho español muy significativo: “Del mar el mero y de la tierra el carnero”.

Leonardo aclaró, no satisfecho con la detallada explicación que más parecía una promoción, que si bien aceptaba lo del mero, pues lo había comido en muchas oportunidades, prefería el róbalo y que dijeran lo que dijeran del carnero, no había carne como la del cerdo.

Rieron alegremente al considerar que no se trataba de ninguna contradicción especial y que sólo eran diferencias en los gustos.

La segunda botella fue despachada con rapidez, a la vez que el entusiasmo iba subiendo de tono. Los efectos del vino, sobre

todo en Leonardo, siguieron arreciando la reacción esperada. No estaba acostumbrado a ingerir licor.

Llegó el solicitado abreboca. Desapareció como por arte de magia, pues Leonardo y Fernando sintieron que de alguna manera les amortiguaba los efectos del vino, a pesar de que les resultase algo fuera de sus gustos gastronómicos.

El Secretario, ya un tanto entusiasmado, comentó que desde que la Academia supo de las dotes de Leonardo, se hacía una pregunta para la cual no había obtenido respuesta, referida al hecho de si éste había recibido alguna explicación razonable de los especialistas, médicos, psicólogos, fisiólogos, acerca de lo que determinaba dotes tan extraordinarias. Precisó que se refería a aspectos anatómicos, funcionales o mentales que estuvieran determinando el milagro de tan prodigiosa memoria. Afectando preocupación le solicitó al muchacho que perdonara la imprudencia, pero que dado su razonable interés, sentía la necesidad de satisfacer su curiosidad, aunque entendía perfectamente que Fernando no tenía de ninguna manera que satisfacerla, pues se trataba de algo muy personal e íntimo.

— No se preocupe — dijo Leonardo al considerar que se le preguntaba algo que debía aclarar—. Esa pregunta me la han hecho cientos de veces, es natural, pues la curiosidad humana no tiene límites, y en todos los casos he dado la misma respuesta. No se ha determinado nada especial en mi cuerpo, mi cerebro o mi psiquis. En nada difiere de lo de cualquier persona sin mis dotes. Muchos consideran que puede haber un conjunto de factores imperceptibles que en conjunto determinan mi memoria excepcional, pero siempre he sostenido que todo se debe a mi absoluta dedicación. Desde niño, día y noche, me embebí como un poseso en el estudio del significado de las palabras. Soy sincero, usted se lo merece. Algunos estiman que un grado leve de autismo y haber nacido sietemesino debe haber influido. Nada está dicho y a mí, esa incertidumbre, no

me afecta para nada.

— Gracias por la explicación. Me complace su sinceridad.

Una media hora después, tres bellas mesoneras, dirigidas por el chef, acercaron un carrito a la mesa, en la cual se apreciaba lo solicitado. Les fue servido el mero que desapareció con cierta celeridad.

— Satisfechos — preguntó el anfitrión.

— Extraordinario dijo Fernando y Leonardo lo corroboró afirmando con un movimiento de la cabeza.

El Secretario quiso pedir una botella más, pero sus invitados se opusieron. Sentían que un poco más de vino no sólo tendría efectos inmediatos que se prolongarían hasta la noche y con seguridad hasta el otro día. No querían se alterara el itinerario que se habían fijado, ni que nada pudiera influir negativamente en el reto que enfrentarían en la Academia.

— Comprendo, pero les hago una pregunta: qué desean ahora ¿ir al hotel o tienen otros planes? Las posibilidades en Madrid son interminables — dijo orgulloso — y creo que no vale la pena que desde ya, aunque la noche se viene encima, decidan irse a dormir. Dicen que los madrileños no dormimos y nos tildan de inveterados bebedores y comelones.

— No creo que queramos ir al hotel — estimado amigo, dijo Leonardo —. Es que cuando niño, un sacerdote sevillano, llegado a nuestra parroquia, acostumbraba a embelesarnos con sus cantares, acompañado de la guitarra, la que ejecutaba con maestría. Según supimos, se fue del pueblo, dejó los hábitos y se dedicó a la bohemia apoyado en su instrumento. Si bien he visto en algunas ciudades, México, Caracas, Lima, tablaos flamencos, creo que aquí, en el corazón de España, debe presentarse algo excepcional.

— Claro que sí — aclaró entusiasmado el Secretario —. En Madrid funciona el más famoso tablao flamenco del mundo, mejor incluso que los del sur del país, la tierra de los gitanos. Se le llama “El Corral de la Morería” y creo, si mal no recuerdo que una primera presentación será a las nueve de la noche. Son las seis y tenemos tiempo. Desde la recepción del restaurante llamaré para que se nos reserve una mesa.

Llegaron al “Corral de la Morería” a eso de las siete. Les habían reservado una mesa frente al escenario, distante sólo unos cinco metros. Eso les aseguraba ver la actuación a plenitud, apreciando los pormenores sin ninguna dificultad.

Sin siquiera participarlo, el anfitrión pidió una botella de vino. Explicó que la entrada, muy cara, incluía una botella de vino y tres servicios de tapas. Luego, el nuevo consumo sería cobrado aparte a precios considerables.

El ambiente era extraordinario. Se sentían en otro mundo, sus muebles, sus ménsulas árabes y la gran cantidad de faroles les transmitían la sensación de estar en una antigua fiesta de algún rico faquir, saboreando lo que los árabes dejaron como patrimonio cultural a los españoles... Todo era deslumbrante y las mesoneras, bellas mujeres, vestidas de odaliscas, permitían viajes raudos a la imaginación. No resistieron la tentación, y dado lo sugestivo del ambiente, optaron por tomarse otra botella de vino. El espectáculo les resultó extraordinario, hipnótico, lleno de un sabor que no podían definir. Era la música más alegre y sugestiva que habían oído. Era el baile con más garbo y sabor que habían podido ver. Maravillados, llenos de satisfacción, regresaron después del Show al hotel. La recepcionista, previendo lo que les sucedería, mandó a colocar en una de las mesas de la suite, algunas bebidas especialmente preparadas para neutralizar los efectos del vino, y comida apropiada.

Tal como lo habían acordado, a eso de las nueve de la

mañana, con un ligero guayabo, soportable, abordaron el auto de la Academia, Rosal, el chofer, como estaba planificado previamente, los llevó con rapidez hasta el Museo del Prado. A medida que lo recorrían, sentían la grandeza artística de muchos hombres que, poseyendo inigualables capacidades, venidas de no se sabe dónde, de la inspiración de Dios, sin duda, habían creado bellezas de una magnitud inconmensurable, imposible de tasar en toneladas de oro.

Los visitantes al Museo, dada la profusión que por los medios impresos y la televisión se había hecho del evento que se realizaría en la Academia, los miraban con curiosidad, produciéndoles cierta incomodidad. Sobre todo a Leonardo que se sentía incómodo ante tales manifestaciones, pues en el fondo seguía siendo un tipo tímido.

— ¿Qué sientes viendo tanta belleza? — preguntó Fernando, esperando alguna respuesta de su discípulo, cuando ya habían recorrido parte del Museo y en momentos en que apreciaban las obras de Goya.

— No sé, no sé. Es una sensación extraña que no puedo manifestar con palabras. Es algo diferente, para lo cual no tengo ninguna definición. Es eso, una sensación placentera. Lo que más me llamó la atención, no sé por qué, fueron los cuadros del Greco. Hay un algo en ellos que me transportó a un espacio indefinible, no material, sin límites. Me produjeron un deleite desinteresado y puro. Me sedujo, sobre todo, el cuadro de San Sebastián, la Anunciación y la Huida de Egipto.

— Interesante, muy interesante — dijo Fernando asumiendo su proverbial tono profesoral —, eso quiere decir que tienes la suficiente sensibilidad para apreciar los tesoros creativos de hombres que han sido capaces de darnos obras que nos generan, es lo que me has dicho, un deleite desinteresado y puro. Y es que lo bello, un concepto metafísico, es un algo que sentimos luminoso, brillante, esplendente, que agrada a la

vista y mueve las fibras del espíritu.

Saturados de entusiasmo, de haber podido dimensionar, a pesar de su limitada formación en arte, tanta expresión del poder creativo salió del Museo, dispuestos a irse al hotel a descansar, de manera tal que la actividad en la Academia se enfrentara con el éxito esperado. En las afueras compraron algunas réplicas, difíciles para un lego de distinguir de los originales: La Virgen de la Rosa, de Rafael; La Trinidad, San Sebastián y al Huida de Egipto del Greco; El Prendimiento, de Anton van Dyck; y Las Meninas, de Diego Velázquez.

Sin poder evitar cierto nerviosismo, avistaron desde el automóvil la fachada de la Academia. Eran las siete de la tarde. En su puerta principal los estaban esperando miembros del Gobierno de la Institución, acompañados del Secretario. A ambos lados de la puerta se habían apostado muchas personas e inquietos periodistas que, aunque imposibilitados de hacer en ese momento alguna entrevista, tomaban fotos sin parar. La televisión, abriéndose los camarógrafos espacio a empujones, filmaba la llegada de los invitados.

Les fue presentado el Presidente y demás miembros, quienes efusivamente le dieron la bienvenida, a la vez que los acompañaron hasta el auditorio donde tendría lugar la prueba. El local estaba abarrotado. Incluso había mucha gente de pie. Todos estaban expectantes y no era para menos. En el corazón simbólicamente palpitante de la lengua, alguien, venido de los páramos andinos de Venezuela, les mostraría el hecho de conocer casi en forma total, las palabras que la Academia, a través de los años, había asentado en su Diccionario, obra del trabajo denodado de muchos intelectuales. Todo se concentraba, inexplicablemente, en una persona.

En el escenario, a la derecha, se habían colocado tres sillas tapizadas, cerca de un micrófono ubicado en su correspondiente soporte a pocos pasos de ellas. Una vez que los invitados se

sentaron, después de haber recibido un caluroso aplauso, el Secretario, afectando una pose hierática, habló:

¡Estimados señores miembros de la Real Academia de la Lengua Española; señores invitados especiales de las diferentes universidades del país; señores escritores y críticos literarios. Bienvenidos a esta casa, en la que nuestra lengua ha sido protegida, ampliada y exaltada a través de los años!

¡Hoy es un día muy especial. Nos reunimos para ser testigos de algo inédito: calibrar la capacidad del señor Leonardo Prado, acompañado de su profesor y tutor, don Fernando Perdomo, en cuanto a su capacidad, según lo que sabemos por lo que ha sucedido en otras instituciones del mundo de habla hispana, de dar la o las acepciones de la mayoría de palabras asentadas en nuestro Diccionario; excluyendo, es lo acordado con anterioridad, nombres de plantas, minerales, animales, compuestos químicos y referencias geográficas!

La metodología, acordada previamente por la Academia y nuestros invitados, es la siguiente:

En la pantalla que está en el fondo del escenario, irá apareciendo cada palabra. Luego el señor Leonardo Prado tendrá la amabilidad de dar la o las correspondientes acepciones. De inmediato, en la misma pantalla, aparecerá lo que en el diccionario está escrito, corroborando o no lo dicho por el señor Prado...Quiero aclarar que se trata de quince palabras seleccionadas por un grupo de académicos, privando, como criterio básico de selección, que las mismas no tengan un uso común. El distinguido invitado tiene la oportunidad de posponer la respuesta, cuando lo crea conveniente, volviendo sobre la palabra cuya acepción no se haya dado a conocer, después de tratada la decimoquinta.

— Por favor señor Prado — invitó el Secretario — acérquese al micrófono y de inmediato empezaremos, de acuerdo a lo

previsto. Gracias.

Inmutable, sereno, sin siquiera parpadear, Leonardo se acercó al micrófono y con voz segura saludó a los presentes:

Estimados señores, buenas tardes. Para mí y mi profesor, es un honor, sea cual sea el resultado de la prueba, haber podido visitar este templo de nuestra lengua, al que considero sagrado y digno de la mayor admiración. Amo las palabras con pasión y para conocer su significado he vivido. Espero no defraudarlos. Y es mi deseo, perdonen la franqueza, no ser considerado como un hombre show que presenta un espectáculo, sino como un estudioso que ha logrado con su esfuerzo alcanzar un objetivo poco común. Odio la figuración. Ya que me considero un ser humilde, a pesar de este don que me ha dado Dios, pues humilde es mi origen y formado en un hogar cristiano, pleno de esa virtud

Todo el auditorio aplaudió. Muchos, en su fuero interno, consideraban poco probable que triunfara. Algunos de los asistentes, incluso, antes de entrar al recinto, habían comentado entre ellos que a lo mejor lo que había ocurrido en Latinoamérica era un espectáculo amañado. Otros más sensatos, ripostaban diciendo que no podía ser tal, pues de serlo no se hubiera atrevido a venir a la Academia y a la Universidad de Salamanca a hacer el ridículo. Nadie podría tener tamaña desfachatez.

Todos estaban expectantes, no se oía ni el zumbido de una mosca. De pronto la pantalla se activó y apareció la primera palabra: Heliogábalo.

Leonardo: Hombre dominado por la gula.

Pantalla: Hombre dominado por la gula.

¡APLAUSOS!

Pantalla. Segunda palabra: Burgarí.

## II Frente al Paredon

Leonardo: Vecino que se turna gratuitamente, como guarda de campo en pequeños pueblos.

Pantalla: Vecino que se turna gratuitamente, como guarda de campo en pequeños pueblos.

¡APLAUSOS!

Pantalla: Tercera palabra: Orzaya.

Leonardo: Después de pensar unos veinte segundos sugirió posponerla.

Pantalla: Pospuesta.

¡SILENCIO ABSOLUTO!

Pantalla: Cuarta palabra: Anábasis.

Leonardo: Periodo de crecimiento de las enfermedades.

Pantalla: Periodo de crecimiento de las enfermedades.

¡APLAUSOS!

Pantalla: Quinta palabra: Asíntota.

Leonardo: Línea que se prolonga indefinidamente y que se acerca de continuo a una curva, pero sin llegar nunca a tocarla.

Pantalla: Línea que se prolonga indefinidamente y que se acerca de continuo a una curva, pero sin llegar a tocarla.

¡APLAUSOS!

Pantalla: Sexta palabra: Osqueonco.

Leonardo: Pospongo.

Pantalla: Pospuesta.

¡SILENCIO!

Séptima palabra: Pirrarse.

Leonardo: Desear con vehemencia una cosa.

Pantalla: Desear con vehemencia una cosa.

¡APLAUSOS!

Octava palabra: Quinbambas.

Leonardo: País imaginario en que se sitúa la gente olvidadiza, ignorante o distraída.

Pantalla: País imaginario en que se sitúa la gente olvidadiza, ignorante o distraída.

¡APLAUSOS!

Novena palabra: Sinjundia.

Leonardo: Cantilena, repetición monótona y molesta.

Pantalla: Cantilena, repetición monótona y molesta.

¡APLAUSOS!

Décima palabra: Trastulado.

Leonardo: Que mueve a risa.

Pantalla: Que mueve a risa.

¡APLAUSOS!

Décima primera palabra: Vopisco.

Leonardo. Se dice del gemelo que sobrevive cuando el otro muere en el parto...Que coincidencia que se haya escogido esa palabra, pues yo soy vopisco, de manera tal que no la olvidaré

nunca.

Pantalla: Se dice del gemelo que sobrevive cuando el otro muere en el parto.

¡APLAUSOS PROLONGADOS!

Décima segunda palabra: Xapoipa.

Leonardo: Especie de torta que se fríe en el sartén.

Pantalla: Especie de torta que se fríe en el sartén.

¡APLAUSOS!

Décima tercera palabra: Zalacre.

Leonardo: Pedazo grande de pan.

Pantalla: Pedazo grande de pan.

¡APLAUSOS!

Décima cuarta palabra: Bombómido.

Leonardo: se dice de los insectos que cuando vuelan zumban.

Pantalla: se dice de los insectos que cuando vuelan zumban

¡APLUASOS!

Décima quinta palabra: Clazol.

Leonardo: Bagazo de caña, estiércol.

Pantalla: Bagazo de caña, estiércol.

¡APLAUSOS!

Terminadas las quince palabras, número acordado previamente, los asistentes se preguntaban si las pospuestas podrían ser o no

conocidas por el invitado.

Pantalla: Primera palabra pospuesta: Orzaya

Leonardo después de pensar un rato: Niñera.

Pantalla: Niñera.

¡APLAUSOS!

Segunda palabra pospuesta: Osqueonco.

Leonardo: Después de pensarlo repetidamente y sonreír satisfecho: Escroto, tumor.

Pantalla: Escroto, tumor.

¡TODOS DE PIE APLAUDIERON EFUSIVAMENTE DURANTE AL MENOS UN MINUTO!

El Presidente de la Academia se acercó y lo abrazó como un padre que abraza a su hijo. Lo mismo hizo el Secretario

De inmediato, el Presidente, con una voz ronca y algo cansina, seguro que por la edad, se dirigió a la concurrencia diciéndole que como en un cien por ciento la prueba se había cumplido en forma satisfactoria, quedaba demostrada la inigualable memoria de Leonardo. A nombre de la Institución lo felicitaba a él y su profesor. A la vez en medio de nuevos aplausos, le entregó como recuerdo, la última edición del Diccionario de la Real Academia de la Lengua, con la firma de todos los académicos y un cheque, tal como fue acordado, por un monto de 500.000 euros.

El Secretario se hizo de nuevo del micrófono e invitó a un brindis en el salón de recepciones, aclarando que sólo podrían acceder al mismo quienes poseyeran la respectiva invitación.

El público empezó a salir del auditorio, comentando lo sucedido y dando a conocer cada cual sus impresiones. A todos les parecía

## II Frente al Paredon

un sueño que pudiera existir una mente con tal potencialidad. Trataban de detallar al muchacho mientras caminaban hacia la puerta de salida, fijando en él la vista, como pretendiendo encontrar alguna característica no común. Pero no, era un ser igual a los demás. La confusión mental era generalizada.

Una vez en el salón de recepciones, el Presidente de la Academia, aun vivamente emocionado, hizo el brindis correspondiente, levantando su copa de champagne.

Brindo, queridos amigos, por haber sido testigos en nuestra Academia de un acontecimiento excepcional, extraordinario, y, si se quiere, hasta inconcebible, pues no tiene en absoluto nada de común que a un ser humano como el señor Prado, salvo que posea características fuera de lo común, tatuadas por la divinidad, aún no determinadas en su origen con exactitud, se le haya permitido memorizar las palabras que de nuestra lengua figuran en el diccionario y que como sabemos, ascienden más o menos a la cantidad de 88.000...!Felicitaciones, mil felicitaciones de nuevo!

Leonardo y Fernando, después del brindis, empezaron a sentirse fastidiados por el atosigamiento al cual eran sometidos por todos los que querían intercambiar ideas con ellos y, sobretudo, por el gran número de periodistas que querían mediante entrevistas obtener alguna premisa, pues sin la menor duda lo sucedido en la Academia iba a ocupar las primeras páginas de todos los periódicos y canales de televisión. Fue inevitable satisfacer las entrevistas solicitadas por los reporteros de la televisión, pues el esfuerzo de cargar cámaras y sistemas de luces, no podía ser obviado.

Cientos de personas estaban bordeando la entrada de la Academia. Los organizadores, previsivos, habían colocado en el patio de entrada, sobre una estructura metálica construida para tal fin, una pantalla de televisión gigante, en la cual se vio el acto con todos sus detalles.



## III

### EN SALAMANCA

Llegaron al aeropuerto. La Academia, dado el hecho de que Salamanca dista solo unos 270 Km. de Madrid, decidieron enviarlos en una avioneta que alquilaron para tal fin. También regresarían en ella. El vuelo saldría a las 11 de la mañana. Hicieron el registro correspondiente. De inmediato se dirigieron al cafetín. Sorprendidos vieron al Secretario de la Academia sentado en una de las mesas tomándose un café. Notaron que fijaba su vista en todas las muchachas que pasaban cerca, detallándolas con minuciosidad. El ir y venir de personas, en un desfile multicolor aderezado por esa cadencia especial de los españoles al hablar, producía cierto mareo en Leonardo. Fernando no miraba a su alrededor. Leía con avidez la novela “La Familia de Pascual Duarte” del Premio Nobel Camilo José Cela Conde, que acababa de comprar en la librería del aeropuerto. Era maniático de la lectura. Cuando se adentraba en ella no existía mundo externo capaz de distraerlo, por muy agitado y bullicioso que fuera. Pero en esa oportunidad, como movido por un resorte, Leonardo miró con interés a una muchacha rubia, de ojos azules, nariz perfilada, alta, de cuerpo bien tallado y que mirándolo con coquetería, le dispensó una bella y ebúrnea sonrisa que le produjo una inquietante sensación.

— Qué sorpresa — dijo efusivamente Fernando — nos resulta muy agradable que hayas venido a despedirnos. Consideramos que eres la más estrecha amistad que hemos conseguido en este viaje.

— Gracias, contestó el secretario una vez que tomó el último sorbo de su café —, pero en verdad, y me agrada mucho, no vine a despedirlos sino a acompañarlos a Salamanca. El

Presidente de la Academia, consideró que mi compañía podría resultarles útil, en especial porque conozco tan bella ciudad y su Universidad como la palma de mi mano. No es para menos, allí hice mi licenciatura y me doctoré en Literatura Española. De paso — dijo enfatizando con orgullo —, los académicos no dejan de comentar lo extraordinario que resultó la presentación de Leonardo. Muchos no terminan por creer lo que presenciaron. Por cierto ¿Vieron los periódicos? En la primera página de cada uno de ellos aparecen ustedes a todo color y un recuento muy elogioso de lo que sucedió en la Academia. A eso se suma la aparición en todos los noticieros de la televisión transmitidos para el mundo entero. Por lo menos, hoy son ustedes más populares en Madrid que el Real Madrid, el Atlético de Madrid y el Rayo Vallecano y, en esta ciudad, apasionada por el futbol como ninguna, es algo excepcional.

Abordaron la avioneta por un pasillo especial que conducía al respectivo hangar, guiados por José Aveledo, el piloto, y el copiloto. Leonardo abordó la avioneta sintiendo mucho más pánico que el que le producía el avión. El viaje fue rápido. En más o menos veinte minutos aterrizaron en el aeropuerto de Salamanca. El calor era insoportable, quizás mucho más fuerte que el que pudieran haber sentido alguna vez en Maracaibo. Pero tal incomodidad era solventada por la expectativa de poder estar en tan antigua y prestigiosa Universidad, toda una leyenda de la educación superior en España.

A diferencia de lo que pasó en Madrid, los estaba esperando el Secretario de la Universidad, en representación del Rector. Era un hombre con ojos que denotaban inteligencia, pelo rizado, cejas pobladas y color un tanto moreno que hablaban de la genética moruna, sobriamente vestido y de poca estatura. Tenía un trato delicado. Se mostró desde ese mismo momento dispuesto a complacerlos en lo que estuviera a su alcance. Supieron que tenía gran prestigio como investigador en el campo de la historia y que era mucho lo que había publicado,

incluyendo un trabajo único sobre el padre De Las Casas, del cual recibirían en la universidad un ejemplar.

Una vez que abordaron el coche del catedrático, éste, con amabilidad, les preguntó si querían ir al hotel o preferían primero aceptar la invitación de la Universidad de ir a almorzar.

Leonardo, dado su proverbial apetito, contestó de inmediato que para él era preferible ir al restaurante seleccionado, pues resultaba más práctico hacerlo así y después ir al hotel a descansar un rato, pudiendo quedar a disponibilidad a eso de las cinco, para hacer el recorrido por la ciudad, que como tal figuraba en la programación que se les había ofrecido.

El Secretario de la Academia, que había permanecido en silencio, pues entendía que todo quedaba en manos del catedrático, representante de una Institución que sabía planificaba todo de una manera impecable, manifestó que él también preferiría ir a almorzar primero, pues debía estar en la Universidad a más tardar a las 2 de la tarde. Algunos profesores, aclaró, lo estaban esperando para darle a conocer un proyecto de publicación que pensaban someter a la consideración de la Academia.

Dirigiéndose al Secretario de la Universidad le preguntó que cuál era el restaurante seleccionado, a la vez que con un tonito pedante, afirmó que los conocía a todos y sabía lo que ofrecían como especialidad. Recordó que cuando vivió en Salamanca, una de las cosas que aprendió fue a apreciar el arte culinario de tanto chef bueno que había en decenas de restaurantes. Todos ellos dispuestos, como era natural, a satisfacer el gusto exigente de los turistas.

El Secretario se sintió apabullado por el académico, pero manteniendo su compostura aclaró con decisión que irían al restaurante “Río de la Plata”, visitado por todos los que venían a Salamanca de otras ciudades de España y de otros países. Enfatizó que en la clasificación de los órganos turísticos

especializados, figuraba entre los dos primeros.

El académico ratificó lo dicho por el representante de la Universidad, a lo que agregó que almorzarían muy, pero muy bien, ya que, incluso, era el restaurante preferido de la Duquesa de Alba y eso eran palabras mayores.

El mesonero destapó con parsimonia estudiada la primera botella de vino. Los dos españoles lo bebían como agua. Leonardo y Fernando lo hacían con moderación. El efecto del tomado en Madrid, llamaba a cierto comedimiento.

De entrada, el anfitrión pidió lonjas de jamón Panaché, acompañado de verduras, riñones guisados y judías verdes, y de plato central, la especialidad de la casa: merluza a la romana.

Salieron satisfechos, comentando la exquisitez de la merluza. Luego, ya en el automóvil, de mutuo acuerdo, decidieron dar un paseo por los sitios más significativos. Al finalizar el recorrido aclararon que irían al hotel a dormir, y así, con un descanso prolongado, esperaban tener la mejor forma para ir a la Universidad a cumplir con lo que calificaban como un delicado y exigente compromiso.

El paseo fue exhaustivo, apreciando todo desde el carro: la Plaza Mayor, la Plaza de Toros, La Glorieta, Palacio de Fonseca, Campus Miguel de Unamuno, Palacio Monterrey, Casa de las Conchas, el Museo de Arte, Museo de Historia y la Casa Museo de Unamuno.

Llegaron algo cansados al Hotel “Palacio San Esteban”. La edificación estaba rodeada de monumentos históricos. Les explicaron que se trataba de un convento de encanto atemporal, cómodo y elegante, al cual preferían los turistas europeos, que hacían reservaciones con meses de anticipación.

Durmieron profundamente. A eso de las ocho de la mañana despertaron. Se alistaron sin recurrir al smoking. Prefirieron un traje ligero, pues el calor arreciaba desde la mañana misma.

El catedrático fue puntual. A las nueve ya estaban rumbo a la Universidad. Este se mostraba más nervioso que Leonardo y que Fernando, ya acostumbrados a compromisos similares. La experiencia y los éxitos ininterrumpidos habían bloqueado la aparición no controlada de emotividades inconvenientes y dado un grado significativo de seguridad.

Procurando distraer y distraerse, disminuir la tensión que se viviría en pocas horas, el catedrático les explicó que la Universidad de Salamanca era la más importante de la Comunidad Autónoma de Castilla y León. Una de las más prestigiosas de España. Aclaró, a la vez, que era la más antigua del país y la cuarta más añeja de Europa, pues sólo habían sido fundadas antes que ella, las de Bolonia, Oxford y París, llamada esta última en la actualidad La Sorbona.

— ¿Y la fundación? — preguntó Fernando interesado en el dato.

— Fue en el año 1218, por iniciativa de Alfonso IX. Desde entonces ha sido considerada uno de los patrimonios más relevantes de España. Por curiosidad, amigos — dijo con fruición — hay hombres sobresalientes que han hecho vida en ella como catedráticos de primera y que son parte de su patrimonio intelectual. Uno de ellos, conocido mundialmente, don Miguel de Unamuno, nacido en Bilbao y doctorado en Madrid, obtuvo por oposición en ella cátedra de griego, llegando a ser Rector de la Institución por muchos años. Murió en 1936. El otro, símbolo indiscutido de la Universidad es Fray Luis de León. Fue uno de los escritores más importantes del renacimiento. Él protagonizó un pasaje que siempre es y será recordado. La cuestión fue así: por preferir el texto hebreo del Antiguo Testamento a la versión latina, traducción de la Vulgata

hecha por San Jerónimo, fue tomado preso, permaneciendo encerrado durante ocho años. Cuando fue liberado, volvió a la Universidad y en el salón de clases, como si no hubieran transcurrido los largos años de cautiverio, pronunció la célebre frase: “Como decíamos ayer”, con lo cual demostró que no le importó nada la injusticia cometida contra él.

Terminaba el catedrático de hacer la narración, cuando se vieron en la puerta de la bella edificación, antigua en todo su esplendor, en que tenía asiento la prestigiosa Institución. Por los alrededores transitaban decenas de jóvenes con libros bajo el brazo. No faltaba alguna pareja que a la sombra de algún árbol, se acariciaban con entusiasmo. El Rector, un hombre alto de ojos azules, con una barba que le daba aspecto de profeta y sugería dignidad, y otras autoridades, los esperaban. Cientos de curiosos, profesores y estudiantes, se aglomeraban en las márgenes de la entrada, ansiosos de ver de cerca al excepcional jovencito, que en un rato les demostraría lo asombroso de su memoria. Los periodistas inquietos, yendo de lado a lado, tratando de cumplir su cometido, esperaban la oportunidad adecuada para entrevistar a los visitantes. La televisión transmitió sin interrupción desde el momento en que se apearon del vehículo.

El auditorio estaba, como se suponía, abarrotado. Subieron al escenario con parsimonia, a los acordes de un aplauso sonoro, acompañados del catedrático que, con seguridad, sería el maestro de ceremonias.

El Rector, como era de esperarse, saludó efusivamente a los presentes y dimensionó, con elegante retórica, la importancia del acto para la Universidad, a la vez que elogió las dotes de Leonardo y la magnífica conducción pedagógica de Fernando, con lo cual dejó instalado el acto.

El catedrático, una vez que el Rector terminó con sus palabras, mostrando un entusiasmo creciente, tomó el micrófono en sus

manos y aclaró que de inmediato se procedería a la esperada prueba, que tanta expectativa había generado. Luego dio a conocer la metodología que se seguiría: en la mesa que está ubicada delante de mí, hay treinta sobres — aclaró —. En cada uno de ellos hay una tarjeta con la palabra seleccionada escrita en el anverso. En el reverso de la misma tarjeta está la o las acepciones establecidas en el Diccionario de la Real Academia de la Lengua, que deben ser coincidentes con las que exprese el señor Leonardo Prado. Queda entendido que si bien lo dicho por él no tiene que ser textualmente igual, debe indicar lo mismo, sin equívocos. Es importante aclarar que aunque hay treinta sobres disponibles, sólo se abrirán quince, tal como se estableció previamente en las condiciones que regulan la prueba, decididas de mutuo acuerdo entre los invitados y nuestra Universidad. Por otra parte, se acordó que el señor Leonardo puede posponer alguna o algunas palabras, si es que en el momento no recuerda sus acepciones, y éstas, con igual procedimiento, volverán a considerarse al final. Es importante anotar, además, que nombres de minerales, compuestos químicos, vegetales y referencias geográficas, no son consideradas. Las palabras fueron seleccionadas por distinguidos profesores de nuestra universidad, expertos en todo lo relacionado con el idioma y que no incluyeron ninguna de uso común, es decir, que se optó, si se puede considerar así, por palabras adventicias.

Leonardo, oída la explicación del catedrático, se acercó al micrófono con paso decidido y pidiendo el consabido permiso, se dirigió a los presentes, mostrando una entereza asombrosa. Con voz pausada señaló que agradecía la invitación de que habían sido objeto, pues la misma los llenaba de orgullo. Agregó que la invitación la consideraba como una bendición, ya que le despertaba una emoción indefinible el hecho de poder estar en el seno de tan antigua y prestigiosa Universidad, dando a conocer una cualidad que si bien nadie había explicado a cabalidad de dónde provenía o que la determinaba, era demostrativa de que

los caminos del señor resultaban inescrutables, y, los humanos, eran siempre, de una manera u otra, objeto de su amor y sus bendiciones.

¡Efusivos aplausos!

Leonardo, de inmediato, escogió el primer sobre y así lo haría con los otros catorce. Lo entregó al maestro de ceremonias y este leyó la palabra seleccionada.

Primera palabra: Contrada.

Leonardo: Paraje, sitio, lugar.

Tarjeta: Paraje, sitio, lugar.

¡Aplausos!

Segunda palabra: Badina.

Leonardo: Charco de agua detenida en los caminos.

Tarjeta: Charco de agua detenida en los caminos.

¡Aplausos!

Tercera palabra: Uloideo.

Leonardo: Parecido a una cicatriz

Tarjeta: Parecido a una cicatriz.

¡Aplausos!

Cuarta palabra: Yedgo.

Leonardo: La pospongo

Murmullo generalizado

Quinta palabra: Zato.

Leonardo: Pedazo o mendrugo de pan.

Tarjeta: Pedazo o mendrugo de pan.

iAplausos!

Sexta palabra: Neyudo.

Leonardo: Viudo.

Tarjeta: Viudo.

iAplausos!

Séptima palabra: Plinto.

Leonardo: Cuadrado sobre el que se asienta la base de la columna. Base cuadrada de poca altura.

Tarjeta: Base cuadrada de poca altura. Cuadrado sobre el que se asienta la base de la columna.

iAplausos!

Octava palabras: Tequio.

Leonardo: Molestia, perjuicio.

Tarjeta: Molestia, perjuicio.

iAplausos!

Novena palabra: Ucase.

Leonardo: Orden gubernativa tiránica e injusta.

Tarjeta: Orden gubernativa tiránica e injusta.

iAplausos!

Décima palabra: Vividizo.

Leonardo: El que se regala o se divierte a costa ajena.

Tarjeta: El que se regala o se divierte a costa ajena.

¡Aplausos!

Décima primera palabra: Yusente.

Leonardo: Marea que baja.

Tarjeta: Marea que baja.

¡Aplausos!

Décima segunda palabra: Zafacoca.

Leonardo: Riña, pendencia, trifulca.

Tarjeta: Riña, pendencia, trifulca.

¡Aplausos!

Décima tercera palabra: Arcatifa.

Leonardo: Mezcla de cal y arena que admite pulitura.

Tarjeta: Mezcla de cal y arena que admite pulitura.

¡Aplausos!

Décima cuarta palabra: Suripante.

Leonardo: Mujer corista en un teatro, mujer baja moralmente, despreciable

Tarjeta: Mujer corista en un teatro, mujer baja, moralmente despreciable.

¡Aplausos!

Décima quinta palabra: Segullo.

Leonardo: Primera tierra que se consigue en las minas de oro.

Tarjeta: Primera tierra que se consigue en las minas de oro.

De pie, entusiasmados, los asistentes aplaudieron durante más de un minuto. Sabían que habían sido testigos de algo excepcional, inexplicable. Se sentaron y expectantes esperaron que se dijera de nuevo la palabra que Leonardo había pospuesto.

El maestro de ceremonias, prolongando el momento, leyó la palabra pospuesta: Yedgo.

Leonardo se concentró por unos veinte segundos y de pronto, con manifiesta alegría dijo: Que significa lo mismo.

El catedrático que fungía como maestro de ceremonias, emocionado, conociendo de antemano el significado, leyó lo escrito en la tarjeta: Que significa lo mismo.

La gente admirada, conmovida, emocionada, no sólo aplaudía a rabiar, sino que gritaba con entusiasmo: ¡Bravo! ¡Bravo! ¡Sobresaliente! ¡Admirable!

¡Declarémoslo Profesor Honorario de la Universidad!, gritó un joven desde el fondo del teatro.

Se iban a bajar del escenario, cuando una muchacha, ubicada en el centro del auditorio, levantando la voz para que todos los asistentes pudieran oírla, dijo:

¡Señor Leonardo. Yo soy venezolana! Hago un doctorado en filosofía. Le solicito, pues lo suyo no se repetirá, por favor, nos de la acepción de unas tres palabras más.

¡Sí! ¡Sí! Coreó el público asistente, a la vez que aplaudía con intensidad.

El maestro de ceremonias, sorprendido, esperó que el aplauso terminara para con voz que pretendía autoritaria, aclarar que lo sentía mucho, pero lo convenido con el señor Leonardo y el profesor Fernando se había cumplido a cabalidad, por lo tanto...

Leonardo, emocionado, interrumpió al académico, para manifestar que por él no había ningún inconveniente y que la solicitud de su paisana podía ser satisfecha sin ningún problema. Sugirió que en aras de la brevedad, tres nuevos sobres fueran abiertos simultáneamente y él procuraría dar las acepciones en forma conjunta.

El Maestro de Ceremonias, con manifiesta contradicción, se acercó a la mesa en donde estaba los sobres, escogió tres, los abrió y leyó

Epulón, Deicida, Acridolera.

Un silencio absoluto llenó el auditorio. Todos esperaban que de nuevo el muchacho saliera airoso.

Después de pensar un momento, Leonardo, con seguridad asombrosa, dijo sin dudarle:

Por epulón se entiende el que come y se regala mucho; por deicidia a cada uno de los que dieron muerte a Cristo o contribuyeron de alguna manera a ella; y acridolera es el apósito que se utiliza para cazar langostas.

EL Maestro de Ceremonias, ya sosegado, leyó las acepciones que figuraban en la tarjeta y sobresaltado por la emoción, dejando de lado su molestia, manifestó que las respuestas eran correctas.

El público aplaudió desde que Leonardo se bajó del escenario y hasta que salió del auditorio. Los académicos, muchos de ellos llenos de años de vida, estaban asombrados, desconcertados,

pasmados, maravillados. Dimensionaban el hecho de haber sido testigos de algo que nunca se imaginaron, ni remotamente, que fuera posible.

Fue difícil salir hasta el espacio destinado al acostumbrado brindis. Todos querían tocarlo, hablar con él, manifestarle su admiración. Los periodistas, siempre insistentes, procuraban las declaraciones de viva voz. La televisión esperó en una oficina a donde sólo se dejó entrar a los medios, y en la cual Leonardo y Fernando, tendrían una rueda de prensa, pudiendo declarar con propiedad sin sentir ningún atosigamiento. Algunos venezolanos que hacían su doctorado, a empellones, abriéndose paso como fuera, se acercaron a Leonardo y lo abrazaron efusivamente, dándole a conocer el orgullo que sentían como paisanos. Uno de ellos, un joven de unos treinta años, le dijo que era natural del Rubio y que conocía perfectamente Villa Páez y Betania, pues en su adolescencia se tuvo que dedicar al contrabando de gasolina a Colombia para poder subsistir y ayudar a su familia, pobre de solemnidad. Leonardo quiso conversar con él, pero fue imposible, el río humano que lo rodeaba, lo empujó sin miramiento alguno.

El Rector, después de pasadas las manifestaciones, sostuvo una larga conversación en sus oficinas, a la vez que les obsequiaba pines distintivos de la Universidad, un bello ejemplar de “Don Quijote”, con pasta de cuero y letras en bajo relieve impregnadas de oro, y una edición antigua del DRAE, el diccionario de la lengua. De igual manera, les obsequió lo que según él era una joya que se merecían dadas sus cualidades estaban relacionadas con la lengua. Se trata — dijo emocionado y orgulloso — del más grande patrimonio de los españoles y de los latinoamericanos: un ejemplar de la Décima Quinta Edición del Diccionario de la Lengua, editado en 1925, de la cual la Universidad sólo tenía veinticinco en su biblioteca.

— ¿Y la primera edición del diccionario cuándo se produjo?

— preguntó Leonardo interesado.

— Bueno, estimado y admirado amigo — respondió el Rector afectando complacencia profesoral — la primera apareció en 1772, pero sus orígenes se remontan a 1611, aproximadamente, cuando un erudito de nombre Sebastián Covarrubias, escribe “El Tesoro de la Lengua Castellana o Española”; es decir, el primer trabajo en que el léxico castellano es definido en la misma lengua. También es el primer diccionario publicado en Europa con lo que se llamaba para la época un “lenguaje vulgar”. De todas maneras, le voy a obsequiar un trabajo en que se narra toda la historia, pues son muchos los detalles implicados, difícil de dárselos a conocer en tan poco tiempo.

— Gracias, señor Rector. Es usted muy amable — dijo Leonardo sin poder disimular su emoción —. Tenga la seguridad que este día nunca desaparecerá de mi mente, de mis sentimientos y de los de mí tutor. Han sido ustedes muy amables.

Llegaron al hotel bastante tensos. Antes de irse a la habitación intercambiaron opiniones con el Secretario de la Academia, que había estado en el público. Éste les comunicó que permanecería una semana en Salamanca por cuestiones relacionadas con su trabajo y que por eso no los acompañaba a Madrid. Efusivamente se despidió, deseándoles lo mejor. Supuso que a lo mejor se verían en Venezuela, pues la Academia de la Lengua Venezolana, estaba por formularle una invitación, para conversar cuestiones relacionadas con los nuevos términos utilizados comúnmente por la población y no incluidos en el Diccionario.

La avioneta salió para Madrid a eso de las nueve de la mañana. No comentaron nada en el viaje. Estaban pletóricos. Todo había resultado mejor de lo esperado y llevaban en sus bolsillos una significativa cantidad de Euros. Los periódicos, de nuevo, a pleno color, mostraban sus fotos en la primera página y los elogiaban primorosamente. De Madrid saldrían para Venezuela

### III En Salamanca

a las dos de la tarde, causa por la cual permanecerían en el aeropuerto de Barajas hasta esa hora. El chófer, según las órdenes recibidas los había recibido junto a dos académicos jóvenes, que mantuvieron una amena conversación hasta el momento en que IBERIA anunció el vuelo rumbo a Maiquetía, Venezuela.

La experiencia había sido excepcional — pensó Leonardo al momento en que subía las escalerillas del avión — A pesar de estar tan sólo tres apretados días en España, la había apreciado como un país inigualable, maravilloso, lleno de colorido e historia. Se prometió que algún día volvería sin el atosigamiento de los apremios que implicaban sus presentaciones.



## IV

### UN ENCUENTRO AGRADABLE

La comodidad de la butaca del avión invitaba a dormir. Serían seis o siete largas horas las que se requerirían para llegar al aeropuerto Simón Bolívar de Maiquetía. El éxito obtenido en la Academia de la Lengua y en la Universidad de Salamanca, sosegaba a plenitud el espíritu y arramblaba hasta un mundo de nimbados espacios, en el cual todo resultaba agradable. Era como si se nadara en el seno de una hermosa poesía, de palabras hechas rosas flotando en las melifluas aguas de la imaginación.

A Leonardo siempre le había gustado el asiento que daba al pasillo. Sentía cierta aprensión estar en la ventanilla mirando moverse un espacio indefinido y el pasar inquieto de las nubes que hacía inevitable percibir la velocidad con la que se desplazaba el avión. Fernando, al contrario, siempre gustó pegarse a la ventanilla y ensimismarse, para matar el tiempo, con lo que veía a través de ella, permitiéndole imaginarse inmensidades.

Un hombre joven de unos cuarenta años, de cara y porte agradable, estaba sentado en la silla de la misma fila que daba al pasillo; es decir, la más próxima a Leonardo. Desde que se sentó, pareciendo que todo lo que lo rodeaba le era indiferente, leía ensimismado un grueso libro, que por el peso lo obligaba regularmente a colocarlo en sus piernas.

A Leonardo lo mordía la curiosidad. Le gustaría saber de qué libro se trataba, pero privó en él la prudencia que siempre lo había caracterizado y decidió esperar un momento más apropiado. Sabía de antemano que aun cuando tuviera sueño, no podría dormir. Nuca había podido hacerlo ni en los aviones ni en los autobuses.

De pronto, el hombre dejó de leer y arrellanándose en la butaca, se dispuso a dormir, dejando el libro sobre las piernas, lo que permitía, con sólo estirarse un poco, ver la carátula. Cuando creyó que no despertaría así como así, alargó la cabeza y leyó “Paideia”. Se extrañó, nunca había oído la palabra, lo que quería decir que no era del español. La comprobación le acicateó aún más la curiosidad. Cuando despertara trataría de entablar una conversación y posiblemente distraerse si el tipo era bueno para platicar. Además, había algo en el hombre que le parecía conocido, pero descartó la posibilidad. No podía precisar nada.

Había transcurrido unas dos horas de tranquilo vuelo, cuando el hombre despertó y sacudiendo la cabeza intentó despejarse. Llamó a la azafata y pidió un güisqui con soda y bastante hielo. Cerró el libro y lo colocó en la bolsa del respaldo del asiento. Se paró y bajando el maletín de mano de los depósitos ubicados en la parte superior de los asientos, sacó una revista. Se sentó de nuevo dejándose caer. Saboreando con fruición el trago, miró la salida del aire acondicionado con indiferencia. Abrió la revista y se concentró en su contenido. Luego, después de un rato de concentración, sacó un bolígrafo del bolsillo de la camisa y se dispuso a escribir algo en la revista.

Leonardo, mirando de reojo, se dio cuenta que se trataba de una revista española de crucigramas.

El hombre mostró contrariedad. Parecía ser el resultado de estar pensando sobre alguna de las exigencias del crucigrama y no encontraba las palabras adecuadas. Se mostraba molesto y con voz entrecortada dejó escapar una maldición.

Leonardo, al darse cuenta de la situación, estimó que era el momento de establecer una conversación, para lo cual le dijo:

— Perdón, Señor. Veo que está sacando un crucigrama y al parecer alguna palabra que desconoce se le ha atravesado. Si

por favor me dice cuál es, a lo mejor lo puedo ayudar.

El hombre lo miró atónito, a la vez que se preguntaba qué era lo que podía creerse un muchacho de unos veinte años al sugerirle que podría ayudarlo a llenar su crucigrama. Sin embargo, intrigado le dijo:

— Estoy trancado con una palabrita medio jodida. Se trata de una cuya acepción es: “Arrebatarse una cosa con las uñas o con otro instrumento curvo”.

— No hay problema — dijo sonriente Leonardo — es gafar, si es que tiene cinco letras.

Es correcto dijo el hombre asombrado a la vez que llenaba los cuadritos con las correspondiente letras. Para asegurarse, como resultaba natural, le pidió que le ayudara con otra, la que se planteaba así: “Sensación luminosa a que da lugar la compresión brusca del ojo cuando los párpados están cerrados”

— ¿Sabe cuál es? Preguntó expectante.

— Sí. Creo que se trata de fosfeno, si es que tiene siete letras.

— ¡Correcto! ¡Correcto! Exclamó el hombre mostrando entusiasmo — Pero me pregunto ¿cómo es posible que usted haya podido dar con dos palabras tan poco comunes? Se lo digo yo que creo tener un léxico adecuado, aunque los crucigramas de esta revista son clasificados de súper difíciles, de muy jodidos; pero es mi afición llenarlos. En mi casa u oficina recurro siempre al diccionario de la Real Academia y a un Diccionario de Sinónimos y Antónimos, en los que escrudiño, busco, hasta dar con la palabra. Claro que al revés, así lo entiendo, si se desea aumentar el léxico, es más fácil buscar palabras desconocidas en el diccionario, lo que no tiene problema alguno, y conocer de inmediato su acepción o acepciones.

— Creo que tiene razón — Asintió Leonardo ya interesado en el intercambio con el compañero casual de viaje —. De hecho yo manejo con propiedad las dos posibilidades, es decir, tener la palabra y dar su o sus acepciones, o tener las acepciones y determinar con ellas la palabra que las engloba. Esto último, como usted lo sabe, es el reto que nos plantean los crucigramas.

— Pero eso, estimado amigo — dijo el hombre sintiendo plena confianza — también es muy difícil. Claro que la dificultad está en dominar un número significativo de palabras, lo que requiere una memoria privilegiada. ¿Es esa acaso su virtud? — preguntó con ansiedad.

— Si, ese es su caso — interrumpió Fernando que había permanecido callado hasta el momento y oía con mucha atención la conversación —. Él es mi discípulo, Leonardo Prado es su nombre y puede darle una explicación si es que está dispuesto a hacerlo, pues a veces se pone — aseguró sonriendo — un poco duro para comunicarse. Pero todo lo compensa con ese amor inigualable que le tiene a las palabras, a las cuales ha dedicado su vida, sus emociones, sus sentimientos, sus preocupaciones.

— Efectivamente — confirmó Leonardo, a la vez que miraba con cierta reprobación a su tutor — yo tengo, y se lo digo a usted pues me ha caído muy simpático y porque me da la impresión por el tonito de su voz que además de ser como yo, venezolano, es también paisano, de Los Andes. Ese sonsonetico parecido al de los colombianos es inconfundible. ¿Me equivoco?

— No, para nada. Soy tachirense. Nací en San Cristóbal, la capital del estado. Lo que pasa es que soy ingeniero forestal y desde hace dos años trabajaba en Finlandia, atendiendo unos proyectos de manejo de bosques. Es un país con mucha madera y como soy experto en la materia, formado en el Canadá, por vía consular me contactó el Gobierno para ofrecirme la firma de un contrato. Como la remuneración que me ofrecieron era

#### IV Un Encuentro Agradable

atractiva, 17.000 dólares mensuales, decidí venir durante un tiempo para ahorrar algunos reales y después regresar a mi tierra, la que considero única. Deseo montar una empresa constructora, cuyo proyecto he venido madurando desde hace mucho tiempo. Quiero dedicarme a construir casas coloniales con madera, que yo procesaría en cada caso... Sueño con ello — dijo sumiéndose en la imaginación —. Tengo en la cabeza proyectos inéditos, únicos, espectaculares.

— ¡Qué pequeño es el mundo! — manifestó Leonardo mostrando sorpresa — Yo nací y me crié arriba de Betania, un caserío, a unas dos horas y media de Delicias, hacia el norte y muy cercano al río Táchira ¿Ha oído de él?

— Claro que sí, conozco hasta Villa Páez, que está en el camino a Betania. Fui alguna vez cuando muchacho acompañando a mi papá a visitar a su hermano, dueño de una pequeña bodega en esa localidad. Era, a lo mejor han oído hablar de él, de apellido Ramones, hermano de un maestro de nombre Florencio, que nunca se supo dónde estaba después que fue votado del Ministerio por denunciar hechos de corrupción en la administración de la Dirección de Educación del Estado.

— ¡Pero coño, amigo mío! — dijo Fernando entusiasmado — este encuentro tiene visos de mágico. Don Florencio fue el maestro de Leonardo cuando era niño y fue quien lo indujo a leer y conocer el diccionario. A él se le debe todo. Vivía como un anacoreta cerca de la casa de Leonardo, y cerca es hablar a unos cinco kilómetros, en una pequeña granja de unas dos hectáreas, donde sembraba papa y enseñaba a leer y a escribir a los muchachos que le eran llevados sin ninguna regularidad por los campesinos. Casi siempre reacios a hacerlo, pues representaban una mano de obra indispensable para cultivar papa, apio y zanahoria, única forma de sustento en una región fría y sin muchas posibilidades. Su casa era de una sola habitación, en la que se juntaban la cocina, el dormitorio y la

sala, abarrotada de libros tirados por todas partes. El sanitario era un pozo séptico en la parte de atrás de la casa. Se bañaba en la quebrada que se desprende de la montaña, un kilómetro arriba, donde empezaba la planicie, sin que el frío del agua lo inmutara en lo más mínimo.

La azafata interrumpió para ofrecer un refrigerio. Lo comieron sin decir nada. El silencio expresaba con elocuencia la sorpresa de establecer una relación que de ninguna otra manera hubiera sido posible.

El ingeniero, de nombre Diego Ramones, una vez que se tomó el refresco, se quedó pensativo para de pronto, con premura, comentar:

— Esperen, esperen. Sabía algo de ustedes, pero no podía precisarlo. Ahora recuerdo, aunque fue algo muy fugaz porque estaba distraído leyendo el periódico, que capté en la televisora nacional de Finlandia, de soslayo, una noticia que se retransmitía de España, donde hablaban de lo hecho por Leonardo en la Academia Nacional de la Lengua española, en Madrid. ¡Claro que sí! ¡Claro que sí! ¿Cómo fue posible que no lo hubiera recordado desde un primer momento? — Se preguntó Diego, afectando estupor.

— Bueno, aunque ni siquiera nos hemos presentado, ya nos conocemos, lo que creo que nos alegra a los tres, pues no es para menos que venga a nosotros el recuerdo siempre afectivo de don Florencio Ramones, un viejo excepcional, de una vida alegre a pesar de las privaciones con las que vivía. Sólo le importaba aprender y enseñar, y para ello no tenía horario ni días de descanso.

— Por cierto, señor Diego — dijo Leonardo sabiendo que cambiaba el tema de la conversación — mientras usted dormía me atreví a mirar la carátula del libro que leía y que si bien recuerdo tenía por título “Paideia” ¿De qué se trata, si no es molestia?

#### IV Un Encuentro Agradable

— Es, si se quiere, un libro que nos dice todo sobre los griegos, aunque el término en sí mismo significa educación. Se nos dice en el texto que con ella los griegos deseaban la plena y rigurosa formación intelectual, espiritual y atlética del hombre, con lo cual, en definitiva, procuraban darle a sus ciudadanos, desde niños, un carácter humano. La historia es muy rica y extensa. Se lo obsequio, esperando que más adelante, podamos intercambiar ideas sobre su contenido.

La azafata, obligándolos a una pausa en su conversación, recogió los platos, los vasos y las servilletas, a la vez que con una franca y blanca sonrisa, les pidió disculpas.

— Y Diego — preguntó Fernando mostrando interés — ¿qué pudo haberlo hecho desistir de un buen trabajo y tan bien remunerado ¿Es que acaso, se le salió lo latino y se metió en algún lío?

— No, no, de ninguna manera, pero resulta que la vida se me hizo insoportable y voy explicarles la razón. Allí todo es tan pero tan ordenado, que atosiga, y eso me ponía neurótico. No hay un sobresalto, una emoción que surja de alguna irregularidad. Nadie se cuele en una cola, nadie se come un semáforo, nadie toca corneta, nadie tiene motivos para arrecharse cuando el tráfico se congestiona, nadie estafa a nadie, todos los empleados públicos parecen autómatas que hacen los trámites que le son solicitados sin siquiera una equivocación que permita la satisfacción de un reclamo, nadie piropea a una mujer en la calle, ni se queda mirándola a pesar de que pueda tener las mejores curvas del mundo; todo está al día y a la hora. Nadie llega tarde al trabajo, las mujeres son capaces de estar leyendo una revista mientras hacen el amor. Ninguno echa un chiste picante, que pueda hacer reír de verdad. Los compañeros de trabajo sólo hablaban de sus tareas y de nada más, sin siquiera sostener una conversación sobre otros aspectos alegres y mundanos, Las fiestas tenían hora de comienzo y de final, aunque cuando llega esta última,

uno pueda estar bien entonado y con ganas de seguir.

— Pero ¿eso no es bueno, no implica orden y seguridad? — preguntó Fernando.

— Mira, la vaina es como todo. Aparentemente, a primera vista, la cuestión parece extraordinaria, en especial cuando se hacen comparaciones. Pero, todos lo sabemos, es cuestión de formas aprendidas de vivir, de actuar, de pensar, que nos condicionan, pues inducen a una forma determinada de socialización. Por eso, por lo menos en mi caso, me fue imposible sentirme cómodo. Ese orden estricto, casi inflexible, sin variaciones me molestaba. Añoraba día a día, y lo digo sin que me quede nada por dentro, las informalidades, violentar de vez en cuando los horarios, echar un chiste picante, asistir sin límites preestablecido a una fiesta. Añoraba todo lo que considero mío; en especial mi familia. Es la mejor del mundo. Casi todos decimos lo mismo, pero hay algo extraordinario en la mía. Mi papá, hijo de un matrimonio que vivía, si vale el término, en un cuchitril ubicado en un cerro, cuando muchacho se dedicó al robo especializado de bicicletas, junto a sus dos hermanos. Lo acosó tanto la policía que cuando sus padres, mis abuelos, murieron de mengua, se fue a Cúcuta, Colombia, y logró emplearse en una panadería. Atento, aprendió todo lo relacionado con el arte de la fabricación del pan, y de manera muy especial la de las almojábanas, el pan de bono, las paledonias, el pan francés y el de mantequilla. Ahorró todo lo que pudo, y como estaba enredado con una muchacha que trabajaba en el horneado del pan, mi mamá, decidió volver a San Cristóbal, acompañado de dos de los panaderos jóvenes, deseosos de tener nuevas experiencias. Lo hizo, alquiló un pequeño local, compró a crédito lo necesario y empezó a producir, llegando a tener fama su pan, en especial el de mantequilla. Creció el negocio a pasos agigantados. Llegó el momento en que producía para otras panaderías. Modernizó todo el procedimiento y terminó por comprar el local y el edificio en que funcionaba su negocio.

#### IV Un Encuentro Agradable

Hizo mucho dinero y con él construyó nuestra casa, que es una cosa loca. Tiene 10 habitaciones y fue haciendo locales a su alrededor, a medida que cada uno de mis hermanos, somos 14, optaba por un determinado trabajo. Esto fue bueno: uno se dedicó a la quiromancia y la adivinación; otro a la música: vendía instrumentos, discos y daba clases de guitarra; otro se dedicó a la compraventa de libros viejos; otro a la preparación de embutidos y picantes; otro una venta de carne; otro a la fotografía artística; otro a la venta de ropa íntima de mujer; otro a la venta de medicinas naturales y a la preparación de infusiones dizque curativas; otro montó un laboratorio dental; otro un centro de masajes terapéuticos; otro una casa de trucos; otro una zapatería; otro una venta de mercería; otro estableció una academia de baile; y yo fui la excepción, me decidí por los estudios universitarios. Me gradué de ingeniero Forestal. Y parece mentira, ninguno, cosa extraña, le metió el pecho a la panadería.

— Perdonen — dijo volviendo del ensimismamiento de la narración — sé que lo que les he contado no puede tener ninguna importancia para ustedes, pero para mí tiene un significado muy especial y me gusta manifestarlo cada vez que tengo la oportunidad. Cuando nos veamos en el Táchira, así lo espero, los invitaré para que conozcan a mi familia y de seguro van a constatar porque la catalogo de excepcional. ¡Ya lo verán!... Imagínense no más comiéndose una patitas de cochino con caraotas, que mi madre prepara como nadie más, en compañía de una agrupación de cuerdas y con el aguardiente que se quiera beber. La dirección es calle los Jabillos, casa número 23, La Ramonera, en la zona de Paramillo.

— Al contrario — afirmó Leonardo entusiasmado — creo que es una historia más que interesante y de seguro que cuando lleguemos al Táchira, de una manera u otra, te visitaremos. Pero, Diego, antes de que se me olvide, y es lo que quiero que resulte de nuestro encuentro, deseo lo siguiente:

— Siempre tuve la intención de construir mi casa, allá en el páramo y rodearla de un bosque. No preciso de qué, si de pinos o algo parecido, pero sea lo que sea, lo que quiero es un bosque. Y es que cuando niño, me cansaba mirar aquellos peladeros, casi yermos, y soñaba con árboles frondosos rodeando una casa grande, de amplios corredores, en donde cantaran miles de pájaros y el viento se enredara en las grama arrullando los espacios. Por la mitad de la casa, dejar correr la quebrada, como parte de la intimidad. Me ensimismaba mirando frondosidades en los libros del maestro, en fotos de revistas que parecían decir de un mundo más dulce, más completo, más lleno de belleza. Pero estoy desvariando — aseguro manifestando inquietud — pues lo que quería decir es que aprovechando tus conocimientos, espero que hagamos un contrato para que estudies y concretes lo del bosque, es decir, decidas que sembrar y lo hagas, con lo cual puedo cumplir mi sueño. De igual manera, qué casa construir en el centro de ese bosque, sobre la quebrada.

— No hay problema — aseguró Diego — te dejo mi teléfono. Cuando quieras me llamas y nos ponemos de acuerdo para subir hasta el sitio, vemos el terreno, hacemos los estudios de suelos y sembramos lo que con seguridad pueda crecer. A la vez, diseñamos la casa apropiada. A lo mejor resulta difícil lograr un diseño que se adapte al ambiente, al entorno, pero eso es un reto y hay que asumirlo con propiedad.

El tiempo pasó rápido. La amena conversación permitió no darse cuenta del mismo. De pronto, anunciaron el arribo al aeropuerto de Maiquetía. Se abrocharon los cinturones y esperaron el siempre inquietante aterrizaje, a pesar de que invariablemente redefinía tranquilidad.

Una vez en las oficinas de la línea nacional que iría a Santo Domingo, en el Táchira, Leonardo y Fernando registraron el pasaje, cuyo cupo había sido reservado por la agencia desde

#### IV Un Encuentro Agradable

mucho antes. Pero cuando Diego, queriendo acompañarlos quiso comprar el suyo, la atenta recepcionista le indicó que el cupo estaba completo, que no era posible venderle el boleto para ese vuelo.

Resignados se sentaron en el cafetín, pidieron su marroncito. Estaban bebiéndolo, cuando un hombre de color un poco subido, bien vestido, se acercó a ellos y sin siquiera pedir permiso se sentó en una de las sillas, al lado de Diego.

— Amigos — dijo afectando indiferencia — pude apreciar que el señor no consiguió el pasaje en el mismo vuelo, pero si quieren eso se puede arreglar. Sólo les va a costar 3.000 bolos. Si estamos de acuerdo, me da la cédula y en menos de lo que dura un peo en una hamaca, yo le arreglo la vaina. Para que estén seguros, sólo me dan la cédula y la plata me la entregan cuando el compañero tenga su pasaje en la mano. En el aeropuerto todos me conocen, son mis panas y saben de mi eficiencia. La cuestión amigos, es de relaciones y de saber cómo actuar sin pelar bolas.

— Pero — ripostó Diego mostrándose escéptico — la muchacha me dijo que ya no era posible emitir un pasaje más, que ya estaba todo vendido. Yo vi el registro, ella me lo mostró para que me cerciorara ¿Cómo va a lograrlo? No tengo problema en pagar los 3.000, pero explíqueme.

— Usted parece que vive en otro planeta. Aquí todo se vende y todo se compra. Es el poder de los billullos, es decir, de los reales. Este es un país donde los vivianes inteligentes, como yo, y perdonen la modestia, subsisten sin muchos problemas. Voy a contarle cómo se hace la vaina, aunque creo que es un secreto, para que de ahora en adelante sepan que en toda actividad en que se atiende al público, hay formas de ganar plata sin mucha dificultad. La muchacha dice que no hay pasajes. Usted va a la despachadora y esta le mostrará sin que se lo solicite, el listado de pasajeros que copará el avión. Algunos nombres son

ficticios, unos seis en cada viaje, pero son puestos en la lista sólo para llenarla y así, nuestros clientes aprecien mucho más el favor que le vamos a brindar. Seis pasajeros por viaje son 18.000 Bs. y lo repartimos a partes iguales entre el gerente, la despachadora y yo. De paso, algo les damos al jefe de la policía, siempre dispuesto a estirar la mano y a los guardias nacionales. Y si sacamos la cuenta y preparamos el infalible sistema para seis viajes, son 108.000 bolos, suficientes para ir haciéndonos de una buena platica, sin tener que sudar ni una gota. Por lo que les cuento, es fácil entender que de ustedes denunciarme, abusando de la confianza que les he dado al contarles el productivo procedimiento, estarían pelando bola. Nadie les hará caso. Pero le echo el cuento para que se decidan rápido, ya que necesito cubrir los otros cinco puestos. Así que a bajarse de la mula y rápido, antes que pique cabos “pa’ otro lado” y el caballero tenga que pernoctar en una de las bancas o pagar un hotel, corriendo con el riesgo que mañana tampoco consiga cupo.

Convencido y resignado, pero sin inmutarse, Diego le dio la cédula y la plata para comprar el pasaje. No tardó más de media hora en volver. Traía, sonriendo, el boleto y la cédula. Recibió los 3.000Bs. y poniéndose a la orden para otra ocasión, se despidió amablemente, agradeciendo con un tonito de picardía, la colaboración.

— Nada que comentar —dijo Diego sonriendo— es, si se quiere lo bello de este país. Vamos; están llamando para el abordaje.

## V

### LOS ORIGENES

Era veintiuno de diciembre, solsticio de invierno. La lluvia pertinaz pretendía bañar de fertilidad la pobre y rastrera camada de pasto que cubría la superficie del intransigente suelo paramero. Las ovejas, manojos blancos de sumisión, se recostaban las unas a las otras en un intento aprendido de darse un poco de calor. A lo lejos, las enhiestas montañas, en búdica quietud, se iban cubriendo con un manto de tono blanquecino que las hacía desaparecer en un mundo de gélidos presagios. El viento, imperturbable, cantaba sus murmullos de tristeza, batiendo las desvencijadas puertas de las frágiles moradas en que los hombres del frío refugiaban sus limitaciones y amarguras.

Manos afanosas, callosas desde los primeros años de su pertenencia al trabajo de la tierra, nutrían de leña la barrosa cocina, procurando un poco de calor que hiciera propicio el ambiente para el nacimiento de una boca que haría más frágil la subsistencia. El arder de los leños era canción de gloria, adornando de pavesas los espacios y haciendo mustio el escenario en donde se daría el milagro del nacimiento esperado.

Afuera, alrededor de la morada insuficiente, los muros de piedra que el ancestro inquieto arrumó pretendiendo barreras imposibles, como queriendo detener las alucinaciones, reposaban su quietud de siglos cubiertos con una cobija de musgo. Las tejas del techo de la casa se quejaban de las incesantes heridas acuosas de las lluvias. En el abigarrado interior, la luz mortecina de una vela se derramaba insegura, impregnando de tonos surrealistas las paredes, producto de

tantas pinceladas de humo sofocante. El Cristo de madera para la oración de cada día, tallado por callosas manos del hacer sin tregua, centraba la pared en que se recostaba la única silla, dispuesta para apacentar, a veces, las premuras. La desvencijada ventana, boca diminuta, era la única liberación del hermético asilo interior, en que se procuraba cualquier caricia de tibieza.

Ya del aguardiente venido de la destilación clandestina en los callejones, no quedaba nada. Sin él no era posible ahogar la angustia, la frenética espera, neutralizada por su calurosa bondad, abrazo intangible que estimulaba y enardecía. Sólo restaba absorber el hervor del café, para seguir esperando con las ansias en vilo, la llegada de la nueva boca. Quedaba la esperanza de que los compadres se aparecieran con sus consabidas botellas.

El sol tenía días negando sus caricias, obligando al encierro entre las torcidas paredes, pleno de espeso humo que dificultaba la respiración. Lo malo era que cuando la comadrona lo dijera, debían apagar la leña, para evitar que el recién nacido se ahogara con el humo

El tálamo impreciso en que se concebiría el hijo, al antojo de instintos sin premeditaciones, dispone su vetustez acumulada para el ansiado arribo a la vida. Por fin llega la comadrona, doña Concepción, la reviste un halo de amor sacerdotal y su mirada es expresión inacabada de sabiduría antigua. En ella se acumulaba todo el saber para saber vivir, saber morir, y para llegar sin sobresaltos a la otra vida, después del efímero tránsito terrestre. Conocía la totalidad de los remedios y aseguraba tener más capacidad curativa que los médicos del pueblo; además se jactaba de poder leer el futuro sin equivocarse, bastándole mirar profundamente los ojos del procurante. Después de entrar con los aires de importancia que se dan los que se consideran indispensables, caminó lenta, hierática,

hasta el cuartucho, a la vez que reclamaba que no se hubiera hervido todavía el agua, ni quemado las hojas de eucalipto; vieja receta para espantar los malos espíritus que siempre rondan los lechos de las parturientas, tratando de introducir la maldad en el recién nacido, proclive a ello por nacer con el pecado original, sólo perdonado en la pila bautismal. Ordenó a la comadre Regina, con voz aflautada, que le metieran a la parturienta un trapo grueso en la boca para que soportara mejor el dolor. Ésta, diligente buscó la toalla más gruesa y enrollándola como pudo, hizo que María la apretara entre los dientes, provocándole cierta dificultad para respirar.

— ¡Puja María! ¡Puja fuerte! le dijo con tono autoritario a la confundida mujer que con los ojos desorbitados la miraba con preocupación, pues creía que ya venía la criatura. La comadrona le aseguró a la nerviosa parturienta, que el parto iba a ser más fácil de lo que creía a pesar de que era primeriza. De pronto, demostrando una enorme sorpresa, después de palpar en las entrañas como había aprendido desde hacía muchos años, gritó entusiasmada que eran dos. Aclaró con todo sacerdotal que se trataba de una especial bendición de Dios, pues desde hacía muchos años no atendía un parto de gemelos. Recordó que tuvo el privilegio cincuenta años atrás, cuando todavía sus conocimientos eran muy pequeños y sus manos temblaban de inseguridad.

— ¿Y el agua hervida?, Demetrio, requirió con energía. Siempre has sido más pasmado que tu viejo burro, pero ahora es necesario que te apures. Ya tus hijos están en la puerta.

Vino uno primero, flaco como ninguno, y después otro que estaba muerto. A lo mejor Dios se compadeció, dijo para sus adentros doña Concepción, pues para Demetrio y María alimentar dos hubiera sido muy, pero muy difícil.

A la comadrona le sorprendieron varias cosas. El muchacho no lloró cuando le dio la consabida palmada en la espalda mientras lo mantenía boca abajo, agarrándolo por los pies. El llanto lo

suplió un quejido del viento, lo que presagiaba que tendría una vida intensa. El pelo era largo, tan largo que le llegaba a las espaldas. Era una señal, según lo predecía el crepitar de la leña, de que sus consumaciones se sentarían en un pedestal que todos reconocerían. Las uñas de las manos y de los pies, para completar la sorpresa, eran largas, tan largas, que la comadrona, temiendo que se pudiera sacar los ojos, se hiriera la naciente cara, se rompiera los testículos o irritara la pituitaria cuando se sacara los mocos, las cortó como pudo con una vieja navaja. Era una señal, predijo la lluvia golpeando el techo. En su vida habría algo excepcional que lo diferenciaría de los demás.

Nadie se conmovió al conocer que uno había nacido muerto. Todos concentraron su atención en el que nació vivo. Demetrio, el atribulado padre, preparó de inmediato un hoyo en el solar, envolvió a la criatura muerta con una toalla hecha sayal y luego, saliendo con el cadáver en brazos, lo enterró muy cerca del arroyo, pues esperaba, como lo sabía, que al tener siempre cerca el agua podía saciar su sed por toda la eternidad. Por otra parte, hizo el entierro de inmediato, sin ni siquiera rezar un rosario en la casa, pues no quería que la muerte, desde ya, influyera en su hijo vivo.

Llegaron, uno a uno, los pocos vecinos, si es que puede llamarse así a los que viven a kilómetros de distancia y los compadres, marido y mujer, con su buena carga de aguardiente. Todos querían celebrar. El acontecimiento de un nacimiento en aquella fría región era único, en especial porque a temprana edad los muchachos se iban a los pueblos a buscar una vida mejor y podían ayudar a la subsistencia de los padres desde donde trabajaran.

Severino, que tenía el don de invocar los espíritus del más allá, manifestó con un tono que pretendía ser convincente y después de empinarse un buen trago de miche, que con seguridad el muchacho tendría dos inteligencias, la propia y la

de su hermano muerto. Y eso, le aseguró a su atento auditorio, es una ventaja, pues podrá hacer buenas cosas en su vida con doble capacidad.

— ¿Y cómo se llamará? —preguntó la comadre Araminta a la debilitada parturienta.

— Será Leonardo — contestó con voz entrecortada y cansina doña María— Así me han dicho que se llamaba mi abuelo, el papá de mi papá que, según el Demetrio, fue el mejor criador de gallos de la región y que por un pleito por las apuestas, lo cocieron a puñaladas.

Los primeros años de Leonardo transcurrieron absorbidos por la monotonía del interior de su casa y los pequeños paseos que su madre hacía, llevándolo en sus brazos, a los campos en donde se cultivaba papa, zanahoria y apio. También lo llevaba todas las mañanas, despertándolo sin miramientos a las seis de la mañana, cuando el frío arreciaba inclemente, al obligado ordeño diario de las ovejas, cansadas del frío y de buscar sin descanso, entre los montes casi yermos, algunas hojas de pasto que saciaran su hambre. Eran flacas. Las costillas se les veían a través de una piel cubierta pobremente de lana, pero a pesar de todo, y era parte primordial del alimento del niño, daban algo de leche.

La que fue su madrina de bautismo, Carmen Alarcón, quien cumplía un voluntariado en la región pretendiendo alfabetizar a gente a quien no le importaba leer, pues no le era necesario para supervivir en tan inhóspito medio, se encariñó con Leonardo, y además de llevarlo cuando éste tenía unos tres años a Betania, se empeñó en enseñarlo a leer. Para su sorpresa, y de eso conocía pues tenía más de quince años alfabetizando, no había encontrado niño tan precoz. A los cuatro años era capaz de leer e interpretar textos que casualmente no se referían a temas infantiles y como buena evangélica, lo hacía leer pasajes de la Biblia, asombrándose de la rapidez con la que recorría

diferentes pasajes y cómo, en algunas oportunidades, le hacía preguntas relacionadas con lo leído. No tenía interés alguno por los estudios a los que lo obligaban en la escuela primaria. Su indiferencia era tan manifiesta que, a pesar de demostrar una inteligencia superior, salió de la primaria a los 14 años. La madrina logró, después de muchos ruegos, que empezara el bachillerato, pero al año desistió sin que se lo pudiera convencer de volver a clase. Privaba en él deseo de regresar a casa de sus padres. Nadie pudo hacerlo desistir a pesar de que la madrina y los maestros trataban de darle a entender que se trataba de una terquedad. Un domingo, cansada la madrina de las súplicas del muchacho, decidió emprender el camino y lo llevó de regreso a casa de sus padres. La abnegada mujer sentía una profunda decepción como docente al no haber podido inculcar al muchacho algún aprecio para los estudios formales. Sin embargo, se había dado cuenta que tenía una memoria excepcional, que al castellano le prestaba atención especial y que con regularidad le solicitaba el significado de algunas palabras. Por otra parte, leía con avidez lo que le cayera en la mano, excepto los libros de texto, sin distinciones de ningún tipo. Notaba que cuando leía algo y alguna palabra le era desconocida, si no le preguntaba a ella, procuraba el diccionario para averiguar el significado. Parecía que en él se iba labrando una especie de obsesión, que lo impulsaba con avidez a sumergirse en el sugestivo mundo del léxico.

Cuando Leonardo cumplió quince años y ya trabajaba como un adulto en los campos, llegó al sector, buscando una vivienda, un señor entrado en años, posiblemente setenta, bajito, barbudo, canoso, mal vestido, algo encorvado, que denotaba tristeza y en la mirada se apreciaba bondad e inteligencia. Traía en una mula dos cajones llenos de libros y en una pequeña maleta su ropa. El bigote impregnado de nicotina, tenía un tono marrón, que de alguna manera contrastaba con la blancura de las canas. Exhalaba pureza, sosiego, sinceridad.

Al verlo cerca de la casa, María, que miraba las distancias sin mirar nada, con la proverbial hospitalidad de la gente humilde de los páramos, lo invitó a tomarse un café. El hombre, mostrando agradecimiento, bajó de su jumento y de inmediato, ya que el frío calaba profundo, entró al pequeño refugio.

— Siéntese, por favor — dijo solícita María — ya le caliento un poco de café. Aquí uno termina de hacerlo y al minuto ya está frío. También le voy a calentar un poco de leche de cabra, pues se ve muy desmejorado, como si no comiera desde hace mucho tiempo.

— Gracias, muchas gracias — contestó el hombre sonriendo a la vez que con lentitud se sentaba en la única silla, recostaba sobre la pared que como ya sabemos la centraba un Cristo de madera, tallado burdamente, que descansaba sobre un pequeño nicho abierto en la pared, en forma de arco —. Una escuálida vela, ya falleciendo en su inevitable desgaste, alumbraba tenuemente el pequeño espacio. El trapo que cubría la pequeña ventana, ubicada en la pared del frente, traslucía con debilidad algo de la luz del día.

De pronto, cubierto con una espesa ruana, Leonardo salió del cuarto que compartía con sus padres y respetuosamente saludó al extraño. Lo miró con detenimiento, detallándolo de arriba abajo. Luego de saludarlo con respeto, se sentó en el suelo de tierra sobre un cuero seco, a orillas de la cocina, en la que ardía la bendita leña, generosa entrega de calor y de claridad; abrió un díptico prestado por su madrina y empezó a leer ensimismado.

Al hombre le llamó poderosamente la atención aquella escena, plena de sorpresa, al ver a un muchacho, en un ambiente tan sombrío, embeberse en la lectura y hacerlo con tal profundidad que ni siquiera había reparado más en él. Sin disimular su emoción, le preguntó:

— Hijo ¿Qué lees? Veo que estas muy interesado. Se puede saber.

— Sí, señor — dijo Leonardo sorprendido — Leo lo que mi madrina, Carmen Alarcón, quien me enseñó a leer, me presta todas las semanas. Yo no quise seguir en la escuela y me vine a lo que me pertenece, el campo. Ahora leo — dijo mostrándoselo — en el periodiquito que sus compañeros de iglesia publican, los llamados evangélicos, el emocionante pasaje en que Cristo resucitado, después de tres días de muerto, se presenta a sus discípulos, a los apóstoles, demostrando como era capaz de vencer a la muerte. Claro que hay palabras que no conozco, causa por la cual las anoto y ella me dice después su significado. Ha quedado en mandarme un diccionario y no lo ha hecho. No sé por qué, pero me llaman mucho la atención las palabras y quiero aprender lo que significan. Por ejemplo, le tengo que preguntar, si usted tiene a bien contestarlo, ¿qué quiere decir apóstol y qué quiere decir parábola?

El hombre se quedó de una sola pieza, al apreciar que no sólo sabía leer, sino que también se expresaba correctamente, mejor que muchos de sus alumnos en el liceo de la capital del estado. Desde ese mismo momento, tomó la decisión de acercarse íntimamente al muchacho, en su condición de maestro, para enseñarle lo que le fuera posible. Sintió que aquella tarea llenaría su vida, trastocada cuando por oponerse a la arbitrariedad del Gobierno en la administración de la educación, fue hecho preso y liberado después de un año en la cárcel, de la cual acababa de salir y que lo hizo pensar en aislarse, como efectivamente lo estaba haciendo, en un lugar en el cual pudiera vivir sólo con su interior, su poesía, sus alucinaciones y sus libros. Había escogido la región pues un compañero de prisión, sentenciado por asesinato, le describió con lujo de detalles su absorbente quietud. Y después de imaginársela, decidió venir. Traía algunos ahorros y había previsto ir cada dos meses a la capital del estado a cobrar su pensión.

— Mira, hijo — dijo ansioso — yo soy maestro, me llamo Florencio Ramones, y si me quedo por aquí, espero que seamos buenos amigos. Tengo la intención de aislarme, de vivir mucho más arriba, pero, a la vez, poder enseñar a muchachos como tú que quieran aprender en forma libre, sin amarres de ningún a especie a sistemas educativos que yo no he considerado como los mejores. ¡Ah! y lo de apóstol te lo puedo decir. Se llama así al que convierte a su fe a los infieles o también al que propaga, enseña y defiende una doctrina. Pero a su vez, hay que saber que es doctrina, a la cual se entiende como la enseñanza que se da para la instrucción de alguien, o como el conjunto de principios que orientan, como sucede con los cristianos. Como notas — acentuó emocionado — hay una riqueza enorme en las palabras y cada vez que conocemos el significado de alguna, se nos invita a conocer otras que están relacionadas, como viste que sucede con apóstol y doctrina. En cuanto a parábola, que es muy interesante pues como aparece en la biblia con regularidad, a lo mejor te lo ha dicho tu madrina, Jesucristo enseñó y sigue enseñando recurriendo a ellas. Se puede decir que es un relato figurado del cual se deriva una enseñanza. Pero y es lo interesante de conocer las palabras, si no sabes que es figurado, como lo supongo, no vas a entender. Veamos — dijo afectando una pose patriarcal — figurado es cuando se le da un sentido a las palabras distinto al literal, pero, y así seguimos, literal quiere decir lo conforme al sentido propio de la palabra, es decir, a lo que está en el diccionario... Por otra parte — subrayó el profesor emocionado — tenemos resuelto lo del diccionario, pues traigo entre mis peroles el último que publicó la Academia Española de la Lengua. Por si no lo sabes, en España hay una organización de gente que sabe mucho del español, escritores, poetas, novelistas y de otras especialidades, que se dedican a su estudio y adecuación, publicando periódicamente el DRAE, es decir el Diccionario... Ya lo vas a ver, es además un libro bello, un amigo incondicional.

Leonardo, mostrando asombro, sintió que algo tibio le recorría

el cuerpo con celeridad. Le habían gustado más las lecturas que hacía libremente que las clases recibidas, en especial porque no estaban definidas como obligatorias en programas rígidos, ni le eran evaluadas por ningún profesor. Pensó en la posibilidad de consultar el diccionario cuando lo quisiera... Algo extraño lo estaba invadiendo, algo que no se explicaba, pero que le acariciaba su cuerpo y su espíritu

El viejo profesor, sonriendo de satisfacción, se dio cuenta de la emoción que había despertado en el muchacho. Pensó de inmediato, calculando la posibilidad que educándolo a su manera lograría algo de importancia con el joven y que de hacerlo, le permitiría sentirse como un Sócrates revivido.

La señora María, sacándolo de sus lucubraciones, le ofreció con voz pausada y tímida un pocillo de café.

El profesor le agradeció la amabilidad, a la vez que se afirmaba en él la convicción que estaba en contacto con gente especial, más humana, menos egoísta, de vida que a pesar de la humildad les resultaba satisfactoria. Recordó el viejo dicho que sentenciaba “Es más rico el que menos necesita”.

Cuando el visitante tomaba su café, entró apurado a la casa Demetrio. Estaba sudoroso y las manos cubiertas de tierra, señal del agotador trabajo de inclinarse todos los días, para escarbar la tierra, colocar en su vientre las semillas, y esperanzarse en lograr, después de cierto tiempo, una buena cosecha. Entre sembrar y cosechar había un espacio significativo, signado por las privaciones que malamente se cubrían con los pocos ahorros, lo que obligaba a realizar algún trabajo en una de las grandes haciendas que bordeaban el río Táchira, lejos de su rancho.

— Buenos días señor — saludó Demetrio, mirando con detenimiento al profesor, a la vez que le solicitaba a su mujer un poco de café.

— Buenos — contestó con efusividad el maestro, mostrándose amable — su señora me vio frente a la casa y bondadosa me invitó a tomar un café, lo que les agradezco. Por cierto, amigo, yo soy maestro y he querido pasar mis últimos años un poco aislado, para lo que escogí estos parajes. Me gustaría saber si hay alguna manera de alquilar una pequeña casa o algo parecido, pero mucho más arriba, donde el frío arrecie más. Es que además tengo la intención de enseñar a los muchachos de la zona que quieren aprender, sobre todo a leer y escribir. Por cierto — enfatizó — no sé si se habrá dado cuenta de la inteligencia asombrosa de su hijo. Yo he dado clase durante más de cuarenta años y nunca vi a un muchacho de su edad leer y hablar con tanta propiedad. De usted permitirlo, yo lo guiaré para que aprenda mucho más y a lo mejor, no se sabe, pueda mañana ser un exitoso profesional que les ayude.

— Bueno maestro, le doy la bienvenida, pero y perdone la impertinencia ¿por qué tuvo que venirse de la ciudad a pasar trabajo en estas tierras aisladas, sin muchas posibilidades de lograr algo bueno? ¿Y su mujer y sus muchachos? ¿Los va a traer más adelante? En cuanto a la casa, hay una, pero muy mala, más o menos a cinco kilómetros arriba, cerca del pie de monte y que está a la orilla de la quebrada que llaman la Roncona. El camino es muy malo y se pone muy resbaloso cuando llueve. Es de un amigo mío, medio pariente, que consiguió una chamba fija en una finca de Rubio y se fue para siempre. Me dejó dicho de que si alguien quería comprarla, la dejaba por 8.000 bolívares, pero creo que medio arreglarla va a ser caro. Está lejos y la posibilidad de llevar muchachos para enseñarlos, lo veo difícil.

— Mire, Demetrio ¿es ese su nombre, verdad? Yo no tengo mujer ni hijos. Ella y mis dos muchachos murieron en un accidente de tránsito y esa es una de las causas por la que quiero olvidarme de todo. En cuanto a la casa, la compro. Me imagino que tengo que darle la plata a usted para que se la lleve a su compadre,

quien me enviará los papeles de propiedad. Por otra parte, me decidí a venir aquí, por recomendación de un compañero en la cárcel que me lo describió y me hizo imaginármelo como bello. A lo mejor lo conocen, me dijo que se llamaba Dioniso Zambrano. Y ahora lo compruebo, tenía razón. Es así, es un sector magnífico. Y sobre el haber estado preso en la cárcel es bueno que sepan que no estuve allí por algún delito. Me hicieron preso porque criticaba mucho al gobierno y de manera especial la forma en que se llevaba la educación.

— Señor, — aclaró Demetrio — eso no tiene propiedad. Ni siquiera yo tengo papeles de la mía. Aquí, en este aislamiento, la gente construye donde le provoque, siempre y cuando no sean tierras de algún hacendado. Yo le llevo la plata y punto. Conozco a un albañil en Villa Páez, más abajo de Betania, que como tiene una camioneta, puede arreglarle la casa, trayendo él mismo lo que se necesite. Es de un solo cuarto, más o menos grande. Tiene que hacer una letrina a menos que quiera hacer lo suyo en el monte, cosa que es común en estas tierras, pero con el problema que cuando el frío arrecia es difícil aguantarse acurrucado al aire libre. Ese señor, que se llama, Justiniano, también puede traerle el mercado cuando usted se lo pida. Mientras arreglan la casa, lo que creo se llevará su tiempito, usted puede quedarse a dormir aquí en la sala. Tengo un cuero que le servirá de cama. ¡Ah! En cuanto al Zambrano, claro que todos lo conocemos, era famoso por robar ovejas y gallinas que vendía en Delicias. Jugador de cartas y borracho. Lo habían hecho preso más de una vez, hasta que un día un hacendado lo cazó robándose una oveja y le dio un tiro en la pierna. Después de ser curado en la medicatura, se perdió para siempre.

Don Florencio, al cabo de un mes, había logrado la amistad del muchacho y al precisar sin equívocos sus cualidades excepcionales para la lectura y el manejo memorizado de las palabras que descubría en cada texto que le facilitaba, puso a su disposición los libros que como un tesoro había traído

consigo. Notó, con asombro, que el muchacho no descansaba de leer y de recurrir al diccionario para aclarar dudas sobre palabras que no conocía. Lo hacía todo el día, en la noche hasta eso de las once y en la madrugada a las cinco de la mañana. Comprobaba que la asimilación era extraordinaria. Nunca había tenido un alumno ni por asomo parecido. Lo que más lo obsesionaba era el diccionario, en el cual se concentraba con especial obstinación. Para completar su asombro, constató día a día, que Demetrio aceptaba sin decir nada lo que el muchacho hacía y por lo que dejó de trabajar. Algo le decía que aquello iba por un buen camino y que su hijo lograría algo que no podía imaginarse, pero que lo presentía. El viejo profesor fue aceptado como uno más de la familia y éste, para no convertirse en una carga, le daba a Demetrio, cada vez que iba a Betania, dinero para el mercado.

Llevó sus libros y sus pertenencias en lomo de mula hasta su nueva morada. Con la ayuda de Leonardo acomodó y clasificó los libros y después de tanta incomodidad para dormir, lo hizo placenteramente en la cama nueva que había comprado. Trajo una pequeña cocina, algunos vasos y platos. Sal suficiente para mucho tiempo, azúcar y enlatados. Pensó en comprar para Leonardo una cama, cobijas y unas mudas de ropa. Calculaba que se bañarían en la quebrada y harían sus necesidades en el pozo séptico que le construyó Justiniano, el albañil.

Al instalarse acompañado por Leonardo, insistía en preguntarse, sin poder lograr una explicación satisfactoria, como Demetrio, sin ninguna oposición ni exigencia, le permitió a Leonardo que viniera con él, bajo la promesa de que éste podría desistir de sus enseñanzas cuando lo creyera y entonces, regresar a su casa



## VI

## PROGRESANDO

El maestro Florencio era impactado día a día por el asombro que le causaban los rápidos y sólidos progresos alcanzados por su pupilo en tan sólo un año. Comprobó que ya sabía todo respecto de las partes de la oración. Notaba, con algo de preocupación, que al muchacho mucho más que el texto, el argumento o la descripción de lo que leía, le interesaban las palabras nuevas que encontraba en sus innumerables lecturas. A medida que iban apareciendo, las buscaba con afán en el diccionario o le preguntaba a él su significado, lo que consideraba una forma acertada de leer, pues siempre había insistido a sus alumnos que si en los párrafos que se leían se presentaba alguna palabra no conocida y no había preocupación por averiguar su acepción, era muy difícil entender a cabalidad lo escrito.

En uno de los tantos ratos en qué conversaban sobre generalidades, entusiasmado, a la vez que encendía su tabaco, le dijo a Leonardo que sin que se diera cuenta, venía contando y anotando los títulos de los libros que había leído en el año, que llegaban a la considerable suma de 70 y que extrajeron de ellos más de 2.000 palabras nuevas, cuyo significado logró memorizar. Eso, por Dios, no es nada común — le aseguró encarnando las cejas, a la vez que expelía con fuerza el humo del oloroso tabaco —. Debes entenderlo como algo extraordinario, imposible de explicar. Le aseguró que un día se envalentonaría e iría a la universidad a consultar a los especialistas, psicólogos, neurólogos y lingüistas, para que le dijeran algo convincente sobre la razón de tal prodigio. También, con reiteración, le preguntaba a Leonardo cómo explicaba él de lo que era capaz y cuál era su opinión en cuanto a ir algún día a la universidad y enfrentar los interrogatorios a que sería sometido.

Leonardo, siempre amable y respetuoso con su maestro, en cada oportunidad en que le hacía las mismas preguntas, a la vez que miraba con asombro cómo se mantenía la ceniza del tabaco que fumaba sin caerse, le recordaba que ya habían tratado el tema muchas veces. Terminaba siempre por ratificarle que lo único que le importaba era el hecho de cada día se divertía más con memorizar el significado de las palabras; que era un goce único, al que lo impulsaba un algo desconocido; que le daba mayor satisfacción que aprender el contenido del texto, aunque ponderaba la importancia del mismo en su formación.

Una noche en que pretendían neutralizar el frío con un café bien caliente y con una conversación fluía, diáfana, Leonardo le pidió al profesor que le permitiera dedicarse la mayoría del tiempo, sin dejar de leer, a revisar el diccionario y aprender tantas palabras como le fuera posible. De igual manera, le aclaró con un dejo de picardía, esperando una de las acostumbradas reacciones emocionales del profesor cuando suponía que no era comprendido, que para nada le interesaba la opinión de los especialistas, pues de ninguna manera iban a aumentar sus capacidades ni a variar su forma de ser. Le insinuó que podría ir comprobando sus progresos cómo lo creyera conveniente y eso era más que suficiente. Le recordó que ya en muchas oportunidades le había manifestado no tener interés en saber lo que determinaba su capacidad memorística, enfatizando que lo que pasaba pasaba y no era nada malo. Lo que hago, — reafirmaba con seguridad — no me causa ningún malestar y eso es lo importante. Propuso, como parecía razonable, que podría empezar por la A y así sucesivamente, hasta llegar a la Z.

— ¿Qué le parece? ¿No vale la pena intentarlo? Yo tengo el convencimiento de que lo puedo hacer...Me veo llegando con éxito a la Z sin haber olvidado nada de lo anterior. Y si es así, “profe”, creo que habré logrado algo que me llenaría a plenitud, sin importarme lo demás.

El maestro se quedó hecho de una sola pieza. Lo que el muchacho le proponía, o mejor se proponía hacer, no tenía precedentes que el conociera. Era un reto casi imposible de enfrentar con éxito. Recordó las más o menos 88.000 palabras del castellano, asentadas en el diccionario, y no podía concebir que alguien por muy capaz que fuera, lograra memorizar ni siquiera un porcentaje significativo. Pero, a la vez, pensó que del muchacho todo podía esperarse, pues tenía entereza y seguridad en sí mismo. Además, dimensionó que de lograr cierto éxito en lo que se proponía, podría hacerse famoso, pues aunque era enemigo del espectáculo, no había nada de malo en que se presentara dando a conocer sus capacidades y con ello lograr una forma de vida satisfactoria, sin que nada le faltara a él y a sus padres.

— Bueno, Leonardo — dijo asintiendo, procurando no manifestar con su mirada algún tipo de duda — si es tu deseo, lo respeto. Fijémonos un plan que nos sirva de orientación. Lo que me parece más adecuado es que lo hagas en forma ascendente, es decir, empezar por la A, seguir con la B, y así, sucesivamente. Estableceremos un horario diario repartido en el tiempo que emplearás para memorizar y el que yo utilizaría para las comprobaciones correspondientes, incluyendo una valoración sistemática del acumulado. Creo y te pido lo consideres, desechemos las palabras utilizadas para identificar productos químicos, metales, árboles, medicinas, lugares geográficos, expresiones singulares de determinados países y cualesquiera otras relacionadas con estos aspectos. Hablaré con tus padres, a quienes invitaré a almorzar el próximo domingo. Les explicaré lo que hemos convenido, si es que no hay observaciones. Ellos, por ventura, ya están claros en que lo tuyo son los libros y que nunca servirás para sembrar papas, zanahorias o apios, y mucho menos para ordeñar cabras, aunque sé que te gusta hacerlo. Por otra parte, les pediré que te permitan vivir conmigo, lo que con seguridad aceptarán pues tengo la certeza que creen en mí.

Todo se concertó como el maestro Florencio lo había planificado. Leonardo regresó a su casa, metió sus macundales en una bolsa de plástico y se mudó. Sin duda era lo conveniente pues de no mudarse, perdería mucho tiempo en un ir y venir todos los días por un camino agotador, largo y lodoso, aunque nunca su transitar le había fastidiado, pues se sentía pleno de vida al absorber la tranquilidad de un ambiente puro, que aunque pobre en variedad de paisajes, no dejaba de tener un encanto que subyugaba, a lo mejor por la densidad del silencio, sólo interrumpido de vez en cuando por el cantar de algún pájaro...Por otra parte, no caminaría sólo, como solía suceder. Había notado, sin que pudiera darle una explicación, que una bandada de falenas, revoloteando sobre su cabeza, lo acompañaba siempre, excepto cuando estaba dentro de la casa. Era asombroso que supieran cuando iba a salir, pues lo esperaban en la puerta en cada oportunidad.

Para facilitar la lectura, don Florencio hizo que le trajeran dos lámparas de gasolina y dos potentes linternas, de manera tal que sustituyeran las velas, cuya iluminación no era satisfactoria y que sin la menor duda menguarían la capacidad visual del muchacho. Estimando, de igual manera, que debería dormir bien, descansar con propiedad para recuperarse del esfuerzo diario, compró para el muchacho, como lo había pensado, una cama, un buen colchón, sábanas y una gruesa cobija. Y aunque sabía que le costaría acostumbrarse a su uso, tres pijamas, pues en el páramo se dormía con la ropa puesta para contrarrestar el frío.

La madrina de Leonardo, que visitaba regularmente la familia, se sentía satisfecha que fuera protegido por tan buen hombre, y que con este pudiera avanzar, dadas las condiciones que en un principio ella había apreciado en su ahijado. Un día se despidió. Su iglesia había decidido, dada su dedicación, que fuera a formarse en una prestigiosa universidad evangélica en los Estados Unidos. Ese día, botando la casa por la ventana, hicieron un asado de ovejo y bebieron Coca Cola.

El muchacho se paraba a las cuatro de la mañana y de inmediato hacía café, tal como lo había aprendido de su madre, para después de tomarlo, abrir el diccionario y empezar, haciéndolo en voz alta, a decir las palabras y sus acepciones. Como se había acordado, empezó, en orden, por las palabras que comenzaban por A: prefijo negativo o positivo; Aaaban: plomo... El profesor lo oía sin levantarse de la cama, sentía como si cada palabra dicha y su acepción, fuera una canción entonada con devoción. Después de un rato, el profesor salía de la casucha y caminaba al menos durante media hora, incluyendo en esa caminata diaria ir a lavarse a la quebrada y traer un tobo de agua. Un día, acompañado de Leonardo, decidió ir hasta la laguna que sabía ubicada en lo alto de la montaña. Había comprado lo necesario para pescar, pues sabía que en años anteriores, investigadores universitarios especializados en ictiología, sembraron truchas. Sin embargo, para su decepción, ni siquiera sintió que hubieran picado. Dedujo que tal como era costumbre en el país, se daban los pasos iniciales, pero no se mantenían los programas. Era posible una falta adecuada de alimentación, ya que a lo mejor en la laguna no habían los alimentos comunes del codiciado pez: lombrices y otros invertebrados, insectos y peces pequeños. Aprovecharon el regreso para que el profesor fuera preguntado la acepción de las palabras que empiezan por A. Preguntó sobre unas cuarenta. Leonardo sólo dudo con Agramiza, pero de inmediato recordó: Desperdicios del Cábamo del lino después de agramado... Aspirando con fuerza el aire puro del ambiente y haciendo cabalgar su vista por sobre la quebrada, el profesor estimó que el progreso era evidente y que aunque seguía dimensionado como imposible un dominio total, el muchacho alcanzaría un éxito único.

Leonardo, rutinariamente desayunaba, luego descansaba media hora y seguía hasta el mediodía metido de cabeza en el diccionario. Almorzaba. Por indicación del maestro salía y caminaba por el campo durante una hora. Regresaba y estudiaba hasta las ocho. Luego, durante una hora intercambiaba

opiniones y preguntas con el maestro. Concluido el día estudiaba hasta las once o doce de la noche...Cumplido el programa diario y a pesar que se comprobaban objetivamente los significativos progresos, en el muchacho empezaron a aparecer ojeras y no podía dormir con propiedad. Por tales razones, don Florencio redefinió el programa, dando por concluida la jornada a las ocho y no a las once o doce de la noche, esperando que Leonardo durmiera mucho mejor.

Pasado un mes de intensiva dedicación, el maestro empezó a explorar una vez más lo que había logrado dominar Leonardo en cuanto a palabras que empezarán por A.

— Veamos, Leonardo — insinuó expectante.

— ¿Acerval?

— Vulgar, común, que pertenece al montón.

— ¿Acurujar?

— Cubrir, tapar la lumbre con ceniza para conservarla.

— ¿Alcuño?

— Sobrenombre.

— ¿Alfoli?

— Granero.

— ¿Amasía?

— Concubina,

— ¿Apsiquia?

— Desmayo.

— Muy bien, muy bien, Leonardo. Creo que lo has logrado con

la A. Veamos unas más.

— ¿Avoleza?

— Vilesa, maldad.

— ¡Axinomancia?

— Arte de adivinar por medio de un hacha clavada en un poste.

— ¿Azcona?

— Arma arrojadiza, como el dardo

— ¿Aviltación?

— Evileciemiento.

Don Florencio, emocionado, a la vez que aplaudía y le daba un abrazo efusivo, le aseguró que no tenía la menor duda de que debía entender, pero con humildad, que era un genio, un ser especial. Imagínate si resulta que eres capaz con el resto del diccionario. Nadie lo va a creer hasta que se lo demuestres. Aunque no haya sido el objetivo, pero en todo hay que pensar, puede que esas demostraciones te puedan resolver los problemas económicos, es decir, te den para vivir.

Con cierta inseguridad Leonardo le manifestó que no lo creía, pues presentarse en público en una especie de interrogatorio y delante de un público, lo haría sentir como si estuviera haciendo un vulgar espectáculo y eso no iba con él. Es tanto — le aclaró al profesor — que tal idea lo preocupaba a diario, incluyendo algunos sueños, en los que se veía llegando con un auto hecho de letras, a un auditorio hecho de letras y lleno de gente hecha de letras, sentada en butacas hechas de letras, que lo miraban de manera tal que le parecía que lo hacían igual que cuando en el circo se reían de los payasos...Eso, profesor, es una constante.

El profesor, tratando de ser conciliador y al saber que nada debía precipitarse, le aseguró que si bien el criterio era válido y respetable, de todas maneras llegaría el momento, en que bajo condiciones especiales lo haría para lograr la subsistencia y mejorar la vida propia y la de sus padres. No nos precipitemos — le dijo tratando de ser convincente — eso lo decidirás más adelante. Por otra parte, este prodigio no puede quedar entre nosotros, sería como si nos llenáramos de egoísmo. El mundo tiene que conocer, creo que es su derecho, la magnitud de las dotes que Dios con generosidad te ha dado.

El tiempo pasaba sin variación alguna, aquietado por la diaria neblina y el frío que obligaba al refugio, facilitando la concentración en el estudio. Sólo distraía a Leonardo la rata que día a día, como una compañera fiel, se quedaba mirándolo, esperando que le diera alguna migaja de pan. Lo hacía con alegría, como si se tratara de un deber.

En un año el muchacho memorizó las acepciones de las palabras que empezaban por las letras de la A,B,C,D,E,F y G, siempre con la evaluación estricta del maestro Florencio, quien día a día, al constatar los progresos de su pupilo, admiraba con mayor intensidad lo que estaba sucediendo; no era para menos. Que supiera, nadie, en ninguna parte, en ningún idioma, había logrado dominar tan significativo número de acepciones...Después de tantos desengaños — se decía complacido — y de haber sentido los embates de mediocres, ignorantes, y envidiosos, lo que estaba viviendo compensaba cualquier amargura anterior, por fuerte que hubiera sido

Pero un día aciago, cuando Leonardo lleno de satisfacción terminaba de memorizar las palabras que empezaban por M, como si algo relacionara los hechos, encontró muerto a su querido profesor. El rostro se manifestaba tranquilo, como lleno de satisfacción. Mirándole, entristecido, gruesas lágrimas le enjuagaron el rostro. Sin quererlo, precisó como

nunca antes, la nicotina que impregnaba la parte inferior del bigote y el hermoso pelo blanco, blanquísimo, sobre el que se recostaba su cabeza. Quiso gritar, reclamarle a Dios, pero no pudo a pesar del deseo de hacerlo. La rata, pareciendo darse cuenta del drama, miraba con insistencia de roedor la cama donde reposaba el maestro, también acostumbrado a verla a diario. No había lágrima que pudiera diluir la pena que obnubilaba la mente del muchacho, al dimensionar por primera vez la crueldad de la muerte. Le cerró los ojos que un tanto exoftálmicos, sobresalían como queriendo ver la eternidad. De pronto, algo convulsionó al cadáver y una bocanada de humo de tabaco impregnó el espacio con un olor penetrante ¿Una despedida? ¡Posiblemente!.

Se le autorizó, así lo decidió el alcalde del municipio, después del visto bueno del médico encargado de la medicatura y del padre Samuel, párroco de Betania, a enterrarlo cerca de su casa. Su padre y los compadres abrieron la fosa. Ricardo, el carpintero, hizo un tosco ataúd y envuelto en el humilde sayal de su desleído traje negro, fue llevado de nuevo al polvo del origen. Decidió que la tumba estuviera cerca de la quebrada, a unos tres metros de su orilla, pues pensó que lo podía arrullar con su coro de murmullos durante todo el sueño definitivo. Una vez colocado el ataúd en el fondo de la fosa, no quiso que nadie más lo cubriera de tierra. Él solo lo haría. Hendía la pala con desesperación. Sudó con profusión a pesar del frío, Al terminar se sentía satisfecho. En ese momento, fue inevitable, no pudo contener el llanto y arrodillándose, ensimismado, sin atender los que estaban a su lado, rezó con devoción un Padre Nuestro, elevando la voz al cielo, que se fue haciendo cada vez más delgada a medida que llegaba al amén. Los demás, en señal de respeto, también se arrodillaron y rezaron. Para estupefacción de los presentes, por lo sorpresiva e inexplicable, la bandada de fanelas que acompañaba siempre a Leonardo, se posó sobre la tumba, como si quisieran acompañar al muchacho en su dolor. Al padre Samuel no le pasó desapercibido hecho tan

extraordinario. Algo muy especial y diferente — se dijo — debió adornar la vida del respetable profesor.

Leonardo se prometió que de triunfar en la vida, en algún momento le haría una hermosa tumba, que saturara los espacios yermos de los alrededores. En cada lado de la urna sembraron un pino que señalara sin equívocos el lugar del descanso del buen hombre. Después del entierro, fue inevitable preguntarse con angustia qué hacer en adelante. Podría seguir, así lo estimaba, con su proyecto contando ahora exclusivamente con su voluntad y sin la guía de quien había sido un segundo padre, pleno de comprensión, de amor y de sabiduría. La tarde fue haciéndose de un gris pesado y una garúa acarició sus cabezas con suavidad. Regresó a la casa. El padre y los demás decidieron irse de inmediato camino abajo. No querían que los cogiera la noche, que se presagiaba negra como ninguna.

Sentado en su catre, ofuscado, atormentado, lleno de desolación, asumió esa primera noche sin el maestro descansando en su cama, sintiéndose abandonado hasta de Dios. Pensó con resolución que por la memoria de ser tan singular, por el deseo vehemente que tenía de verlo triunfar sin ningún egoísmo, debía sobreponerse a cualquier duda o dificultad y seguir adelante, ahora con mayor dedicación. La rata lo miraba con tal fijeza, que creyó que quería hablarle. Todo lo que lograra — se decía con insistencia — lo haría por él. Desde ese momento, día y noche, sabía que sentiría la presencia de don Florencio y que con seguridad en determinadas oportunidades lo vería tendido en su cama y con el infaltable cigarrillo en su boca, pensando en inmensidades.

Tan amarga experiencia lo alejó durante un mes de sus estudios. Le resultaba imposible concentrarse cuando pensaba en la grandeza humana de su mentor, que sin restricciones de ninguna especie se había dedicado a hacerle concretar su excepcional proyecto. Pero tenía conciencia que para continuar

debía sobreponerse y lo fue logrando poco a poco, pues también en su caso se cumplía aquello de que el tiempo lo diluye todo.

Transcurrió un mes de intensos y neuróticos estudios del diccionario, como queriendo recuperar el tiempo perdido. Ya no tenía al profesor que lo examinara, causa por la cual optó por abrir el diccionario al azar, escoger cualquier palabra que empezara por la letra en estudio, y después, de leer una o dos veces la o las acepciones, las escribía. Le resultaba más trabajoso tener él mismo que hacer las comprobaciones a diferencia de lo fácil que resultaba con el maestro Florencio. Pero, a pesar de la soledad y las nuevas dificultades, sabía que su progreso era enorme, lo que lo animaba a acentuar sus horas de estudio, convirtiéndose prácticamente en un maniático, cuya incipiente barba creció con desmesura. Comía lo poco de lo que le enviaba su dedicada madre cada tres días con su padre o con algún amigo. Ella, no hacía ningún comentario cuando los mensajeros le decían con preocupación, que estaba flaco, asténico, enjuto, con ojos exoftálmicos como si siempre mirara mucho más allá de su entorno. Sólo la preocupaba, demostrando percibir mejor que todos lo que su hijo se proponía, que optara por desistir. La consolaba saberlo sin la menor duda un hombre de envergadura y capaz de saber y amar lo que estaba haciendo.

Obviando todas las limitaciones y dificultades, había llegado exitosamente a la K y la acumulación de palabras no parecía representar una mayor dificultad, pues hacía recorridos permanentes para constatar una y otra vez que lo memorizado con anterioridad, no producía ningún efecto sobre lo nuevo que aprendía, construyendo paso a paso un todo que lo llevaría hasta la Z sin problemas insuperables.

Un día su padre, también muy preocupado, fue a Betania a vender las papas cosechadas y con lo cobrado, decidió hacer un poco de mercado y comprar lo más urgente para su casa. Supo

en el mercado por boca de un compadre suyo que a la escuela había llegado un nuevo maestro y que a pesar de lo joven era muy bueno y preocupado, no sólo por sus clases, sino por ayudar en todo lo que podía a la gente del pueblo. Conocidos estos pormenores, creyó conveniente buscarlo y comentarle lo concerniente a su hijo. A lo mejor le daba buenos consejos y lo orientaba sobre la conducta a seguir.

Se acercó a la escuela después de hechas sus diligencias y le preguntó al portero por el nuevo maestro. Este, con amabilidad, pero pronunciado con dificultad las palabras por la bola de chimo que tenía en la boca, le explicó con aburrimiento que el profesor, de nombre Fernando, venía de la capital del estado para dirigir la escuela. Hasta ahora todos están contentos con él. Es — le dijo — un tipo amable, trabajador, que ayuda a solucionar problemas de la escuela y del pueblo, a diferencia de la amargada vieja Manuela, la anterior directora, a la cual todos consideraban una cascarrabias que sólo sabía mandar y regañar a alumnos y representantes, por las cosas más insignificantes. Creo — juzgó el hombre sin reparar la impertinencia, a la vez que soltaba, sin ningún desparpajo un escupitajo de chimó — que su arrechera era debido a que nunca tuvo un macho. Dicen que era virgen, pues de ello hacía alarde.

— ¿Y cómo podré hablar con el Director? — preguntó ansioso Demetrio, fastidiado de la inconveniente conversación del portero — tengo algo muy importante que quiero que sepa y me aconseje.

— Que coincidencia — dijo el portero — allí viene casualmente. Es ese alto, que se acerca acompañado de la profesora Mariela. Háblele que con seguridad no se va a molestar.

Un hombre flaco, joven, de ojos vivaces, de piel un tanto morena, pelo ensortijado muy negro, cejas pobladas y de por lo menos un metro y setenta y cinco, se acercaba a él con pasos

vigorosos, en demostración de plena salud. Vestía un traje que se apreciaba barato, de color gris, acompañado de una corbata negra. Esto le resultó un tanto extraño a Demetrio, pues en aquel pueblo sólo se veía con corbata al prefecto, y eso, cuando había algún acto público, en especial las celebraciones de las efemérides patrias.

— Profesor, perdone usted — dijo el portero con respeto — este señor dice que tiene algo importante que comentarle y le pide que le permita hablar con usted.

— Claro — afirmó el hombre a la vez que le tendía amablemente la mano a Demetrio, quien apreció el gesto con una leve inclinación de cabeza —. Si es tan importante como dice, es mejor que vayamos a la Dirección y conversemos con tranquilidad, estimado señor.

— Demetrio “pa ´ servirle”.

Entraron a la pequeña habitación que fungía de Dirección. Un escritorio y dos sillas era todo el mobiliario. En un estante, ubicado en las espaldas del maestro, algunos libros empolvados y sobre el escritorio una ruma de papeles, en completo desorden. La secretaria atendía en el pasillo, a la entrada, en una de las sillas que se utilizan en el aula, al lado de la cual en una mesa muy pequeña, descansaba una vieja máquina de escribir. Al lado derecho del escritorio del profesor, se aburría un ventilador que no funcionaba. El cuarto era un horno. Por la ventana situada en la pared de la izquierda, no entraba ni un mísero sople de viento, pero si un persistente rayo de sol. El pobre maestro no dejaba de enjugarse el sudor con su pañuelo, a la vez que tomaba agua sin parar, de una jarra situada en el escritorio

De inmediato, mirando con fijeza a Demetrio, el profesor le solicitó, una vez sentado en la silla detrás de su pequeño escritorio y le indicaba al humilde hombre que lo hiciera en

la que estaba en frente de éste, que le contara con detalles lo que lo preocupaba y que lo hizo venir a él. Con amabilidad y esperando lograr la confianza requerida, de inmediato le aseguró que al conocer los pormenores de lo que lo preocupaba, si estaba a su alcance, le ayudaría de la manera más conveniente a resolverlo. Se oía el bullicio de los muchachos que jugaban aprovechando la hora del recreo.

El profesor notó que Demetrio estaba incómodo pues no podía quedarse quieto en su silla y que le resultaba difícil empezar a hablar, causa por la cual, armado de paciencia y conocedor de cómo proceder en esos casos, con mucha delicadeza, esperó un rato antes de solicitarle de nuevo que le diera a conocer lo que lo preocupaba.

Demetrio, apreciando que nunca lo habían llamado señor y después de respirar ansioso, le contó con lujo de detalles todo lo relacionado con su hijo, recalcando con orgullo lo de la memorización del significado de las palabras. Le narró la historia paso a paso, haciendo hincapié en todo lo que había hecho por él, el profesor Florencio, a quien su familia quería mucho por buena gente. No omitió la paupérrima forma en que vivía su hijo, a la vez que alabó lo férreo de su decisión.

El profesor Fernando oía embelesado lo que el rústico hombre le contaba. No daba crédito a lo que le dijo sobre la memorización de las palabras, más, pensó a la vez que dibujaba en su rostro un gesto de duda, tendría que comprobarlo por sí mismo y, de ser posible, si era cierto el prodigio, convertirse en el nuevo tutor de tan extraordinario joven. Recordó que Andrés Bello, Rubén Darío y Jorge Luis Borges, se habían distinguido, entre otras cualidades intelectuales y creativas, por el dominio de un léxico extraordinario...Le resultaba imposible aceptar así, de primeras a primeras, que un muchacho encerrado en una casucha en el monte y con la orientación que había tenido de un viejo profesor, pudiera superar a estos tres baluartes

del idioma. Pero todo — pensó eludiendo la incredulidad y recordando a Dios — es posible si este lo decide. Dimensionó de inmediato lo que podría representar para el país y el mundo, en especial de habla hispana, que alguien pudiera alcanzar conocimiento de tal magnitud.

Mostrando interés le sugirió a Demetrio que estaría dispuesto ir con él si lo creía conveniente, el próximo sábado hasta donde vivía el muchacho y así hablar largo y tendido con éste. Le aclaró que no debía preocuparse, que si era cierto lo que le contó, estaba frente a algo grandioso, la existencia real de una memoria que Dios le ha dado a muy pocos hombres. ¡Su hijo es algo grandioso, señor ¡Quédese tranquilo!, alégrese y tenga la seguridad que debe sentirse orgulloso, aunque no entienda del todo de que se trata, pues si compruebo lo que me dice y después logro convencerlo, su muchacho será famoso en todo el mundo ¡Ya veremos!

Demetrio, se mostró vivamente emocionado por lo que había oído. Los ojos se le aguaron al vislumbrar lo que era posible que su hijo alcanzara. Lo espero el sábado en mi casa — invitó a la vez que se paraba de la silla—, cualquiera de los que tienen jeep pueden llevarlo. El sitio donde vivo lo conocen como conocen la neblina. Yo mismo lo acompañaré hasta donde está Leonardo y de paso, dijo sonriente al sentirse distendido, nos iremos tomando un calentao para amortiguar el cansancio y matar el frío. El ruido en el patio había desaparecido. Los muchachos entraban de nuevo a los salones, después de sonar el timbre anunciado el fin del recreo.

Una vez que Demetrio se despidió, el profesor siguió preguntándose si no se trataría de una exageración del campesino, el cual, dada su ignorancia, creía que algo era extraordinario sin serlo. Le resultaba imposible concebir que fuera verdad lo que le había contado, aunque en su fuero interno lo deseaba con intensidad. Se reprochó, no tenía

derecho a dudar sin haber objetivamente comprobado lo que le aseguró el campesino. No sabía de alguien que hubiera logrado tal proeza. De haber existido antes, con seguridad la noticia hubiera corrido como pólvora por todo el mundo. Volvió a recordar lo de Andrés Bello, Rubén Darío y Jorge Luis Borges ¿Sería posible que una mente no cultivada pudiera superarlos en cuanto al dominio del léxico?

Era lunes. Fernando sintió que los días previos al sábado se le harían interminables, pues quería conocer lo más pronto posible al muchacho, hablar con él y constatar directamente lo que le había asegurado Demetrio. Ya el gusanito de la curiosidad no se le salía de la cabeza. Pensaba y se emocionaba. Deseaba que todo fuera cierto y que pudiera ayudar a completar lo que el muchacho se había propuesto. También sería parte importante, como protagonista, del éxito. Podía estar en presencia, como testigo de excepción e incluso como coprotagonista, de un hecho histórico que se empeñaría en dar a conocer, para lo cual debería convencer al joven, ya que como lo presentía, sería reacio, al igual que todos los que viven en el páramo, a salir de su terruño, dado el rechazo que tenían por lo urbano, a lo que se sumaba ser desconfiados y un tanto huraños, poco proclives a cambiar su rutina.

Llegó el esperado sábado. A eso de las 7 de una mañana de espesa neblina y frío penetrante, Ricardo, un joven de mejillas rubicundas y amables como el que más, buscó a Fernando en su destartalado jeep, tal como lo habían concertado previamente, para subir a la casa de los padres de Leonardo. A pie, se lo dijeron los conocedores, hubiera significado una caminata de unas tres horas por un camino difícil, casi siempre lodoso, a lo que se sumaban los dolorosos latigazos del frío que venían con el viento, azotando la cara sin clemencia. Incluso, se lo advirtieron, debía ir muy bien abrigado, pues de lo contrario, poco acostumbrado a la inclemencia del frío, podía agarrar mal de páramo y verse así, en la necesidad de regresar antes

de llegar a la Neblina, así llamado el sitio donde estaba la casa de Leonardo. Salió de la pensión de doña Cornelia, único alojamiento rentado del pueblo, cuando oyó la corneta del jeep. Había esperado inquieto en el vestíbulo. Como siempre sucedía, unos borrachitos amanecidos, saturados de aguardiente claro que mal se destilaba en los callejones en forma clandestina, y que por eso le llamaba callejono, se arrebujaban en su propio cuerpo, encogidos hasta donde podían, procurando dormir en la dura cama de cemento que representaba la acera de la plaza. Un policía, uno de los tres que había en la prefectura, sentado en uno de los bancos, mascando chimó con deleite manifiesto, se mostraba indiferente. Ni siquiera se molestaba en despertar a los borrachos, pues eso hubiera sido una carga diaria insoportable, que tendría que repetir sin pausas. A la autoridad local, representada por el Prefecto, no le preocupaban para nada las borracheras de los ciudadanos, pues no había manera de evitar que bebieran miche hasta caer en la inconsciencia. Además, la prefectura no tenía dinero para comprar los desayunos que tenía obligación de darles a los presos, antes de mandarlos a la calle.

Después de una y media horas de constantes saltos, entre piedra y piedra, avistaron la casa de Demetrio. Ansioso, el profesor Fernando, le preguntó a Ricardo que si era posible, después que descansara un rato en la casa de Demetrio, lo llevara hasta la casucha donde vivía el muchacho. El chofer se negó, explicándole que todo el camino era en subida y como se notaba, el suelo se mostraba por efecto de las lluvias, muy fangoso, lo que haría imposible que la tracción del jeep, pudiera vencer esa dificultad, además de tener la posibilidad de que en algunos baches profundos se atorara el vehículo sin poder echarlo ni “pa’lante” “ni pa’tras”. Ante la negativa y las explicaciones dadas por el chofer, el profesor Fernando calculó contrariado que llegar a pie hasta la casa del muchacho, iba a ser muy difícil. Pero — se reconvino animándose — ni siquiera tales tropiezos, lo harían desistir.

Con la cintura hecha álgida sensación y entumecido todo el cuerpo, se apeó con dificultad del jeep frente a la casa de Demetrio. Las piernas le flaquearon. El chofer tocó a la puerta. Les abrió la amable esposa de Demetrio, un tanto sorprendida por tan inesperada visita, de la cual no le había hablado su marido. Les dijo que en cosa de unos minutos Demetrio, su esposo, llegaría, ya que había ido, como era costumbre, a hacer un poco de queso con la leche de las ovejas, tarea que cumplía en el mismo rancho en que se las ordeñaba. La señora, desgredada, con ojos negros tristes, flaca, cara puntiaguda con labios flácidos, cubierta con un viejo vestido blanco con flores azules y rojas, y con seguridad más vieja de lo que debía, estilaba un penetrante olor a humo, señal de cocinar con leña en una casa sin ninguna ventilación, que generaba en la región una frecuencia grande de problemas respiratorios.

Les insinuó con amabilidad después de detallar al profesor desde los zapatos hasta el pelo, que entraran. Como sé que deben tener hambre — dijo — les haré una sopa de papas con cilantro, que de seguro les ayudará a matar el frío y a animarlos. Dicho esto los dejó en lo que podría llamarse la sala de la casa, espacio reducido de unos seis metros por seis, centrada por una mesa pequeña, sin duda el comedor, con dos sillas destartadas compradas a un vecino que se fue al pueblo. El profesor detalló el ambiente: piso de tierra apisonada y paredes de bahareque con manchas surrealistas producidas por el humo y la humedad que se filtraba del exterior a través de ellas. En una de las paredes había una pequeña ventana cerrada y que posiblemente sólo se abriría en días de mucho sol. En otra pared, en un nicho irregular, se apreciaba un Cristo de madera, muy irregular tallado de seguro por gente del lugar, frente al cual brillaba una vela, generando una luz escuálida, muy tenue. La claridad en la sala se debía a la intensa lumbre que esparcía la leña a la vez que se consumía chirriando en el fogón. Tapada la entrada con una cortina de trapo envejecido, se apreciaba una pequeña habitación, de seguro donde dormirían

los padres de Leonardo. El techo mostraba un entramado de caña brava, con los intersticios saturados de barro. Supuso que debía estar cubierto de tejas, pues de lo contrario se hubiera disuelto por efecto de la pertinaz lluvia que caracterizaba a la región

El chofer le hizo una advertencia. Le dijo que ni se le ocurriera ir sólo cuesta arriba para llegar donde Leonardo. Le aseguró que después de una media hora regresaría frustrado, pues eran unos cuatro kilómetros, y si era que no se perdía, pues allí sólo se orientaban los baquianos; que en el jeep sólo era posible en días soleados.

A las seis de la tarde le indicó Ricardo, a la vez que ocupaba una de las sillas, lo vendría a buscar y que esperaba que las luces del jeep no se le jodieran como había sucedido la semana pasada, pues tendrían que bajar metidos en la oscurana. Por lo tanto — le insinuó — que debía bajar a más tardar a las cuatro de la tarde, para que llegara a tiempo. Tiene que decirle a Demetrio, al papá de Leonardo, que lo acompañe hasta donde está su hijo. Si él no quiere, no vaya a echárselas de valiente y agarrar el camino solo. Le recuerdo, no llegaría ni “po’el carajo”.

El profesor dada su frustración, supuso que el chofer estaba exagerando, pero no le dio importancia. Iría hasta donde estaba Leonardo aunque hubiera dificultades. No se perdonaría el no haber contactado ese mismo día al muchacho, a quien calificaba desde ya, de ser cierto lo que se decía, como un tesoro escondido que sólo él podría dar a conocer. Trataría de convencer a Demetrio para que lo acompañara. Con su compañía el camino sería mucho más seguro y sin el peligro de extraviarse. Dedujo que no se iba a negar a ir una vez más a donde su hijo, en especial porque parecía darse cuenta, según lo que le había dicho en la escuela, que ya comprendía la importancia de lo que estaba haciendo su hijo.

Estaban en la rústica mesa tomando la insípida sopa, cuando Demetrio entró con la poca leche que había logrado obtener de las famélicas cabras, en una botella plástica de Coca Cola. Saludó y se sentó con ellos a tomar su sopa. Ofreció un pocillo de leche, después de que su mujer la calentó.

El profesor, ansioso, después de terminar de saborear pausadamente la leche, rompió el silencio, diciéndole a Demetrio que como el del jeep se negaba a subir, esperaba que él lo acompañara hasta la casa de su hijo. Pretendiendo lograr la aceptación del campesino, ofreció pagarle algo por su compañía, pues ahora, visto como la neblina lo cubría todo, tenía la seguridad que ir sólo sería para él muy dificultoso. Además, también estaba convencido de que la posibilidad de desviarse del camino y extraviarse resultaba factible.

Demetrio, mostrando unos dientes ennegrecidos por el uso del chimó, tan común en los campesinos y que empezaban a usar desde tempranas edades, le aseguró, frunciendo el ceño, que no tenía ningún problema en acompañarlo, pero que no aceptaría nada pues eso sería como insultarlo. Lo que importa es que usted pueda entenderse con mi hijo y logre algo que le sirva para su vida, y si eso también nos ayuda a nosotros, pues bienvenido sea. Además, señor profesor — le aseguró — tengo la seguridad que solo no llegaría nunca a la casa de Leonardo. Aquí eso está reservado a los que somos baquianos y podemos orientarnos sin problemas, pues pertenecemos a estas tierras desde que nacimos y que por lo tanto nos hemos criado en medio de la neblina. Por ejemplo — dijo mostrándose orgulloso —, usted no vería nada ni a un metro caminando por una neblina arreacha, espesa, pero yo sí puedo ver hasta más allá de cinco metros. Es cosa de adaptación. Igual pasa con el frío. Yo lo aguanto sin ninguna molestia. A usted eso le tiene que pegar muy pero muy duro. Por otra parte, aprovecharé la oportunidad para llevarle un poco de bastimento a mi muchacho, pues la carencia es mucha y no quiero que se enferme de gravedad.

Emprendieron decididos la subida de la cuesta, rumbo a la casa de Leonardo, a eso de las seis de la mañana. Calculaba Demetrio que un poco antes de las once de la mañana llegaría, si es que el tiempo los ayudaba. Pero éste se hizo inclemente. Media hora después de emprender la marcha, una pertinaz lluvia los empezó a acompañar y por lo que se apreciaba, tardaría mucho en amainar. Para colmo, la neblina se hizo cada vez más espesa, pero Demetrio demostrando lo que antes había asegurado, tomó de la mano al profesor que no veía nada y lo condujo como un lazarillo. El profesor se dio cuenta que de haber venido solo hubiera tenido que regresar de inmediato. Menos mal que había llevado un abrigo grueso y un buen impermeable. Demetrio se cubría también con un impermeable muy deteriorado y que de seguro no impedía en su totalidad que se empapara su ropa. El viento soplaba con afán, hería la cara con agudeza. Sólo se oían los golpes de la lluvia sobre los impermeables. Y, de vez en cuando, el balido angustioso de una oveja, esparciendo quejas.

Mientras caminaban con lentitud y la distancia parecía hacerse interminable, el profesor recordó algo que siempre había orientado sus relaciones con los demás: todo hombre, sea cual sea su condición, tiene algo superior a nosotros. El limosnero puede tener mejor vista, el loco respirar mejor, el obrero más resistencia, el servicio mejor memoria, el albañil mejor coordinación motora.

El profesor, elevando la voz, como si pensara que la neblina no dejaría que Demetrio lo escuchara, le dijo que resultaba admirable que él y su señora pudieran vivir en un medio tan inhóspito. Le aseguró que se necesitaba mucho coraje para pasarse toda la vida en el páramo, sin tener la esperanza de poder mejorar y progresar.

Demetrio, a la vez que miraba con detenimiento la cara constreñida del profesor, que temblaba por el frío, le dijo

que sabía que los hombres eran como los animales, capaces de adaptarse a las situaciones más jodidas. Uno nació aquí, con dificultades y sin poder tener lo que se tiene en la ciudad, pero por otra parte vivimos tranquilos, sin tener que darle cuantas a nadie: somos libres y eso vale más que muchas otras pendejadas. Recalcó que ni el frío ni la neblina lo indisponían. Que el hecho de haber vivido desde niño en tal ambiente le había permitido crecer sin que lo hubiera afectado ninguna enfermedad. Por otra parte, y es lo más difícil — aseguró — a veces se hace jodido conseguir comida, pero no nos quejamos tanto, pues creemos que como dice el dicho: uno propone y Dios dispone ¿Y no es él quien manda? ¿Qué coño podemos hacer si él decide que vivamos cómo vivimos? ¿No es obedecer como dice el cura de Betania, el camino para ir al cielo derecho? Mire — continuó con énfasis — los pueblerinos nos consideran como si fuéramos unos bolsos, brutos y atrasados, pero también tenemos algunos principios. Por ejemplo, y esto no me acuerdo donde lo oí o lo leí, pero lo comparto, el hombre más rico es el que menos necesidades tiene. Yo soy, entonces, muy rico, pues no ando aspirando a tantas vainas como ustedes los ciudadanos.

Fernando, admirado, le dijo a Demetrio que razonaba muy bien a pesar de no haber estudiado. Creo que eres muy inteligente y tienes criterios firmes. Es importante eso que entre menos se necesite más rico se es. En verdad es una lección que debemos aprender. Hablando de todo si no te molesta, me gustaría saber acerca de tus estudios. Quiero aclararte algo que mucha gente desconoce. El hombre no es inteligente por lo que haya estudiado, es tal cuando es capaz de resolver nuevas situaciones en función de sus experiencias. Supongo, por ejemplo que tú lo eres, cuando con tus conocimientos de baquiano, puedes resolver cualquier problema de orientación.

A la vez que sacaba de una cajita hecha con cacho de toro, una bola de chimó y con manifiesta fruición la metía en su boca, ayudado por una paleta también hecha de cacho, Demetrio, tratando de

darle continuidad al tema, le contó que había nacido en Betania y que se vino para el monte cuando tenía unos catorce años, ya que siempre había sentido, y no sabía porque, la necesidad de vivir aislado. Para completar — aclaró con voz entorpecida por el chimó — que como se enamoró de María, la única posibilidad de casarse era viviendo con los suegros en la casa que habitaba. Ellos, ya muy viejos — explicó — accedieron a recibirlo y entonces se casaron. Los suegros murieron un mismo día después de un año de haberse casado, un catorce de febrero, y la casa pasó a ser propiedad de mi mujer, lo que nos amarró más al monte. Sus suegros — aseguró — no los habían abandonado, y era que aunque dijeran que se trataba sólo de trucos de la imaginación, los veía casi todas las noches, en la puerta de la casa o en el rancho donde dormían las ovejas, y a veces se les oía rezarle a media noche al Cristo que estaba en la pared de la sala. En esos catorce años asistió a la escuela y a los cuatro ya sabía leer y escribir muy bien. Le gustaba leer lo que cayera en sus manos y el Director de la escuela, conocedor de su afición, le regaló una biblia y un ejemplar de bolsillo del Quijote, del cual podía narrar de memoria algunos pasajes, en especial el de los molinos de viento que era el que más le había gustado. Había leído muchas veces la vida de ese caballero andante, de Sancho y del jumento llamado Rocinante, y lo seguía leyendo todos los días, al igual que la Biblia. Posiblemente, conjeturaba, algo de ese interés suyo por la lectura le salió también a Leonardo, porque, sin duda, esa joda de las capacidades era hereditaria. En esos dos libros dijo haber aprendido muchas cosas de la vida. Creía que en el Quijote todo está dicho y la Biblia le permitía orientar la existencia de la mejor manera. Aseguró con euforia que entonces no era tan ignorante como muchos podían creer, y que poseía la capacidad de razonar y de imaginarse mundos ideales.

Fernando, cada vez más asombrado, se vio en la honesta necesidad de decirle que lo consideraba un hombre especial y que con seguridad, si hubiera tenido la oportunidad de estudiar, hubiera hecho una carrera brillante en cualquier campo. No

hay la menor duda — le aseguró — que eso explicaba de algún modo la capacidad de su hijo.

La casucha de Leonardo, desdibujada en sus perfiles por la niebla, apareció de pronto, como si hubiera surgido de la nada. Se aproximaron. Las paredes sin siquiera una mancha de blanco, parecían querer derrumbarse de un momento a otro. Al lado de la puerta, una pequeña ventana, tapada por dentro con una tela de flores rojas y amarillas, que parecía danzar con demencia al soplo del viento, en un ir y venir constante. Demetrio empujó la puerta y esta se abrió sin dificultad. Las tablas verticales con que se construyó, estaban separadas las unas de las otras, dejando amplias hendidias, por las cuales, con seguridad, el viento y el frío invadían sin dificultad el interior. Entraron. Un espeso aire con olor a cosa vieja inundó sus pulmones. El piso aunque era de cemento echado con seguridad sin cumplir ninguna norma, se mostraba satisfactorio, con pocas fracturas. Leonardo no se percató de inmediato de la presencia de su padre y del profesor, pues estaba embebido en las páginas del diccionario. La rata descansaba debajo de la silla, y no parecía inmutarse. Pasada la sorpresa, Leonardo se paró con presteza a abrazar a su padre al percatarse de su presencia, a la vez que miraba a Fernando con agudeza inquisidora.

Demetrio, después que el muchacho dejó de abrazarlo, le presentó al profesor Fernando, aclarándole que se trataba del nuevo director de la escuela de Betania. De inmediato le aclaró que al contarle en la dirección de la escuela lo de la memorización de las acepciones de las palabras, insistió en que lo trajera pues quería conocerlo y hablar sobre lo que había logrado y la forma en que lo hacía. Hecha la aclaratoria, Demetrio se acercó a la cama de su hijo y descargo de su mochila el mercado que le había traído: Algunos potes de sardina, harina para las arepas, huevos, un poco de carne y aceite. Además, jabón y crema para los dientes. Compungido le

dijo que había olvidado la cal viva para echarle al pozo séptico, pero que en la próxima oportunidad le traería suficiente, pues no quería que el olorcito que salía del pozo, pudiera llegar a hacerse insoportable y lo afectara.

Fernando después de darle la mano a Leonardo y presentarse, recorrió con su vista toda la sala, detallando lo que allí había. Se dio cuenta que lo único importante eran los libros que según sabía, le había dejado el profesor Florencio. Estaban amontonados en el piso, sin ningún orden. Una pequeña cocina a querosene, de una hornilla, parecía querer pasar desapercibida, recostada en la esquina izquierda del cuarto, descansando sobre una burda columna de ladrillos, no tan vertical, arrumados sin mucha precisión. La silla en que antes leía Leonardo se veía fuerte. Era de manera con asiento de cuero. Precisó que la luz provenía de una lámpara de gasolina y que sería bueno que tuviera unas tres más. Las dos camas, supuso que en una dormía el muchacho y en la otra lo habría hecho don Florencio, eran de ese tipo llamado jergón, es decir, con patas y marco de tubo, y un enrejado de alambre para sostener el colchón. Dedujo que si Leonardo aceptaba su ayuda, él se tendría que quedar en las noches en la del viejo profesor. En el centro de una pequeña mesa cubierta con un mantel de hule, verde encamado de flores rojas, reposaban dos pocillos y dos platos de peltre. Después supo que el plato y los cubiertos que usaba don Florencio nunca se quitaban, pues supo que el muchacho quería en cada comida sentir su compañía. Sobre un libro grande y ancho, que después constató que era una biblia, hacía equilibrio una vieja máquina de escribir. Seguro la utilizaba el profesor Florencio. Definió el propósito de encontrar y leer lo que había escrito, pues con seguridad hallaría algo importante. Debajo de la mesa vio dos lámparas de gasolina con muestras claras de deterioro; inservibles. Con seguridad el profesor Florencio también había tomado la precaución de evitar la lectura alumbrándose con velas.

Demetrio, de inmediato, le aclaró a Leonardo, sin quitarle la vista, tratando de escrudiñar su asentimiento o no, que se atrevió a traer al profesor para que lo conociera, pues éste le manifestó que estaría dispuesto a ayudarlo, ahora que don Florencia había muerto. Por otra parte, le enumeró las ventajas que tendría de tener alguien con quien hablar de vez en cuando y que le sirviera de tutor aunque fuera los fines de semana, pues la dirección de la escuela le impedía hacerlo otros días. No era para menos, a Demetrio le preocupaba la soledad en la que vivía su hijo y la angustia que tal situación le provocaba a María.

Leonardo que observaba detenidamente al invitado, cerró el diccionario colocado en la mesa y de inmediato dirigiéndose a su padre y al profesor, aclaró que él no creía que se hubiera hecho algo indebido, que no había nada de malo en la decisión que su padre había tomado y que al contrario, le agradecía al profesor la disposición a ayudarlo, pues entendía que era mucho más fácil seguir el camino que se había impuesto, con un nuevo guía o tutor. Les manifestó sentirse agrado que hubieran venido a romper la rutina en que estaba metido de cabeza. Sin embargo, le aclaró al profesor con manifiesta seguridad, que debía tener claro que no lo afectaba en nada estar sólo, aislado como un anacoreta, pues lo que hacía, lo compensaba todo, lo satisfacía y lo llenaba de gratificación. Como no tenía más sillas que la de la mesa, les sugirió que se sentarán en las camas.

Fernando, a la vez que le tendía la mano a Leonardo, le agradeció que lo hubiera recibido. Le manifestó, con un dejo de preocupación, que no sabía si pecaba de imprudente o si estaba interrumpiendo o estorbando algo que a lo mejor quería hacer sólo. Con la pretensión que se apreciara a plenitud su interés, le dijo que desde que Demetrio le había hablado de él en la escuela y asegurado que memorizaba sin dificultad las acepciones de las palabras, sintió un vivo interés

que posiblemente se sustentaba en su condición de maestro y porque de ser cierto tal prodigio, era único en el mundo, ya que si bien conocía mucho de la literatura universal, escritores, ensayistas y poetas, no recordaba que hubiera existido o existiera alguien con un don de tal naturaleza y magnitud. Por otra parte, aseguró confiado en que al muchacho le resultaría una perogrullada, que hacer conocer en universidades y medios de comunicación de lo que era capaz, le aseguraría entradas suficientes para vivir con comodidad y dar a los padres lo que se merecían.

Leonardo, de inmediato, como si tuviera estudiada la respuesta, le aseguró al profesor que algo de eso había sido considerado por don Florencio y que si bien a simple vista la cuestión parecía interesante y que generaría dinero, para que él pudiera acceder a presentarse tendría que cambiar de estado de ánimo y de algunos principios que consideraba solidificados, pues era enemigo de los espectáculos y de la especulación. Que le costaba mucho poder decidirse a hacer plata con base a los conocimientos que Dios con generosidad le permitía adquirir. Complementó, aclarando, para no ser tan tajante en ese momento, que no se negaría a discutir la cuestión, pero que para tomar una decisión con mayor propiedad, resultaba indispensable terminar el proceso; es decir, cubrir las palabras que le faltaba y que eran muchas. Acotó que iba en la U y que por lo tanto le faltaban seis para llegar al final, lo que le llevaría un tiempo difícil de establecer, aunque pensaba que le sería posible en unos cinco meses, terminando con la Z en agosto, pues estaban en comienzos de febrero.

El profesor dijo que entendía perfectamente su posición, y que para él lo importante en el momento era que aceptara sus visitas los viernes en la tarde, quedarse el sábado y domingo y regresar el lunes muy temprano, con lo cual podía ir comprobando los progresos y ayudando en lo que le fuera posible, tal como lo había hecho el profesor Florencio. Agregó que de recibir la

aceptación, no debían preocuparse por nada, ya que traería lo necesario para acomodarse y comida suficiente.

En un tono que no resultaba del todo convincente, el muchacho manifestó que no había ningún problema, pero que desde ese momento debía quedar muy claro que si la relación no lo satisfacía, lo diría abiertamente, sin ningún tapujo.

El profesor valorando la entereza del muchacho y la sinceridad del que aspiraba fuera su pupilo, dijo estar completamente de acuerdo en que pusiera tal condición, o mejor que hiciera esa advertencia, pues así todo iría por el camino adecuado. De todas maneras le aseguró que llegarían a ser buenos amigos, pues si bien la participación en el proceso estaba diferenciada, tenían el mismo interés de llegar a la meta propuesta.

Después de tomar un café muy claro, llamado en la región guayoyo, y conversar durante un buen rato sobre aspectos muy diversos, Fernando y Demetrio se aprestaban a regresar, cuando el profesor le solicitó con timidez que le permitiría preguntarle acerca de tres palabras, con lo cual podría dimensionar, aunque sin mucha profundidad, lo logrado hasta el momento.

Leonardo aceptó riendo con cierta picardía, a la vez que estimó que satisfacerlo le serviría para mostrarle al profesor que lo de su capacidad era cierto y que valía la pena el esfuerzo de su tutoría.

El profesor tomó el diccionario y ansioso, apresurado, seleccionó la primera palabra.

Armento:

Leonardo: ganado.

Profesor: correcto.

Seleccionó la segunda:

Bendicera:

Leonardo: Mujer que, con el propósito de sanar enfermos, santiguaba a estos con señales y oraciones supersticiosas.

Profesor, admirado, emocionado, incrédulo: correcto.

Seleccionó la tercera:

Cauro.

Leonardo: viento del noreste.

Profesor, excitado: Correcto.

El hombre enmudeció. No había ni una pizca de exageración en lo dicho por Demetrio respecto su hijo y por el contrario, sus capacidades parecían ir mucho más allá de lo que le había contado tan escuetamente. Sin poder contenerse lo abrazó con efusividad a la vez que le manifestaba su admiración y le aseguraba que llegaría al final sin mayores problemas.

Demetrio insinuó que regresaran mientras que por la niebla se colara algo de la luz del sol, pues de irse en la noche, echarían mucho más tiempo y ya el profesor sabía las dificultades que enfrentarían. Además, Ricardo lo estaría esperando con su jeep a las cuatro, tal como habían acordado

Se despidieron. El profesor iba eufórico. Se imaginó acompañando al muchacho por todo el mundo, sirviéndole de consejero y promotor. No se le escapaba pensar, a pesar de considerarlo lo menos importante, en el dinero que podrían ganar.



## VII

### LLLEGANDO A LA ZETA

Aquel viernes el sol se mostraba generoso. Perlaba con pinceladas de dorados el agradecido y rastrero pastaje, siempre sometido a los embates del frío y el viento. Las montañas, arriba de la casa de Leonardo, mostraban sus perfiles nítidos, pintados por la luz que esparcía con generosidad el brillante dios consuetudinario. La quebrada, casi siempre oculta debajo de la neblina, se hizo de cristalina brillantez, alegrando los espacios con su canto de susurros, acompañados del constante golpeteo a las estoicas piedras, ancladas para siempre en su lecho de fastidio. El tabacote, la salvia, la bandera española y el lupinus mostraban a plenitud sus colores al influjo de la luz solar que acariciaba su belleza floral. Las dos ovejas, recientemente adquiridas, que le daban a Leonardo un poco de leche, correteaban frenéticas, como queriendo acumular para siempre el calor que estaban recibiendo. Era para ellas el beso ardoroso de un amor inestable que venía de vez en cuando por algunos días, para luego perderse entre los brazos obsesivos de la bruma.

Leonardo terminaba de preparar el café, cuando la puerta se abrió, permitiendo la entrada de la luz solar que lo cegó por un momento. Era su padre y el Profesor Fernando Perdomo, que tal como lo había prometido, vendría los viernes por la tarde para quedarse sábado y domingo y regresar el lunes por la mañana. Estimó con entusiasmo que la presencia del profesor representaba una compañía valiosa y que al revés de entorpecer sus estudios, lo ayudaría en ellos, en especial sobre lo relacionado con las comprobaciones, pues hacerlas por sí mismo era fastidioso, al tener que abrir el diccionario, leer la palabra, decir la o las acepciones y volver al diccionario a comprobar si estaba en lo cierto; seleccionar una nueva palabra

y así sucesivamente. El profesor, con seguridad, haría en forma apropiada el trabajo de seleccionar y luego comprobaría la certeza o no de lo dicho. Por otra parte, no estaba nada mal tener alguien con quien hablar de otras cosas, pues ya la vida solitaria lo estaba afectando. Si bien se olvidaba de todo y de todos al ensimismarse en las palabras del diccionario y en lecturas de las más variada naturaleza. Cuando el cansancio lo agujoneaba, no dejaba de pensar en la posibilidad de irse de su mundo de quietud aletargante, de pasividad, de limitaciones emocionales a otras experiencias. No le era extraño soñar con las diversiones que ofrecían las ciudades, incluyendo en ello a las mujeres, pues ya también estaba fastidiado de un onanismo frustrante.

El visitante saludó efusivamente a Leonardo, a la vez que le manifestó que tal como lo prometió, estaba en su casa para ayudarte en lo que pudiera, aunque sabía que el muchacho podía valerse por sí mismo, sin necesitar la intervención de nadie más. Pero, pensó convencido, trataría por sobre todo de serle útil en lo que él considerara conveniente. Traía un colchón inflable y dos cobijas, de manera tal que pudiera acomodarse en cualquier lugar, sin tener que mover o acomodar nada. También trajo un buen mercado. Le aseguró que debía empezar a tener una alimentación más sustanciosa, pues el cerebro necesitaba carburante para poder trabajar en forma adecuada, más si se hacía con tanta intensidad.

Demetrio lo bendijo a la vez que le daba su consabido abrazo campesino, lleno de fortaleza. Dimensionando la ventaja que representaba la ayuda del nuevo amigo, le pronosticó que con ella podía terminar más rápido lo que se había propuesto, de manera tal que pudiera pronto volver a su casa y allí definiera un camino para su vida futura. Con voz trémula le dio a conocer que doña María lloraba por él todos los días, y que ya resultaba bueno que la volviera a ver. Le comunicó que nunca se animó a subir por el esfuerzo que representaba para su piernas debilitadas y dolorosas y porque tercamente sostenía

## VII Llegando a la Zeta

que de venir interrumpiría los estudios. Le aclaró que había conversado en el camino con el profesor, asegurándole que el hombre le dio a conocer ideas que estimaba importantes y que podrían servirle para definir la orientación de lo que debería enfrentar en adelante.

A la vez que lo observaba detenidamente, Leonardo le expresó su agradecimiento por el hecho de haber cumplido la promesa de venir a ayudarlo. Convencido de que la relación sería armoniosa y productiva, le manifestó su deseo de que hubiera un productivo entendimiento, de manera tal que pudiera lograr con la mayor celeridad su deseo en cuanto a alcanzar el dominio de las acepciones de la mayoría de las palabras que conformaban el español. Con satisfacción informó que en ese mismo día había empezado con las palabras que empezaban por V, lo que quería decir que después de dominarlas, sólo le faltaría adentrarse en las que empezaban por Y y por Z, meta a la que esperaba llegar en unos dos meses, sin más tardanza, pues estaba sintiendo cierto agotamiento. Una vez hecha tal consideración, invitó a Fernando a calentarse con un guayoyo que acababa de colar. Sostuvo su criterio de haber estimado que eran necesarios más de dos meses para terminar, pero que tenía el firme propósito, tuviera que hacer el esfuerzo que resultara necesario para lograrlo en menos tiempo. Al consumir el café, con celeridad abrió una lata de sardinas y después de comerlas con pan, sugirió se abriera la botella de anís que el profesor con mucho empeño sostenía en su mano derecha. Con tono que traducía cierta añoranza, le dio a conocer al profesor que tenía mucho tiempo sin siquiera probar el guarapo fuerte que nunca faltaba en su casa y al cual era muy aficionado su papá, a pesar que después de unas tres totumadas se sentía como si tuviera diez ladrillos aplastándole la cabeza.

Todos, como si representara tan simpática ocurrencia una declaración de estrecha compenetración afectiva, rieron efusivamente.

El profesor, entusiasmado, dio a conocer que había traído una pequeña parrilla y suficiente carne, por lo que resultaba más adecuado asar unos buenos filetes, acompañarlos con papas sancochadas y así hacer desaparecer el anís de la mejor manera. Aprovechando la distención del momento, animadamente dijo que no había traído vino pues no había aprendido a degustarlo en la pasantía de actualización pedagógica que había realizado durante un año, becado por el Ministerio de Educación, en Santiago de Chile, donde era hasta más apreciado que el agua, no faltando en ninguna mesa en los almuerzos y cenas.

Comieron con avidez. El frío siempre ayuda a despertar el apetito. Al terminar decidieron ir hasta la tumba de don Florencio a llevarle algunas flores que habían recogido en los alrededores de la casa. Leonardo, con respeto, se arrodilló y entonó un Padre Nuestro, en el que lo acompañaron su padre y Fernando, demostrando respeto.

Fernando, pretendiendo insuflar entusiasmo en el que ya consideraba su pupilo, propuso después de despachada la carne y el anís, que se olvidaran de la rutina y conversaran sobre algunas cosas importantes que creía necesario tomar en cuenta para enfrentar el futuro con alguna propiedad. Con acierto consideró que no había actitud más prudente que la de planificar lo que se iba a hacer, pues con seguridad muchos aspectos podían y debían ser precisados con anticipación, definirlos con objetividad, evitando sobresaltos, porque lo que estaba en juego era sustentar en la capacidad de Leonardo su futuro y el de los suyos.

Demetrio que había permanecido callado, se paró con presteza de la cama en que estaba sentado y manifestó que emprendía el regreso antes de que se le hiciera tarde y le cayera encima la oscurana de la noche. Le aseguró a Leonardo que le contaría a su mamá que estaba bien y que había aceptado la compañía del profesor. Sabía el buen hombre que su esposa se iba a

alegrar al comunicarle el estado de bienestar de su hijo y lo de la compañía del tutor, algo que a lo mejor haría que no llorara cada vez que se hablaba de él, pues cuando esto sucedía manifestaba entre lágrimas su preocupación pensando en que su muchacho vivía íngrimo y solo.

Leonardo acompañó a su padre unos doscientos metros. Con efusividad y convencimiento le dijo:

— Padre, te agradezco, al igual que a mi mamá, que hayas tenido la suficiente paciencia para esperar que terminara con mi propósito de memorizar las acepciones de las palabras del diccionario. Yo no sé si eso me servirá para algo, pero por lo menos, así lo siento, tendré la satisfacción de lograr una proeza única, que según tengo entendido, nadie más ha alcanzado. Sin embargo, creo que de alguna manera mi vida se enrumbará en función de ese aprendizaje y de ser así, si tengo éxito, haré que pasen bien el resto de sus vidas, sacándolos de la pobreza. Sueño con darle a la vieja una bella casa de campo, con un gran jardín, un corral para las ovejas, un jeep para que puedan ir al pueblo cuando quieran y dinero para que satisfagan todo lo que se les ocurra.

— Descuida mijito — dijo Demetrio con los ojos empañados por las lágrimas — si triunfas estará muy bien y si no es así, seguiremos siendo los mismos para contigo. Ya te lo he dicho en otras oportunidades, es rico el que menos necesidades tiene. No hay mejor riqueza que la que tenemos ahora: salud, un hogar donde calentarnos, unas propiedades que nos dan comida y la condición de gente honesta. Espero que esos principios sean también tu guía. Ya eres rico, Leonardo, pues has aprendido de nosotros a convivir con la pobreza, lo que no le es posible a todo el mundo.

— Bueno, padre — dijo Leonardo a la vez que se enjugaba con las manos las lágrimas que escurrían por sus mejillas — te acompaño hasta aquí, debo regresar, pues el profesor me estará

esperando. Nunca olvidaré lo que me has dicho. Besos a mi madre. Recuerda que el lunes, a eso de las cinco de la mañana, debes enviar a Justiniano, el baquiano, para que acompañe de regreso al profesor en caso de que tú no puedas hacerlo, pues sé que ese día lo dedicas a hacer el queso.

— Trataré de venir yo mismo — aseguró Demetrio, — a la vez que emprendía con decisión el camino cuesta abajo—. Por lo del lunes — dijo — no hay preocupación, tu madre como en otras oportunidades, puede hacer el queso sin mi ayuda,

El cielo empezó a encapotarse agresivamente. El chubasco era inminente. Su padre, pensó con preocupación que se iba a llevar una empapada de las buenas, aunque era admirable su adaptación a las circunstancias. Nunca se quejó de nada. Su estoicismo era proverbial. Le agradeció a Dios ser su hijo.

## VIII

### ARRIBO A LA ÚLTIMA PALABRA: ZWIESELITA

El profesor esperó en la puerta de la casa que Leonardo regresara de acompañar a su padre. Mientras esperaba que llegara, mirando ensimismado el gélido paisaje, algo iluminado por un sol cansino que moría de mengua, dándole paso a la lluvia de siempre, pertinaz y fastidiosa. Admirado precisó una vez más el grupo de falenas rondaba por sobre la cabeza del pupilo, mientras éste se acercaba. Sabía que la conversación que sostendría sería definitiva. Trataría de lograr lo que en su mente bullía con entusiasmo como programa a seguirse en adelante. Pero, como en oportunidades anteriores, pensaba que a lo mejor no sería convincente y que todas las esperanzas de llevar a cabo algo inédito en el mundo, podría diluirse ante los criterios personales de Leonardo, quien con su recia personalidad podría considerarlos argumentos inaceptables, negándose a participar en lo que le propondría. De su capacidad de persuasión dependía la posibilidad de hacer que el muchacho adquiriera notoriedad y con ello lo necesario para vivir holgadamente, aunque, y en eso era sincero consigo mismo, lo que él pudiera obtener le importaba poco. Dimensionaba que lo relevante era dar a conocer la genialidad de Leonardo, utilizando los medios que se pusieran a su alcance. Se vio, por ejemplo, parado en la tarima del auditorio de la Academia Venezolana de la Lengua, viendo los gestos de asombro, de fascinación, de los académicos ante cada respuesta certera de Leonardo, aplaudiéndolo de pié.

Al llegar a la puerta de la casa, Leonardo, con voz apagada que denotaba cierto agotamiento, le aseguró al profesor que estaba a la disposición. Tenía curiosidad de oír lo que le propondría como programa a seguir en adelante. Antes de que Fernando

hablará, Leonardo le aclaró que le agradecía de antemano que quisiera lo mejor para él, porque tenía la seguridad de que era sincero.

Después de sentarse Fernando en la cama y Leonardo en la silla de la mesa, le dio a conocer, por anticipado, que no pensaba que sus ideas fueran, de ninguna manera, definitivas. Que todo, como resultaba natural, iba a depender de lo que el joven considerara pertinente para enfrentar el futuro. Debía convencerlo de que por sí mismo debería forjárselo con base a dar a conocer al mundo en forma apropiada, sin limitaciones, su excepcional capacidad... Le propuso, tratando de ir al grano, que en la mañana descansara un poco de la memorización de palabras, pues ya eran pocas las que te faltan por guardar en la memoria, y las que empezaban por Y y por Z no eran tan numerosas. Sólo llegaban a unas 350. Quería decir que si decidiera la memorización de 20 palabras diarias, solo emplearía cincuenta días, pero que como su intención era darle cabida a otras cosas que quería enseñarle, resultaba indispensable disminuir la presión que causaba la memorización, limitando ésta a un número preestablecido, mucho menor. En otras palabras, le aclaró que su propuesta era que se siguiera utilizando las mañanas para la memorización, optando por hacerlo con sólo cinco palabras cada mañana, ya que si ese número fuera rígido, en tres meses lograría dominar 450, lo que representaba 100 más de las que faltaban. Tratando de darle mayor justificación a la propuesta, le aclaró que decidirse por las cinco palabras, representaba un esfuerzo limitado que con seguridad le permitiría mantener más fluida la memoria, menos exigida, sin posible confusiones por el agotamiento y la acumulación, y porque, además, tendría un espacio cómodo en cuanto al horario para evaluar todo lo anterior, es decir, lo memorizado de la A hasta la X.

Después de oír con atención la propuesta del profesor, Leonardo le manifestó que optar por no dejarlo en función de

## VIII Arribo a la Última Palabra: Zwieselita

su ánimo y disposición a memorizar las palabras que quisiera al día, sería perder el ritmo ya acostumbrado. Sin embargo, tratando de buscar un punto de equilibrio, le aseguró que había mucho de razonable en lo propuesto, por lo que le solicitó que le especificara de que se trataba lo otro de que hablaba, y para lo cual sugería la definición de un horario más planificado, sustrayéndole horas a lo esencial. Le rogó que se lo explicara detalladamente, pues en su ánimo no bullían ambiciones especiales, causa por la cual, requería para decidir, un conocimiento detallado. Al mirar hacia la cocina, le pareció que el agua puesta para hacer café, ya estaba hirviendo. Se acercó, echó dos cucharadas de café y luego vertió la combinación en el colador de trapo, para que cayera en una pequeña olla. Le ofreció al profesor y a la vez se sirvió una generosa cantidad. Su afición por la infusión era proverbial. Tomaba unas quince tazas al día, en especial cuando se metía de cabeza en el diccionario. A veces, cuando el insomnio, que era común, lo apremiaba, lo preparaba muy tinto y con el pocillo en sus manos, salía fuera de la casa y se acercaba a la tumba de don Florencio, de quien esperaba alguna señal, alguna indicación del camino que debería tomar en adelante. Al salir lo acompañaban las fanelas de siempre. Para ellas parecía un deber dictado por no se sabía quién, acompañarlo a cualquier hora. Pero el silencio espeso de la noche, parecía indicarle que era él y sólo él quien debería decidir. Se dijo que había llegado el momento ideal para pensar en su vida. Se sentó a hacerlo sobre el promontorio de tierra que sellaba la tumba. Ya las florecitas estaban marchitas. Las sacó de la tierra y las tiró a un lado. Entre sus cavilaciones, siempre surgía con urgencia el tema de las mujeres. Sólo sabía de ellas por lo que había podido leer en las revistas que el profesor le traía. Se hacía muchas preguntas sobre el amor y el sexo. No había estado con ninguna mujer y hasta el momento sólo el onanismo le había calmado sus ansias, aunque siempre que lo hacía se sentía mal, incómodo, arrepentido.

Fernando, disimulando su preocupación por lo que le aseguró Leonardo en cuanto a no tener ambiciones de ninguna naturaleza, le reiteró estar de acuerdo en que todo debería entenderlo a cabalidad, en especial que si aceptaba que se mostraran al mundo sus dotes memorísticos, resultaba necesario tener el ánimo y la convicción de la importancia de presentarse en liceos, universidades, radio, televisión, academias y otras instituciones, en donde se encontraría con intelectuales sobresalientes, lo que requería adquirir conocimientos más amplios de los que le habían dado sus lecturas, sobre historia, geografía, castellano, literatura, aritmética y sociología, de manera tal que pudiera sostener conversaciones de carácter general con personas bien formadas y sortear con propiedad las entrevistas que inevitablemente le harían reporteros de radio, televisión, periódicos y revistas. Después de percibir que Leonardo había entendido la importancia de la formación, le propuso un programa para poder sistematizar el proceso de estudio: de lunes a domingo, en horas de la mañana, a partir de las ocho, memorizaría las cinco palabras, lo que no le resultaría difícil. Después, durante una hora y media, se haría un apropiado repaso, de manera aleatoria, de las palabras memorizadas de la A a la Z, afinando la precisión y simulando con ello lo que sucedería en cualquier presentación. En la tarde, de lunes a viernes, él le indicaría las lecturas que debía hacer sobre las materias de las que había hablado, para lo cual traería los libros correspondientes y utilizando algunos de los que había dejado don Florencio. Después de cenar, a eso de las siete, repasaría las palabras aprendidas en el día y las aprendidas en los días anteriores y leería de nuevo lo que hubieran seleccionado. El viernes, en la tarde, una vez que él hubiera llegado, se repasarían las nuevas palabras aprendidas y se discutirían algunas de las lecturas hechas durante la semana. En la mañana del sábado, memorizaría las nuevas cinco palabras y constatarían, en forma aleatoria, la certeza de las acepciones de palabras de la A hasta la X. El domingo en la mañana, aprendería las nuevas cinco

## VIII Arribo a la Última Palabra: Zwieselita

palabras; se insistiría en lo de las lecturas y se rasparía todo lo memorizado con anterioridad. El domingo en la tarde lo emplearían para conversar informalmente, en especial para aclarar las preguntas que surgieran respecto al mundo amplio que como abanico generoso irían conformando. Sugirió que las conversaciones se sostuvieran caminando de ida y regreso al soberbio pico Águila que parecía vigilar con su enhiesta figura, la totalidad del paisaje. De repente, sin haberlo pensado, se le ocurrió pedirle, si tenía alguna una explicación respecto del consabido enjambre de fanelas que siempre lo acompañaba. Además, que si en algún momento tenían suerte de ver en toda su envergadura un cóndor, que según tenía entendido, merodeaban por allí. Había sabido de su desaparición desde hacía muchos años, pero un banquero de Mérida, preocupado por el ambiente y su fauna, trajo algunas parejas de California para tratar de lograr una población en constante crecimiento. El problema para lograr el éxito del programa, según le habían contado, fue que los campesinos tenían la creencia que podían comerse a los niños y por eso terminaron matándolos.

— Estoy de acuerdo con todo, amigo mío — aseguró Leonardo manifestando seguridad —. Pero, hay algo que todavía falta por aclarar y que para mí puede representar lo más importante ¿Qué futuro me espera una vez que yo termine con todas las palabras del diccionario y obtenga esa formación general de la que usted me ha hablado? ¿Cómo será entonces mi vida? ¿Cuál será el itinerario a seguir? ¿Cuál su intensidad? ¿Qué valores nuevos se irán adentrando en mí con un cambio de vida tan radical? ¿Estaré dispuesto para algo diferente al solo hecho de regresar a mi casa con algún dinero y posible fama, una vez terminada la memorización? Yo no aspiro ni figuración ni riquezas.

— Sí, no hay duda, esos son aspectos que debemos aclarar en sus pormenores para que todo fluya con propiedad. Ante todo, con la intención de empezar a llamar la atención de una

manera discreta, haremos algunas presentaciones gratuitas en liceos, procurando que algún periodista haga el reportaje correspondiente. Esto permitirá, a su vez, que, de alguna manera, al saberse públicamente de tus capacidades, seamos convidados por instituciones de mayor importancia y con las cuales convendríamos algún tipo de honorarios. Después, y esto nadie puede definirlo, caminaremos en función de las invitaciones. Tengo la seguridad que serán muchas a nivel nacional e internacional; que tendremos que dosificar el tiempo y hasta rechazar algunas. Lo tuyo va a ser tomado con mucho interés. No es para menos. Socialmente está más que comprobado que la gente se interesa por todo aquello que escapa de lo común, y lo tuyo, Leonardo, es algo que será apreciado de tal manera. No tengo ni la menor duda. Por otra parte, aunque pueda ser lo menos importante, pero también necesario de considerarlo, tengo la seguridad de que los honorarios que pagarán algunas instituciones serán significativos, con lo cual puedes moldear un tipo de vida con mayor comodidad y dársela a tus padres, tal como ya te lo he asegurado. En todos los casos, si bien yo haré los contactos y definiré los convenios, ninguno se hará efectivo sin tu previa aprobación.

— Entiendo todo. Ya suponía que lo que me iba a proponer se refería a esos pormenores, pero hay algo que me preocupa — afirmó Leonardo a la vez que parecía buscar las palabras precisas para explicarlo — ¿Mis presentaciones no se verían como un espectáculo cualquiera, hechas sólo con la intención de hacer plata? ¿No me sentiré como un payaso que se presenta sólo para divertir a la gente, sin que importe lo que soy como persona? Eso me preocupa porque nunca, ni siquiera por asomo, pensé que estudiaba el diccionario para ganar dinero. Para mí ha sido y es sólo una afición que no puedo explicar con mucha claridad y que hasta he llegado a considerarla como algo enfermiza. No crea que no me haya preguntado si en lo que hago no hay un toque de locura, de enajenación.

## VIII Arribo a la Última Palabra: Zwieselita

Si por mí fuera, al terminar con la Z, me daría por satisfecho, consideraría que he logrado lo que me había propuesto y se acabó. Quedaría lleno espiritualmente y convencido de haber logrado, repito, mi objetivo, aunque nadie diferente a usted y mis padres llegara ni por asomo saber lo que he conseguido.

—Te comprendo — dijo Fernando conmovido por tanta honestidad y al apreciar otra faceta sobresaliente de Leonardo, su honestidad para consigo mismo —, pero yo no veo eso como un espectáculo vulgar de esos que se acostumbran por televisión. Para mi es la posibilidad que la gente conozca a plenitud un hecho intelectual sin precedentes. No serás nunca visto como un payaso, sino como un ser excepcional que da a conocer las inmensas posibilidades que tiene el cerebro humano. Y en cuanto a los cobros, está sobreentendido que de algo tenemos que vivir. Por eso no hay que preocuparse. Los novelistas cobran por sus novelas. Los poetas cobran por sus poemarios. Los intelectuales cobran por sus ensayos, libros y conferencias, los investigadores por sus invenciones, publicaciones y descubrimientos, y así, sucesivamente. Eso no debe preocuparte. No tiene nada de irregular o de inmoral que tu capacidad sea una forma de ganarse la vida adecuadamente, con honradez... Lo otro sería que te conformes con lo aprendido y vuelvas a casa de tus padres a vivir en el anonimato. Pero míralos a ellos. Aunque uno los siente felices, no habría nada de malo en darles la alegría de una bella casa y de aumentar sustancialmente su cría de ovejas y sus cultivos, adquiriendo más tierras. No estaría para nada mal que pudieras llevarlos en algunas oportunidades a la ciudad, comer con ellos en un buen restaurante, ir de compras, invitarlos a ver un buen espectáculo y conocer ciudades, empezando por la capital del estado, llegando, incluso, a la capital de la república. Qué bueno y gratificante debe ser que tengas la oportunidad de ofrecerles la posibilidad de comprar lo que les apetezca en cuanto a la comida, enseres para la casa y cualquier adorno y equipo que se les ocurra. E, incluso, que pudieran celebrar

con los vecinos y amigos sus cumpleaños y otras fiestas. Que puedan tener su jeep para ir al pueblo los domingos a misa y a compartir con los ciudadanos entre los cuales, entiendo, hay algunos compadres.

— Acepto con todo respeto lo que usted me dice, profesor — ripostó Leonardo arrastrando las palabras como queriendo que no terminara lo que quería decir —, pero no estoy del todo convencido. Sigo pensando que pudiera haber alguna desviación en cuanto a la pureza del hecho. No de mi parte, por supuesto, sino porque de seguro alguien en todos los casos va a servir de intermediario para concretar mis presentaciones y eso implica hacer dinero, sin importarle para nada el valor esencial de lo que yo pueda ofrecer a quienes me oyen.

— Eso es innegable Leonardo — respondió Fernando con voz pausada, tratando que el muchacho no sintiera que lo estaba presionando —, pero es inevitable que eso suceda. Todo en la vida gira alrededor de determinados intereses, pero lo importante en este caso es que tú tendrás conciencia en cuanto a que si bien recibirás una remuneración, es ésta, en definitiva, una compensación que el mundo te ofrece por el gran esfuerzo hecho para alcanzar tal grado de dominio de las palabras. Y es así. Repito algún ejemplo. Un novelista hace el esfuerzo de escribir una obra que puede llegar a tener 500 páginas, lo que representa un esfuerzo físico y mental considerable, causa por la cual es justo, pues de eso vive, que obtenga con la publicación ganancias adecuadas. Incluso, ya te he hablado de algunos, cuando alcanzan el premio Nobel pueden llegar a obtener como premio por sus libros cifras millonarias. Todo, absolutamente todo — enfatizó con decisión — se compra y se vende y eso sucede, según lo dijo alguien, hasta en el Vaticano. De manera tal que no debes preocuparte. Para mí está muy claro que no puede causarte ninguna carga en la conciencia obtener dinero para llevar una vida decorosa, aunque, repito, tal como me lo dio a entender tu padre, es más rico el que menos

## VIII Arribo a la Última Palabra: Zwieselita

necesita, pero eso es verdad mientras la vida no te obligue a cierta agitación y te genere necesidades crecientes. Veámoslo de otra manera, en cuanto al trabajo y las ganancias. Ellos no son la excepción ¿O es que acaso no crían con gran esfuerzo sus ovejas, las engordan y las venden? ¿O es que acaso no se esfuerzan en hacer queso y venderlo para subsistir?

— Bueno, profesor, me ha dado muchos argumentos para reflexionar sobre el particular y le prometo que lo voy a hacer, pues no quiero que usted se lleve una decepción si es que en las primeras de cambio, me arrepiento al convencerme de lo que digo y desista de seguir adelante. Quiero ser honrado con usted, en especial porque valoro lo que ha hecho por mí y el tiempo que me dedica sin ninguna condición.

— Creo que es lo mejor — aseguró Fernando al sentir que por lo menos no se había dado un rechazo contundente, aunque no dejaba de sentir cierta preocupación —. No quiero por nada del mundo que te sientas presionado por mí. Respeto y admiro en su justa dimensión lo que has logrado, y eso sólo te pertenece a ti, lo que en consecuencia, te da todo el derecho a decidir.

Transcurrieron los 100 días previstos, cumpliéndose con rigor la casi totalidad del programa diseñado. Hubo que emplear veinte más, por interrupciones inesperadas, producto de algunos malestares, en especial gripe y dolores estomacales y, en oportunidades, por tener que esperar para conseguir la literatura prevista en el programa de formación. La lluvia había acompañado con persistencia los últimos veinte días, haciéndole cada día más difícil a Leonardo ir a bañarse a la quebrada, pues el agua quemaba sin misericordia, pero sabía que al sumergir todo el cuerpo, la situación era soportable y hasta estimulante. Con entusiasmo había asumido el aprendizaje de los aspectos generales considerados y se dio cuenta de que a medida que aprendía, se sentía más ignorante,

pues lo sabido le permitía dimensionar lo que le podría faltar por saber, lo que no sería posible saber si no supiera nada. Los últimos meses no fueron tan duros como los vividos con anterioridad. No le faltaba buena comida y además, seguir un programa con disciplina, le permitió fijar horarios y metas, con lo cual todo era más descansado, menos apremiante, exigente y avasallador.

Un viernes 16, tarde diáfana, asoleada, esplendorosa, quizá premio del cielo por lo que había logrado, sintió la enorme satisfacción de haber concluido su tarea, su propósito de memorizar las acepciones de las palabras del diccionario de la Real Academia Española de la Lengua, pues había llegado a la última palabra, es decir, ZWIESELITA (Fosfato natural de manganeso y de hierro, abundante en Zwiesel, localidad alemana).

Eran las cuatro de la tarde. Acababa de leer un trabajo sobre algo que consideró fundamental saber y que le permitía entender a cabalidad a la gente. Se trataba del relativismo cultural. Analizarlo le permitió comprender que cada cultura tiene una forma de pensar, sentir y actuar que le es propia y completamente válida, lo que le da singularidad, por lo tanto, no debía asombrarse de costumbres de otras culturas que parecen a primera vista exóticas e incluso inadecuadas, por efecto de la comparación y de ver todo desde la óptica de su propia cultura. Enfrentar a grupos disímiles requería tener plena conciencia de tal principio. Salió a la puerta de la pequeña morada. Las fanelas lo estaban esperando, pero ahora eran miles. Consideró el fenómeno como un buen presagio. Tuvo la impresión de que sombreaba sobre su cabeza un espacio de más de diez metros. Aspiró profundo queriendo absorber la luz con la que el sol entonaba una canción de armonía, como queriendo festejar con propiedad, espiritualmente, el haber llegado a lograr su propósito, aunque sabía, y en eso había insistido el profesor, que terminar algo no era más que el principio de algo nuevo;

## VIII Arribo a la Última Palabra: Zwieselita

que uno empieza donde cree haber terminado; que el fin es el principio.

Meditaba sobre el tema, cuando a lo lejos visualizó un todo terreno que se acercaba con lentitud, dando, como una danza de aproximación, saltos continuos por efecto de las tantas piedras que descansaban su aburrida existencia enterradas en la tierra. Intuyó que se trataba del profesor, aunque hasta ese día había venido a píe, generalmente guiado por su padre. Cuando el vehículo paró frente a la puerta, con sorpresa vio que del mismo se bajaba sonriendo con ansiedad su madre que corrió a abrazarlo, su padre y un conocido compadre de éste. También lo hizo, sonriendo como nunca, después de decirle el profesor Fernando algo al chofer.

El encuentro con su madre fue emotivo, lleno del sabor fresco del campo y de la limpidez de sus quebradas. Se abrazaron por largo rato, como si nada más existiesen en el mundo ellos dos. Ella no dijo nada. No tenía palabras para expresar sus sentimientos, sus emociones. Pero lo hizo llorando sin limitación alguna, hasta que Demetrio y el profesor se acercaron para hacerla salir de su ensimismamiento.

El profesor, sabiendo que esa tarde concluía lo programado, y como siempre previsivo, sacó de la camioneta una caja de vino, dos botellas de ron y una bolsa con varios kilos de carne, chorizos y algunas presas de pollo. También había traído una docena de copas de plástico, a sabiendas que en la casucha sólo había unos dos pocillos de lata y unos cuatro vasos. A todo esto se agregaba una pequeña parrillera metálica, nueva, y cuatro pacas de carbón. No había la menor duda: la alegría lo embargaba y deseaba festejar momento tan importante, definitorio del logro de un algo excepcional.

La rata, como nunca lo había hecho, se asomó a la puerta. Con seguridad quería compartir la alegría de quien día a día le había dado comida y convertido en su amigo.

Con efusión Fernando abrió la primera botella liberando con presteza el corcho de su aprisionamiento y brindó con elocuencia, resaltando la recia voluntad de su pupilo y lo excepcional que había resultado su dedicación, definiendo una voluntad férrea, inflexible, que se sentía indoblegable. El enjambre de las consabidas fanelas aumentó considerablemente, a lo mejor atraídas por el olor dulce del anís. Rondaron por sobre todos sin discriminar. Consumida la primera botella después de reiterados brindis, el chofer de la camioneta, siguiendo las instrucciones previamente recibidas, preparó la parrillera y encendió el carbón. Mientras éste llegaba a su punto, otras botellas desaparecieron más rápido de lo previsto. Conversaban animadamente, sobre todo sobre lo relacionado con el futuro de Leonardo, cuando un nuevo vehículo se asomó en la empinada carretera. Sorprendido, Leonardo le preguntó con cierta ansiedad al profesor de quién podría tratarse. Éste, sonriendo, le dijo que se trataba de una sorpresa. ¡Y vaya sorpresa! Del vehículo se bajaron cuatro músicos y el chófer. Una vez que se empinaron dos tragos de ron, pulsaron con calidad el violín, el cuatro y las dos mandolinas, esparciendo en el espacio valeses y bambucos, llenos de pertenencia con aquella singular tierra, dibujada para sentir la cercanía de Dios, expresada en la belleza de su quietud. El espacio pareció llenarse de un melifluido sabor celestial. El número de fanelas aumentó poco a poco, acompañando el momento con su calidoscópica danza de colores.

Eran las cinco de la tarde cuando el sol empezó a despedirse ocultándose detrás de las montañas, anunciando como siempre la hora de la conciencia y del pensar en Dios. Entraron a la casucha, llenos de los duendes del vino y del ron, una vez que las botellas fueron consumidas. Los músicos decidieron quedarse en la camioneta y dormir allí. El chofer que había traído al profesor y sus padres, optó por lo mismo. Los padres de Leonardo se acomodaron en la cama del maestro Florencio, el profesor en la suya y Leonardo en un cuero seco de res.

### VIII Arribo a la Última Palabra: Zwieselita

Apremiados por el frío. Se quedaron de inmediato dormidos. El aire, dado el encerramiento, se hacía pesado y obligaba a aspirar por la boca. La noche copó todo de oscuridad. La mortecina luz que deparaba la vela empezaba a extinguirse sin remedio. La rata rondó por debajo de las camas, procurando migajas, hasta que decidió quedarse cerca de la cabeza de Leonardo.

Leonardo, era el único que no dormía. Seguía pensando, haciéndose preguntas para las cuales no encontraba respuestas satisfactorias. La rata se posó en su pecho sin ningún temor, como viejos conocidos. No se inmutó. Decidió que llegaría hasta Betania y en la iglesia del pueblo, trataría de lograr encontrar esas apremiantes respuestas. Cerró los ojos en el momento en que la llama de la vela desaparecía. Como sucedía a cada momento, la enorme rata gris después de mirarlo con detenimiento, se bajó del pecho y corrió a esconderse en un hueco de la pared. La consideraba una compañera y no le causaba ninguna repulsión ni preocupación. Era tanto que se le acercaba sin ningún recelo para comer en sus manos las migas de pan que acostumbraba darle. El viento arreciaba, chocando agresivo contra las débiles paredes y el inestable techo de zinc. La oscuridad se hizo cada vez más espesa; nada se veía y ni siquiera un mísero haz de luz se colaba por las hendidias de la puerta y la ventana.



## IX

### SE INICIA EL PERIPLO

Leonardo, como nunca le había sucedido, pues estaba acostumbrado a levantarse a eso de las cuatro de la mañana, comprobó en el reloj de pared que le había regalado el Profesor, que eran las 10. Pensó, ya que sentía la cabeza del tamaño de un balón, que todo se debía al hecho de haber apurado más de una copa de vino, a lo que no estaba acostumbrado. Fernando no paraba de roncar. La rata se entretenía oyendo el concierto respiratorio del profesor. De seguro también era efecto de los duendes escondidos en el vino. Sus padres, apurruñados, recostándose uno al otro, dándose calor mutuamente, permanecían dormidos.

Salió, aspiró el espeso aire queriendo meter en él todo el espacio que lo rodeaba; era como si quisiera llevar una huella indeleble que lo acompañara día a día en el futuro. Las fanelas aparecieron una vez más. Luego de apreciar que las montañas empezaban a mostrarse en su majestuosidad por efectos del sol que diluía la espesura de la neblina, decidido se dirigió a la quebrada. Su transparencia era mágica. Siempre pensó que debía venir de las entrañas de una montaña celestial. Como lo había hecho tantas veces, y se sentía cómodo con ello, se desnudó para meterse en el agua. Pocos serían capaces de sumergirse en agua tan fría, con unos ocho grados de temperatura, pero, y así siempre lo apreció, la costumbre permite adaptarse a todo. Además, se sentía acariciado por las aguas frías que con generosidad lamían su cuerpo, generándole una sensación de plenitud. Esa misma sensación, pensó, pero más tibia, debería ser la provocada por las caricias de una mujer, aunque nunca había tenido una en sus brazos. Pero — se dijo —, por lo que había leído, que el sexo era algo instintivo, aprendido por los

hombres desde los tiempos de su origen. El cerebro ordenó de inmediato la erección, pero se contuvo, también los libros le habían dicho que era inconveniente masturbarse muy seguido, y ya lo había hecho al despertarse, como resultado de los efectos del vino. Recordó que el profesor Florencio había intentado muchas veces meterse al agua. Y que, incluso, en días de pleno sol, al nomás sentir el frío quemante en los pies, desistía y se conformaba con esperarlo en la orilla, plácida sábana de un verde obligado, interrumpido en su continuidad, dándole un espectro sugestivo, a intervalos muy pequeños, por numerosas matas de Tabaco Morado y de Salvia. Para poder bañarse, el viejo profesor colocaba cerca de la orilla tres piedras, de manera tal que sostuvieran una olla llena de agua y con leña, difícil de encontrar, la calentaba. Cuando comprobaba que tenía la temperatura adecuada, con un pote iba enjabonándose y lavándose a un ritmo sostenido, para evitar que el agua se enfriara, cosa que pasaba muy rápido. Aun estando en el agua, las falenas revoloteaban por sobre la cabeza de Leonardo, en un ritual animal que ni él ni el profesor terminaban por entender.

Mirando ensimismado las montañas ya pintadas de nieve y visibles en todo su esplendor, Leonardo, como siempre, tuvo la sensación de que el frío no le producía ninguna sensación desagradable ni apremios de ninguna naturaleza, ya que estaba acostumbrado a plenitud y sabía que en eso, en especial en la respiración, jugaba un papel importante el mayor número de glóbulos rojos que se producían en las personas que vivían a cierta altura, compensándose con ello la menor cantidad de oxígeno en el ambiente. Le fue inevitable imaginarse lo que sería su futuro. A pesar de lo que el profesor le aseguraba y de entender que en éste privaba la buena fe, la estimación que le tenía y la decisión de pensar en lo mejor para él, augurando un futuro exitoso, no dejaba de imaginarse lo incómodo que se sentiría compartiendo con tanta gente, cuando las relaciones con sus congéneres eran casi nulas. Era como si hubiera tirado

una pesada ancla y ésta lo retuviera en un ambiente que Dios había decidido para él y que nunca dependió de su voluntad. La pregunta que ya le había hecho antes a Fernando, le bailaba a ritmo de avispa en la cabeza. ¿No sería visto en cada caso como un especulador que utilizaba un don dado por Dios con toda generosidad, para hacer plata? ¿Podría soportar a aduladores, periodistas y figurones que lo acosarían sin misericordia para quien sabe qué fines? ¿No olvidaría al cambiar de ambientes y verse encarcelado en auditorios, teatros, estudios de televisión, todo lo memorizado? ¿No sería toda la notoriedad que pudiera alcanzar una expresión de vanidad y de soberbia? ¿Todo era necesario? ¿No era prudente renunciar a las propuestas del profesor antes de dar los primeros pasos? ¿Lo apreciarían por su valor intrínseco y humano y no sólo por la diversión que daría y la admiración de que podía ser objeto? ¿No era eso lo que le pasaba a los payasos de los circos? ¿Si su capacidad la consideraba una verdadera iluminación, sembrada por el influjo divino, era aceptable su utilización especulativa? Dimensionó que estaba sumido en un juego emocional nunca antes sentido, sin solución aparente.

De pronto, sin embargo, en contradicción inevitable, lo acariciaba, aunque de manera muy tenue, la idea de alcanzar un mundo que a lo mejor podría satisfacerlo. Pero, de inmediato, las dudas lo acosaban de nuevo, gritándole que lo que estaba pensando no era conveniente; era sólo una tentación que de absorberlo lo llevaría a un mundo de precariedades que si bien podría cubrir con el dinero, no dejaría de aguijonearlo hasta la desesperación. Quiso pensar en algo diferente, pero no pudo. Sabía que su decisión iba con inexorabilidad a determinar el futuro. No podía eludir la evaluación de cada una de las alternativas, sustentándolas con sus convicciones.

Estaba sumido en sus cavilaciones, cuando por sobre su cabeza, a poca altura, lo que resultaba inusual, pasó rauda una hermosa águila Capote. ¿No sería un presagio? — se preguntó

—. Le había oído al viejo curandero, don Artemio, cuando hablaba con sus padres de las cosas de este mundo y del de más allá, que cuando el águila volaba por sobre la cabeza de algún mortal, dada su majestuosidad, su vitalidad, su orgullo, su agudeza visual, su fortaleza y libertad, era de buen augurio y presagiaba muchos éxitos. Recordar las palabras del viejo Artemio le dieron cierta tranquilidad y al contrario de lo que pensaba con anterioridad, trató de ver algo positivo; es decir, la posibilidad de lograr el éxito en función de su capacidad, aunque no sabía que espectro de situaciones diferentes irían moldeando una nueva vida...De pronto, como un ramalazo de emotividad, se imaginó que lo porvenir sería una bella vida para él, el profesor y su familia. En aquel mismo lugar, se dijo entusiasmado a la vez que diseñaba posibilidades en su cerebro, haría una hermosa y cómoda casa para sus padres al lado de la quebrada y llenaría de ovejas sus propiedades, las cuales podría ampliar comprándole a los vecinos su tierra, lo que no resultaría difícil, dada la tendencia de éstos a emigrar a los pueblos, a aventurarse a las ciudades grandes, en procura de mejores condiciones de vida... Tal suposición pareció aplacarle sus aprensiones, aunque dimensionó con preocupación que aquellas espacios de belleza singular, de aire puro, fueran abandonados, a lo cual sin quererlo ayudaría el dinero que le permitiría extender sus propiedades. El águila, en ese momento, desplegando su belleza y majestuosidad, se perdió camino a las montañas a velocidad increíble.

A sabiendas que Leonardo estaría en la quebrada, Fernando, al despertar un tanto mareado por el guayabo y con cierto ardor en la vista, decidió ir a su encuentro. Resultaba necesario decidir de inmediato el regreso, y qué de lo que había en la casucha se llevarían. La camioneta no daba para mucho. Supuso que lo que le importaba al muchacho eran los libros, pues no podían dejarse al arbitrio de la intemperie y con los cuales se daría un banquete la rata cuando le faltaran las migajas que le tiraban después de cada comida.

## IX Se Inicia le Periplo

— Qué tal el agua, Leonardo — preguntó el profesor dejando escapar con cada respiro una bocanada de nubosidad blanquecina — al llegar al sitio en el que éste gozaba de su baño. Mirándolo fijamente, como queriendo escrudinar lo que pensaba, notó que en el muchacho aun persistían las preocupaciones, lo que quería decir que no había tomado una determinación definitiva. No podía imaginarse y era reiterativa su preocupación, en cuanto a que al mundo le pasara desapercibido lo que mente tan privilegiada había logrado, si era que Leonardo no dimensionara tal posibilidad de manera positiva. Se sentiría culpable si lo proyectado no se concretara.

— Hoy está buena, muy buena. No está tan fría. Anímese y trate de sentir la vitalidad que da el agua a bajas temperaturas — insinuó Leonardo procurando de ser convincente, a la vez que chapoteaba el agua con sus pies, apoyado en una piedra —. Por otra parte, según lo he comprobado, al salir, los vasos se dilatan produciendo un calor muy agradable. ¡Métase para que saque el ratón y podamos, luego, preparar el viaje! — dijo animado, riendo con picardía.

Fernando se animó. Después de pensarlo dos veces, se desnudó y de un sopetón, pues no habría podido hacerlo por partes, se tiró al agua. Sintió que miles de agujas le entraban en el cuerpo, pero casi de inmediato apreció que lograba algún tipo de adaptación y que, efectivamente, el baño resultaba tonificante. La cabeza, antes a punto de explotar, recuperaba por efecto del baño la tranquilidad. Duraron en el agua unos diez minutos, sintiéndose parte de la naturaleza que los rodeaba. Era una sensación estimulante, como si allí se pudiera detener el tiempo sin siquiera percibirlo.

Acostados, desnudos en la orilla después de salir del agua, haciendo descansar la cabeza en las manos ahuecadas detrás de la nuca, mientras recogían el sol con su piel, se pusieron de acuerdo en cuanto a los pasos que darían de inmediato

y a conjeturar, a la vez, las posibilidades futuras. La manada de falenas, era inevitable. En calidoscópico vuelo rondaron por unos minutos sobre los distendidos cuerpos. Leonardo, captando una vez el asombro del profesor por tan hermosa visión, le explicó que las falenas eran muy comunes en el sitio y que siempre se veían revoloteando en grupos numerosos, como si se protegieran en mancomunidad de algún depredador.

Fernando estaba convencido que para ellos se abría un mundo de éxitos. No descartaba, pero eso no lo comentaría con su pupilo, que dados los nuevos valores adoptados por la sociedad, la gente pudiera considerar las presentaciones como ya lo había dicho el muchacho: una simple diversión, una manera de matar el aburrimiento. Como hombre estudioso, sabía a ciencia cierta que la cultura y lo intelectual estaba banalizado y lleno de frivolidad. Le preocupaba, pues ya conocía la manera de pensar de Leonardo, que si así lo apreciaba sin restricciones, podría negarse a las presentaciones que tenía programadas, con lo cual sus planes se volatilizarían, perdiéndose en la nada. Pero — se dijo con animada seguridad —, trataría que todo se llevara a cabo en instituciones que pudieran apreciar y dimensionar con propiedad el valor cierto de los conocimientos adquiridos por su pupilo...Estimaba que tenía la posibilidad de lograr la aceptación definitiva, si era más convincente, razonando en adelante con mayor originalidad y propiedad. Se sentía tranquilo. Calculaba que no se estaba enfrascando apropiadamente en la forma de convencer a Leonardo a emprender la aventura por las posibilidades económicas implicadas, sino que debería insistir en el argumento de que resultaría un acto de egoísmo, por tratarse de un deber, dejar de mostrar al mundo algo que de alguna manera había ayudado a concretar.

Se vistieron y emprendieron el regreso a la casucha. En el camino, Leonardo fue recogiendo flores de Bandera Española, Lupinus, Coloraditas y Pensamientos. Le explicó al profesor al

éste preguntarle para qué las recolectaba, que se trataba de dejar el ramo en la tumba del profesor Florencio, esperando su permanente protección. Al llegar a ésta, Leonardo depositó las flores con devoción a la vez que se arrodillaba y rezaba un padre nuestro. Fernando lo acompañó devotamente. En el profesor se acentuó la apreciación de que el muchacho era un ser sensible y que por tal debería ver la vida con entonaciones poéticas. El cielo empezó a encapotarse con nubes grises que presagiaban lluvia. Deberían apurarse. El camino, gredoso, se hacía peligroso por lo resbaladizo y obligaba a ir muy lentamente. Leonardo se imaginó en ese momento, sintiendo como un ramalazo, si es que el éxito lo acompañaba, la hermosa tumba de mármol, incluyendo cruces de plata, que le haría al profesor Florencio, de manera tal que su espíritu vigilara con comodidad el ambiente, en un espacio de descanso digno de su bondad.

Amontonaron en orden los libros en la parte posterior de la camioneta, dejando todo lo demás en la casa. La rata, como sabiendo lo que sucedía, se asomó a la puerta en el momento mismo en que el vehículo emprendía el regreso. Era como si quisiera despedirlos. Los músicos ya se habían marchado. La consabida bandada de falenas, en agitación acostumbrada, revoloteó por sobre la camioneta y los acompañó unos diez minutos. Pasada una hora de sentir en la cintura y los riñones los saltos que daba cada momento el cansado vehículo, llegaron a la casa de los padres de Leonardo, cuando el cielo se desbordó y dejó caer su precipitación. Como era costumbre, todo se anegaría. La Madre, de inmediato, se apeó y diligente se dirigió a la cocina. Tenía suficiente harina para hacer algunas arepas y guardaba algo de queso de cabra para rellenarlas. Además, haría un fresco de mora, único posible dado el hecho de que la fruta se daba silvestre en especial recostada sobre los muros de piedra y en las cercas de alambre de púa que inútilmente pretendían delimitar espacios. Colocó la leña, luego untó un papel con aceite y lo colocó debajo de los leños.

Encendió un fosforo, lo tiró sobre el papel y en minutos las llamas se hicieron propicias. La vela colocada frente al Cristo de la pared, languidecía. Colocó una nueva a la vez que se hacía la señal de la cruz. A Fernando le resultaba un tanto dificultoso respirar pues el humo priorizaba el ambiente. El viento empezó a rugir con cierta intensidad, hablando de ser dueño de los espacios parameros.

Comieron con avidez, manteniendo una amena conversación, en la cual el profesor trató de explicarles a los padres de Leonardo y a los músicos, que los esperaron, con lujo de detalles, el esfuerzo excepcional hecho por Leonardo durante tanto tiempo y de las muchas carencias que tuvo que enfrentar, para lograr algo que ningún otro hombre en el mundo, aseguró con fruición, según sus conocimientos, había alcanzado. No disimuló su entusiasmo al darles a conocer que el muchacho y la región serían conocidos en todo el mundo. Que no tenía ni una pizca de duda respecto de lo que se lograría en el futuro inmediato. Creyó que reafirmando tales posibilidades, en Leonardo se iría diluyendo la idea de desistir, de renunciar a enfrentar lo que se había programado y ayudaría a que sus padres lo entusiasmaran.

Terminado el consumo de las arepas, los músicos decidieron regresar de inmediato. La pesada noche, escuálida de luz lunar, se apoderó de los espacios, cumpliéndose un ritual ecuménico de uno de los decires cotidianos de los siglos. El chofer y el profesor se acomodaron en el pasillo, frente a la cocina, acostándose en dos cueros secos, que nunca faltaban en las casas campesinas para los visitantes e incluso para los moradores habituales. Demetrio, pretendiendo aplacar el frío, que arreciaba inmisericorde a pesar de que la puerta y la ventana estaban cerradas, atizó con nuevos y largos leños el fuego en la cocina. Las llamas largas y temblorosas que salían de los maderos, calentaron el ambiente al ritmo de la crepitación, permitiéndoles pensar en la posibilidad de conciliar

el sueño con cierta apacibilidad. Sombras fantasmagóricas se reflejaban en las paredes, al ritmo amorfo de las llamas. La lluvia arreciaba según se apreciaba por el fuerte golpeteo en el techo, pareciendo tener la fuerza suficiente para de pronto derrumbar la precaria morada. Las ovejas se oían a lo lejos, balando su indefensión. La pequeña ventana abierta al exterior, sin capacidad de contención alguna, pues los ímpetus de la ventisca habían desprendido la tela que se pretendía muralla, era un volcán de frío, precipitado al interior en intermitencias de ráfagas que imposibilitaban conciliar el sueño, por lo menos de inmediato.

Leonardo no podía dormir, pero por causas diferentes a las del frío, al cual estaba acostumbrado desde que nació. ¡No! Era que las dudas seguían horadándolo. No tenía recelos acerca de poder enfrentar a cualquier público con éxito, salvo que algo inesperado perturbara su memoria, pero le faltaba precisar con propiedad, se dijo una vez más, si podría adaptarse a un mundo en el que el interés parecía concentrarse en la apropiación de bienes materiales, dejando lo espiritual de lado, delegado a los que con rogar a Dios compensan las deficiencias que resultan de sus propias incapacidades.

Pero a la vez, y esto ya era reiterativo, también existía la otra vertiente. Apreciar la fragilidad de la casa en la que había nacido, las limitaciones a que estaban sometidos sus padres por no poder gozar de algunas comodidades en cuanto a la vivienda, la comida e incluso la diversión, lo hacían pensar que él, si desde el día siguiente seguía el programa propuesto, podría revertir esa mengua. Sin quererlo se recriminó una vez más, en tautológico ritornelo que se hacía cacofónico. No podía desconocer la sabia sentencia de su padre en cuanto a que la felicidad era mayor cuando menos necesidades se tenían. No había leído acaso en la Biblia que primero entraría un camello por el ojo de una aguja que un rico al cielo ¿No era esta parábola, pensó dejando escurrir algunas lágrimas,

una consideración divina respecto a las ambiciones; que daba a entender que la abundancia y la riqueza vulgar, podrían determinar innumerables limitaciones al espíritu, llevándolo a valorar más las posesiones materiales que la esencia misma de lo humano?

A pesar de sus cavilaciones, el sueño se apoderó de su cuerpo y su mente... Se vio en un gran auditorio, en una ciudad que no podía precisar, con miles de personas esperando expectantes que pudiera decir con precisión la acepción de las palabras que un jurado conformado por diez ancianos con barbas canosas, pelo largo y mirada inquisidora, fue seleccionado durante un tiempo que resultaba interminable. Llegaba un momento en que los ancianos presas del cansancio se dormían; luego un algo inmaterial lo llevaba en vilo hasta su casucha, y lo obligaba a comprobar en su diccionario si las acepciones dadas en la presentación, eran ciertas. De inmediato, era llevado en las alas de miles de falenas de su casucha al auditorio. Los ancianos estaban de nuevo despiertos. Se repetían las preguntas hasta que se dormían. De nuevo era llevado a su refugio y así sucesivamente. Luchaba por detener el ir y volver a lo mismo, pero le resultaba imposible, hasta que ya cumplidos cientos de periplos, una hermosa mujer de pelo color oro, ojos de profundidad marina, labios carnosos y cuerpo esbelto, hacía desaparecer por arte de magia al auditorio con todo y los ancianos, y luego se lo llevaba en andas, hasta un mullido lecho de nubes en que lo hacía suyo, sin poder tomar en ningún momento la iniciativa.

Se despertó sobresaltado, el sueño que había tenido era extraño y algo importante debería estarle dando a entender. No logró precisar nada. Se lo daría a conocer al profesor con lujo de detalles, quien, a lo mejor, podría darle una interpretación.

Salió de la casa y se paró en la entrada a mirar lo que la neblina, ya despejándose a pasos cansinos, le permitía ver

el entorno, asiento de toda su vida. Esperaría que los demás despertaran para emprender el camino hacia un destino que le seguía resultando incierto. Las falenas parecían haberlo estado esperando. Danzaron un rato por sobre su cabeza y luego se perdieron por la vía que llevaba a la quebrada. Aquello era extraordinario; no lo creía. Nunca había visto falenas revolotear dentro de la neblina. Se quedó pensativo. Algo le estaban diciendo. Las ovejas ya despiertas, de seguro esperaban, dado su instinto animal, ser ordeñadas. De niño, muy pequeño, solía jugar con ellas; corretear hasta el cansancio. Fue duro el golpe que le causó la muerte de una que habiendo nacido atrofiada, se convirtió en su favorita. Nunca tuvo un juguete mejor. Aunque sabía que era inevitable que sus padres aprovecharan la carne, no quiso ni siquiera verla cuando fue servida. Pensaba que en ello había cierto grado de antropofagia, pues siempre la consideró como la hermana que nunca tuvo. La cortina de nubes, por fin y para su satisfacción, como si fueran las cortinas de un inmenso escenario, se abrían para darle paso al sol, su luz y su tibieza. Eran las ocho. Si no estaban listos los despertaría. Él ya había preparado sus bártulos. No fue necesario, su madre, luciendo el vestido que guardaba desde hace muchos años, regalo de Demetrio cuando cumplió veinte años, tenía cincuenta, mostraba en todo su esplendor la triste realidad de la pobreza. Pero ella reía, siempre lo hacía; nunca hubo en su cara ni un rictus de amargura. Presentía, cosas de madre, que su muchacho triunfaría y todo podría cambiar para mejor. Demetrio salió de inmediato, sosteniendo en una mano su pequeña y roída maleta. La colocó en la entrada y con premura, sin decirle nada a nadie, corrió hasta el pesebre. No se iría sin ordeñar las ovejas. Después de hacerlo, trajo la leche en un tobo, entró a la casa, la calentó y volvió a la puerta para repartirla en una olla en la que todos bebieron. Fernando lo hizo a regañadientes, no estaba acostumbrado a un ritual tan gregario.

— Estamos listos — grito el profesor a la vez que buscaba con la

vista al chofer —. Si arrancamos ahora vamos a llegar temprano y eso es bueno pues podemos hacer algunas diligencias.

— Ya voy — contestó el chofer gritando desde el pozo séptico — estoy terminando una diligencia que sólo yo puedo hacer. En unos minutos nos vamos. Menos mal que el sol salió. El camino no estará muy resbaloso — agregó gritando entusiasmado.

Subieron al vehículo. La doña delante y atrás Leonardo, su padre y Fernando. Sintieron desde ese momento la incomodidad de espacio tan estrecho. Demetrio, a pesar de que casi siempre había hecho el recorrido a pié, sabía de la incomodidad de hacerlo en jeep. Se santiguaron.

El desvencijado vehículo, tosiendo su vejez, aceptó los apremios del “suiche” que tuvo el chofer que mover varias veces hasta poder encender el motor. Fernando se había dado cuenta de que los cauchos estaban muy lisos y que no tendría nada de raro que uno de ellos reventara. De paso constató, aumentando su preocupación, que no se veía repuesto alguno. Aunque llevaba poco tiempo en la región, se había dado cuenta con precisión que la despreocupación era parte del sistema de vida que allí prevalecía. Parecía que nada los apremiara, que aceptaban las cosas como vinieran y que el tiempo y los horarios poco importaban. Pero lo aceptaba sin extrañeza alguna. Sabía todo lo relacionado con el relativismo cultural

Después de hora y media de traqueteo incesante del vehículo, que parecía desarmarse en cada salto que daba por lo irregular del camino, llegaron a una carretera medio asfaltada. Todos respiraron con tranquilidad. A Leonardo se le pasó un mareo que lo venía acosando y hasta le había provocado ciertas ganas de vomitar.

— De aquí al pueblo, señores — informó el chofer mostrando satisfacción — estamos a unos dos kilómetros. Quiero llegar pues ya no aguanto las ganas de empinarme una o dos cervezas

## IX Se Inicia le Periplo

bien frías en la bodega de mi compadre Rigoberto, a quien llaman — para que lo sepan — “cara ´e sapo”, por tenerla muy grande. Nadie se rió por la ocurrencia. El profesor la calificó como una falta de respeto, aunque ya se había dado cuenta que en la escuela todo muchacho tenía un mote y lo llamaban por él, sin decir nunca su nombre.

A los lados de la carretera, bordeándolas de verdor, sobresalían grandes pinos entre los cuales cantaba el viento sus canciones de caricias. Por entre ellos, en la profundidad, se veían casas bien construidas, con tejas y pintadas con colores muy vivos: rojo, azul, morado, verde, sin ningún orden cromático preestablecido. La visión panorámica era de una belleza sin igual. Se dibujaba como un espacio paradisíaco, pues un verde intenso, esparcido en la grama como arpegio de color, sólo era interrumpido por las construcciones, algunos jardines de sugestivo colorido frente a ellas, cercas de madera limitando cada parcela y matas de muy baja altura, que parecían cumplir el papel de vigilantes.

— ¿Y esos pinos que bordean el camino? — Le preguntó el profesor al chofer — ¿Quién los sembró? Tengo entendido de que no son árboles autóctonos, propios de la región.

— ¿Y qué vaina es esa — preguntó el chofer con cierta timidez — Yo nunca había oído palabra tan complicada.

Siempre dispuesto a enseñar, Fernando, armándose de paciencia le explicó:

— Se llama así a lo que es propio de una región y no traído de otra parte como sucede con los pinos.

— Que yo sepa, fue un ingeniero de la Universidad llamado Luis y con un apellido un poco raro que no me recuerdo cual era, Farquer o Farber, una vaina así. Él estuvo viniendo con camiones cargados de pinos pequeños y con la ayuda de los

vecinos y de unos técnicos del ministerio, logró cubrir los dos márgenes de esta carretera. Es una bonita entrada al pueblo por esta parte. Me acuerdo que cuando terminó de sembrarse el último, se armó una parranda del coño, pagado todo por la alcaldía y algunos hacendados. Nunca el pueblo había comido y bebido tan abundantemente. Fue una pea colectiva. Hasta el señor cura, hecho el pendejo, agarró su tontina con güisqui del bueno, de ese que mientan doce años. Y al señor Alcalde, un hombre muy serio, lo tuvieron que llevar a dormir cuatro hombres, dos de los cuales lo agarraron por las patas y los otros dos por los hombros. Cuentan las malas lenguas que doña Margarita, su esposa, no le habló durante dos semanas ni le dio de aquello.

Nadie rió, sólo el chofer emitió una gruesa carcajada llena de vulgaridad.

— ¿Y esas casas tan vistosas, de quiénes son?

— De los agricultores ricos y es que eso de cultivar papa, zanahoria, ajo o apio da dinero que jode. Es tanto que se dan el lujo de cambiar sus camionetas todos los años. Lo malo es que no participan casi de la vida del pueblo y sólo se les ve en la misa del domingo, a las seis. Por lo menos, dan buenas limosnas, lo que le permite al cura tener lo suficiente para mantener todo en orden. Y no se diga cuando sus hijos son bautizados o hacen la primera comunión.

Entraron al pueblo por la calle llamada “Libertad”, nombre que impuso, dada su insistencia, el maestro Amílcar, muerto ya hacía años, que según contaban era un comunista empedernido y mantuvo lo que podría llamarse una batalla campal con el viejo padre Aristóbulo, ya retirado y descansando en una residencia construida expresamente por el arzobispado en la capital, para curas retirados. Pero a pesar de sus diferencias ideológicas, para asombro de todos, formaban una pareja invencible en dominó, y a veces, aunque el cura no asistía,

## IX Se Inicia le Periplo

hacían una vaca para jugar a los gallos. Parece, decían las malas lenguas, que no faltan en ninguna parte, y que se tenía la sospecha de encerronas en la casa cural para apurar buenos tragos de brandy. Pero, y eso era lo que divertía a la gente, el cura hablaba mal del comunista en sus homilías y Amílcar mal del cura en las reuniones de amigos en el billar de Porfirio, en las que siempre se ingería cerveza y miche con profusión, lo que es muy típico en los pueblos de la región, casi detenidos en el tiempo, en donde a los paisanos sólo les importaba el presente, el día a día, y no mucho el futuro.

Fernando y Leonardo, un tanto confundidos, apreciaron la claridad de los razonamientos del chofer y la manera diáfana de contar las cosas. De seguro algo había estudiado.

Después de recorrer las dos primeras cuadras, llegaron a la plaza Bolívar, así se llama en todos los pueblos del país, centrada por un busto del prócer, corroído por los años y sostenido en una columna de cemento, desgastada, con seguridad, por los fuertes orines de borrachitos que amanecían todos los días tirados en la grama. Como era invariable, la torre de la iglesia, aguda y pareciendo perforar el cielo, sobresalía por sobre las demás construcciones que rondaban la plaza. Al lado derecho la prefectura y una especie de mercado de misceláneas, “El Centavo Menos”, cuyo dueño era el señor Rafael Uzcátegui; a la izquierda, la casa de don Pancho Ribera, el más rico de los hacendados, único que no vivía en las afueras, y una llamada casa comunal que siempre estaba vacía. En la parte inferior, frente a la iglesia, la pensión de doña Cornelia, única posibilidad de dormir y de comer para los visitantes. Al lado derecho de la posada el billar y al lado izquierdo una tienda, la del señor Aristides Guevara, quien vendía todo lo relacionado con la agricultura y cambiaba sus artículos por zanahorias, papas y apios que luego negociaba en Delicias, un pueblo grande, vía a Rubio, con unos 4.000 habitantes y con un mercado amplio. Allí compraban, por lo ventajoso del

cambio de pesos a bolívares, los colombianos que atravesaban la frontera sin ningún problema y vendían sillas para montar y demás aperos.

El vehículo se paró frente a la posada. El olor a orines era penetrante. A pesar de la hora, había dos borrachitos tirados en la acera, durmiendo a pierna suelta, sin ninguna restricción, ya que el policía que resguardaba la plaza estaba cansado de llevarlos a la policía, pues al otro día volvían a lo mismo. Los borrachitos en la acera y el policía, como siempre, sentado en uno de los bancos, escupiendo chimó a pausas regulares, mostraba un cuadro lleno de sugestión.

Cuando se apeaban del jeep, doña Cornelia apareció en la puerta de la pensión con su típico vestido negro y un delantal rojo, debajo del cual se colaba la imagen de una barriga bien pronunciada, que la obligaba a caminar con las piernas abiertas y los pies tirados a los lados. Sus ojos, profundamente negros, denotaban vivacidad. Sobre los labios se insinuaba un débil bigotico. Tenía fama de beber como un caballo cualquier cosa que tuviera alcohol, aunque nunca dio ningún escándalo, ni molestó a sus clientes, a los cuales nunca dejó de atender con propiedad. La apreciaban por sus dotes de celestina. Era más de una muchachita la que había caído en sus redes, incitándola a comportarse bien con algunos clientes. Nadie sabía de dónde había venido, pero a veces, sin ser muy clara, y cuando estaba borracha, daba a entender que se vino del centro porque el novio la había dejado plantada en la mismísima iglesia. Y que con una barriga de tres meses, abortó, considerando que no quería nada del maldito que la había engañado de la manera más miserable. Contaban que de noche, cuando todos dormían y estaba llena de aguardiente, se dedicaba a invocar los espíritus, que le permitían, al otro día, leerle el futuro a quienes lo solicitaran. Nadie conocía lo que tenía en su cuarto, pero se rumoraba que había una miríada de santos colgados en las paredes y un altar en donde siempre estaban prendidas

al menos veinte velas.

— Buenos días señores — dijo mostrando una sonrisa amable y sin poder disimular el movimiento de las planchas que al parecer no ajustaban con propiedad en la encía — ¿Cuántas habitaciones son profesor? Claro, que sin contar la suya.

— Bueno doña Cornelia, ellos son, usted los conoce, Demetrio, su esposa y su hijo Fernando. Los esposos ocuparán una habitación y el muchacho otra. Todos los gastos, habitación y comida, los carga en mi cuenta ¿Estamos?

— Claro, profesor, usted es el único que me paga religiosamente y con usted no hay ningún problema. Entremos y veamos en el control lo que está desocupado.

Llegaron al mostrador que se suponía la recepción. Le solicitó a la muchacha que fungía de recepcionista información sobre las habitaciones que estaban disponibles. La muchacha, que después supieron se llamaba Ana, de cachetes colorados, de buen porte y dientes blanquísimos, buscó en un cuaderno ajado, sucio, con la figura de Batman en la carátula, la lista de habitaciones ocupadas.

— Patrona — dijo con muy buena dicción, a la vez que miraba coquetamente a Fernando — la número uno del primer piso está desocupada y es individual, para el muchacho; la sexta del segundo piso también está disponible y es con cama matrimonial, para el señor y su esposa. Deme, por favor los nombres y las cédulas para anotarlos en el cuaderno de control.

— El comedor está aquí, frente a la recepción — indicó doña Coronelia, sin poder contener la estorbosa movilidad de sus planchas — El desayuno sólo se sirve hasta las nueve, el almuerzo hasta la una y la cena hasta la ocho. Yo no he sacado permiso para la venta de licores, pero si quieren empujarse unos palitos, háganlo en el mismo comedor. Y no se preocupen, aquí

nadie le para bolas a eso de los permisos. Por otra parte, como sucede siempre, yo le tiro algo a los policías y al prefecto le doy gratis comidas para que no me echen vaina. De todas maneras, en el billar que está a la salida, a mano derecha venden el aguardiente que quieran. No digo esto por usted profesor — aclaró a la vez que miraba a Fernando con detenimiento — pues sabemos que usted es medio zanahoria, perdón, que no le gusta el licor.

La pieza de Leonardo era oscura. Encendió un bombillo que guindaba de un cable en el centro del techo y decepcionado apreció preocupado que sólo ofrecía una luz mortecina, incapaz de herir la densidad del ambiente. Olía a humedad, a viejo, a desierto. La cama, un catre pequeño parecido al que tenía en su casucha, estaba ubicada recostado su respaldo en la pared del frente, cubierta por una sábana que sin la menor duda, por lo desteñida, había sido lavada ciento de veces, ya que los dibujos que la encanaban, no se veían con nitidez. Una mesita con gaveta, se ubicaba en la mano derecha de la cama y a la izquierda un pequeño closet de madera, ya muy martirizado por los años y la humedad, cubierto de manchones variopintos. Una pequeña ventana en la pared del frente, que dejaba colar algo de la muda claridad que provenía del pasillo. Dedujo que en éste debería estar el sanitario. Lo averiguaría de inmediato para evitarse sorpresas en la noche. Se acostó tratando de asimilar con propiedad lo que le estaba sucediendo. Dobló la flácida almohada para darle cierta altura, cerró los ojos y se vio de nuevo mimado por la madrina, que le insistía en que se interesaba por lo que se le enseñaba en la escuela. Le hubiera gustado verla de nuevo, pero sabía que se había ido hacía unos seis meses a la capital del estado, a dirigir una iglesia evangélica importante. Recordó, lamiéndose los labios, el espeso chocolate que le brindaba por las mañanas y el dulce de lechosa del cual estaba orgullosa. Rió. Los pantalones que llevaba puestos, ya un tanto desgastados, habían sido un regalo de ella el día de su cumpleaños. Le traía a su mente la decisión

que tomó cuando cursaba el primer año de bachillerato, de irse a casa de sus padres. No sentía ningún arrepentimiento. Había logrado algo que ni el liceo ni la universidad podían haberle dado. Oyó voces en el cuarto contiguo. Era una pareja que discutía airadamente, levantando la voz. No le pasó desapercibido cuando llegó a la pensión, que esta era a la vez una triste casa de citas. Se preguntó ¿Cómo podrían dos seres hacer el amor en tan despreciable ambiente? Sobre lo grande del amor y el significado que tenía para el ser humano, le habló muchas veces el profesor Florencio y le hizo leer muchos libros. De inmediato, recordó algo simpático y acertado, que figuraba en el Arcipreste de Hita, de Juan Ruiz, y que le resultó muy atractivo por estar escrito en castellano antiguo: “El amor faz sutil al hombre que es rudo/ fácele fablar hermoso al que antes era mudo/al hombre que es cobarde fácele atrevudo/al perezoso face ser presto e agudo”. Sonrió. Recordar la estrofa le producía un algo interior satisfactorio...Pero, como le estaba sucediendo, no pudo evitar que de nuevo se abalanzara en su mente la espina de la duda...Se preguntó ¿Era ese acoso algo anormal? ¿No le producía cierta voluptuosidad que se deslizaba como aire tibio por su pecho?...No quería pensar en nada negativo — se dijo con la preocupación e inseguridad de siempre — del mundo que le presagiaba el profesor, al cual definía como magnífico. Pero, si bien hacía tal consideración, de pronto era neutralizada por el zumbido de la duda, desvaneciéndola sin poder controlar nada...Respiró profundo el éter de su momentánea oscura soledad. Sólo debía entender — y pidió para ello ayuda a Dios — que ya había un destino que lo sobrenatural le había establecido y que no podía eludir. Eso era el sino de los hombres. Era inevitable. Todo debería estar decidido. Lo cubrió el horror de lo que vendría. Pero, poniendo de nuevo en avanzada lo positivo, se ratificó a si mismo que tenía una voluntad fuerte para poder experimentar, probar, y con base a los resultados, seguir adelante o desistir. Dedujo que pensar así era un consuelo, y una forma poderosa de evitar el brutal choque que le causaban las contradicciones. Tocaron

a la puerta. Miró el reloj. Era con seguridad el profesor que lo buscaba para almorzar.

La habitación que les asignaron a los padres de Leonardo era más amplia y como daba a la calle, entraba en ella más luz. Pero tenía el inconveniente, y eso sucedía en ese momento, que por la cercanía del billar se oía parte de la bulla que hacían los clientes en el local y los vallenatos de la rockola puestos a todo volumen. La señora se mostraba incómoda, nunca antes había estado en una pensión. Extrañaba su cama, el calor proveniente de los leños encendidos y el viento golpeando sobre la puerta y el techo. Se sentía preocupada por las ovejas, en especial porque unas estaban preñadas, aunque de alguna manera les había amontonado una buena porción de pasto. Las crías se encargarían de descargar las ubres.

Se reunieron a las doce del mediodía a almorzar. Mesas viejas, revestidas de manteles plásticos, denotaban poco interés de la dueña en mejorar el ambiente, ya con muchos años de funcionamiento. En otra mesa estaba el médico, Dr. José Bautista, venido desde Mérida, y que supieron era muy apreciado, aunque a veces, la fiebre por jugar bolas criollas en un peladero con venta de cerveza, llamado Club el Cóndor, situado en las afueras, por la bajada que iba al sur, descuidaba la consulta. En otra mesa tres campesinos empinaban con premura la cerveza, esperando les fuera servido su almuerzo.

Fernando le presentó sus acompañantes al médico, a la vez que con cierto detenimiento le explicó lo concerniente a las virtudes de Leonardo. El hombre, por supuesto, era de esperarse, se interesó por lo que le contaban y ofreció su ayuda en lo que le fuera posible.

Como era lo infaltable en todos los comederos de la región, pidieron cochino frito con yuca. A la vez que comían, Fernando explicó lo que harían: ir al liceo, ubicado dos cuadras arriba de la iglesia, para preparar la presentación al otro día, ya

## IX Se Inicia le Periplo

concertada con anterioridad, a eso de las diez de la mañana. Le solicitaría al Director, su amigo el Profesor Roberto Chacón, que reuniera a los muchachos y profesores en el patio, en cuyo fondo había un tosco escenario de cemento que servía para los “actos culturales”. Después irían a visitar al señor cura para que en la misa de las seis, a la cual asistirían, invitara a los vecinos al liceo. Al salir de la liturgia irían al grupo escolar que dirigía, ubicado dos cuadras abajo de la parte posterior de la posada, para invitar a los maestros y posiblemente a los muchachos que cursaban el sexto grado.

Leonardo estuvo de acuerdo. Demetrio dijo que él iría a visitar a su compadre Timoleón que vivía en las afueras del pueblo y que se verían en la misa. La doña callaba y sólo asentía moviendo la cabeza a todo lo que se decía. Se sentía en un mundo que le era extraño, a pesar de haber nacido en las afueras del pueblo, a orillas de la quebrada que surtía de agua a la población, sitio preferido para los paseos al aire libre. Los pozos de la quebrada que servían para bañarse, eran la gran diversión de los muchachos. Había en sus aguas truchas que el ministerio había sembrado y que se acababan poco a poco, dada la pesca constante, sin respetar los periodos de veda impuestos. De paso, casi todos los domingos, pescadores venidos de otros pueblos y en especial de la capital, se ocupaban de apurar la extinción.

Hicieron, a partir de las dos de la tarde, lo planificado. La propuesta fue acogida con entusiasmo por los liceístas, los profesores del grupo escolar y por el señor cura. Entendían que era un hecho extraordinario y que sacaba al pueblo de la pesada rutina, de la inamovilidad y del letargo que constreñía los ánimos. El Director del Liceo, un hombre amable, pedagogo de unos cuarenta años, les prometió a Leonardo y Fernando, entusiasmado por lo que podría representar la presentación del excepcional muchacho, suspender las clases y reunir a todo el estudiantado en el patio, a eso de las nueve de la mañana.

Terminada la entrevista con el director del Liceo, decidieron ir hasta la casa cural, tal como lo habían planificado. La idea era que el sacerdote, en la misa de seis, anunciara la presentación desde el púlpito, en momentos de la homilía, de manera tal que los parroquianos asistieran al acontecimiento.

El sacerdote, después de oír incrédulo lo que le contaba Fernando respecto a las cualidades y logros de su pupilo, les aseguró que pondría en juego durante la homilía su mejor capacidad oratoria para que el pueblo asistiera masivamente al liceo a apreciar algo tan singular. Picado por el gusanillo de la duda, después de encender su segundo cigarrillo satisfaciendo un vicio que todos sabían lo dominaba sin remedio y que sin duda era un mal ejemplo para los feligreses, se atrevió a preguntar si no sería mucho pedir, que Leonardo le dijera la acepción de unas dos o tres palabras que él escogiera. Después de hacer la solicitud, pidió que lo perdonaran por el atrevimiento, pero era — aclaró — que a pesar de no resultar acorde con su investidura sacerdotal, la curiosidad lo mataba.

— Si Leonardo lo acepta no veo ningún problema, padre — aseguró Fernando al percibir la manifiesta ansiedad del sacerdote — ¿Tú qué dices?

— Para nada. No hay el más mínimo problema. Con todo gusto puedo satisfacer la curiosidad del padre, aunque — dijo satirizando — no parece que tenga mucha fe y tenga entonces que oír para creer. Bien, padre, dejemos las bromas, lo vamos a hacer creer. Escoja las palabras en su diccionario o si lo quiere así, dígame tres de las que usted recuerde y que no sean comunes.

El cura se quedó meditando un rato y prefiriendo tres palabras de las que recordaba, dijo:

— Bien, ya las tengo: Hierático, mística y mimesis.

Leonardo pensó por un momento y sonrió, denotando seguridad. A pesar de que ya había precisado el significado de las palabras, de pronto sintió algo de nervioso al percatarse de que era la primera vez que alguien ajeno a sus dos profesores le interrogaba sobre la acepción de alguna palabra. Pasados unos segundos, mirando al sacerdote a los ojos, sin dudar dijo:

Mística es la parte de la teología que trata de la vida espiritual y contemplativa; hierático es referida al que afecta poses de solemnidad; y mimesis, imitación de una persona por su voz o gestos.

— ¡Asombroso, asombroso! — exclamó el cura entusiasmado, a la vez que aplaudía — Se paró de su silla y acercándose a Leonardo lo abrazó efusivamente. ¡Eres un genio! Pondrás, sin la menor duda, a tu región en la boca de todo el mundo. A veces hijo mío — aseguró resbalando las palabras — Dios hace a algunos hombres excepcionales con los cuales define sin equívocos su omnipotencia... Prendió apurado otro cigarrillo. Lo aspiró como queriendo meter el mundo en sus pulmones.

Se despidieron. El sacerdote los acompañó hasta la puerta de la casa cural, una de las mejores del vecindario, sólo superada por la de don Pancho Ribero, el hacendado. El asombrado sacerdote no dejó de mirarlos hasta que se perdieron calle arriba. Presentía que el muchacho asombraría al mundo con su memoria. Rogó al señor que así fuera. Prendió otro cigarrillo con la colilla del anterior y como guiado por el humo, entro de nuevo a su despacho.

Luego visitaron el grupo escolar del cual era Fernando Director y lo único que hicieron fue solicitarle a las maestras que ellas y los muchachos, preferiblemente los de quinto y sexto grado, fueran al otro día, a las mueve de la mañana, al liceo. Todas mostraron entusiasmo. Era un acontecimiento inesperado, único, y se liberaban por lo menos en la mañana de regañar a tanto muchacho malcriado.

Eran las cinco y media de la tarde. Leonardo, Fernando, María y Demetrio, salieron de la pensión, subieron las gradas que llevaban a la acera del parque y luego lo atravesaron, deteniéndose a detallar el sufrido busto del prócer, que más que infundir respeto daba lástima. Llegaron a la calle paralela a la pensión. La atravesaron y al terminarse la acera, subieron las escalinatas de cemento desgastado que conducía a la iglesia. Las grandes puertas, abiertas de par en par, llamaban a los feligreses a entrar al espacio sagrado en que la presencia de Dios era permanente, donde el dogma de la fe, la transmigración del cuerpo y la sangre de Cristo al vino y al pan, se hacía realidad como parte central de la misa y por la invocación del sacerdote.

Entraron. Se persignaron con agua bendita de la pila de piedra ubicada en la parte derecha, después de atravesar la puerta y recostada a la primera gran columna del templo. A los lados grandes columnas limitaban un pasillo central, en el cual dos hileras de bancas, una a la derecha y otras a la izquierda, ya desvencijadas por los años y el uso, se alineaban desde unos cuatro metros de la entrada hasta las proximidades del altar. En las paredes de ambos lados, sobresalían por su brillantez, dando un tono milagroso de colores al espacio, vitrales que reproducían las estaciones del viacrucis. En el fondo estaba el altar. Era un espacio más alto, al cual se ascendía por dos escaleras curvas, una a cada lado. Cada una de ellas con cuatro peldaños de granito. En el centro, en un nicho ubicado a más de dos metros de alto, plano en la parte de abajo, y que desde allí ascendía en arco perfectamente tallado, se veía, de pié, una hermosa imagen de la Virgen del Carmen, vestida con una batola blanca ajustada a la cintura por un cordón dorado y cubierta por una capa que llegaba hasta el suelo, encanada de vivos arreglos dorados. Sobre la cabeza emergía una corona también de color dorado. Debajo de la Virgen, resplandeciente, con tapa dorada brillante, adornada con bellos altorrelieves, estaba el sagrado cofre en que se guardaban las hostias.

## IX Se Inicia le Periplo

Caminando despacio, como si calcularan cada paso, llegaron al primer banco de la fila derecha. Se persignaron y luego se sentaron. Nadie decía nada. Doña María se arrodilló y con devoción empezó a rezar padrenuestros y avemarías. No había la menor duda que pedía por la ventura de su hijo.

La iglesia, poco a poco fue llenándose de parroquianos. La quietud del ambiente se alteraba de cuando en cuando por el llanto de los niños y las carreras que los más grandecitos emprendían por el pasillo, entre las bancas.

El sacerdote, con los atuendos apropiados y definidos para el ritual, entró parsimonioso por una puerta lateral al altar y caminando despacio, afectando solemnidad, se ubicó detrás del mesón, ricamente cubierto por un mantel bordado con flores multicolores y en cuyo centro un cáliz dorado, reflejaba la luz, emitiendo hilos de sutilidad lumínica. Después de mirar con detenimiento a los presentes, empezó la misa: En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo... El oficio transcurrió como era de esperarse, concentrando la atención de un pueblo casi en su totalidad católico practicante, lleno del temor de Dios.

Después de la lectura del evangelio y de analizar los mensajes contenidos en el mismo, con voz emocionada dijo: Hijos míos, ya dicho todo sobre el evangelio, quiero darles una muy buena noticia. El hijo de Demetrio y María, Leonardo, ha logrado con la venia de Dios un prodigio único en el mundo. Ha sido capaz, sólo posible si se poseen dones especiales conferidos por el todopoderoso, de memorizar el significado de todas las palabras del Diccionario, lo que sin duda hará que al conocerse ese prodigio en las más remotas latitudes, se conocerá también a nuestra región, nuestra Betania, protegida al escampo bendito de la Virgen del Carmen. Muchos de ustedes puede que no valoren en toda su significación lo logrado por nuestro hermano, pero, por lo menos, espero que comprendan que

nunca, en ninguna parte del mundo, ni aun los hombres más inteligentes y estudiosos han logrado tal milagro. Él sí, a pesar que a duras penas pudo terminar el sexto grado y empezar el primer año de bachillerado. Esto, se sobreentiende, hace mucho más meritorio los logros alcanzados. Él es una mente única: un hombre de nuestro pueblo. Y esto lo podrán comprobar mañana asistiendo a las diez de la mañana al liceo en donde Leonardo les demostrará lo que les estoy diciendo. Él y su profesor Fernando, quien en el milagro tiene una importante participación, les mostrarán a todos los asistentes que lo que afirmo es del todo cierto. Y, sépanlo, esta mañana yo pude comprobarlo personalmente en mi despacho. Por ahora hijos míos, con la seguridad de que hemos sido bendecidos todos con lo que Dios le ha dado a Leonardo, recemos por sus éxitos un Padre Nuestro y una Avemaría. Terminadas las plegarias, de quien menos se esperaba, de don Pancho Ribera, el hacendado, salió la petición de darle un gran aplauso al muchacho y a su tutor... El aplauso fue mantenido y sonoro. Leonardo se ruborizó. Demetrio y María no pudieron contener las lágrimas. Fernando consideró que era una primera manifestación de admiración a la cual seguirían cientos de ellas.

— Por otra parte, señor cura y paisanos, quiero decirles después de este nutrido aplauso — Dijo don Pancho elevando su potente voz — que estoy dispuesto a ayudar económicamente al muchacho para que de sus primeros pasos en lo que será, sin duda alguna, una vida de éxitos.

Todos aplaudieron de nuevo a rabiar. El tacaño de don Pancho, a lo mejor impulsado por Dios, no podía ser de otra manera, se mostraba de pronto generoso. El sacerdote sonrió satisfecho. Pensaba que lo que estaba sucediendo era una bendición del Supremo. Fernando miró a Leonardo y sonrió. Este permanecía impávido, como suspendido en el aire, al tomar conciencia que él era el centro y motivo de lo que estaba sucediendo.

## IX Se Inicia le Periplo

— ¡Id en paz! — dijo el sacerdote alzando la voz, a la vez que se hacía la señal de la cruz.

Salieron de la iglesia a eso de las siete. La gente se había aglomerado en el parque y al verlos pasar los saludaban y felicitaban demostrando cariño y admiración.

Doña Cornelia, con más de una cerveza entre pecho y espalda, sonreía en la puerta de la pensión, sin importarle el fastidioso bailete de sus planchas.

Llegaron a la pensión y se dirigieron al comedor. Al rato, el sirviente de don Pancho, emocionado, entró y atropellando las palabras, dijo:

— Leonardo, ¿Te acuerdas de mí? Soy Justino, Justino Becerra. ¿No recuerdas que estudiamos juntos los primeros años de la primaria?

— Claro, claro — contestó Leonardo a la vez que parándose le daba un abrazo, le aseguró que era bueno volver a verlo. ¿Y por qué te muestras tan agitado?

— Es la emoción — aclaró el muchacho a la vez que se sonaba con la manga de la camisa las narices — es que te traigo un sobre que envía mi patrón, don Pancho, con muchos billetes. No sé cuántos, pero son varios. Yo trabajo desde hace unos dos años con él y le hago todos los mandados. Toma — dijo alargándole el sobre.

Leonardo se quedó hecho de una sola pieza. No sabía que pensar. No sabía que decir. Consternado y atónito contemplaba el sobre que le extendía Justino. Estaba confundido y una nueva contradicción lo hirió como un ramalazo ¿Debía o no recibir el dinero?

Dándose cuenta de la situación y por estimar lo que representaba para ellos contar con algún dinero para empezar a movilizarse,

Fernando se paró y tomó el sobre que permanecía en la mano estirada del mensajero. Leonardo lo miró como tratando de escrudiñar lo que pasaba por la mente a su tutor, pero al ver que el profesor le reía y mostraba complacencia, se sentó y pidió su comida. En el fondo algo le dijo que no era una vergüenza recibir la ayuda y más si provenía de alguien a quien nadie le había visto antes un gesto de generosidad. Rechazarla, pensó, manteniendo la lacerante herida de la contradicción, era como negarle al hombre la posibilidad de una buena acción.

Tomaron su sopa de alverja, infaltable en el menú de los restaurantes de los páramos, y una trucha frita, preparada al ajillo. La cocinera, así lo supieron después, doña Gertrudis, viuda de Celestino Vargas, un hombre sin oficio conocido, pero con mucha habilidad para manejar las cartas en el juego de ajiley y veintiuno, quien fue asesinado por un compadre suyo cuando éste comprobó que le estaba haciendo trampas, tenía fama por la preparación de plato tan especial. Se quejaba, y eso lo sabían todos, de que las truchas que le traían ahora los vendedores a diferencia de las de antes, dada la pesca indiscriminada, no tenían un tamaño apropiado ni la robustez que las caracterizaba.

Se pararon de la mesa. Los vallenatos, puestos a todo volumen en el billar, se oían con nitidez. Una pareja de muchachos, de unos veinte años, agarrados de la mano pasaron con paso apresurado por el pasillo frente a la puerta del restaurante, camino a las habitaciones del segundo piso. Otra pareja, casi chocan, salía de la pensión sin mirar a los lados.

## X

### LA PRIMERA EXPERIENCIA.

El pasillo estaba en penumbras. De seguro el bombillo que guindaba del techo, había fallecido por consunción. Tanteando, Leonardo logró después de varios intentos meter la llave en la cerradura y abrir la puerta. Un ramalazo de más oscuridad se introdujo en sus ojos, que desorbitados buscaban orientación. Alcanzó la cama. Con todo y ropa se tendió en ella, después de lograr prender el bombillo, que daba una luz mortecina, anuncio de que agonizaba sin remedio. Se oía, cacofónico, el vallenato que sabía se llamaba La Gota Fría, infaltable en cualquier fiesta de la región.

Seguía, para su angustia, desconcertado. Ansioso por lograr animarse, se repetía una y otra vez, que todo saldría de lo mejor. Vino a su memoria el agradable momento en que los habitantes del pueblo lo aplaudieron en la iglesia durante por lo menos un minuto. Algo de vanidad lo aguijoneó. Se reconvino de inmediato. Notó que no podía manejar a su antojo los pensamientos. Estos aparecían libremente, creando un calidoscopio de confusiones, superponiéndose, yendo y viniendo, como si alguien los manejara cual títeres inquietos ¿Acaso todo se debía a que no tenía sueño y el vallenato le hería con insistencia los oídos? Se daba cuenta de que estaba nervioso sin saber por qué razón, pues no tenía la menor duda de poder salir airoso de cualquier prueba a la que se le sometiera. Debía dormir — se dijo —. No resultaba conveniente seguir intranquilo, ya que podría llegar a la desesperación. No debería obsesionarse procurando una respuesta que no llegaba. Lo que requería era afirmarse en la contradicción, entenderse a sí mismo. Tuvo, en ese instante, el convencimiento de que era fácil desbrozar el camino de todas las dudas, pues de permitir que

persistieran no encontraría la forma de definir adecuadamente el futuro. Lo que Fernando le proponía, debería entenderlo así de una vez por todas, era una posibilidad asible, con pleno sentido y que podía soportarse sin perturbaciones emocionales. Dejaría que todo discurriera, sin obstáculos mentales, pues él estaba seguro de tener la necesaria envergadura para cumplir a cabalidad, sin contratiempos de ninguna especie, con la parte que le correspondía. Tuvo la sensación de que todo estaba dicho y que había encontrado el cabo de la madeja. Recordó a Cayo Julio César cuando antes de atreverse a atravesar el Rubicón, dijo: *“Queda echado el dado”*.

Se paró, fue al baño y orinó. Se cepilló los dientes y al hacerlo, se vio, seguro que debido a la mortecina luz y a la calidad del destartado espejo clavado en la pared, desfigurado, con una cara que se difuminaba a veces en su mitad derecha y otras en su mitad izquierda. No era él; no se reconocía. Tuvo la seguridad que todo era un juego de luces, pero se figuró, preocupado, que a lo mejor se trataba de una advertencia en cuanto a que en adelante cambiaría su forma de ser. Se reconvinó. No tenía la menor duda del cambio de vida, pero también la certeza que nunca cambiaría su forma de ser.

Se acostó de nuevo. Una vez más el vallenato saturó sus oídos. Entre la somnolencia y la vigilia, su mente, persistiendo en su inquietud, se ofuscaba, vagando entre el pensamiento sensato y la ensoñación. Esto se hacía insufrible. Poco a poco, sobreponiéndose, ayudándose con inhalaciones profundas, logró conciliar el sueño. Se sintió ocupando en el escenario del liceo, animado por maestros y estudiantes. Entre las muchachas vio a su compañerita de la primaria, Dolores García, a quien había definido en su inocencia como su novia, aunque sólo algunas veces, y era cuando vencía la timidez, hablaba con ella. La retrató en la cámara de sus recuerdos, como una hermosa muchacha, de pelo rojizo, ojos azules, y de esbelta talla, que según se sabía, había sido el fruto de unos violentos amoríos

ente doña Mercedes García y uno de los ingenieros gringos que acompañó al profesor universitario en la siembra de los pinos, de nombre Jhonny Green. Si persistía la belleza imaginada de la muchacha, lo constataría al otro día en el acto del liceo.

Tocaron a la puerta. Despertó. Unos hilos delgados de luz que se colaban por entre las hendidias de las ventanas, le daban en la cara. El día florecía como pétalos de luz emergiendo de la oscuridad. Se dio cuenta que había dormido con la ropa puesta. Después de estirarse, pretendiendo espantar lo que le quedaba de sueño, se paró y abrió la puerta. Era el profesor Fernando.

— Buenos días, Leonardo — saludó efusivo — ¿Cómo estuvo ese sueño? Te dejaron dormir los malditos vallenatos. ¡Yo no sé qué le pasa a la policía que permite esa vaina toda la noche! ...Creo que debes apurarte un poco...Son las ocho y debemos desayunar para después ir a nuestra primer gran aventura. Pero antes, vamos a comprar algo de ropa, de manera que estés presentable — insinuó casi cantando — Voy a despertar de inmediato a tus padres.

El agua le pareció mucho más fría que la de la quebrada, pero igual sintió el placer que producía sus caricias en el cuerpo. Por lo de la ropa, supo una vez más que su tutor era y le sería indispensable. Pensaba en todo. Nada se le escapaba. En verdad — se dijo ruborizándose y sintiendo pena — no puedo presentarme con estos viejos y desteñidos pantalones, que ya lloraban su color por tantas lavadas. ¿Y la camisa? Cayó en cuenta que tenía puesta una de las que le había dejado don Florencio. Sonrió. Su recuerdo siempre era grato. Si Dolores estaba entre los muchachos del liceo, quería causarle una buena impresión. ¿Estaría allí? Algo lo estremeció. Algo que no entendió. Al cepillarse, pegó la nariz contra el espejo y fue retirando poco a poco la cara. Comprobó que ahora se reflejaba sin ninguna distorsión. Dedujo del hecho que su

destino no provenía de un algo externo, que se broquelaba en su propio interior, en su alma. Se sintió aliviado. Lo de antes de acostarse había sido un simple efecto de la combinación de oscuridad y poca luz. Se preguntó con cierta preocupación: ¿No estaba acaso cayendo en el desvarío al tratarse a sí mismo con severidad, sin motivo alguno? Salió. Delante de él, a unos pasos, iba caminando apresurada, casi corriendo, la pareja de muchachos que había visto desde el comedor entrar a la pensión el día anterior. Buscaban con apremio la salida...De improviso, se movió la fibra instintiva y pensó que debería experimentar de una vez por todas con alguna mujer.

Desayunaron. Anita, la coqueta recepcionista, haciendo de mesonera les sirvió la infaltable pisca con huevos y las arepas rellenas de queso de mano. Ahora no miraba al profesor con el interés de antes, parecía concentrarla en el muchacho, al cual sentía el actor principal de algo importante. A Leonardo no le pasó desapercibida la mirada penetrante de la mujer y retribuyéndosela, le sonrió con amabilidad. Ingirieron el desayuno con manifiesto nerviosismo. Demetrio y su mujer se mostraban inmutables. Posiblemente no dimensionaban con exactitud lo que estaba sucediendo o, a lo mejor, tenían plena confianza en su hijo.

Salieron de la pensión. Fernando llevaba el pesado diccionario de la Real Academia bajo el brazo derecho. En la puerta, el penetrante olor a orines se hizo manifiesto. Los borrachos de siempre, de todos los días, dormían plácidamente en la grama, cerca del busto del prócer, y el policía de guardia, inmutable, indiferente, como siempre, masticaba con deleite su consabida bola de chimó. Unos dos salieron tambaleándose del billar, con rumbo a la cama a cielo abierto que representaba la grama de la plaza.

Se dirigieron con presteza al “Centavo Menos”, la tienda de misceláneas del señor Pedro Uzcátegui, con la intención de comprar alguna ropa adecuada. Antes de entrar en la tienda,

Leonardo pregunto:

— Profe, ¿Usted tiene el dinero suficiente para la ropa? Pues me imagino que debe estar muy cara ahora que los bolívares no valen nada y los productos colombianos se han puesto muy caros.

— No te preocupes — contestó Fernando entusiasmado a la vez que se reía —. La plata que nos donó el señor Pancho Ramírez es más que suficiente. Se trata de muchos bolívares, con los cuales puedo comprarte dos buenos pantalones, una camisa y una chaqueta, de manera que estés presentable.

Entraron a la tienda. Leonardo se fue midiendo lo que le iba alcanzando el profesor, hasta que hizo la escogencia que le pareció adecuada.

— Hagamos lo siguiente — insinuó Fernando — ve a la pensión, te cambias y nosotros te esperaremos en la puerta de la iglesia para después ir al liceo.

Así se hizo. Leonardo, entusiasmado, se fue con lo comprado a la pensión. Ana estaba en la recepción y lo recibió con una insinuante sonrisa.

— Mira, Leonardito — dijo con afectación — ya me voy para el liceo, pues por nada me puedo perder lo que con seguridad será tu primer éxito. Si quieres te espero y te acompaño — insinuó.

— Está bien, me parece muy bien. Será agradable tu compañía.

Entró a su cuarto y se cambió. Le hubiera gustado tener un espejo en que mirarse a cuerpo entero. Era una sensación agradable sentirse bien vestido. Pensó que tal satisfacción en adelante la sentiría con regularidad.

Con Ana a su lado derecho, se dirigió a la iglesia. Allí los estaba

esperando, como fue lo acordado, Fernando y sus padres. Con sonrisa socarrona, Demetrio detalló a la bonita muchacha.

Llegaron al liceo. El patio estaba abarrotado de liceístas y vecinos del pueblo, entusiasmados por lo que le había dicho el sacerdote en la misa del día anterior. Todos aplaudieron la entrada de la comitiva. El director los esperaba al pie del pequeño escenario de cemento en el que se había colocado un micrófono de pie. En el fondo se veía una pancarta en la cual se leía: “Bienvenido el orgullo de Betania”.

Subieron sólo Leonardo y Fernando, al darse cuenta de que solo había dos sillas dispuestas en el escenario. Demetrio, doña María y Ana, permanecieron de pie, cerca del escenario.

Una vez sentado en la silla dispuesta para él, conmovido por la asistencia de todo el pueblo, Leonardo trató de precisar algunas caras conocidas. De pronto, como si se tratara de una aparición divina, vio a Dolores García, que ubicada en el centro del patio, a unos seis metros del escenario, lo miraba con detenimiento. La muchacha estaba más bella que nunca. Sus ojos azules resplandecían con brillantez, reflejaban la luz del día. Le sonrió a la vez que la saludaba con su mano. Ella respondió de la misma manera.

De pronto, lo sacó de su éxtasis el ingreso al escenario del Director del liceo, quien de inmediato se dirigió al micrófono para la presentación de rigor, diciendo:

— Estimados vecinos, queridos estudiantes y profesores del liceo, hoy es un día muy especial para nuestro instituto, para Betania y para Venezuela, pues tenemos el privilegio de ser los primeros en oír, en presentación formal, a un muchacho de nuestro pueblo que ha dominado, como nunca sucedió antes, las palabras del Diccionario de la Real Academia de la Lengua, que pueden llegar a ser, quiero que todos lo sepan, más o menos, unas 80.000. Apremiar ésta cifra es, a su vez,

darse cuenta de la magnitud del logro. Leonardo es orgullo de nuestro pueblo y con seguridad, asombrará al mundo intelectual con su excepcional capacidad.

El aplauso fue unánime y sostenido, en especial de los liceístas que se sentían representados por un muchacho de su edad. A lo mejor muchos de los presentes aplaudían a pesar de que mejor no tenían la capacidad para discernir con propiedad lo que representaba el gran logro del muchacho. Pero de alguna manera la fibra etnocéntrica se ponía en juego.

— Gracias, muchas gracias — continuó ansioso el director — ahora quiero decirles cómo vamos a proceder, de acuerdo a lo que conversamos con el profesor Fernando. Él trajo el diccionario. Yo se lo voy a pasar a algunos de ustedes, para que lo abran donde quieran y allí escojan las palabras. Nos la darán a conocer subiendo la voz para que todos sepan cual es. De inmediato, Leonardo dirá el significado de cada una de ellas. Una vez que lo haya hecho, quien escogió la palabra y como tiene el diccionario en la mano, leerá, también alzando la voz, el significado que se lee en éste, de manera que podamos constatar si lo dicho por Leonardo es coincidente o no con lo que en él está asentado.

— Vamos a entregarle el diccionario a la profesora de castellano, la señorita Gertrudis Varela, para que sea la primera en escoger una palabra.

La profesora — con pasos nerviosos — subió al escenario y abrió el diccionario al azar. Leyó frente al micrófono: exvoto.

Leonardo pensó un momento y de inmediato dijo: Don u ofrenda que los fieles dedican a Dios, a la virgen o a los santos en señal y por recuerdo de beneficios recibidos.

— Perfecto — aclaró la profesora entusiasmada — es exactamente lo que indica el diccionario. Ni una palabra más

ni una palabra menos.

Aplausos efusivos. Gritos alentadores de la muchachada.

— Ahora invitamos al señor cura.

Sacerdote: la palabra es: Eleófago.

Leonardo: el que se alimenta de aceitunas.

Sacerdote: Perfecto, es lo que dice exactamente el diccionario.

El director iba a hacer un nuevo llamado, pero Leonardo lo interrumpió de improviso, solicitándole que invitará primero a Dolores García, su compañera en los primeros años de la primaria, a escoger una palabra.

La bella muchacha, nerviosa pero mostrando evidente entusiasmo, subió al escenario y después de mirar a Leonardo con intensidad, abrió el diccionario y leyó:

— Chongo.

Leonardo: Chanza, broma.

Exacto, dijo Dolores, a la vez que entregaba el diccionario a director y sin poder contenerse, se acercó a Leonardo y le estampó un beso en la mejilla.

El aplauso fue esta vez más sostenido. La muchacha bajó del escenario sin poder contener algunas lágrimas que generosas se escurrieron por sus mejillas.

Llamamos ahora a un muy distinguido vecino, que habiéndose dado cuenta de lo que representan los conocimientos de Leonardo, le donó una significativa suma de dinero para que pudiera dar con propiedad los primeros pasos. Estoy hablando de don Pancho Ribera.

¡Aplausos!

Don Pancho caminó con parsimonia hasta el escenario. No disimulaba su emoción. Lo llamaban a hacer algo nunca pensado. Sólo había vivido para sembrar y vender papas y de vez en cuando empinar el codo. Tomó el diccionario, lo abrió al azar y leyó:

— Cinegética

— Leonardo: Arte de la caza.

Don Pancho. Es lo que dice aquí en el diccionario, sí señor. Igualito.

¡Aplausos!

De esa manera pasaron al escenario unos diez liceístas más y en todos los casos las respuestas fueron acertadas. Fernando, que en un principio había mostrado cierto nerviosismo, sintió que se ratificaba a sí mismo la sostenida apreciación de que el muchacho además de su memoria, tenía una capacidad espiritual especial, pues se apreciaba que no sentía preocupación alguna; que tenía plena seguridad de sí mismo.

La salida del liceo fue emotiva. Pasó entre los muchachos que con cariño lo abrazaban o le daban una suave palmada en la espalda. En la puerta estaba, expectante, Dolores. La abrazó tiernamente. No se dijeron nada. Ella, a su lado, lo acompañó hasta la puerta de la pensión.

— Dolores, mañana me voy. Quiero que nos veamos en la tarde en la plaza y, si tú lo quieres, visitaremos a tu madre. ¿Estás de acuerdo? Necesito decirte algo importante. Verte de nuevo me ha llenado de alegría. Siempre pensé en ti a pesar que sólo compartimos unos ratos en la escuela.

— Sí, Leonardo — contestó Dolores condescendiente, sin

titubear — Vendré a eso de las tres de la tarde. No creo que mi mamá se moleste por la visita. Cuando le conté ayer lo que iba a suceder en el liceo, me dijo que te recordaba, aunque vagamente.

Se despidieron. Sin poder contenerse ante la limpidez de ojos tan profundamente azules, Leonardo la besó en la mejilla, rosándole levemente los labios. Dolores se sonrojó, dio la vuelta y apresurando el paso, se fue buscando el camino que desde la parte derecha de la plaza, se dirigía hasta el puente sobre la quebrada “La Pedregosa”. Al nomás pasarlo, a mano izquierda, estaba su casa. El rumor de la quebrada la hizo sentirse nimbada, flotando en algo que no podía explicarse. A pesar de lo impetuoso, creyó que Leonardo terminaría siendo su amor.

De nuevo en su cuarto, ya de noche, Leonardo, recostado en la cama, valoró lo sucedido. No podía negar que había sentido un profundo orgullo. Los aplausos, el cariño y las manifestaciones de admiración le indicaban, como canto de presagios, que si era válido lo que hacía. Que no podía quedarse con su capacidad encerrada en sí mismo sin darla a conocer, en especial porque podría servir de estímulo a otros jóvenes para emprender cualquier aventura intelectual.

Los ojos azules de Dolores se dibujaron con exactitud en su mente, obligándolo a dejar de pensar en el futuro. Era en verdad hermosa. Mucho más que cuando compartió con ella la primaria. Las pocas pecas y el leve acné de su infancia habían desaparecido. Fue inevitable imaginarse que una vez que hubiera triunfado y ganado el suficiente dinero, volvería para buscarla. Era un anhelo que sólo podría concretar si sus logros fueran de tal magnitud como para poder ofrecerle lo que merecía. Hablaría con ella antes de irse a la capital del estado. Le diría que lo esperara, que no se olvidaría de ella en ningún momento, aunque conociera las mujeres más

bellas del mundo, ella prevalecería por sobre todas, como la reina en sus sentimientos. Se quedó, poco a poco, plácida y profundamente dormido manteniendo viva la imagen de la muchacha...Fernando lo paró. Había contratado el vehículo para que Demetrio y doña María regresaran a su casa. Era necesario levantarse para despedirse, después de desayunar.

El chofer, incumpliendo el horario establecido, llegó a eso de las once de la mañana al frente de la pensión. Demetrio lo abrazó efusivamente. Su madre lo besó con ternura. No pudieron contener las lágrimas. Leonardo sabía que en el fondo ellos estaban alegres que caminara por un sendero mucho mejor que el que ellos habían recorrido con tantas limitaciones, aunque nunca manifestaron arrepentimiento alguno o le reclamaron a Dios o al destino su suerte. El alma campesina, sin ningún recelo, siempre considera que El Creador es quien tiene la palabra y que si bien los hombres pueden proponer, es él el quien decide y hay que obedecerle. Era una forma adecuada de enfrentar la vida sin sentir frustraciones de ningún tipo. Era una forma aprendida de conformismo anímicamente estabilizador.

Pensativo entró a la pensión, se sentó en un sofá colocado frente a la recepción, a esperar la hora del almuerzo y después que fueran las tres para encontrarse con Dolores. De pronto, Ana apareció detrás de la mesita que servía para anotar a los huéspedes y sin ningún rubor, mirándolo coquetamente, le dijo;

— Mi amor, lo de esta mañana fue fabuloso. Creo que tengo que darte un premio. Será el premio más sabroso que recibirás en tu vida.

Se acercó y sin que mediara ni siquiera una palabra, se sentó junto a Leonardo y abrazándolo lo besó en los labios, con ansiosa intensidad.

Leonardo no supo qué hacer o decir. Era la primera vez que lo besaba una mujer. Sintió que todo su interior se estremecía de manera muy extraña, no conocida con anterioridad. Como un ramalazo vinieron a su memoria las mujeres desnudas que había visto en algunas revistas y el frustrante onanismo al que hasta entonces se había sometido.

Ana iba a repetir el beso, cuando vio aparecer en el fondo del pasillo a doña Cornelia, que con una cerveza en la mano y un cigarrillo a medio consumir, se acercaba hasta ellos. Ana se paró con presteza y volvió a ubicarse detrás de la mesita. Para disimular, hizo como si estuviera buscando algo en el libro de anotaciones.

— Mijito, — balbuceó la señora mostrando una buena borrachera — me dijeron que la vaina en el liceo había estado cojonuda. Te felicito y espero que te vaya del carajo de ahora en adelante.

— Gracias — dijo Leonardo con torpeza, cohibido ante mujer tan singular — creo que todo irá bien. De todas maneras, yo no dejaré de estar en contacto con el pueblo y con todos ustedes. En definitiva, son mi gente. La gente de mi pueblo.

La doña rió y sin decir una palabra más, salió de la pensión. Ana sabía que sólo lo hacía para ir hasta el billar y pedir que le trajeran una caja de su infaltable licor.

Leonardo, aburrido después de almorzar y de esperar el paso del tiempo, miró el reloj. Eran sólo las dos de la tarde, su encuentro con Dolores sería a las tres. Decidió ir a esperar en una de las bancas del parque, sobre todo para evitar que Ana pudiera repetir lo que antes había hecho.

A las tres, tal como habían convenido, Dolores, luciendo un vestido blanco, se acercaba presurosa. Al llegar no dijo nada. Se sentó en la banca. Leonardo, venciendo la timidez que lo

acosaba, se atrevió a tomarle la mano. Ella sonrió asintiendo. Hablaron del futuro. Él le prometió que volvería y ella que lo esperaría hasta que decidiera regresar. Tomados de la mano se fueron por el camino, pasaron el puente y de inmediato entraron a la casa de la mamá de Ana, doña Mercedes, que por la ventana entreabierta, sonriendo, los veía acercarse.

Decenas de mariposas revolotearon por sobre sus cabezas, cuando pisaron el pequeño camino de piedra, bordeado por hermosas rosas de todos los colores e increíbles trinitarias que con su esplendor parecían hablar de un espacio de quietud, apto para profundizar los sentimientos. Detrás de la casa, protegiéndola y dándole sombra, tres grandes eucaliptos desmayaban sus ramas sobre el techo de la humilde casa.

Un hermoso pastor alemán salió de pronto de la casa y acercándose a Dolores recostó sus patas sobre las piernas de ella, solicitándole que lo acariciara. Lo hizo. Mesó los pelos de su cabeza y de la espalda. Siguieron caminado. El perro los acompañó.

— Siéntense muchachos — invitó doña Mercedes con amabilidad y sin dejar de sonreír pícaramente en momentos en que su hija le presentaba a Leonardo — Ya les traigo un vaso de fresco de mora y un dulcecito de lechosa.

Se sentaron uno junto al otro. La mamá de Dolores estilaba confianza, amabilidad y parecía que entendía lo que podía estar pasando con su hija y Leonardo, sin ningún tipo de preocupación. Nunca se pudo desprender del amor que le tenía al padre de la muchacha. Esperaba que su hija amara de la misma manera y al parecer Leonardo era el escogido. Su belleza volvía locos a los muchachos del liceo, pero nunca le hizo caso a ninguno. Eso le aseguraba que el muchacho representaba algo especial para ella y por tal la satisfacía. No dejaba de soñar con tener entre sus brazos un nieto, con la misma belleza de su hija. Además, habiendo oído de las

capacidades del muchacho, asumía que éste la sacaría un día del pueblo, en búsqueda de una vida mejor.

Ante la solicitud de Mercedes, Leonardo contó todos los procesos que había vivido para llegar al dominio de las palabras del Diccionario e hizo algunas remembranzas cariñosas del maestro Florencio y de la ayuda del profesor Fernando.

A eso de las seis de la tarde, doña Mercedes les dijo que iría a preparar unas arepas para cenar. Que conversaran con toda la confianza. Dolores le agradeció con la mirada el gesto a su madre. Al pararse, mirando con amabilidad al muchacho, sonrió con un gesto de complicidad.

Cenaron. Al terminar, Leonardo consideró que debía irse a la pensión a planificar con el profesor lo que harían. Dolores y su mamá estuvieron de acuerdo. La doña los acompañó hasta la puerta y los dejó solos. Sin siquiera pensarlo, Leonardo la atrajo hacia él y le dio un prolongado beso. Ella le respondió con avidez. La señora, viéndolo todo por entre las cortinas de la ventana, sonrió complacida. Pareció, de pronto, que el perfume que exhalaban las flores del nutrido jardín del frente de la casa, aumentaba, penetrando profundo. El perro, a lo mejor celoso, ladró con insistencia.

Alegre como nunca, Leonardo emprendió el regreso. Algo le pletorizaba el corazón. Un algo llenaba su mente y los más profundos recodos de su cuerpo de meliflua ternura. ¿Era el amor? — se preguntó —. No pudo darse una respuesta. No lo sabía, aunque lo presentía. Pensó que lograr ganársela, pasaba previamente por alcanzar todo lo que fuera necesario para tener que ofrecerle algo sólido, permanente. Al pasar el puente, la quebrada pareció acariciarlo con sus arrullos. Las pomarrosas le sonreían con su amarillo oro, reflejado en el agua. La vida era buena. Valía la pena vivirla si lo hacía en compañía de Dolores. Volteó, ella lo seguía mirando parada en la puerta. Saludó con la mano. Luego se perdió la vista de

la casa y se adentró en el parque, respirando el sabor de sus sentimientos.

Fernando lo esperaba en la puerta de la pensión. Mostraba cierta preocupación.

— ¿Dónde estabas? — preguntó de inmediato — ¡me tenías preocupado!

— No hay de que, profesor — aclaró — estaba en casa de una amiga. Y quiero decirle que ha sido hasta ahora la mejor tarde de mi vida.

— ¿En la casa de la que llamaste para que escogiera una palabra? — preguntó en tono burlón.

— De la misma ¿Ya está todo listo, a qué hora nos vamos? — preguntó cambiando abruptamente y a propósito la conversación.

— Todo está previsto. Nos vamos a eso de las siete de la mañana. Después de desayunar. Ya hice los contactos en la capital. Por otra parte, todo lo de la escuela está arreglado, hice el inventario y llevo la renuncia para entregarla en las oficinas del Ministerio de Educación. Creo conveniente que nos vayamos a dormir y así amanezcamos bien para emprender el viaje que se lleva unas tres horas y media. Hasta mañana.

Recostado sobre la cama vio dentro de sí la imagen de Dolores. Le costaba aceptar que sólo habiendo estado con ella un momento, un intenso momento, tuviera que alejarse sin saber a ciencia cierta cuándo regresar. Hacía un poco de frío. La lluvia empezaba a repiquetear sobre el techo con monótona cacofonía. Al rato, se iba quedando dormido, cuando sintió sobresaltado que la puerta de la habitación se abría con sigilo. Aguzó la vista. Reconoció a Ana, la recepcionista. Esta, sin mediar ni una palabra, se acercó presurosa a la cama. Se desnudó con parsimonia, incitante, provocadora, y luego se acostó junto a

él y empezó a acariciarlo con avidez. Leonardo no sabía qué hacer. Ni siquiera le preguntó por qué estaba allí. Se sentía congelado, estático, exultante. Pero hablar no fue necesario. Una violenta erección lo sacudió. Ella acarició su miembro por sobre los interiores y de inmediato se los quitó lentamente, como gozando cada segundo. Sus labios se deslizaron con suavidad sobre su miembro. Ella, de vez en cuando, levantaba la cabeza y lo miraba burlonamente. Sabía que era su primera mujer. Aturdido dejó que ella hiciera lo que quisiera. Al rato, se acostó sobre él y tomando de la mano el excitado miembro lo introdujo en sus entrañas. Se movía como si tuviera una depurada experiencia de muchos años. Al rato, la convulsión fue inevitable. Los dos se relajaron agotados. Él sabía ahora que era una mujer y el placer que podría proporcionarle. Con arrepentimiento se acordó de sus frustrantes masturbaciones en la casucha y cuando se bañaba en la quebrada. No se dijeron nada. Ella, al rato, inició de nuevo las caricias con más vehemencia, hasta que de nuevo la eclosión se sintió en ambos cuerpos. Sin decir nada, Ana se paró, se vistió y salió del cuarto. Se quedó de inmediato dormido. Soñó que hacía lo mismo con Dolores, pero todo era completamente diferente, pues con ella había una compenetración de sentimientos que superaba con creces lo mecánico que había sido con Ana.

En la mañana se paró eufórico. Se sentía liviano. Era un hombre diferente. Algo de lo sucedido le hacía ver el mundo de otra manera, con optimismo, con la seguridad que muchas cosas buenas le sucederían. Al salir del cuarto, vio a Ana detrás de la mesa de la recepción. Ella sonrió como si no hubiera sucedido nada la noche anterior.

Desayunaron y luego salieron a abordar el jeep que los llevaría a Delicias, de ahí a Rubio y de esta ciudad a la capital del estado.

Mostrándose agradecido, se despidió con cariño de la

muchacha. Esta, sin mostrar ninguna emoción, le dijo:

— Que te vaya bien, mi amor y espero que esta despedida se fije en tu corazón para que no me olvides. Adiós, buen viaje y que logres muchos éxitos. Ah, y cuéntale al pendejo de tu profesor, lo que se perdió por no haberme tomado en cuenta.

Leonardo, ruborizado, sin saber qué decir, en especial por la forma en que se había referido a Fernando, salió apresurado de la pensión, en búsqueda de su destino.



# XI

## LOS PRIMEROS ENFRENTAMIENTOS

Pasaron por Delicias, el último pueblo cercano al río. Subieron hasta la capital del municipio, Rubio, y de ahí, llenos de excitación, consumieron los veinte kilómetros que los separaban de la capital del estado, San Cristóbal. Al llegar a la parte más alta de la carretera, a unos dos kilómetros de la ciudad, Leonardo se asombró. No era para menos, por primera vez veía una ciudad llena de edificios, de avenidas y un cordón de casas marginales que parecían atosigarla, al rodearla con un abrazo de pobreza. Nunca había visitado una ciudad más grande que Delicias. Llegaron hasta el centro. En la quinta avenida, arteria principal de la ciudad, vivía la hermana de Fernando, casada con un italiano de apellido Serio, dedicado a la construcción. Abordaron el ascensor. El apartamento estaba en el sexto piso. Leonardo, después de dudarlo, ni siquiera conocía los ascensores, y esperando que Fernando entrara, se atrevió a hacerlo con nerviosismo. Mientras subía no dejaba de pensar en lo que pasaría si se fuera la luz. Se dio cuenta que tendría que adaptarse a muchas cosas nuevas, maravillas tecnológicas, que ni siquiera vislumbraba. Pero nada lo amilanaría. Si la gente común vivía cotidianamente con tantos adelantos, no había razón para pensar que él no pudiera hacerlo.

Fernando pulsó el timbre del apartamento 6-1. Abrió una bella mujer de unos 30 años, de nombre Mariela, que resultó ser la hermana de Fernando. Se abrazaron con emotividad. Leonardo fue presentado, y ella, con amabilidad, le dio un beso en la mejilla. El muchacho se ruborizó. Le resultó extraño tal tipo de recibimiento, en especial por ser la primera vez que veía a la señora. Pero le gustó. Se dijo que a lo mejor las costumbres ciudadinas propiciaban un mayor acercamiento entre seres que

por el trabajo y el agite de la ciudad, sólo se encontraban de vez en cuando.

— Bienvenidos a su casa — dijo a la vez que les deparaba una amplia sonrisa, mostrando una dentadura perfecta — Quiero, Leonardo, que te sientas bien. Ya mi hermano me ha hablado de tus capacidades y del programa que piensan cumplir en la ciudad. Pasen a la habitación y pónganse cómodos — insinuó —. Mi marido vendrá para el almuerzo, a eso de las doce del mediodía.

— Qué te ha parecido el recibimiento, Leonardo — preguntó Fernando sentado en la cama y sabedor de que aquella primera impresión sería importante en cuanto a la adaptación de Leonardo a una nueva vida, muy distante de la quietud bucólica en la que había braceado hasta el momento.

— Estoy impresionado — contestó con entusiasmo — si todos los que vamos a encontrar son como tu hermana, creo que me adaptaré a la nueva vida sin muchos problemas. Percibí su sinceridad y el haberme recibido con mucha amabilidad, a pesar de verme por primera vez y sin saber quién soy.

— Me alegro — dijo Fernando mostrando satisfacción, al entender que la magnífica impresión que había sentido el muchacho era una especie de aceptación de seguir adelante —. Ella siempre ha sido amable. Te explico, es mi apreciación, que en ciudades con mucha población, las relaciones entre las personas, me refiero a las relaciones de amistad, se pueden establecer al nomás conocerse. No son muchas las posibilidades de tratarse a menudo para profundizar lazos de amistad. Claro, y en eso quiero ser sincero, a veces, por el desconocimiento del otro, esa relación inmediata puede conducir a confianzas que pueden resultar inconvenientes, pues se corre el riesgo de establecerla con personas indeseables. Entiéndalo de una vez. En las ciudades los hombres aguzan sus sentidos para obtener dinero de la manera que sea y cómo sea, lo que hace

## XI Los Primeros Enfrentamientos

que los trucos y manejos irregulares, sean frecuentes, pan de cada día, a lo que se suma la violencia, el robo, los asaltos y hasta los asesinatos. El que se descuide, puede ser objeto de alguna estafa. Ya irás aprendiendo. Pero todo eso se compensa con las maravillas que irás viendo en nuestro peregrinar. Por otra parte, yo creo conocer mucho de este mundo y puedo con propiedad eludir esas indeseables posibilidades.

Se bañaron, se vistieron y salieron de su cuarto en dirección a la sala. Allí estaba el señor Serio, sin duda italiano, un hombre alto, de contextura fuerte, de ojos vivaces, quemado por el sol, pelo ya un tanto canoso y de manos grandes. Se paró al verlos y los saludó también con cariño. Ya sabía algo de las capacidades del muchacho y cuál era el programa que había diseñado su cuñado.

— ¡A almorzar! — llamó la señora desde la cocina- comedor. He preparado unos espaguetis especiales para ustedes. A lo mejor nunca los han comido. La salsa es de ajo porro. Una amiga mía, llamada María, que vive en el primer piso, me los enseñó a hacer ayer. Pero a pesar de ser la primera vez que los preparo, ya los probé y están de rechupete.

Almorzaron y mientras comían entablaron un diálogo que se basó en conocer por parte de la pareja la vida de Leonardo y la forma en que emprenderían su programa de presentaciones en la ciudad.

Fernando explicó que ya había concertado una presentación en el auditorio de la universidad, una en el liceo y una en la televisión regional. Por otra parte, a un periodista amigo, le solicitó, al explicarle sus planes, que cubriera con profusión los eventos a nivel local y nacional, de manera tal que al conocerse nacionalmente lo logrado por Leonardo, pudieran, como de seguro sucedería, recibir invitaciones de la capital, Caracas, y de otras ciudades importantes. Y si al concretarlas se obtenía el éxito esperado, las noticias, entonces, se harían internacionales.

Después lloverían invitaciones de otros países. La presentación en la Universidad del Táchira sería al otro día, a las diez de la mañana, la del liceo a las 4 de la tarde y en la televisión estarían en un programa especial a las 7 de la noche. A todos los contactos Fernando les sugirió que debían insistir en dar a conocer y resaltar la condición de tachirense del muchacho, pues también era necesario que se pusiera emocionalmente en marcha el gentilicio. Por otra parte, explicó que como el liceo y la universidad no tenían recursos, se llegó a acuerdos por cantidades muy pequeñas, pero en compensación, la televisión ya que como el programa sería auspiciado por una importante industria regional, pagaría una cantidad satisfactoria.

Terminado el almuerzo, se despidieron. Irían a hacer los contactos correspondientes. Y lo que era de mucha importancia, entrevistas en los periódicos locales, dando a conocer la vida de Leonardo y los pormenores de lo que había logrado con las palabras del diccionario.

Los periodistas se mostraron incrédulos, escépticos, pero, como les resultaba natural en su trabajo, difundirían con propiedad los actos que se realizarían al otro día, en el auditorium de la universidad, en el liceo y en la televisión. En ellos se comprobaría lo que Fernando y Leonardo aseguraban respecto al dominio por parte de este último de las palabras del diccionario.

Todo resultó como lo habían pensado. Habría una información profusa con las invitaciones correspondientes. Los periodistas prometieron reseñar los eventos a nivel regional y nacional, lo que, a su vez, con seguridad, llegaría como noticia importante a otros muchos países.

Regresaron un poco cansados al apartamento. Estaban satisfechos. Cenarían y luego descansarían para salir en la mañana a enfrentar el primer reto, el de la Universidad, a las diez de la mañana.

## XI Los Primeros Enfrentamientos

Despertaron a eso de las ocho. La hermana de Fernando, atenta, les trajo café a la cama y los invitó a desayunar. Dijo que sería bueno para matar los nervios un buen bocado, preparado con caraotas, queso asado, huevos y arepas, acompañadas de café con leche. Se bañaron, vistieron y salieron al comedor. No hubo comentarios, el ambiente era un tanto tenso. El nerviosismo en Fernando, más que en Leonardo, era notorio.

Una vez que terminaron de desayunar, salieron a buscar los periódicos. Regresaron y se sentaron a leer las noticias relacionadas con ellos. En primera plana se leía: ¡Un Tachirense Extraordinario, fuera de lo común”, Según se nos ha asegurado, un muchacho de Betania, en los límites con Colombia, ha logrado como ningún hombre hasta ahora, memorizar las acepciones de las palabras contenidas en el Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua, lo que sin duda resulta, de ser cierto, asombroso, único, excepcional. Quienes tengan dudas al respecto, pueden asistir hoy a una presentación a las 10 de la mañana en el auditorio de la Universidad del Táchira, a otra en el Liceo Libertador a las 4 de la tarde o, lo que le resultará más cómodo, sintonizando la televisora regional TV24 a las 7 de la noche, en donde profesores especialistas, en un programa extraordinario de una hora, preguntarán al joven, de nombre Leonardo Prado, las acepciones de varias palabras, escogidas al azar. Es fácil dimensionar que de ser cierta la noticia, un paisano nuestro habrá de estremecer al mundo, en especial al de habla castellana.

El Rector de la Universidad del Táchira sentado en la silla dispuesta para él en la tarima, mostraba cierto nerviosismo, pues calculaba el ridículo en que quedaría si el muchacho fracasaba. Mucha gente se agolpaba en las afueras de éste, pues ya la capacidad del auditorium estaba abarrotada desde tempranas horas. En medio de fuertes aplausos, recorrieron el pasillo entre las dos filas de asientos que los llevaba al escenario. Al llegar a la escalera por la que se accedía a éste,

Leonardo miró inquieto a la concurrencia. Sintió un cosquilleo que le recorrió todo el cuerpo al apreciar cómo los asistentes, en su mayoría intelectuales, profesores y estudiantes, se mostraban entusiasmados por lo que suponían era comprobar directamente un don especial, inigualable.

Todo estaba dispuesto. En diez sillas colocadas en el fondo del escenario estaban sentados los 10 profesores que escogerían las palabras; dos sillas a la derecha para él y Fernando; un micrófono de pie, en el centro; y cuatro sillas a la izquierda, para el rector y las otras tres autoridades universitarias, que ya las ocupaban. El Rector los acompañó hasta sus puestos y de inmediato regresó al centro, ubicándose frente al micrófono. Con voz emocionada dijo:

Estimados colegas profesores, estimados estudiantes, amigos todos que nos visitan, hoy es un día de extraordinaria importancia para nuestra Casa de Estudios Superiores, porque también es superior lo que ha logrado el joven tachirense Leonardo Prado, campesino de nuestro estado, dispuesto a demostrarnos que todo lo que se ha dicho sobre su capacidad memorística, única en el mundo, es cierto. Tenemos la convicción que el mundo hablará de él con profusión y admiración y que todas las instituciones educativas de América y Europa, se interesaran por invitarle. Terminada la presentación, explicó de inmediato el procedimiento que se seguiría: En el fondo están sentados diez especialistas, cada uno de los cuales seleccionará la palabra que crea conveniente. Vendrá hasta el micrófono y la dará a conocer. Una vez dada a conocer, el señor Leonardo dirá la acepción o acepciones que conoce. Luego, el profesor leerá lo que dice textualmente el diccionario, para de esa forma hacer la comparación o cotejo correspondiente. Si nuestro invitado tiene dificultad en recordar la acepción de alguna palabra, ésta se pospondrá para el final, repitiéndose el procedimiento acordado después de la décima. Para conducir el programa, dejo con ustedes al profesor de literatura venezolana, Alejandro

## **XI Los Primeros Enfrentamientos**

Padrón, quien ya se acerca al escenario. De nuevo, bienvenidos a este momento inigualable, inédito en la historia de nuestra Institución.

Nutridos aplausos.

El profesor Padrón, luego de saludar, llamó al primer miembro del panel de especialistas:

Profesor Roberto Chacón, por favor, denos a conocer la palabra seleccionada por usted. Por favor, señor Leonardo Prado, acérquese al micrófono.

El profesor Chacón, afectando solemnidad y después de dar la mano a Leonardo, se acercó al micrófono y dijo: la palabra que he seleccionado es Malfetría.

Leonardo lo pensó un momento y luego con seguridad, dijo: Malfetría es mala acción, maldad.

El profesor, después de mirar al público, abrió el diccionario y leyó: mala acción, maldad.

Los aplausos fueron estruendosos. El Muchacho empezaba la prueba con muy buen pie.

Siguiendo el procedimiento, los otros nueve profesores, uno a uno fueron dando a conocer la palabra seleccionada y después de la respuesta de Leonardo, la acepción o acepciones que figuraban en el diccionario.

Profesor: Inviscación.

Leonardo: Mezcla de la saliva con el alimento durante la masticación.

Profesor: Exacto. Mezcla de la saliva con el alimento durante la masticación.

**Muriendo** Desde La Z

Nutridos aplausos.

Profesor: Hoste.

Leonardo: Enemigo.

Profesor: Enemigo.

Aplausos.

Profesor: Gallipiente.

Leonardo: Especie de puentes sin baranda en las acequias.

Profesor: Especie de puente sin baranda en las acequias.

Profesor: Egología.

Leonardo: Tratado del egoísmo.

Profesor: Tratado del egoísmo.

Aplausos cada vez más fuertes.

Profesor: Deterior.

Leonardo: De calidad inferior a la de otra cosa de la misma especie.

Profesor: De calidad inferior a la de otra cosa de la misma especie.

El público, en el que se iba acumulando el entusiasmo, aplaudió de pie.

Profesor: Desavisado.

Leonardo: Inadvertido, ignorante.

Profesor: Inadvertido, ignorante.

## XI Los Primeros Enfrentamientos

Nuevos aplausos, acompañados de algunos gritos juveniles.

Profesor: Cosmogonía.

Leonardo: Ciencia o sistema de la formación del universo.

Profesor: Ciencia o sistema de la formación del universo.

Perfecto — exclamó el animador levantando la voz emocionado — todas han sido contestadas correctamente, es un verdadero prodigio la memoria de este extraordinario joven.

El aplauso fue ensordecedor.

Se iba a clausurar el acto, cuando una bella muchacha, ubicada en la primera fila, elevando la voz, dijo:

Estoy emocionada. Nunca pensé que esto fuera posible. Pero, yo quiero, si el señor Leonardo accede, escoger una palabra del diccionario y así llevarme un recuerdo imperecedero de este momento.

¡Qué suba! ¡Qué suba! Gritó el público entusiasmado

Leonardo miró con detenimiento a la muchacha y sin dudarle, le solicitó que subiera.

Los aplausos acompañaron a la muchacha hasta que subió al escenario.

La joven, de nombre María Jimena, estudiante de física, baja y muy flaca, pidió el diccionario, pero era tal su peso que no pudo sostenerlo adecuadamente. Entonces, optó por acercarse a una silla, lo colocó en ésta y buscó la palabra.

Se acercó al micrófono y leyó:

Zanguayo.

Sonriendo, Fernando la miró detenidamente a la vez que riéndose daba la acepción: Hombre alto, desvaído y ocioso y que se hace el simple.

La muchacha, mostrando admiración, con avidez leyó a viva voz: Hombre alto, desvaído y ocioso y que se hace el simple.

El público aplaudió de nuevo de pie. La muchacha se acercó y besó a Leonardo en la mejilla. Este sonrió agradecido. El animador dio por terminado el acto.

Nadie se movió de sus asientos y cuando Leonardo descendió, de pie lo acompañaron los aplausos hasta que salió del auditorio.

Afuera los ávidos periodistas, todavía sin asimilar con propiedad lo que habían visto y oído, se apuraron en tomar las consabidas fotos y después de algunas entrevistas, corrieron a buscar sus carros para ir a las emisoras y periódicos a redactar la noticia.

Entre saludos, abrazos y otras manifestaciones de admiración, Leonardo y Fernando lograron, poco a poco, caminando entre los cientos de personas que se interponían en su camino, llegar al automóvil del Rector, en el cual emprendieron el regreso al apartamento. Se aflojaron las corbatas. Estaban sudorosos, pero todo lo compensaba la satisfacción que los embargaba.

— Bueno, Leonardo — dijo emocionado Fernando — Esto no lo detiene nadie. El éxito ha sido total y con seguridad la noticia llegará a todos los rincones del país y de éste, a otros países que sin dudarlos se interesarán por lograr una presentación. Por otra parte, el Rector nos obsequió un bono de 20.000 Bs. con lo cual podemos arreglarnos durante algunos días. Lo del liceo será gratis, pero la televisión nos pagará 50.000 Bs.

Leonardo no dijo nada. Seguía dudando si lo que hacía tenía razón de ser. Con terquedad se preguntaba si no se trataba de

## XI Los Primeros Enfrentamientos

un mero espectáculo. Pero de pronto, como un ramalazo de estímulo, recordó a Dolores y de nuevo consideró que la única posibilidad de poder ofrecerle una vida atractiva junto a él era logrando los recursos necesarios mediante sus presentaciones.

Llegaron al apartamento, almorzaron y luego decidieron descansar un poco para ir a eso de las dos al liceo y luego, en la noche, a la televisión, a cumplir los compromisos contraídos. Fernando calculó que si bien lo del liceo no aportaría nada, sino la propaganda que del acto emanaría, lo de la televisión si les daría 50.000 Bs. contratados con una compañía de refrescos que patrocinaba el programa. Con esos 50.000 y los 20.000 de la universidad — calculó — sería suficiente para emprender viaje a la capital de la república. Tenía la convicción que al conocerse en Caracas lo sucedido en el Táchira, las invitaciones no se harían esperar.

Lo del liceo fue fabuloso. Se decidió que sólo estudiantes seleccionaran las palabras. Fueron 15 y para cada una de ellas dio acertadamente la o las acepciones asentadas en el diccionario. Fue tanto el éxito y el entusiasmo de los estudiantes al ver a alguien de su edad con tales dotes, que decidieron unánimemente darle el título de “Presidente Honorario del Centro de Estudiantes”. Las palabras que se escogieron, como era de esperarse por la malicia estudiantil, fueron todas adventicias: Autolabe (Pinzas que se cierran automáticamente); Azumagarse (Enmohecerse); Comalido (Enfermizo); Discocimasio (Que tiene membrana prolífica); Forcina (Tenedor grande de tres puntas); Litopedio (Feto muerto en el útero); Gambarón (Aparejo para pescar camarones); Onfacino (Dícese del aceite que se extrae de las aceitunas no maduras); Teurgia (Especie de magia de los antiguos gentiles); Yacija ( Lecho o cama o cosa en que se está echado); Xiloma (Tumor duro o leñoso); Sobina (Clavo de madera); Acratomeli (Vino combinado con miel); Asmadamente (Atenta o consideradamente); Santofoxia (Fosa

amarilla o amarillenta). Todas las acepciones fueron dadas con exactitud por Leonardo y sin pensarlo mucho, como si emergieran de una espita introducida en su cerebro que se abriera en su boca.

En el programa de televisión seleccionaron las palabras seis periodistas que estaban presentes en el estudio y seis lo fueron por el público, dadas a conocer por teléfono, en forma directa. Periodistas: Galligastro (Gallina de río); Lechugar (Podar); Morrocotudo (Difícil, de mucha importancia o dificultad); Otonizo (Otoñal); Petatear (Morir, fallecer); Socostabil (Que no se altera o destruye por la sequedad). Por teléfono: Siero (Aire, brisa matinal húmeda y fría); Traspared (Escondite, lugar oculto y secreto); Trastulo (Pasatiempo, juguete); Umbroso (Que tiene sombra o la causa); Valetudinario (Enfermizo, delicado, de salud quebrada); Vetazo (Latigazo).

Regresaron al apartamento. Fernando estaba eufórico. Habían empezado de maravilla, mejor de lo esperado, con triunfos contundentes, demostrativos de que podían aceptar cualquier invitación de cualquier parte del mundo. En adelante nada los podía detener — se dijo — aunque lo seguía preocupando que en determinado momento, Leonardo se perdiera en las cavilaciones acostumbradas y que cuando le pidiera alguna explicación, se saliera por las ramas. Deducía, conociendo al muchacho, que a pesar de los triunfos iniciales, de los que estaban gozando, éste dudaba de la idoneidad de lo que estaba haciendo.

La prensa local, nacional, latinoamericana y española utilizó las primeras páginas para resaltar la excepcional capacidad de Leonardo, a la vez que cientos de especialistas, psicólogos, literatos, astrólogos, médicos, neurólogos, fisiólogos, aventuraban vagas y confusas explicaciones, pretendiendo haber desentrañado las razones de memoria tan prodigiosa. Pero ninguna hipótesis resultaba convincente. La televisión

## XI Los Primeros Enfrentamientos

regional hizo el negocio de su vida vendiendo a quien quisiera adquirirlo, y fueron muchos, el video grabado en el programa con Leonardo.

— ¿Te das cuenta de lo que está sucediendo, Leonardo — preguntó Fernando tratando de oír la opinión de su pupilo — ¿Ponderas lo que ha pasado hoy? ¿Te das cuenta que ya, así, como un soplado, eres una notoriedad pública, con dimensión universal?

— Sí profe — contestó Leonardo con desgana — pero ante el bullicio, la gritería, el ir y venir desaforado de las gentes, los interminables saludos, el aparecer tan repetido en la prensa, me pone incómodo y sin poder evitarlo añoro mi feliz aislamiento en la casucha del profesor Florencio. Sé que todo está asegurado. Que lo planificado por usted ha sido perfecto, pero tenga la plena seguridad que si en un momento dado renuncio a seguir, lo haré para siempre.

— Yo te entiendo — afirmó Fernando con manifiesta preocupación —. Te entiendo, y estás en tu derecho, pero debes estar seguro que esa incomodidad será pasajera. Recuerda que el hombre tiene una capacidad enorme de adaptación y con seguridad tú lo harás, así como Florencio se adaptó a su vida de ermitaño...Pero bueno, dejemos de lado eso y vamos a invitar a mi hermana y mi cuñado al mejor restaurante de la ciudad: La Viña.

Subieron al apartamento y recibieron la felicitación del Matrimonio, a la vez que les agradecieron la invitación a cenar. Ellos habían visto el programa en la televisión

Con manifiesta incomodidad y preocupación, Leonardo entró al magnífico restaurante. Le costaba mucho comer a gusto con decenas de personas alrededor suyo, haciendo lo mismo. Al entrar, todos los clientes se quedaron mirándolo, y algunos, para mayor perturbación del muchacho, se acercaron a saludarlo, felicitarlo y pedirle un autógrafo.

Comió a regañadientes. No le era posible tener apetito en tales circunstancias. Ya vería — pensó — si terminaba por adaptarse o por sucumbir. Si no fuera por lo que vislumbraba para sus padres y para su Dolores, a lo mejor ya hubiera regresado a Betania.

## XII

### EN LA CAPITAL

— Leonardo — dijo emocionado Fernando al despertar y después de leer una nota que su hermana le había dejado en la mesita de noche — Nos llegaron tres invitaciones de la capital. Vamos para Carracas, muchacho. Es la gran ventana al mundo. Nos quieren en la Academia Venezolana de la Lengua, en la Universidad Central y en un importante canal de televisión comercial. Las ofertas son generosas: la Academia nos ofrece un bono de 100.000 Bs., la Universidad, que se sabe está pelando bolas desde de que Gobierno la acosa por vía del presupuesto, unos 50.000 y la televisora, donde están los reales, nada menos que 300.000 ¿Te das cuenta de la magnitud de la oferta?

— Bueno — respondió Leonardo sin entusiasmo, mostrando su proverbial tranquilidad e indiferencia ante el dinero ofrecido—. Qué le vamos a hacer, vamos entonces a lo que creo que será el centro nacional del bullicio.

Todavía, dadas sus aprensiones, no lograba asimilar satisfactoriamente lo que estaba pasando, a pesar que dimensionaba, también una vez más, lo que el dinero le podría deparar en el futuro. Resignación, pensó tratando de sacudirse las dudas que lo seguían martirizando. De nuevo, el demonio de lo opuesto le tentó el cerebro. Creyó aceptar en forma diáfana que lo que estaba pasando era lo mejor para él y lo que necesitaba para Dolores y su familia.

— ¿Y cuál será el itinerario? — preguntó Leonardo tratando de dejar de plantarse las molestas dudas.

— La cuestión será así: pasado mañana a las 10 am. en la Academia; a las 4 en el Aula Magna; y a las 8 en la televisión.

Apretado el programa — acotó — pero así salimos de los compromisos en un sólo día y con algo sustancial en los bolsillos.

El taxi se desplazaba raudo vía el aeropuerto de Santo Domingo. Leonardo no habló. Las dudas, insistentes a más no poder, lo seguían corroyendo, haciendo inútil su deseo de asumir lo que le estaba sucediendo como algo verdaderamente positivo. A eso se sumaba en ese momento, el terror que le producía montarse por primera vez en un avión. Dada su inexperiencia, no dejaba de pensar que pasaría si le fallaban los motores. Ese miedo persistiría a lo largo de toda su vida.

Con manifiesto temor empezó a subir las escaleras para abordar la aeronave. Al llegar al último peldaño, le provocó regresarse.

Fernando se dio cuenta de la situación y como venía detrás de él, recostando su cuerpo lo hizo entrar. Se acomodaron en sus asientos. Fernando le daba todas las indicaciones, procurando neutralizar el miedo que cundía al muchacho, pues comprendía que todo, si era que no desistía, implicaba viajes y más viajes en avión y muchos de ellos en vuelos de varias horas. Desde esa primera oportunidad, Leonardo, por sentirse un poco más seguro y alejado de la visión del vacío, se sentó en el asiento que daba al pasillo. En todo el viaje, como la azafata había anunciado que el vuelo duraría más o menos una hora, no dejó en ningún momento de mirar y mirar el reloj, pretendiendo precipitar el recorrido de las manecillas.

Por fin llegaron a Maiquetía. Los inquietó el agite de la gente, corriendo para todos lados, arrastrando sus maletas, sosteniendo bolsos, buscando algún asiento desocupado. Algunas mujeres controlando a los niños con correas para evitar extravíos, vendedores, tiendas, gente apurando un cigarrillo, comiendo con avidez platos chatarra en decenas de cafetines, librerías, y también un desfile de hermosas mujeres, ricamente trajeadas y usando chores, lo que le pareció inaudito y hasta vulgar, ya que

mostraban casi todas sus piernas. Le llamó poderosamente la atención la cantidad de gringos que caminaban por los pasillos o estaban sentados en cada puerta esperando un vuelo. Se mareó. Trataba de ver todo al unísono, mirando a todos los lados, lo que le congestionaba la cabeza. Los ojos se irritaban. De nuevo las dudas ¿Soportaría toda esa locura? Como un ramalazo vino a su mente el bucólico escenario paramero inamovible, quieto, estático, sin estremecimientos de ninguna naturaleza. Para completar su desazón, su confusión, su preocupación emocional, fue aprensivo soportar la cola que hubo del aeropuerto al centro de Caracas. Duró, entre el humo, los pitazos, los afanes y el tormento de no avanzar con cierta regularidad, unas dos horas. Se dijo resignado que aquello era sin duda el precio del progreso y éste, sea como fuere, era indetenible aunque acabara con la vida en la tierra.

Llegaron al hotel reservado por la televisora. Se registraron. Iban a subir a las habitaciones asignadas cuando un hombre de mediana estatura, un traje ajado de color indefinido, camisa negra y corbata de rojo intenso, con unos anteojos de enorme aumento, de los que llamaban “culo ´e botella”, se les acercó.

— Señores, bienvenidos a Caracas — dijo con un timbrecito agudamente antipático — soy periodista y necesito que me den algunas declaraciones, pues ya han causado mucho revuelo, aunque no creo que haya sido por apreciar lo que se dice del señor Leonardo; de sus capacidades. Conozco la manera de pensar de muchos capitalinos, sólo interesados por la novedad, por lo excitante de estar frente a un algo excepcional, a un innovador espectáculo. Además, algunos dicen, lo que yo creo, que se trata de algo preparado, una triquiñuela para engañar pendejos, pues es imposible que sea verdad lo que dicen de su memoria. Yo soy periodista y licenciado en letras, lo que me permite juzgar la cuestión con propiedad. Y espero que no se arrenchen por mi crudeza, pero busco las noticias y trato de desentrañar la verdad, duélale a quien le duela.

Leonardo se puso rojo de la rabia y le provocó partirle la cara al impertinente. Fernando percibió la incomodidad que le causaron las palabras del periodista a su pupilo y sin pensarlo dos veces, con apresuramiento, agarró al periodista por la solapa y le dio un empujón de tal naturaleza que el hombre cayó sentado en un sofá situado a sus espaldas. Intervino el encargado de la recepción y calmó los ánimos, pues Fernando daba la impresión de querer seguir arremetiendo contra el hombre.

Preocupado por el impacto que le hubiera causado al muchacho las palabras del inoportuno periodista, Fernando lo empujó para que subiera al ascensor. Leonardo estaba visiblemente confundido. Unas lágrimas le acariciaron las mejillas. Esto preocupó vívidamente al profesor. Presintió que las dudas podrían hacerse ahora mayores y determinar el fin de todo.

Al llegar al cuarto, de inmediato, Leonardo entró al baño, se lavó la cara y se quedó mirándose en el espejo. Creyó que lo sucedido y lo que había dicho el antipático periodista, era una confirmación de lo que pensaba respecto a no seguir con aquello.

— Mira, Leonardo — dijo Fernando vivamente preocupado y alzando la voz para asegurarse que lo escucharía, ya que permanecía en el baño aunque con la puerta abierta —. A lo que pasó no debes hacerle caso. Ningún camino ha sido de rosas para que las mentes superiores logren públicamente el éxito. Hay que desbrozar todos los obstáculos. Eso es lo que dicta y estimula la envergadura espiritual y a ti, sin la menor duda, te sobra. En este mundo no faltarán enemigos, envidiosos, negociantes, hipócritas y estafadores que pretendan condicionar a los que por sus dotes sobresalen, se separan de lo común, de lo modal. Eso es parte del reto. No puedes sentirte disminuido por lo que un pendejo diga y opine. Ya verás, ten la seguridad, que podrás contrastar lo que afirmó ese idiota, con lo que van a decir la mayoría de periodistas del país.

Leonardo no dijo nada. Pensó, sin quitar la mirada del techo, sobre lo sucedido. De pronto, como si una luz lo hubiera iluminado, se dijo que no podía vencerlo un ser de tal calaña. Eso sería sucumbir ante la mediocridad. Apreció que lo dicho por el profesor era razonable. Debía estar preparado para muchas críticas malsanas, envidias, intereses ocultos y demás confabulaciones, pero todo lo compensaría la objetividad con la que los honrados, que eran la mayoría, juzgarían sus cualidades. Debía vencer las adversidades. Entendió perfectamente, buscando en el fondo de su corazón, que el único que podría vencerlo era él mismo y nadie más. A partir de lo sucedido, tomaría las cosas como una forma de potenciarse así mismo.

De pronto, lo que sorprendió a Fernando, regresó del baño eufórico y mirando al profesor le dijo:

— No te preocupes. No voy a renunciar por lo dicho por ese tal periodista. Ahora empiezo a entender, a conocer, a apreciar objetivamente lo que no se puede lograr desde el aislamiento en que vivía. Nada me va a detener. Supongo que después de las presentaciones aquí en Caracas, algunos hablarán bien y otros mostrarán dudas o intereses subalternos, criticarán con sinceridad o por sólo criticar. Desde ahora, lo prometo, ese tipo de situaciones me va a dar igual. Me pasaré por el forro lo malo que se diga de mí.

Fernando lo abrazó. En su interior llegó a agradecer al impertinente personaje por haber aparecido en sus vidas. Nunca sabría el favor que le había hecho a Leonardo, dándole ímpetu a una decisión esperada.

Sonó el teléfono.

— Señores, buenos días, soy el recepcionista. Ya el periodista se fue. Ahora los está esperando la televisión y varios reporteros serios de los principales diarios. Ellos quieren entrevistarlos.

La cosa será diferente. He visto cosas similares. Mi experiencia es larga, muy larga.

— Te lo dije — explotó emocionado Fernando — ahora verás lo que te he asegurado. La pequeñez del periodista, si es que puede llamarse así, la vas a contrastar con lo que nos espera en la recepción. Allí todo será diferente. Será un aplauso anticipado.

Efectivamente, con la mayor decencia y consideración los locutores y periodistas, hicieron las consabidas entrevistas y con propiedad, sin atosigar ni proferir impertinencias y respetando la intimidad, indagaron lo que les interesaba difundir sobre la capacidad de Leonardo, resaltando en cada momento lo impactante que sería para el público caraqueño poder verlo en la televisión o en el aula Magna de la Universidad, pues sabían que en la Academia la reunión sería privada, aunque algunos medios habían logrado la autorización para cubrirla y luego hacerla pública.

Regresaron a su habitación un tanto agotados. Durmieron unas dos horas al cabo de las cuales se despertaron y decidieron ir a un restaurante cercano al hotel que le había recomendado el recepcionista, llamado “El Pelicano”.

El restaurante estaba casi lleno. Le asignaron una mesa en el fondo, quedando un poco ocultos, pero sin embargo, los presentes no dejaban de mirarlos. Por primera vez, Leonardo hizo caso omiso de tal incomodidad y comió con avidez. Había aprendido una lección que en adelante le sería vital para su tranquilidad: no preocuparse por el acoso de que sería objeto.

— Recuérdame el itinerario de mañana — solicitó Leonardo al terminar con su postre —. No lo precisé cuando me lo diste a conocer.

— Bien, te explico de nuevo. A las diez de la mañana estaremos

en la Academia de la Lengua; a las cuatro de la tarde en el Aula Magna de la Universidad Central; y a eso de las ocho de la noche en la televisión. Según lo que he concertado, la televisora pondrá a nuestra disposición un carro con su respectivo chofer, a partir de las ocho de la mañana, lo que nos facilita todo pues en esta ciudad no es fácil orientarse. Bueno — invitó — vamos a ver algo en la televisión y a dormir para mañana pararnos rumbo a una de las mejores batallas que enfrentarás en tu vida.

— No profesor — dijo Leonardo con tono convincente — no quiero ver el programa de noticias en los cuales con seguridad se difunde nuestra entrevista en la recepción del hotel. Tengo la seguridad, al verme en la pantalla, de que volverían mis dudas acerca de si no soy simplemente un payaso. Duerma usted y yo me dedicó al escribirle una carta a Dolores

Leonardo optó por escribir la carta sopesando cada palabra. El recepcionista se había comprometido, previa la correspondiente propina que ahora Leonardo la sabía útil hasta para lograr imposibles, a enviarla por el correo. Cada carta enviada a ella contemplaba una parte dirigida a sus padres, de manera tal que Dolores, una vez separado lo dirigido a su persona, se lo entregara a Demetrio.

La mañana era hermosa. El sol perlaba las laderas del Ávila invitando a la vida. Parecía presagiarles el mayor de los éxitos. Se vistieron formalmente, con corbata, lo que molestaba visiblemente a Leonardo, pues a cada rato metía los dedos entre el cuello de la camisa, tratando de ensanchar el espacio. La luz le recordó los ansiados momento de sol en Betania. Fernando rió complacido. Ya su pupilo se acostumbraría al que sería en adelante un obligatorio vestuario.

Bajaron al comedor. Desayunaron. En el comedor los abordó un hombre de color, alto, fornido, que dijo llamarse Gabriel Guanipa. Les hizo saber con amabilidad que era el chofer

enviado por la televisora y que los esperaba a la entrada del hotel, en el momento en que decidieran ir a la Academia Venezolana de la Lengua.

A medida que se desplazaban al Palacio de las Academias, iba aumentando la estupefacción en Leonardo. No concebía el atosigamiento del tránsito, los gritos, los olores tan desagradables que flotaban en el espacio, el caminar de los transeúntes sin mirar a los lados, el bullicio y abigarramiento de los buhoneros en la calle, el ruido de las cornetas y la suciedad de las paredes, todas llenas de consignas políticas, algunas escritas con errores ortográficos. Ojalá este tipo de progreso — se dijo — no llegue nunca a los páramos, pues sería el acabose.

Arribaron la Palacio de las Academias, ubicado de Bolsa a San Fernando, según les dio a conocer el chofer. El profesor le explicó que allí tenían sede la de la Lengua y demás academias del país. Que aunque no lo creyera, era muy antigua, pues había sido fundada por Guzmán Blanco el 10 de abril de 1883, y que en ella, durante toda su historia, se habían cobijado grandes intelectuales, entre ellos Andrés Bello.

El portero de la Academia los hizo entrar, a la vez que les indicaba que el Director los esperaba en la primera de las oficinas ubicadas a la derecha del pasillo. Efectivamente, estaba parado detrás del escritorio, esperándolos. Con amabilidad los saludó tendiéndole la mano, a la vez que les ofrecía un café y les indicaba que se sentaran en el mullido sofá frente al mueble. Era un hombre alto, flaco, de quijada muy pronunciada, poblada la cara de una espesa barba de blanco señorial, y de unos 80 años. Denotaba inteligencia, sabiduría y humildad y, sobre todo, despertaba confianza.

Después de consumido el café, con voz parsimoniosa, casi susurrante, como si no tuviera ni el más mínimo apuro, les dijo:

— Supimos de ustedes por los medios de comunicación, desde que tuvieron la primera presentación en la Universidad del Táchira. Uno de nuestros miembros correspondientes nacionales, oriundo de ese estado y que estaba en el público, nos llamó para contarnos lo sucedido. Es imposible negar que tuvimos, al oír su narración, una profunda impresión, pues así, de pronto, nos pareció que era imposible tal prodigio. Pero bien amigos, creo que puedo llamarlos así, estamos aquí y tendremos la oportunidad de constatar directamente ese don del que parece estar dotado el señor Prado. Nuestra reunión con ustedes es, digámoslo así, privada. Es decir que sólo estarán los miembros de la Academia y unos reporteros autorizados de los diarios y canales de televisión... Bueno, todo está dicho, afirmó a la vez que se paraba con cierta dificultad de su silla. Vayamos a la sala de reuniones y enfrentemos un acto que será histórico en esta vieja corporación y que marcará, sin la menor duda, un hito significativo de la Academia.

Llegaron al salón de reuniones. Con respeto, todos los presentes se pararon y esperaron que se sentara el Presidente, para luego hacerlo ellos con parsimonia. Vestían formalmente. Había pocos jóvenes. Unas siete mujeres. La mayoría pasaba de los sesenta años y tenían un porte señorial. Incluso algunos mostraban una edad muy avanzada. El ambiente estilaba sabor a intelecto, a inteligencia, a estudio, a sobriedad... Habían dispuesto dos sillas al lado del presidente, una a la derecha para Fernando y una a la izquierda para Leonardo. El salón era de una belleza inigualable. Piso de madera muy bien pulido, una gran mesa de caoba, sillas altas, de madera tallada con arabescos y respaldo mullido de color morado. En las paredes, estaban, según supieron después, en retratos al óleo, muy bien logrados, todos los miembros fallecidos de la Corporación. Cuatro hermosas lámparas, de enorme tamaño y cientos de lágrimas, colgaban del alto techo de madera, iluminado el ambiente a plenitud.

Leonardo, por varios segundos, pues nunca los había visto, se detuvo a detallar los chalecos que lucían algunos académicos, en especial los que se apreciaban como siendo más viejos. Le gustaron. De pronto pensó que lo utilizaría el día de su matrimonio. Por un momento se olvidó dónde estaba y se trasportó a la casa de Dolores.

Pasado unos momentos expectantes, con morigeración, el Presidente se paró y observando a todos los presentes con un vuelo rápido de la mirada, dijo:

— Señor Fernando Perdomo, señor Leonardo Prado. Estimados colegas académicos... Como lo sabemos a la perfección, hoy tenemos una reunión extraordinaria. Seremos testigos de un hecho inédito, pues al conocer lo sucedido en el Táchira y explicado con lujo de detalles por el distinguido académico Dr. Jesús Rondón Prieto, nos decidimos a hacer la invitación a estos distinguidos ciudadanos, de manera tal que podamos con propiedad constatar directamente la excepcional capacidad del señor Leonardo Prado, el cual, sin siquiera estudios preceptuales de bachillerato, ha sido capaz, según se ha difundido como noticia nacional e internacional, de dar las acepciones a cientos y cientos de palabras del Diccionario de nuestra Lengua, excluyendo sitios geográficos, compuestos químicos y modismos propios de determinados países.

Leonardo se dio cuenta que por primera vez se dirigían antes a Fernando y no a él. Eso lo satisfizo. Le pareció correcto: primero los profesores y luego los alumnos.

El Presidente continuó: De nuestros invitados estar de acuerdo, pues no hemos acordado nada con anterioridad, nos gustaría profundizar la prueba, combinando la solicitud de acepción o acepciones de las palabras y al revés ,es decir, darle a conocer la acepción o acepciones para que nos diga cuál es la palabra que las determina. Esto es importante, ya que en función de lo que sabemos de anteriores presentaciones de

nuestro invitado, en ellas se procedió invariablemente y de manera única, con la primera alternativa. También, hacerlo de esa manera, acrecentará, sin la menor duda, de haber el éxito que esperamos, el prestigio de nuestros invitados.

— Señor ¿Está usted de acuerdo? — preguntó el Presidente dirigiéndose a Leonardo — Pues de no aceptarlo sólo procederemos de acuerdo a la primera alternativa, es decir, presentar palabras escogidas por los académicos y oír las acepciones.

Leonardo, sin decir nada, asintió moviendo la cabeza. Lo segundo le resultaba más fácil que lo primero. Ya antes, desde las primeras comprobaciones hechas por el profesor Florencio, lo había constatado, al igual que con los cientos de crucigramas de alta dificultad que había llenado.

— Bien, señores, estimados colegas académicos, precisadas las alternativas, procederemos de la siguiente manera: como sólo se trata de 10 palabras y 10 acepciones, que se irán alternado, yo iré sacando de la pequeña caja que tengo frente a mí, aleatoriamente, el nombre del académico que dará a conocer la o las acepciones de la palabra que seleccionó. Empecemos.

Todos estaban visiblemente expectantes, nadie como ellos, académicos de la lengua, podían dimensionar la importancia de lo que estaba sucediendo, máxime cuando cada cual recordó lo limitado del número de palabras que dominaba con propiedad, si era que tomaban como referencia unas 88.000 del diccionario.

— Perdone — dijo Leonardo parándose de su silla, a la vez que se ajustaba el nudo de la corbata y dirigía la mirada a los académicos sentados en el fondo de la mesa, en especial a una hermosa anciana que luchaba con sus párpados para mantener los ojos abiertos — no sé si rompo algún protocolo. Pero antes de empezar quiero manifestarles nuestro sentido agradecimiento

por permitirnos el honor de estar en este hermoso recinto del saber, compartiendo con mentes sobresalientes, que han dedicado toda su vida al estudio de ese excepcional bien cultural que llamamos Lengua Castellana. Espero no defraudarlos, pero tengan la seguridad que pase lo que pase, no hemos ni remotamente pensado en algo especulativo ni actoral. Lo que he logrado es el resultado del esfuerzo, de la voluntad, de la dedicación y por supuesto, del amor que desde niño, desde muy pequeño, tuve por nuestro rico léxico.

Todos aplaudieron la intervención. Leonardo se sonrojó. Fernando río complacido. Lo que les estaba sucediendo era lo máximo. Algo que nunca podrían olvidar.

Bien, señores, ahora, si estamos todos de acuerdo, empecemos. Sacó el primer sobre del pequeño cajón.

Académico Sergio Orta, tiene la palabra. Como hemos establecido empezaremos enunciado las palabras y luego las acepciones, alternando.

Académico: Dactilión.

Leonardo: Instrumento que se coloca en el teclado de los pianos para facilitar su estudio a los principiantes.

Académico: Correcto.

Susurro de asombro.

Académico Jesús Montilla, por favor.

Académico: Inestable y díscolo. Feo en alto grado.

Leonardo: Feróstico.

Académico: Correcto.

Así continuaron las intervenciones sin que apareciera la más

mínima falla.

Palabra: Guarache.

Leonardo: Trabajo en horas extraordinarias, generalmente nocturnas.

Acepción: Descendiente de Heracles o Hércules.

Leonardo: Heraclida.

Palabra: Cedareno.

Leonardo: Según la Biblia, el árabe o agareno.

Acepción: Carencia de esternón.

Leonardo: Asternia.

Palabra: Roscadero.

Leonardo: Cesto grande de mimbre con dos o más asas en el borde, que sirven para llevar frutas y verduras.

Acepción: Tostar o azar en las brasas.

Leonardo: Turrar.

Palabra: Volsella.

Leonardo: Pinzas que tienen forma de gancho.

Acepción: Hurtar, robar.

Leonardo: Ufar.

Palabra: Fritaje.

Leonardo: Operación de eliminar por combustión las impurezas minerales que puedan quemarse.

**Muriendo** Desde La Z

Acepción: Corneta que puede alcanzar hasta cuatro metros de largo.

Leonardo: Tutuca.

Palabra: Yare.

Leonardo: Jugo venenoso que se extrae de la yuca amarga.

Acepción: Tener cópula carnal.

Leonardo: Ayuntar.

Palabra: Atestatura.

Leonardo: Trinchera que se hace de prisa con estacas o sacos de tierra.

Palabra: Azurumbarse.

Leonardo: Aturdirse, atolondrarse, turbarse.

Acepción: Tela de algodón, de tejido diagonal compacto y fino.

Leonardo: Fineta.

Palabra: Desmancho.

Leonardo: Movilidad excesiva, falta de aplomo del jinete en la silla.

Acepción: Tristeza, decaimiento

Leonardo: Mucepo.

Palabra: Gripois

Leonardo: Curvatura anormal de las uñas.

Terminadas las veinte opciones, según lo anunció el Presidente, los académicos, perdiendo su compostura un tanto rígida, aplaudieron con intensidad, llegando, lo que resultaba inusitado, a dar algunas hurras. Y era que nadie como ellos, estudiosos del idioma, sabían lo extraordinario que resultaba que un muchacho desconocido, sin estudios formales ni siquiera de bachillerato, llegara como nadie lo había logrado, a tal dominio de las palabras. Además, sabían que ni los más grandes filólogos, lexicólogos, gramáticos, críticos literarios y escritores, incluyendo premios nobeles, habían logrado algo parecido.

Al dar el Presidente por concluido el acto, los académicos, uno a uno, fueron dándole la mano efusivamente a Fernando y Leonardo, a la vez que los felicitaban, deseándoles que continuaran con sus éxitos, los cuales consideraba asegurados.

Los periodistas invitados y los camarógrafos estaban conmovidos. Habían cubierto cientos de actos en la Academia, pero lo que había sucedido esa mañana no tenía parangón.

Acompañaron al Presidente a su oficina. Allí, éste, manteniendo su tono sosegado, les dio de nuevos las gracias por haber aceptado la invitación y después de colocarles en la solapa el pin distintivo de la Academia, les obsequió una publicación bellamente encuadernada, referida a la historia de la Institución desde 1883 y un ejemplar del último Diccionario de la Real Academia de la Lengua, en su vigésima tercera edición. Les hizo conocer que una nueva edición, la vigésimo cuarta debería publicarse durante el 2014. Luego, sacó la chequera de una gaveta y les firmó el cheque por la cantidad convenida, a nombre de Fernando Perdomo, según se le solicitó.

Los acompañó hasta la salida del palacio. Les indicó que no salieran por la puerta principal para evitarle en acoso de los muchos periodistas que con seguridad estarían esperando. Lo harían por un pasillo especial que llevaba directamente al garaje, en el sótano, en donde, tal como le había mandado a

decir al chofer, el carro los esperaba. Se despidieron de nuevo. Decidieron pedirle al chofer que les recomendara un buen restaurante de carnes. Este, sin pensarlo dos veces, les mencionó el nombre de “El Corral de Novillo”. Allí fueron. Invitaron al chofer a almorzar. Al terminar de degustar una blanda punta trasera, se dirigieron al hotel. Era hora de descansar y prepararse para ir al Aula Magna de la Universidad. Leonardo estimó que si bien lo de la Academia había sido magnífico, estar en el Aula Magna de la Universidad, con los profesores y estudiantes, sería lo máximo. Procuraría que le dieran una copia de la grabación.

Eran las 4 de la tarde. Entraron al Aula Magna por un pasillo formado por decenas de muchachos, que con dificultad eran ordenaban por los vigilantes de la Universidad. Todos querían tocarlos, en especial las bachilleres que por estar ya abarrotada el Aula Magna, tendrían que ver el acto por las pantallas gigantes colocadas fuera de ella.

El ingreso al Aula Magna fue apoteósico. El aplauso colmó todas las expectativas. Los estudiantes gritaban, silbaban y levantaba los brazos saludando. Las dos primeras filas habían sido reservadas para autoridades universitarias y profesores. Se mostraban inquietos. Aquello era un espectáculo nunca visto en el hermoso recinto histórico de la Institución.

El protocolo fue el mismo utilizado con anterioridad. Primero habló el Rector. Presentó con palabras elogiosas a los invitados y luego explicó el procedimiento que se seguiría. Para definir con precisión un ordenamiento y evitar confusiones, se había decidido lo referente a veinte palabras, seleccionadas por las autoridades, los decanos de las facultades, presidentes de centros de estudiantes y Presidente de la Asociación de Profesores.

Después de cesar el nutrido aplauso como respuesta a las palabras del Rector, el maestro de ceremonias, director de la Escuela de Letras, le solicitó al Vicerrector Académico que

empezara indicando la palabra escogida por él.

Leonardo, aturdido, se había olvidado de pedir la palabra la pidió en ese momento, lo que obligó al Vicerrector volverse a sentar sin dar a conocer la primera palabra seleccionada. Cuando se paró frente al micrófono. El bullicio fue ensordecedor.

— Estimados Universitarios. Señor Rector y demás autoridades Universitarias. Señores profesores. Queridos estudiantes, empleados y obreros de este templo del saber, hoy en día tratado como un paría, por efecto del desprecio que el Gobierno tiene para con lo intelectual, pues le tiene miedo, mucho miedo, a la crítica que surge del análisis, de la comparación y al tener claro que la enseñanza basada en la consideración científica de la historia, de las doctrinas y contradicciones ideológicas, conduce indefectiblemente a la conformación, que por lo demás es lo deseado, de mentes autónomas.

Reventó el Aula Magna. Daba la impresión, dada su perfecta acústica, que se derrumbaría. El entusiasmo era sorprendente, como sorprendente era que aquel humilde muchacho sin estudios formales, tuviera criterios de tanta calidad.

Entusiasmado continuó:

Me siento como flotando. Como si hubiera llegado a un espacio mágico, en el cual los venezolanos aprenden para servir. Nunca pensé, aislado en los páramos tachirenses, que pudiera algún día estar aquí, aunque ahora siento la magnificencia de la pertenencia. Pues no hay mayor pertenencia humana, ni nada más democrático que el saber.

El silencio impuesto por la necesidad de escucharlo, se quebró en mil pedazos, en mil voces que al unísono sintieron la emoción de ser universitarios.

Al silenciarse de nuevo el Aula Magna, el Director le solicitó de nuevo al Vicerrector Académico que diera a conocer la

palabra que había seleccionado.

Heteronomía, enunció el Vicerrector.

De inmediato, Leonardo dio la acepción: Desviación de las leyes normales.

Aplauso generalizado.

Luego, tal como lo había indicado el Rector, se fueron dando las palabras seleccionadas, a las cuales Leonardo daba sin titubeos las acepciones correctas. En cada caso, dada la precisión, los aplausos una y otra vez se fueron repitiendo.

Las restantes 19 fueron: Alimón: Pase de dos toreros a la vez. Solidaridad o cooperación entre dos; Eón: Arquetipo, modelo. En el gnosticismo, cada una de las identidades divinas de uno u otro sexo, emanadas de la divinidad; Intonso: Que no tiene cortado el pelo, ignorante, inculto, el libro que tiene hojas pegadas por el borde y no se han despegado; Ácrata: Suspensión de toda autoridad, anarquista; Sicofante: Acusador profesional; Acémila: Mula o macho de carga; Capistote: Mandatario absurdo y tirano; Ampectivo: Dícese de los órganos que abrazan completamente a otros; Cellar: Aplicase al hierro forjado en barra redonda y gruesa; Galforero: Pobretón, holgazán y vagabundo; Chapeta: Mancha de color encendido que aparece en las mejillas; Diuturno: Que dura mucho; Ignavia: Tedio, languidez; Munificante: Bueno, excelente; Baldado: Imposibilitado; Evección: Despojo que sufre el poseedor; Lenitivo: Medio que sirve para ablandar, para mitigar penas y sufrimientos del ánimo; Hadada: Prodigiosa; Ergástula: Cárcel destinada a esclavos; Pasmarote: Boba, persona ensimismada.

Fernando, no podía con la emoción. Como nunca antes, Leonardo había dado las acepciones con tanta rapidez y seguridad. Pensó que a lo mejor era efecto de ambiente

tan propicio. Los vibrantes aplausos le hicieron estremecer hasta la más íntima de sus fibras. El Rector emocionado lo abrazó. Muchos bachilleres, rompiendo todo tipo de orden, se abalanzaron al escenario para felicitarlo. Los vigilantes se vieron en un gran aprieto para lograr liberarlo de decenas de brazos que con avidez lo asfixiaban. Custodiado por unos seis bajó del escenario. Afuera del Aula Magna el enjambre de estudiantes que aplaudían a su paso era impresionante. Algunos concedores de la historia de la Institución llegaron a decir que nunca antes se había dado manifestación de tal tipo. Que quizá lo único comparable había sido el día de la caída de la dictadura militar.

Llegaron con dificultad, paso a paso, a las oficinas del Rectorado. Allí esperaban los vicerrectores, el Secretario y algunos de los decanos. Les fueron dados algunas publicaciones de carácter literario y la medalla distintiva de la Universidad.

Arribaron extenuados al hotel. Tratarían de descansar apropiadamente para enfrentar el programa en la televisión a las ocho de la noche. Encendieron el televisor y pudieron ver que los actos de la Academia y del Aula Maga se estaban transmitiendo. Antes de su inicio, el presentador habló de manera elogiosa, insistiendo en que Leonardo debería ser visto, para orgullo del país y su gentilicio, en todas partes del mundo, pues lo que había logrado no tenía antecedente que se conociera.

— ¿Qué opinas, Leonardo? ¿No es algo maravilloso? ¿No sobrepasa con creces lo que está sucediendo si consideramos lo que originalmente nos imaginamos?

— Creo que sí — respondió Leonardo arrastrando las palabras — Lo que si deseo es que a donde vayamos nos cobije la tibia espontaneidad que sentí en el Aula Magna. Creo que me dejó una impronta indeleble.

— Buena apreciación, muchacho — aseguró Fernando complacido de que Leonardo se hubiera emocionado de tal manera —. Eso — le dijo — era vital para que sin restricciones enfrentara nuevos compromisos.

Durmieron hasta que el recepcionista, tal como se lo habían solicitado, los llamó por teléfono a las seis, diciéndoles que ya el chofer de la televisora los estaba esperando en la recepción.

Fueron recibidos por el Director del canal con amabilidad. El hombre calculaba, pues ya conocía lo de los programas de la Academia y el Aula Magna, que el suyo sería visto en todo el país, y eso implicaba un negocio redondo.

Los llevaron al estudio seleccionado. Leonardo de ninguna manera aceptó que le pusieran nada en la cara, aunque le explicaron que el talco era para contrarrestar la brillantez que podría disminuir la nitidez. No aceptó explicaciones y llegó a decir con énfasis que si eso era imprescindible, no se presentaría. Las mujeres, a una orden del Director del programa lo dejaron tranquilo. De todas maneras, no habían suscrito ningún contrato y en consecuencia, no había normas preestablecidas que fueran obligantes. Fernando, solidario, también se negó.

En el estudio, según informó el animador, estaban presentes cinco distinguidos catedráticos universitarios, especialistas en las diferentes ramas del idioma, que procederían, a enunciar las palabras y a determinar si las acepciones dadas por Leonardo, eran válidas.

Lo que si se había establecido como compromiso, era llevar el programa a 30 las palabras, para poder así cubrir de alguna manera, con cuatro negros intercalados cada 10 palabras, una hora de programa.

Todo transcurrió como era lo esperado. Leonardo, con una

seguridad asombrosa, dio todas las acepciones de manera correcta. Le llamó profundamente la atención, el hecho de parecerle desagradable y artificial, que después de dar cada acepción colocaban aplausos grabados. Consideró que vendrían muchas otras sorpresas que le resultarían rebuscadas argucias del negocio de los medios.

En la Dirección les fue entregado el cheque por la cantidad acordada. A la vez, afectando una pose de generosidad, el Director les dijo que como por sus conexiones los actos de la Academia y del aula Magna habían sido difundidos a muchos países, había recibido comunicaciones de otras latitudes pidiendo información de cómo contactarlos.

— Considero estimados amigos — dijo mostrando satisfacción el Director —, que gracias a nosotros se les han abierto las puertas del mundo hispanoamericano. Y no es para menos. Lo que hemos apreciado es inédito, excepcional, extraordinario. Aquí tengo las comunicaciones provenientes de países como España, México, Argentina, Perú, Colombia y Puerto Rico. Sobresale la de la Real Academia de la Lengua Española, que como saben, es si se puede decirlo así, la Catedral de nuestro idioma. Les entregó en físico las comunicaciones. Ellos podrían, de creerlo conveniente, establecer las relaciones formales del caso.

Fernando, más que satisfecho, durmió como un bebé. Era el resultado del cansancio que le había producido tanta emoción acumulada en el día, a lo que se sumaba, para la tranquilidad requerida, la visualización de un futuro promisor, pleno de logros.

Por el contrario, Leonardo, recostado en la almohada, seguía hilvanando obsesivo la madeja, sin resolver de manera definitiva las contradicciones que todavía se entrelazaban abigarradas en su cerebro, sin poder evitarlo.



## XIII

### EL REGRESO

— ¿Darío Ramones?

— Sí, a la orden ¿Quién llama?

— Carajo, amigo, ya no conoces mi voz. Soy Leonardo ¿Cómo está todo?

— De lo mejor — contestó Darío entusiasmado al oír la voz de su amigo —. Tenías mucho tiempo que no llamabas. He sabido que has venido al Táchira algunas veces, pero has pasado derecho para Betania. Eso me ha resultado desagradable. Pero lo entiendo, el amor es lo primero y a ti como que te ha pegado fuerte. Y te felicito. Creo sin temor a equivocarme que te has encontrado la mejor mujer del mundo: bonita, diligente, delicada, amable, enamorada y pare de contar. A eso se suma la belleza de tu suegra. Es una señora excepcional, con un trato especial. He pensado como fue que no se casó nunca y de paso — dijo con jocosidad — no se le ha conocido ningún resbalón. Ella desmiente todo aquello que se dice de las suegras, cuando las consideran como ogros insoportables.

— Gracias por endulzarme los oídos, Diego. Por eso mismo, por mi afán de venirme en forma definitiva después de casarme, es por lo que quiero hablar contigo con detenimiento. Deseo saber si la casa ya está terminada. Recuerda, y no me salgas con curvas, que prometiste que más o menos para esta fecha estarías dándole los últimos detalles. En cada viaje he constatado que su construcción ha avanzado a pasos agigantados e iniciado la remodelación de la casa de la suegra y la de mis padres. Claro que ya tengo ocho meses perdido por esos caminos de Dios, los que tengo que recorrer para cumplir los compromisos contraídos.

— No te preocupes. Te tengo magníficas noticias. La casa está prácticamente terminada y en verdad, no es porque yo haya sido el constructor, es una belleza. Agradécele mucho a la arquitecta que trabaja conmigo. Se ha construido en un todo de acuerdo a los espacios que tú consideraste se deberían incluir y discutiste con ella. También, y eso ha sido una maravilla, se han sembrado más de cien pinos alrededor, en círculos, lo que creará un ambiente inigualable. Me dicen que en cinco años tendrán ya una buena envergadura. Antes, en tu última visita, sólo viste el almacén de la casa. Quedan detalles menores, que terminaremos a más tardar en tres semanas. Sabes — enfatizó Darío — la quebrada, tal como lo planificamos, pasa por debajo del comedor cuyo piso es de un material transparente de gran resistencia, al igual que por debajo de la habitación principal. Eso lo he hecho por primera vez y tuve que averiguar cómo lograrlo, pues no tenía ni idea. Es un toque inigualable. Algo que acentúa lo bucólico del lugar. Fue una gran ocurrencia tuya; muy original. Creo que pensabas en potenciar un ambiente de susurro musical en el cual hacer los muchachos que sé que serán varios — dijo en tono burlón —. Manteniendo sus espacios y distribución, arreglamos la casucha y la convertimos en una sala para una biblioteca alterna. Desgraciadamente — aclaró sonriendo con picardía — no nos fue posible saber más de tu querida rata a pesar que desde que iniciamos la construcción, le colocábamos comida. Ah, en cuanto a la pintura, la arquitecto cree que el espacio en que está permite pensar en un exterior todo blanco, lo que no quiere decir que en el interior no se haga un juego interesante de tonos. Ella sabe de eso y hay que confiar. Ninguno de nuestros clientes se ha arrepentido de haber acogido sus sugerencias.

— Bueno, amigo. Creo que estás hablando de más. Vamos a precisar algo ¿Qué de la casa de mis padres? ¿Qué de la casa de la suegra?

— Vaya, amigo, te noto muy ansioso. Pero deja de preocuparte. En estos ocho meses que sé que has estado viajando, remodelamos la de tu suegra. Quedó bella, como una tacita de plata. Tu suegra está encantada de lo que hicimos. A lo mejor, cuando la veas, vas a preferir vivir en ella y no en la tuya. Se parece a una casita de esas que se ven en la televisión en los cuentos de hadas. En cuanto a la de tus padres, se pusieron en un principio muy duros. No querían que les modificáramos nada. Hasta que accedieron, siempre y cuando los espacios se mantuvieran tal como estaban. Bueno, se remodeló muy bien. Quedó muy segura y con techo y paredes de primera. La lluvia ya no se colará por ninguna parte. Aceptaron la cocina a gas y le colocamos muy buenos muebles en la sala y en su cuarto. Remodelamos y ampliamos, haciéndola más práctica y cómoda, la pesebrera de las ovejas. Tuve especial interés en hacer un bello nicho para el Cristo de la sala. Fue lo que más le agradó doña María. Los convencí de hacer una especie de inauguración. Aceptaron. Vino el señor cura, los músicos del pueblo, algunos compadres y amigos, Dolores y su mamá. Se despacharon varias botellas de ron y dos ovejas.

— Qué bien, compañero — dijo Leonardo emocionado —. Todo estaba resultando como lo había planificado. Sus esfuerzos, sus desvelos, los interminables viajes y soportar momentos desagradables, estaban siendo compensados con creces. Ya los viajecitos lo tenían hasta la coronilla. Haría unos más, ya comprometidos y se acabó. Era conocido en el mundo y tenía dinero de sobra. La vida que quería era de plena quietud al lado de su mujer y sus futuros hijos. Cualquier otra oferta la discutiría con Dolores y si se aceptaba, viajaría con ella.

— Mira, Darío. Hagamos lo siguiente. Voy ya para tu oficina. Quiero ver las fotografías que has tomado de todo el proceso, desde el levantamiento topográfico. Muchas de ellas las conozco, pero quiero hacer un repaso minucioso y de manera integral.

— Tengo unas espectaculares que tal vez te van a hacer llorar — aseguró Darío con sorna —. Están también las de la casa de tu suegra y la de tus padres, ya terminadas. En algunas de ellas aparece Dolores, más bonita que nunca, parada en el frente. Seguro que al verlas me darás un beso de recompensa. Ella está eufórica y se le nota como si anduviera en un mundo nimbado.

— Tú no cambias, no dejas ni para orinar la mamadera de gallo. Bueno, ya veremos las fotos, en el entendido que me quedaré con todas. Deja lo que estás haciendo, pues desde tu oficina iremos a almorzar a un buen restaurante y después, sin que haya excusas, de ninguna naturaleza, me acompañarás a Betania. Estoy contento como un carajito, pues quiero entregar los regalos que traje y ver a Dolores. Entiende, amigo, son ocho meses, y eso es mucho tiempo, lejos de lo que más quiero. Ah, no se te olvide que hemos de llevar tu cámara para tomarnos nuevas fotos. Si quieres, convida a la arquitecto, que sé que te mueve el piso. En la casa de la suegra hay, si recuerdas, cuatro habitaciones.

— Mira — preguntó Darío — y dónde carajo está metido Fernando, tu carnal Marcelo.

— Del aeropuerto vino conmigo hasta San Cristóbal en un taxi, me dejó en el hotel y siguió para la Grita, a pasar unos días con su familia. Al parecer está enredado con una maestra que trabajó con él en el grupo escolar y, según me ha dicho, también piensa casarse pronto. Bueno, él se merece lo mejor y tiene los recursos necesarios para forjar su futuro sin apremios. Sin su incondicionalidad nada hubiera sido posible. Siempre le estaré agradecido y lo querré como a un hermano mayor.

Leonardo, después de sufrir unas dos largas y fastidiosas colas, llegó al edificio San Rafael, ubicado a dos cuadras de la Plaza

Bolívar, en donde Darío tenía su oficina, en el quinto piso. Apuraría todo para irse sin más a Betania.

La puerta del apartamento 5-5 estaba abierta. Entró. En la sala reconoció a Beatriz Pérez, la hermosa arquitecto que había hecho el diseño de su casa y que estaba ensimismada sobre la mesa de diseño, a Gilberto Altuve, ingeniero que había hecho los cálculos y al economista Rafael Dugarte, experto en la delicada labor de elaborar los presupuestos. Saludó a todos. Darío salió de su oficina y lo abrazó efusivamente. Eran buenos amigos. Siempre que se sentaban a comer o a tomarse unos tragos, recordaban su encuentro en el vuelo en que se conocieron, cuando venían de Madrid a Caracas.

— Pasemos a la oficina — invitó Darío —, ya tengo preparadas las fotografías en el escritorio. Te las puse en tres álbumes: en uno de las de tu casa, en otro de la de tu suegra y en otro la de tus padres.

Sin pensarlo dos veces, Leonardo empezó a ver las fotos con avidez. Era notorio que en las que aparecía Dolores, se detenía más tiempo. Darío las miraba por sobre los hombros, sin dejar de reír, viendo la cara de asentimiento de Leonardo al detallar cada foto y sus pormenores.

Al terminar de verlas, Leonardo se paró y se dirigió a la desordenada sala con los álbumes bajo el brazo. Darío lo siguió, pero antes de hacerlo sacó del escritorio una botella de güisqui y de una pequeña nevera cinco vasos, hielo y agua. Estaba dispuesto a brindar.

La arquitecto, el ingeniero y el economista dejaron su trabajo y junto a los dos amigos, se sentaron a compartir. La Conversación fue amena y versó sobre los pormenores de las construcciones y en algo, pues no era muy propenso a dar detalles, del último viaje de Leonardo, hecho por Sur América durante ocho meses.

Lo que si les dio a conocer fue que con un promedio agotador de diez presentaciones por país, realizadas en academias, universidades y televisoras, y en diferentes ciudades en cada uno de ellas, logró una cobertura satisfactoria: Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Chile, Paraguay, Uruguay y Argentina. Destacó la extraordinaria atención de que fue objeto junto a Fernando en cada sitio, pues invariablemente les demostraron amabilidad y simpatía.

— Te felicito — dijo la Arquitecto con manifiesta coquetería a la vez que encendía un cigarrillo — — y me imagino que rompiste el corazón de muchas muchachas; es decir, que también tienes record internacional de corazones destruidos.

Todos rieron de la ocurrencia. Traducía una alegría compartida a plenitud.

— Quiero hacer una pregunta que me está rondando la cabeza — intervino el economista Dugarte — ¿En toda esa gira no te pelaste ni una sola vez? O sea, no hubo ni una sola equivocación? ¿Todo fue perfecto?

— Bueno — respondió Leonardo, sopesando lo que iba a decir — sólo dejé de dar la acepción de una palabra en el Teatro Colón de Buenos Aires. Creo que el más bello del mundo. Eso no se me olvida porque por tal percance, rompí lo establecido, pero sin problema alguno, pues esa ruptura, se convirtió en un hecho que fue aplaudido a rabiar. La cosa fue así — dijo tomando aliento a la vez que se servía otro güisqui —. El programa fue largo. Por primera vez enfrentaba el compromiso de dar la acepción de cuarenta palabras, lo que resultó agotador. Sucedió que de la décima quinta palabra, me acuerdo, Tabí, no recordé la acepción en el momento y como era lo establecido, la pospuse para el final. Sin embargo, al terminar la última de las palabras seleccionados por el jurado,

al solicitármeme de nuevo el significado de Tabí, no pude recordarlo a pesar que hice un esfuerzo inusitado. Pero, y aquí viene lo bueno — remarcó sonriendo — cuando terminé de bajar del escenario y ya los aplausos habían terminado, como un ramalazo se me vino a la memoria la bendita acepción. Era: Tela antigua de seda. Entonces, obedeciendo a un impulso incontrollable, subí por la escalera a toda velocidad al escenario, tomé el micrófono y dije: Señores, amigos todos, por favor escúchenme, ya tengo la acepción de la palabra que pospuse. Es: Tela antigua de seda. El jurado que la seleccionó puede decir si es acertada o no. Uno de los aludidos se acercó al micrófono y afirmó que la acepción era la cierta. Bueno. El teatro se cayó. Yo sé que algunos pueden haber pensado que se trató de algo premeditado, preparado. Pero no, no hubo ninguna triquiñuela pensada con anterioridad, pues eso no va conmigo. Fue cosa de un momento.

Todos aplaudieron. Era en verdad un episodio digno de admiración, como resultan todas las cosas buenas e inesperadas.

— Bueno, amigos — aseguró Leonardo a la vez que se paraba de su silla y tomaba los álbumes —. Ya hemos hablado más de la cuenta, es hora de irnos para Betania.

— En marcha — dijo Darío — que el hombre está ansioso y todos sabemos porque. Vayan reuniendo para el regalo de bodas. No salgan con cualquier baratija. Gasten la plata que para eso les pago muy bien.

Todos rieron una vez más de las siempre jocosas ocurrencias del jefe.

La arquitecto se decidió por acompañarlos, siempre y cuando pudiera regresar en dos días. Darío no ocultó para nada su satisfacción. Era verdad lo dicho por Leonardo, le gustaba como ninguna mujer antes. Y era que además de ser su socia

en el negocio, era bella, alta, de pelo amarillo que descansaba sobre la espalda, ojos amplios, verdes, una nariz perfilada un tanto pronunciada que le daba un tono especial, un cuerpo esbelto envuelto en una piel muy blanca; era alegre, hacendosa y de una inteligencia superior. Sus padres eran peruanos que habían venido al país treinta años antes y manejaban una imprenta de mucho prestigio.

A Leonardo el viaje se le hizo muy largo, demasiado largo si lo comparaba con los cientos que había hecho antes. Pero todo lo compensaba pensar en un nuevo encuentro con Dolores y sus padres. Pasaron Rubio a eso del mediodía y llegaron a Delicias, donde decidieron tomar un refrigerio. Siguieron por la carretera que bordea el río Táchira para llegar a Villa Páez y después de una media hora, las primeras casas de Betania fueron avistadas. Hacía un clima delicioso. Se notaba que no hacía mucho había llovido y por ello los verdes del campo adquirían un esplendor caleidoscópico que hubiera vuelto locos a los pintores impresionistas. Por cierto que durante sus viajes se había hecho de muchos cuadros de pintores famosos. Los había ido trayendo a la casa de Dolores y guardado en uno de los cuartos, muy bien embalados. Los consideraba un tesoro. Se había aficionado desde el día en que visitó el Museo del Prado, en su primer viaje a Madrid. Esos pintores en su arte eran tan excepcionales, como él con su capacidad memorística. Cuando no pudo obtener originales, optó por copias de calidad.

Llegaron a la plaza. Como siempre, el trepidar de los vallenatos llegó a ellos desde el billar. Los borrachitos acostados en la plaza habían aumentado. Vieron a cinco, dos en la acera y tres en la grama. El policía, Amenodoro Pinzón, estaba más gordo y como siempre, indiferente, masticaba su bola de chimó. La iglesia emergía siempre como signo divino por sobre todas las casas de la plaza y del resto del pueblo. Leonardo notó que sus

paredes estaban un poco manchadas y pensó que le daría al cura el dinero para pintarlas, pues no quería que estuvieran sucias el día de su matrimonio. Darío, ya conocedor de todo en el pueblo, se paró en la calle de la derecha, frente al camino que llevaba al puente sobre la quebrada y de inmediato, al pasarlo, a la casa de Dolores.

Leonardo se bajó apresurado, olvidándose de cerrar la puerta. No caminaba sino corría. Darío y la Arquitecto lo siguieron a paso lento, a la vez que reían complacidos. Cuando llegaron al puente, ya Leonardo estaba en el jardín de la casa besando con pasión a Dolores, como queriendo recuperar el tiempo que había dejado de verla. Doña Mercedes, parada en el vano de la puerta, los miraba conmovida. Estaba segura que su hija iba a ser feliz y tendría, a diferencia de lo que le pasó a ella, hijos con un marido que siempre la acompañaría y protegería. El perro pasó raudo cerca de las piernas de doña Mercedes y se acercó a la pareja, dándole golpes con su pié a la pierna de Leonardo. Éste lo acarició en la cabeza. El rojo y el morado de las trinitarias que copaban el jardín, parecían emanar rayos de luz, en mágica sucesión caleidoscópica. Su amigo construyó, como detalle sobresaliente, dos pequeñas fuentes, cada una en la mitad de los lados del jardín. Después de ese primer momento lleno del sabor pleno de la vida, Leonardo se quedó mirando embobado la casa. No había exagerado Darío. Era en verdad una casa de muñecas, con paredes de color pastel, un techo de teja roja, un portón tallado, unas ventanas de madera que se abrían al exterior y un interior lleno de armonía, sin que ningún detalle hubiera dejado de precisarse, dándole a los espacios equilibrio arquitectónico y cromático.

Leonardo abrazó a su suegra con cariño manifiesto. Como siempre que venía y lo hacía, ella no pudo contener las lágrimas. Y no era para menos. Lo que le estaba sucediendo a ella y a su hija no podía ser obra sino de la Virgen del Carmen, la patrona

del pueblo y a la cual rendía tributo todos los santos días, llevándole flores silvestres.

Esperaron a Darío y a Beatriz. Ellos entraron a la casa como si fuera la propia. Ya Mercedes se había ido a la cocina a preparar el consabido café. En la sala destacaba un hermoso juego de muebles de madera tallada con cojinetes rosados, centrado por una mesa de caoba prolijamente tallada. Sobre la mesa una foto de Leonardo y Dolores tomada años atrás en el puente, teniendo como fondo los tupidos pomarrosos. Las paredes estaban pintadas por diversos colores, todos con tono pastel, dando la sensación de paz. Al lado derecho de la sala una chimenea revestida de cobre repujado, cuyo cañón salía verticalmente por el techo en dirección a los eucaliptos que sombreaban en parte el tejado. Desde la sala se proyectaba, al lado de la puerta que daba la moderna cocina, una escalera empinada, de unos doce escalones que llevaba a los dormitorios, nichos ahora acogedores, con ventana al exterior, camas amplias con respaldo de madera tallada con arabescos, bella sala sanitaria y al lado de la cama un cómodo vestidor.

Por unos minutos nadie habló. Parecía que el momento se detenía sin querer moverse. Leonardo, sentado en el sofá con los brazos por sobre los hombros de Dolores, rompió al fin el seductor silencio del instante y optó por preguntar a qué hora subirían a la casa de sus padres y a la suya. Aclaró que quería ver lo más pronto posible lo que ya se consideraba como definitivo. Doña Mercedes, a la vez que servía el café, afectado una dulce voz de mando, dijo que sería después del almuerzo, pues iba a prepararles unos espaguetis a la carbonara y unas pechugas de pollo rellenas de jamón, que le quedaban muy bien. A la vez que hizo el ofrecimiento, se paró y decidida se dirigió a la cocina, regresando con una botella de vino y cinco copas. Es hora de brindar — afirmó —. Después del brindis se dedicaría a hacer el almuerzo prometido.

Nadie dijo nada. Leonardo resignado a no subir de inmediato pues no podía hacerle un desaire a doña Mercedes, optó por abrir una conversación sobre los pormenores de su casa y la de sus padres. La arquitecto se encargó amablemente de dar una explicación más que pormenorizada. Después de hablar una media hora sobre los detalles de la obra, Leonardo se paró con la copa de vino en la mano y respirando profundo, les dijo:

— Voy a darles una noticia, que espero les agrade. Tengo un compromiso en Nueva York dentro de quince días, pero antes uno en Los Ángeles en lo que será un reto nuevo, pues todo se basará en traducciones. Les manifiesto que al regresar, el 20 de junio como lo ha planificado Fernando, y de no haber ningún impedimento por parte de Dolores o de su mamá, la boda la realizaremos el domingo siguiente, es decir, el 23.

Dolores y la doña se quedaron de una sola pieza. La emoción que las embargó no era para menos. La muchacha no pudo evitar echar a llorar a la vez que abrazaba y besaba a Leonardo. Era lo que en años había esperado. Doña Mercedes, en señal de asentimiento se acercó a ellos y los abrazó con ternura. De inmediato, Leonardo sacó del bolsillo de su chaqueta dos cajas de regalo. Las abrió. Eran dos cadenas idénticas de oro, con un hermoso Cristo en relieve. Se la colocó primero a doña Mercedes y luego a Dolores. Acentuando las palabras dijo que también las dos que les había traído a sus padres eran iguales, porque a todos los quería por igual.

Beatriz y Darío, conmovidos, lo único que acertaron a hacer fue aplaudir por un buen rato. Siguieron brindando; ahora había un gran motivo para hacerlo.

Almorzaron con buen apetito. Los espaguetis y las pechugas estaban de rechupete, mejor que en cualquier restaurante de

calidad. Después del infaltable postre de lechosa, típico en la región, tomaron café y decidieron de inmediato emprender el viaje cuesta arriba.

Ahora no había problema para ir hasta la casa de sus padres y a la de Leonardo, pues como se había planificado, se asfaltó el camino, que aunque de una sola vía, solventaba el gran problema de transitar entre el barro y las piedras.

Doña Mercedes creyó conveniente no ir con ellos. Ya conocía las construcciones y además, quería preparar la mejor cena posible y ordenar el dormitorio para Leonardo y sus amigos.

Avistaron ansiosos la casa de los padres de Leonardo. Su blancura contrastaba con el entorno. Leonardo no dijo nada. Pensó que Fernando había tenido siempre razón, y que aquello que estaba viviendo, como si flotara en un espacio nimbado e ingravido, fue posible por haber dejado de lado sus dudas en cuanto a emprender sus interminables y productivos viajes.

Al oír que venía un vehículo, Demetrio y doña María salieron de la casa y supusieron que se trataba de un viaje más del ingeniero Darío y la arquitecto, pero al ver que del mismo se bajaba primero Dolores y después su hijo, corrieron a abrazarlo. Doña María, antes sometida al yugo de vestir siempre el mismo vestido, decolorado por los cientos de lavadas, lucía uno de color blanco, con bordados en el pecho, que le quedaba de maravilla. Supo que todo era obra de la diligente Beatriz. Demetrio, antes vestido con un pobre pantalón de kaki, que se le había hecho eterno, lucía un moderno jean, una gruesa correa de cuero, una camisa de cuadros multicolores y unas relucientes botas de cuero, amén de un sombrero negro de los llamados borsalinos.

El encuentro fue una fiesta. Leonardo detalló la casa, quedando satisfecho. Los espacios eran reconocibles, se habían respetado

en su totalidad, pero, por supuesto, remodelados en cuanto a su estructura. Ahora se veía una casa sólida, capaz como no sucedía antes, de resguardar con propiedad del frío y el viento. Entraron, doña María, que se había encariñado profundamente con Dolores, la tomó de la mano. Demetrio pasó, orgulloso, el brazo por el hombro de su hijo. Con disimulo, Darío, a lo mejor incentivado por tantas muestras de cariño, se hizo de la mano de Beatriz. Esta aceptó la caricia. Desde ese momento sellaron su destino.

El interior de la casa era adecuado, buenos muebles, buena luz proveniente de una planta, piso de cerámica, cocina moderna a gas, y una habitación acogedora. Las ventanas, con puertas de gruesa madera, podían cerrar muy bien el espacio, protegiendo del viento y el frío.

Leonardo, besando una vez más a su mamá, se quedó un momento ensimismado contemplando el crucifijo de talla burda que conoció desde niño y al cual le había rezado todos los días que vivió con sus padres. Ahora estaba colocado en el mismo sitio pero dentro de un muy bien logrado nicho, y con la consabida vela encendida frente a él. Devotamente se persignó. Todos lo imitaron. Después del café, Demetrio y su padre fueron a ver la pesebrera para las ovejas. Ahora era un galpón moderno con comederos regulados. Darío había conseguido unas cabras africanas de gran tamaño que con ubres inmensas daban más leche que las pequeñas ovejas de la región. Sin embargo, nunca pensó en prescindir de éstas. Las consideraba parte de su vida. Tampoco quiso que se instalara un ordeñador automático. Quería seguir con la rutina de pararse cada mañana a ordeñar, como lo había hecho toda la vida y continuar haciendo queso que ahora vendía a muy bajo precio, casi regalado, a la gente pobre de Betania, que incluso subía a buscarlo, recorriendo a pie el camino.

Abordaron de nuevo el carro un tanto apretados. Adelante iba Darío manejando, en el centro Dolores y en la puerta Leonardo. Atrás, Beatriz, Demetrio y doña María. Llegar a la casa de Leonardo, lo que implicaba subir, aunque la pendiente no era del todo pronunciada, unos 45 minutos.

Al aproximarse, la visión de la casa dejó a Leonardo pasmado. Era más bella de lo que se había imaginado y visto en las fotos. Al acercarse, detuvo su mirada sobre la casucha, ahora con la misma disposición, pero reconstruida en su totalidad. Quedaba a unos 30 metros de la puerta de la casa. Darío había hecho un pequeño camino de piedra. El enjambre de mariposas, aparecidas de la nada, como por arte de magia, revoloteó sobre la cabeza de Leonardo, lo que ya no causaba ningún asombro.

Leonardo detalló el exterior. Comprobó que lo decidido por Beatriz respecto del color había sido acertado. Entraron. Sobre la plataforma de vidrio transparente del piso del comedor, se quedó mirando la quebrada que no había variado en su cauce y cristalinidad. Luego detalló la biblioteca. Un espacio amplio cuyas paredes estaban revestidas de madera, con un bello escritorio en el centro y dos butacones extensible para la lectura. Con fijeza miró el sector destinado a los diccionarios que durante tiempo le habían regalado. Obedeciendo a un impulso repentino, buscó el que había utilizado con don Florencio. Después de ojearlo, lo besó. Abrió al azar una de sus páginas. Fue la 440. Leyó: Chúcaro. Pensó uno segundos y como siempre recordó la acepción: Se dice principalmente del ganado vacuno y del caballo y del mular que no ha sido desbravado... Sin poder evitarlo se le vino a la memoria la imagen del profesor Florencio. Él había iniciado todo aquello. A él le debía el haber logrado su éxito.

— Mira Darío, no sé qué decir. Es mucho más de lo que yo esperaba. Sé que en tus desvelos ha privado nuestra amistad.

Esto es un paraíso. Llena a plenitud mis expectativas y representa el espacio con que siempre soñé. Mi retiro será placentero, gracias a tu esfuerzo y el de Beatriz. No sé cómo pagarles lo que han hecho. Puedo definir lo que espero diciendo que en este santuario bendito oiré día a día la eufonía del silencio de Dios.

— No te preocupes — dijo distendido Darío — ya me pagaste todo. No me debes ni un centavo... Pero, hablando en serio, es verdad que puse todo mi empeño, al igual que Beatriz. Y es que consideramos que tú y los tuyos merecen todo esto.

Por insinuación de Leonardo, fueron hasta la tumba de don Florencio. Ahora era de mármol, con una placa en la que Darío había mandado a imprimir un epitafio que rezaba: Aquí descansa un gran hombre, Don Florencio, maestro de Leonardo Prado. Dios lo tenga en su gloria. Esto último lo agregó doña María, convencida que todo hubiera sido imposible sin que el querido maestro, por la gracia de Dios, hubiera aparecido por aquellos montes del Señor. Como Leonardo había hecho tantas veces, conmovido, se apresuró a recoger pequeñas flores del entorno, hizo un ramo y lo colocó con devoción sobre la tumba. Se arrodilló y rezó a viva voz un Padrenuestro, entrecortada la voz por el llanto. Respetuosamente los demás lo acompañaron.

Después de ver el resto de la casa y volver a apreciar la quebrada que pasaba por debajo del piso transparente de su habitación, Leonardo insinuó que fueran a la casucha. De pronto, el enjambre de mariposas que revoloteaban por sobre su cabeza aumentó hasta un número nunca visto. Entró y para su sorpresa, como si lo estuviera esperando, vio unos cinco ratones que lo miraban con fijeza, sin inmutarse. Leonardo se acercó y ninguno se movió. Los acarició y ellos lo dejaron hacerlo. Recordó a la que durante mucho tiempo había sido su

compañera. Todos se quedaron admirados de lo que veían, era algo más que extraordinario. Con seguridad eran bisnietos o tataranietos de la rata amiga de Leonardo.

La casucha tenía la misma distribución. Y tal como lo había dispuesto, se mantenía la cocina igual y los jergones en los cuales durmieron él, don Florencio y Fernando.

Luego recorrieron la siembra de pinos que de manera perfectamente ordenada rodeaban en cinco círculos la casa. Todavía estaban muy pequeños, pero era imaginable como sería su belleza cuando adquirieran cierta envergadura.

Darío explicó con detalle lo concerniente a la planta eléctrica y la forma de utilizarla. A la vez, indicó que había desviado desde mucho más arriba la quebrada para lograr un acueducto exclusivo que llegaba a un gran depósito en la casa. El inicio de la derivación tenía una compuerta que debería cerrarse cuando el tanque estuviera lleno. La altura del agua en el mismo se medía utilizando una regla que llegaba al fondo y graduada en función de la altura de las paredes del depósito. Quería decir que uno de los grandes logros era haber construido a cierta distancia los indispensables pozos sépticos, ya que el sistema desplazaba hacia ellos muy lejos las aguas servidas, previamente tratadas en un tanque intermedio.

Satisfechos regresaron a la casa de los padres de Leonardo. Después de bajarse y tomar un café, se despidieron de Demetrio y doña María. Esta no cabía de gozo al saber del anuncio del matrimonio de su hijo con Dolores. Lo había deseado con vehemencia. Quería a la muchacha más que a una hija y en ella veía la cara de sus futuros nietos,

Llegaron Betania a eso de las cinco de la tarde. Visitaron al sacerdote y definieron los pormenores de la boda. Leonardo le emitió un cheque para que procediera a pintar la iglesia. Luego

### **XIII El Regreso**

fueron a la pensión de doña Cornelia y después a la casa a don Pancho Ramírez. En casa de éste se vieron obligados a apurar una botella de whisky. Les resultó obligante al recordar los 10.000 bolívares que le había dado a Leonardo y que resultaron indispensables para emprender el camino. En la pensión fue inevitable encontrarse con Ana, la recepcionista, que lo miró insinuante a la vez que le estampaba un sonoro beso en la mejilla, como recordándole lo que había sucedido entre ellos. Por lo menos sintió alivio al bochorno del momento, al constatar que Dolores no había visto nada, entretenida hablando con Doña Cornelia, que en ese momento se empinaba con fruición una cerveza.

Durmieron plácidamente en la casa de Dolores. Darío y Beatriz regresarían a San Cristóbal en la mañana. Leonardo se quedaría dos días más, pues debía, al cabo de ellos, encontrarse con Fernando en la capital del estado y planificar de inmediato el viaje a los Estados Unidos. Iría hasta Delicias en un jeep de los que hacían el transporte y allí contrataría un taxi para ir a la capital del estado.



## XIV

### LA DEFINICIÓN

Abordaron el vuelo de American Air Line de Nueva York a Maiquetía. Llegarían en aproximadamente unas cinco horas. Iban satisfechos. Las presentaciones en Los Ángeles y en la Metrópoli, habían sido más que exitosas y recibido una sustanciosa cantidad de dólares. Si bien fueron brillantes, los programas no fluyeron como en países de habla hispana. La traducción les quitaba sabor. Les llamó la atención que unos veinte chinos al registrarse para el vuelo, lo hicieran con pasaportes venezolanos.

Leonardo, ya ahído de tantos viajes, de ir y venir, de estar de aeropuerto en aeropuerto, estaba hastiado. Deseaba llegar, concertar la boda con Dolores e irse a vivir la vida de tranquilidad que le ofrecía su páramo de siempre, en su hermosa casa y cerca de sus padres. Sólo atendería invitaciones de tiempo en tiempo, siempre y cuando fueran de una sola ciudad y que, además, quien invitara conocido prestigio. De todas maneras, cada solicitud la estudiaría detenidamente con Dolores. Tenía el propósito que en adelante todo, hasta lo más mínimo, lo decidiría con ella.

A Fernando le pasaba algo muy similar. Estaba cansado. Estimaba que ya habían logrado mucho y que resultaba necesario física y emocionalmente pasar al retiro, dejar de agitarse. Trataría de definir su futuro con Marisela Pérez, la maestra de la que estaba enamorado, buscando algo en las afueras de la Grita y retirarse. Tenía lo suficiente para vivir en una ambiente que definiría con su mujer.

Se ajustaron los cinturones. El avión empezaba a despegar, dejando ver después de unos minutos en su plenitud y extensión a la que era sin duda la capital del mundo..

Como siempre, Leonardo tomó el asiento que daba al pasillo. A pesar de tantos viajes, no podía soportar mirar por la ventanilla el espacio vacío que recorría el avión. Se sentía como una hormiga. Le tenía terror a las alturas, era acrofóbico hasta el extremo. En cada vuelo se veía como un ser diminuto, pequeñito, juguete de las decisiones de otros, y con la frustración de no poder influir en ellas.

Fernando, como siempre, deseoso de conversar, sabía a la perfección cuando debía dejar tranquilo a su pupilo, ahora hecho un hombre broquelado por sus éxitos. Por experiencia sabía que el viaje se le haría más corto y menos preocupante a su pupilo, si abordaban, después de un rato volando, un tema de interés.

El ensimismamiento fue roto por la acariciante voz de la azafata que les solicitó le dieran a conocer cuál de los desayunos que figuraban en la cartilla iban a preferir.

Fernando hizo su pedido. Leonardo, como también le sucedía en todos los viajes, no podía comer. Comentaba que le daba horror que pudiera, de repente, sentir ganas de vomitar o de pescar una diarrea y tener que estarse parando para ir al sanitario.

— En que pensabas — preguntó Fernando interesado — pues venías más concentrado que un monje tibetano. Bueno — agregó pretendiendo ser condescendiente —, yo también venía un tanto pensativo. No es posible sustraerse de conjeturar cómo viviremos en el futuro. Me pregunto, no sin preocupación, si el retiro que tenemos pensado no hará que añoremos lo que hemos venido haciendo sin descanso hasta ahora,

— Yo no tengo ninguna preocupación — aclaró Leonardo — todo está planificado con minuciosidad y, además, priva en mí la convicción que el venero de mi vida futura está en los brazos de Dolores. Nada para mí puede ser más importante que ella.

— Es decir — preguntó Fernando siempre queriendo aclarar los detalles — ¿qué ya has definido lo que será tu felicidad futura?

Interesado por la pregunta, Leonardo, después de pensar un momento aclaró:

Yo no sé en verdad que es la felicidad, ni creo que nadie lo sepa a cabalidad. Pienso que no se trata de un estado de éxtasis permanente, sino que aparece por momentos, como estados superiores del bienestar, lo cual sólo es resultado de nuestra realización como hombres. Creo, que tú, como yo, también te sientes realizado. Ese sentimiento de bienestar — enfatizó — pude tener cierta permanencia y continuidad. Desde hace mucho tiempo los pensadores se han preguntado si se trata de placer, de posesión de bienes exteriores, de ser virtuosos, de tener conocimientos, o de lograr un destino que resulta del esfuerzo que hemos hecho con la anuencia de un algo superior, suprasensible. Es algo así como sentir que uno en su recorrido vital ha venido dejando de lado imperfecciones que a medida que van desapareciendo, escalamos hacia un algo que, y esto tiene una carga subjetiva determinante, autodefinimos como felicidad. Asequible sólo cuando nos la permite la envergadura espiritual.

— Interesantes tus consideraciones — opinó Fernando —. Estimo que están llenas de verdad. Y es que comparto eso de que siempre se trata de un dimensionamiento personal. Ejemplarizando, recuerdo un dicho muy inteligente de tu padre: Es más feliz el que menos necesita. O sea que no se trata de posesión de

algo tangible, sino de una especie de plenitud espiritual, que pude provenir de amar con intensidad a otra u otras personas y sus cualidades, como parte de un todo de límites indefinibles. Es decir, que compartir puede ser determinante. Con seguridad Dolores es parte importante de ello.

— Sí, así pienso que es. Ya de esto hemos hablado muchas veces en esas aburridas noches en los hoteles, esperando el nuevo día para ir a cumplir cabalmente los compromisos adquiridos o para correr al aeropuerto a viajar por obligación.

— Hay algo más — prosiguió Leonardo — y con seguridad tú lo conoces perfectamente. No nos hemos dejado absorber por los impulsos del placer físico, pues siempre los apreciamos siendo volátiles, etéreos, y a cuya esclavitud nunca nos hemos sometido, a pesar de haber sido tentados con insistencia. Por eso creo que ahora, al retirarme, puedo proyectar mi felicidad con base a lo que he conservado con ahínco: valores, honestidad y sentido de la justicia y, sobre todo, el haber sido incapaz de humillar aunque pudiera estar tentado a hacerlo si pensara arbitrariamente que tendría el derecho de hacerlo por la capacidad que Dios me dio. Nadie es inferior. Cada hombre y mujer delante de nosotros tiene algo superior. Ya te lo he dicho con anterioridad. Puede que el pordiosero tenga mejor vista, que la señora del servicio tenga mejor memoria, que el obrero tenga más resistencia física, que al ascensorista cante mejor, que la secretaria tenga mejor dentadura, que un buhonero nos gane siempre jugando a las damas. Por otra parte, y tomando otro camino interpretativo, la felicidad es una ilusión que, por supuesto, sin la menor duda, nos la forjamos personalmente, necesitando, para que no se debilite, la salud y el amor. Tengo hasta ahora, esas dos cosas.

— ¿Y la idea de asimilar felicidad a la posesión de dinero en abundancia?

— Eso también es un problema de apreciación personal. No es que se pueda negar en forma absoluta que el dinero ayude a la felicidad. Siempre es, sienten algunos, necesario para ciertos sustentos materiales en que se la labra. Insisto. Eso no es un axioma. Sólo se trata de circunstancias y singularidades. Recuerda algo que define la situación: Los niños son felices y no tienen dinero.

— Yo lo diría de otra manera, desde otra arista, y sé que no contradice lo que has expuesto. Podríamos también, ampliando el concepto, pensar que la felicidad es un estado de ánimo de los que se sienten satisfechos por alcanzar lo que desean o por disfrutar de lo que hacen, en especial si han alcanzado sus metas. También puede predominar el sentido de la felicidad al obrar bien, al entender que se procede en función de lo esperado por Dios.

— El tema es complejo y yo termino por resumirlo diciendo que en definitiva la tenemos en función de nuestra subjetividad. Yo subjetivamente creo que vivir con Dolores y mis padres, en donde quiero hacerlo y que no tendré obstáculos para potenciarme espiritualmente, definen el bienestar esperado, que, ya lo dije, puede ir alcanzando muchos momentos de felicidad de duración indefinible.

Creyendo haber aclarado el tema, Leonardo tomó una revista y se detuvo a leer un artículo que por coincidencia, hablaba de la ilusión en contraposición a la realidad. Explicaba que ella consiste en que los contenidos intelectuales y sensitivos pueden inducir a juicios falsos. Que se daba una ilusión de los sentidos cuando la percepción muestra el objeto distinto de lo que es. Consideraba que en el sentido estricto era un engaño a los sentidos, lo que no quería decir que no fueran importantes en la vida emotiva del hombre y en impulsar la voluntad hacia la búsqueda de un algo deseado.

Llegaron a Maiquetía. Entraron en el pasillo que llevaba a las instalaciones del aeropuerto. Notaron que los chinos, sin despegarse ninguno del grupo, apuraban el paso, como si tuvieran la necesidad de llegar antes que los demás pasajeros al control de ingreso. La suposición dejó de serlo en forma inmediata. Para sorpresa y enardecimiento de Leonardo y Fernando, los chinos hacían una fila diferente a la del resto de los pasajeros. Eran atendidos con preferencia y de manera expresa por los funcionarios policiales. Leonardo reclamó a viva voz para que todos lo oyeran y al hacerlo, los demás pasajeros hicieron suya la protesta. La cuestión fue a mayores. Tres policías uniformados tomaron a Leonardo de los brazos, con brusquedad, y lo llevaron al interior de una oficina en donde lo vejaron como si se tratara de un delincuente. La protesta aumentó y los pasajeros, por incitación de una mujer de cierta edad, decidieron permanecer en la fila, sin registrarse, hasta que Leonardo fuera reintegrado a la misma. Los policías, apreciando que la cuestión podría agravarse, optaron por dejarlo libre.

Pasado el incidente, salieron de las instalaciones del sector de viajes internacionales y se dirigieron al de los nacionales. Como ya tenían los boletos y las respectivas reservaciones, en eso era más que previsivo Fernando, abordaron el avión de las 2 de la tarde, vía aeropuerto de Santo Domingo, en el Táchira. Allí los estaría esperando Darío y Beatriz. Después de bajarse del avión, de inmediato, emprendieron el camino a San Cristóbal, en la camioneta doble tracción que Leonardo le había solicitado a Darío le adquiriera, de manera tal de tener un vehículo apropiado para subir sin dificultad a su casa desde Betania. Tuvo el agrado de majearla, aunque en un principio, dados las muchas posibilidades que el vehículo le ofrecía, se sintió incómodo.

Tal como lo había planificado Fernando, llegaba el 20 de junio y la boda sería el próximo domingo, a las cuatro de la tarde. Todos los pormenores habían sido cubiertos tal como lo afirmó Beatriz, quien se dedicó con entusiasmo a planificar hasta el más mínimo detalle. Habiendo sido Beatriz la dedicada planificadora — se dijo Leonardo — todo saldría a pedir de boca. No se le escapaba a la simpática y diligente arquitecto ningún detalle y menos como era el caso, cuando todo se había planificado en conjunto.

Almorzaron en la estupenda casa de la familia Ramones, en un gran solar boscoso, sitio de las reuniones familiares de los fines de semana, aniversarios y celebraciones de todo tipo. Doña Eulogia, la mamá de Darío, anfitriona sin par, preparó el consabido sancocho cruzado de gallina y costilla de res. Todos los hermanos y las decenas de sobrinos de Darío, estaban presentes. Era un ambiente de características extraordinarias, demostrativo de una compenetración familiar envidiable. Como sucedía en toda fiesta andina, las mandolinas, los tiples y las guitarras, amenizaron la reunión, dejando oír sus bambucos, pasillos y valsos. Don Matías y doña Eulogia se comprometieron a ir a la boda. Llegarían a Betania el domingo en la mañana.

Sin limitaciones de ninguna especie se puso a disposición de los presentes whisky, ron, cerveza, vino, ponche crema e incluso aguardiente claro, néctar le decían, la bebida preferida de don Matías, enseñado a su consumo por los colombianos cuando le tocó salir del país huyéndole a la policía.

Leonardo se entusiasmó. Apuró el whisky como nunca antes lo había hecho. En un momento dado, Darío le recordó que bebiera con prudencia, pues de lo contrario, al emprender el viaje para Betania, caracterizada la carretera, en partes determinadas, por pronunciadas curvas, iba a vomitar hasta

el alma. Sin embargo, el caldo, dos perniles de gallina y dos trozos de costilla, amortiguaron el estómago y todo pareció disiparse.

Fernando llegó de la Grita el día sábado con su prometida. Se irían con Leonardo a eso de las siete de la mañana del mismo día domingo. Leonardo, sin explicar razones de ninguna naturaleza, decidió ir el domingo a Betania muy temprano y no antes. Calculó que llegarían sin problema a eso de las 8. El matrimonio civil, en la casa de Dolores, estaba pautado para las 10 de la mañana, de manera tal que estaría en Betania, con suficiente antelación. Darío y Beatriz irían en su carro, en caravana con Leonardo.

De acuerdo a lo previsto, llegaron a Betania pasadas las 8 de la mañana. El pueblo se mostraba diferente. Los colores claros seleccionados por Beatriz, le daban a la Iglesia un todo de limpidez, de claridad. Unos 20 toldos estaban colocados en la plaza, precedidos por uno de gran tamaño en la parte norte de la misma, de espaldas a la iglesia. Por primera vez Leonardo no vio a los borrachitos acostados en la acera y en la grama de la plaza. El prefecto, aun sabiendo que tenía que darles de comer, decidió encanarlos desde el sábado. Los liberaría el lunes por la mañana. El policía de siempre, ahora luciendo un uniforme y zapatos nuevos, y sin masticar chimó, pues se lo había prohibido el prefecto, rondaba con monotonía la plaza, pavoneándose como si se tratara de un general. Hacía un esfuerzo inusitado para meter su enorme barriga. El busto del prócer había sido retocado por la misma Beatriz y su pedestal frisado y pintado de blanco. El billar por primera vez permanecía cerrado en muchos años y no se escuchaban los ruidosos vallenatos. El prefecto, don Gumersindo Arévalo, había conminado a Patricio para que le lavara con bastante jabón la acera, esperando que se amortiguara el olor a orines, que parecía haberse pegado para siempre en la acera. Beatriz

había obsequiado la pintura para pintar el frente, lo que le daba un aspecto de limpieza. Igual sucedía con la pensión de doña Cornelia, pintado su frente de blanco. Don Pancho Ramírez, el hacendado, convencido de que su donación de 10.000 bolívares había sido la mejor de su vida y que por lo tanto participó de alguna manera en la carrera de Leonardo, remozó el frente de su hermosa casa y arregló el jardín que frente a ésta, le daba un toque de frescura. A solicitud de Beatriz, para que no tuviera que vestirse el novio en la casa de la novia, el emocionado hacendado preparó una de las habitaciones para que lo hiciera antes de ir a la iglesia. En ella estaba colocado, en una ancha cama, el smoking que luciría Leonardo.

Al lado derecho de la plaza, de espaldas al camino que conducía a la casa de Dolores, la casa de festejos había estacionado cuatro cavas, con todo lo necesario para el brindis, los pasapalos y la cena. En un toldo ubicado al lado de la primera de ellas, se habían colocado unos doce dispositivos para calentar en el momento requerido, la comida que se ofrecería a todo el pueblo.

Se estacionaron detrás de los toldos y de inmediato cruzaron el puente para llegar a la casa de Dolores. En la puerta los estaba esperando don Gumersindo Arévalo, el prefecto. La madre de Dolores permanecía en el interior, conjuntamente con el Sacerdote, Demetrio y María, don Pancho, dos fotógrafos y el Secretario de la Prefectura. Leonardo abrazó a su novia y su suegra con afectuosa intensidad, en la puerta de la casa. Entraron. Dolores lucía un delicado vestido de color blanco que dejaba ver parte de sus espaldas. Estaba esplendorosa. Sus ojos parecían más brillantes por el velo de lágrimas que los cubrían. Era en verdad una mujer linda. Leonardo se acercó y sin tomar en lo más mínimo en cuenta a quienes los acompañaban, la besó sin restricción alguna. Doña Mercedes, como en casos anteriores, sonrió complacida. Luego Leonardo abrazó a sus padres. De él emanaba un halo de felicidad.

Darío y Beatriz sirvieron de testigos de la boda civil. Pensando en la proximidad de la boda por la iglesia, sólo se ofreció una copa de vino. Doña Mercedes había preparado un almuerzo ligero. Ya marido y mujer, según lo había dictaminado el prefecto en nombre de la República y por autoridad de la Ley, se tomaron con todos los presentes una cantidad enorme de fotografías.

La tarde estaba esplendorosa. Dios, así lo consideró Leonardo, presagiaba con tal luminosidad un futuro lleno del sabor cierto de la vida para él y dolores, sólo posible cuando prevalecía el amor por sobre cualesquiera otras consideraciones.

Se vistió con nerviosismo. El smoking le quedaba perfecto. Sabía que nadie en el pueblo se había casado con un traje similar. No le importaba. No era vanagloria sino la demostración de su gran felicidad, la cual quería compartir con todos los paisanos. Don Pancho lo esperaba en la sala. Iría con él a la iglesia de inmediato. Atravesaron la plaza diagonalmente y subieron con cierta parsimonia los escalones que conducían al interior. La iglesia estaba abarrotada. No cabía nadie más. El calor era sofocante. Los muchachos de la Escuela y del Liceo, uniformados y de pie, copaban los sectores laterales.

La nave central estaba revestida casi en la totalidad de su anchura, por una alfombra de color rojo que se extendía desde la última banca hasta el reclinatorio preparado frente al altar. En cada extremo de las bancas hermosos ramos de rosas blancas daban un tono de pureza. Allí estaban esperando, ansiosos, anhelantes, sus padres, doña Mercedes, Beatriz y Darío. Estos últimos también serían los padrinos de la boda eclesiástica.

Caminó pausado por sobre la roja alfombra. La gente aplaudió. No era para menos. Leonardo les estaba ofreciendo un día

extraordinario, que rompía de un tajo la monotonía de un pueblo sumido en una rutina aletargante, sin variaciones significativas de ninguna especie. Le llamó poderosamente la atención constatar la presencia de doña Cornelia, que en el extremo de una de las bancas que daba a la nave central, teniendo a su lado a Ana, la recepcionista, que lo miraba con coquetería, lucía un hermoso vestido negro y notó que al saludarlo, sus prótesis no se movían. Supo después que Beatriz le había mandado a hacer el vestido en San Cristóbal y que al preguntarle a un odontólogo como evitar el movimiento de las planchas, este le indicó que le diera a usar un pegamento especial que por cierto tiempo las mantendría bien adosas al paladar, llamado Corega. Demetrio se mostraba ansioso. Con insistencia, al sentir una picazón molesta, trataba de ensanchar el cuello de la camisa. Era la primera vez que usaba una corbata y le resultaba del todo incómoda. La madre de Leonardo, también producto de la mano de Beatriz, lucía un vestido adecuado al momento. El sacerdote, en pose hierática, miraba todo lo que iba sucediendo. Se sentía complacido de acto tan solemne; de ser protagonista del mismo y que la iglesia estuviera, como nunca había sucedido, a reventar.

Pasados unos cinco minutos, acompañada de don Pancho, Dolores entró a la iglesia. Un murmullo cundió los espacios. La gente estaba expectante. Sentían estar participando en un fiesta que se les ofrecía con generosidad y que llenaba de emoción los sentimientos. Diez niños a la derecha y diez niñas a la izquierda, acompañarían la novia hasta el frente.

Estaba bella. Parecía un ángel de esbelta talla, con el mejor rostro que se pudiera encontrar en una mujer. Algunos la compararon con la patrona del pueblo, la Virgen del Carmen, que atenta vigilaba, desde su nicho en el altar, lo que estaba pasando. El maquillaje era muy suave. No requería mucho. Sus mejillas, indicio de salud, eran rosadas. El vestido era

espectacular. Color blanco, cola enorme que tomaban de la punta dos niñas. Escote discreto en la espalda, glamorosa caída en cascada hasta el piso que no permitía ver los zapatos. También Beatriz, se había encargado de llevar a la muchacha a San Cristóbal y buscado un famoso modisto, para lograr un traje singular. Ramo de rosas blancas, unidas con cordones revestidos de color oro llevaba en la mano derecha.

Para sorpresa de todos, en la puerta de la iglesia apareció un hombre rubio, alto, de complexión atlética que lucía un smoking con solapas de negro intensificado. El hombre, con manifiesta decisión se acercó a Dolores y pidiéndole permiso a don Pancho, tomó a la sorprendida muchacha por el brazo derecho.

Dolores se puso pálida y atropellando las palabras, por el nerviosismo que le causaba tan absurda situación, le preguntó.

— ¿Quién es usted? ¡Cómo se atreve! ¡Yo ni siquiera lo conozco! ¡Por favor, suelte mi brazo! y permítanme que don Pancho me lleva al altar.

— No, Dolores — dijo el hombre afectando delicadeza y en un tono amoroso — yo te voy a llevar hasta el altar. Y lo hago porque soy tu padre. He venido expresamente al saber que te casabas. Y también, si tu madre lo acepta, quiero vivir definitivamente con ella. Luego te puedo explicar todo con lujo de detalles.

Doña Mercedes, al detallar el hombre que se atrevía a tomar el brazo de su hija, casi se desmaya. Se trataba nada menos del único que había amado: Jhonny Green, el padre de Dolores. Sin pensarlo dos veces, casi corriendo, llegó hasta donde estaba y sin decir palabra alguna se quedó mirándolo. Él se acercó. Ella, sumisa, se dejó abrazar. Sus sentimientos habían permanecido inalterables. La nostalgia la había acompañado

día a día, durante muchos años. ¿Cuántas veces había llorado mirando su retrato? ¿Cuántas noches soñó con la entrega apasionada? ¿Cuántas veces rezó porque volviera?

El prefecto, dándose cuenta de situación tan bochornosa, se acercó a Leonardo y le dijo que no se preocupara, que nada iba a alterar su matrimonio. El arreglaría todo de la mejor manera. Le aclaró, para sorpresa de Leonardo, que el hombre era nada menos que el papá de Dolores.

Leonardo no dijo nada. Lo que estaba sucediendo era tan inusitado que no atinaba a tomar ninguna actitud ante el hecho. Esperaría — se dijo, sin mucha convicción — a que don Gumersindo arreglara el incidente y pudieran continuar con la boda. No le preocupaba el retardo, sino lo que emocionalmente pudiera estarle pasando Dolores al tener de pronto, frente a ella, a su padre, un hombre que nunca había visto en su vida, ya que ni siquiera su madre le había mostrado alguna foto.

Don Gumersindo, apurando el paso con energía nunca antes demostrada pues era proverbial su pasividad, se acercó al hombre y mirándolo fijamente, con decisión le dijo elevando la voz para que todos oyeran:

— ¿Qué tal? — preguntó a la vez que le extendía la mano — ¿Qué es lo que usted quiere mister Jhonny, después de tanto tiempo? ¿Puede pretender así como así, de forma inesperada, tomar a su hija del brazo y asumir en la boda el papel del padre que nunca asumió? ¿Es que acaso no se da cuenta de la conmoción que está provocando? Ella ni siquiera lo conoce. Respete o lo meto preso.

— Mire, don Gumersindo, con todo respeto — aclaró el hombre atropelladamente — y quiero que lo oiga Mercedes y sea ella quien decida. Estoy arrepentido de lo hecho. He vuelto para solventar mis inadmisibles fallas. Después de muchos años me

he dado cuenta de que desperdicié mi vida lejos de una mujer inigualable. Sé que me quiso con devoción. Fui un torpe e indolente, pero deseo enmendar. Estoy dispuesto a todo lo que Mercedes, Dolores y ustedes consideren necesario. Cuando supe lo del matrimonio de Dolores, tomé la decisión de venir para no irme nunca más.

Dolores, estática, sin saber que pensar, lloraba sin parar, desconsolada. Tenía emociones encontradas, dada la aparición intempestiva de su progenitor y en el momento más importante de su vida. Sus abundantes lágrimas desteñían un tanto el maquillaje tan bien logrado. La gente permanecía callada. Los que conocían los amoríos de Mercedes con Johnny, veían aquello como el capítulo final de una de esas telenovelas que pasaba por televisión, en la que todo se arreglaba entre los enamorados, hubiera pasado lo que hubiera pasado con anterioridad.

— Bueno — aclaró el Prefecto con voz autoritaria — Aquí todo depende de doña Mercedes. Si ella accede, usted podrá entregar a Dolores a su novio, de lo contrario le voy a agradecer que se vaya por donde vino o me lo empuje pa' la cárcel por alteración del orden público.

— Señor Perfecto — dijo Mercedes con voz muy pálida, muestra de su profunda emoción — Estoy de acuerdo que Jhonny lleve a nuestra hija hasta el altar, pero si ella también lo acepta.

— Creo que la niña no tiene cabeza para poder responder eso en este momento. Pero yo sugiero, en aras de la decencia y las buenas costumbres, que si ustedes están dispuestos, se casen de inmediato, ahora mismo y aquí. Si lo hacemos, posiblemente Dolores tome una decisión basada en el enlace legal de su madre. Por el acta no hay ningún problema, la redacto mañana. Por algo soy la primera autoridad civil de este pueblo.

Hubo un silencio absoluto. Todos estaban expectantes. Apreciaban la inteligente salida del Prefecto.

— No sólo estoy dispuesto, don Gumersindo, sino que lo deseo de todo corazón — aseguró el hombre elevando la voz para que se oyera en toda la iglesia.

— ¿Y tú que dices, Mercedes? ¿Estás de acuerdo? ¿Sí o no? — preguntó el Prefecto en forma conminatoria —. Quería resolver el problema de la mejor manera y eso le aseguraría en el futuro su permanencia en el cargo. Tenía el toro agarrado por los cachos. Conocía perfectamente la forma de ser de sus paisanos. No se resistían a nada que propendiera al llanto, bien por alegría o por tristeza.

Mercedes se quedó mirándolo fijamente, como queriendo decidir con su alma, la del Prefecto, la de Dolores y la de Jhonny lo que debía decidir. Pudo en definitiva lo que siempre había sentido por aquel hombre. Por otra parte — dedujo — podría ser completa su felicidad futura teniéndolo a su lado en un todo de acuerdo a la ley, en unión de su hija y de su yerno.

— ¡Sí, estoy de acuerdo don Gumersindo! Afirmó con decisión.

Los presentes, después de pasado un momento de expectación, aplaudieron a rabiar ante el hecho de que la querida señora Mercedes, más virtuosa que muchas de las casadas del pueblo y sus alrededores, hubiera dado su consentimiento.

— Entonces, no hay más que hablar. Pónganse — ordenó el prefecto — los dos delante de mí y tómense, en señal de compenetración, las manos. Dolores, colóquese a la derecha de su madre.

Leonardo, todavía impactado, seguía aguzando la vista y los oídos para cerciorarse de lo que estaba pasando. Sus padres

se sentaron. Ya les resultaba incómodo estar tanto tiempo parados. Darío, que intrigado se había aproximado, regresó al reclinatorio para contarle a Leonardo lo del matrimonio. Con sorna, como siempre, le dijo que pronto ya no tendría sólo suegra sino también un suegro. A pesar de todo, Leonardo sonrió. Se alegraba por doña Mercedes. Merecía vivir lo que le restaba de vida en la compañía de su amor.

— Señor Jhonny, ¿cómo es su apellido? — preguntó el Prefecto.

— Green, señor.

— ¿Y cuál es su edad?

— Cincuenta y dos años.

— ¿Y dónde nació?

— En Nueva York, Estados Unidos

— Y su estado civil: ¿casado, viudo o divorciado? Y le advierto que de estar todavía casado comete bigamia y eso le costaría algunos añitos de cárcel.

— Señor, soy divorciado. Tengo el acta correspondiente. No se preocupe.

— Eso está bien.

— Entonces — enfatizó el prefecto — señor Jhonny Green, divorciado de cincuenta y dos años de edad, natural de Nueva York y domiciliado. ¡Ah, eso no me lo dijo!

— Actualmente, en Caracas.

— Y domiciliado en Caracas ¿Acepta por su legítima esposa a Mercedes Acero, soltera, de 35 años de edad, vecina de esta población de Betania?

— Sí, la acepto.

— Y usted, Mercedes Acero, vecina de este pueblo de Betania, ¿aceptas como tu legítimo esposo al señor Jhonny Green?

— Sí, lo acepto.

— Entonces, en nombre de la República y por autoridad de la Ley, los declaro marido y mujer. Y que sean felices. Ahora continuemos con la boda, que los muchachos ya deben estar bastante preocupados.

Dolores, al ver la emoción que traslucía su madre, se acercó y la abrazó. Lo mismo hizo con su padre. Por tratarse de la felicidad de su progenitora, olvidaría todo y se acoplaría a la nueva relación. El hombre, sin poder evitarlo dejó escapar sendas lágrimas. Tomó a su hija por el brazo y se dirigieron al altar. La gente aplaudía a rabiar. Esa historia, haría famosa a Betania, se dijeron muchos y hasta podía servir de argumento para alguna película. El coro contratado por Beatriz en la ciudad, entonó como nunca el Ave María. No era para menos, sus integrantes también estaban conmovidos.

Al llegar al reclinatorio en donde esperaba Leonardo, sus padres, Beatriz y Darío, el hombre, azorado, se presentó a la vez que dirigiéndose a Leonardo le aseguró que haría todo lo que estaba a su alcance para lograr su amistad.

Leonardo sonrió, dándole su aprobación. Supuso que lo que estaba sucediendo era positivo, en cuanto lograría para Dolores una vida más satisfactoria.

La ceremonia transcurrió con emotividad. Cuando el sacerdote, vivamente emocionado, los declaró solemnemente en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo esposos ante Dios, la gente volvió a aplaudir. Mercedes, al mirar detenidamente a la

Virgen del Carmen, creyó ver que le sonreía.

Al salir por la nave central de la iglesia rumbo a la plaza, los miles de pétalos que Beatriz había repartido, le fueron tirados a la pareja. No se le escapó a Leonardo la sonrisa un tanto burlona de Ana, que a diferencia de las otras personas, besaba cada pétalo antes de tirarlo.

Después que los novios abandonaron la iglesia, la orquesta contratada por Beatriz, tocó el pasillo “Brisas del Torbes”. Atropelladamente la multitud que colmaba el sagrado recinto, salió en procura de un puesto estratégico en algunos de los toldos que se habían colocado en la plaza. Algunos, dándosela de vivos, salieron antes de terminar la ceremonia y ya estaban acomodados en los sitios que fueron de su preferencia.

EL toldo más grande, colocado en la cabecera de la plaza, estaba dispuesto para los novios, los familiares y los invitados especiales. Leonardo y Dolores se sentaron en las sillas del centro, al lado derecho Mercedes y su esposo, el sacerdote, Darío y Beatriz; a la izquierda el Prefecto, don Pancho, el director de la Escuela, el del Liceo, el doctor José Bautista y don Rafael Uzcátegui, el dueño del “Centavo Menos”.

Sonaba un melodioso pasodoble, cuando lleno de emoción, Leonardo se percató que se acercaba por el centro, entre los toldos, su madrina Carmen Alarcón. Se paró y bajó a recibirla. El abrazo fue más que emotivo.

— Te felicito de todo corazón — dijo Carmen dejando escurrir algunas lágrimas — Te mereces la mayor de las felicidades. No pude llegar a tiempo para la ceremonia, me fue difícil encontrar un taxista que quisiera traerme. Pero, aquí estoy.

— Gracias por venir. Es el mejor de los regalos que he recibido hoy. Sube y siéntate en una de las sillas de nuestra mesa, al

lado de mis padres que también se alegrarán de verte.

Todos los asistentes estaban eufóricos, tenían a su disposición una gran variedad de licores y de comida. Para completar, como nunca les había sucedido, diez mesoneros de smoking los atendían con presteza, complaciéndolos en sus peticiones.

La noche se insinuaba a eso de las siete de la tarde. Leonardo, tratando de ser lo más discreto posible, tomó de la mano a Dolores y se fue con ella a la calle paralela a izquierda de la iglesia, donde había dejado su camioneta. Dio la vuelta por detrás de la construcción y tomado el atajo de una callejuela estrecha, alcanzó la carretera que lo conduciría a su definitiva morada.

Dolores se recostó amorosamente sobre el pecho de Leonardo. A cada momento, para que los besos fueran plenos, se detenía. Así, llenos de ansiedad, llegaron a eso de las diez de la noche. Él se bajó a prender la planta eléctrica y le rogó a Dolores que no se bajara, pues quería llevarla en sus brazos desde la camioneta hasta su habitación.

Si existía el paraíso, esa noche lo vivió la pareja, al arrullo de la quebrada que pasaba exactamente por debajo del dormitorio, tal como lo había planificado con Darío. Su murmullo hablaba sin cesar de la dimensión de una vida inimaginable.



## XV

## VIXIT

La vida de Leonardo y Dolores era placentera, apacible y dulce. Día a día se embriagaba el uno en el otro, en compenetración inigualable, al arrullo de un ambiente de afabilidad suave y serena. Los pinos crecían, día a día, a velocidad vertiginosa, rodeando la casa de verdor, de frescura, de caricias vegetales y de un olor a feracidad.

Leonardo, cada vez que rememoraba lo sucedido y venían a su mente las dudas que inicialmente tuvo sobre las propuestas de Fernando, terminaba por agradecerle a Dios que no le hubiese permitido desistir, como tantas veces lo pensó. La compensación de poder llevar una vida inimaginable con Dolores y de mejorar la existencia de sus padres, le demostraba que todo había valido la pena. Que mucho más allá del dinero, estaba la paz interior, el placer pleno de vivir, de respirar día a día las esencias de la vida buena, de la vida sin sobresaltos, saturada con el amor de su mujer. Si bien entendía que lo infinito supera a la razón, la cual tiene el carácter de finita y que no podía entenderse como se pueden entender los objetos, si lo imaginaba, por analogía, asimilándolo a lo que pasaba con su vida, de la cual entendía su imperturbable posibilidad.

No se había equivocado en cuanto a haber construido su casa cercana al sitio en que en que estuvo la casucha, ahora remodelada, en que con la ayuda de su otro padre, don Florencio, empezó a transitar el camino de poner su mente y voluntad en aprender la acepción de las palabras que figuran en el Diccionario. Todo, absolutamente todo, había sido recompensado con creces.

Sus padres, doña Mercedes y Jhonny, acostumbraban venir

los domingos a compartir un almuerzo, forjándose en cada visita un ambiente plácido, signado por lo que representa sentarse a la mesa tres parejas que vivían a plenitud profundos sentimientos de compenetración, lo que le daba fluidez a cada conversación, centrada siempre en recordar los tiemposidos y en reforzar la validez de lo vigente. En determinadas oportunidades, se quedaban a dormir, aprovechando Leonardo la mañana del día siguiente para ofrecerles, con orgullo, la leche que había obtenido de las ovejas a las cuales ordeñaba con la pericia que había adquirido desde su niñez. Eso satisfacía con plenitud a Demetrio, que junto a María, no dejaban de rezarle al cristo que colocado en la pared de la sala los había acompañado desde siempre, por haberles permitido tener una vida plena, compensada con un hijo ejemplar, pues para nada les importaba el dinero o las comodidades alcanzadas. No hubiera pasado nada anímica ni existencialmente si se hubieran visto en la obligación de mantener inalterable su vida de siempre. Nunca varió en ellos el criterio, propio de los campesinos de las montañas, en cuanto a que se debía trabajar día a día y siempre que se fuera capaz de levantar una herramienta, de ordeñar o de hacer queso. Ellos nunca trabajaron para ganar dinero. Trabajaban porque la vida era trabajo y el trabajo era vida, y nunca se podía renunciar a ninguno de los dos. Para ellos el dinero no debía entrometerse entre el trabajo y la vida; la vida y el trabajo era lo importante. Se sentían atados a la tierra en la que nacieron y querían trabajarla hasta el día de su muerte. La riqueza o comodidades que a lo mejor los incomodaban ahora, les eran indiferentes. Trabajaban para ellos mismos y para producir sus alimentos. El dinero sólo lo apreciaban como una circunstancial posibilidad de tener acceso a artículos indispensables que no podían producir: sal, azúcar, café y algunas dulces. Antes no contaban sino con dos mudas de ropa. La cambiaban más o menos cada cinco años, sin sentir la necesidad de hacerlo en forma constante. Su gran

tesoro era vivir en paz y tener una buena muerte. No esperaban morir más pobres ni más ricos de lo que fueron en vida. Y aunque no esperaban que su hijo fuera diferente, llegaron a comprender que su destino fue signado por el supremo y ellos no eran nadie para tratar de cambiarlo.

Procurando lograr cierto equilibrio y convencido que de alguna manera Dolores debería distraerse fuera del ambiente bucólico y amoroso en que vivía, dado que podría resultarle un tanto monótono a pesar que siempre manifestó sentirse de maravilla, mensualmente iban a la capital del Estado, visitaban tiendas, librerías y restaurantes y asistían a algún espectáculo, siempre en compañía de Darío y Beatriz. También, a veces, viajaban hasta la Grita a visitar a Fernando, que al igual que ellos había encontrado a una mujer y un espacio que le daba plena satisfacción. Bianualmente, deseando que Dolores conociera otras dimensiones físicas y humanas del mundo, programaban un viaje al exterior, a veces en compañía de Darío y Beatriz. Antes del viaje, por lo menos un mes, se sentaba Leonardo con su mujer y estudiaban detenidamente los pormenores del país que visitarían. Siempre tuvieron la convicción de que debería visitarse uno a la vez, única manera de lograr cierta compenetración con su cultura, su historia y su geografía. Sus padres nunca quisieron acompañarlos. Leonardo entendía perfectamente que para ellos sería una situación incómoda y hasta desesperante soportar todos los pormenores implicados en cada viaje: maletas, espera en los aeropuertos, controles aduaneros, bullicio, agitación y, sobre todo, el hecho de tener que montarse en un avión. Desde siempre le habían manifestado, desechando invitaciones, que no se montarían ni a palos.

Religiosamente, con la ayuda de Dolores, Leonardo repasaba el significado de las palabras. Ella tomaba el viejo diccionario de don Florencio, el preferido de los tantos que tenía, unos 100, siguiendo una pauta acordada. Ella escogía al azar

cuatro palabras que empezaran por cada una de las letras del diccionario, es decir, de la A a la Z, se las daba a conocer a Leonardo, éste daba la o las acepciones y después ella hacía la comprobación leyendo lo escrito en el texto. Salvo alguna duda muy esporádica, permanecían las acepciones en su cerebro, sin alteración alguna. Al ir a la capital o a otro país, procuraba revistas de crucigramas de alta dificultad, pues le resultaba más que divertido llenarlos. Su biblioteca crecía a pasos agigantados, en especial por la compra casi compulsiva de novelas de todas las épocas y autores, a las cuales digería con avidez. Cada vez que terminaba de leer alguna, dimensionaba que la suya, la de su vida, podía tener cierto interés. Apreciaba que en cada una de ellas había una parte biográfica del autor confundida con la ficción, es decir, que cada ficción, de alguna manera, era biográfica, como lo había dicho el sabio profesor de largas barbas y que había leído cuando muy joven.

En una oportunidad, Darío se presentó sorpresivamente, como nunca lo había hecho, un miércoles en la tarde. Leonardo estaba en la biblioteca entretenido, ojeando un atlas, pues preparaba su próximo viaje para Egipto y estudiaba los pormenores de apasionante historia de la vida en ese país cuando lo faraones lo dominaban. A Darío lo recibió Dolores que regaba las flores del jardín a la entrada de la casa, acompañando el riego con la entonación de un sugestivo pasillo colombiano. Desde que se casó, las fanelas también rondaban por sobre su cabeza, conformando una especie de corona de armónico ritmo.

— Qué mosquito te picó — preguntó Leonardo al ver a su amigo entrar la biblioteca — Nunca habías venido entre semana. Debe ser algo importante ¿No es así? Te noto incluso un poco agitado. No será nada malo ¿Verdad?

— No, no se trata de ninguna noticia mala — aclaró Darío atropellando las palabras — por el contrario, es algo que

considero muy bueno y que podría ser, ya que estás reacio a volver a las presentaciones, el remate de tu carrera, lo que se llama la culminación, la estocada final.

— Suéltala de una vez, amigo — exigió Leonardo, a la vez que cerraba el atlas y lo colocaba en el escritorio.

— Pues bien, se trata de una invitación del Instituto Tecnológico de Massachusetts, una de los más prestigiosos del mundo. Su Rector y aunque no lo creas, es un venezolano, según he sabido dizque químico, quien a instancias de muchos profesores de habla hispana que trabajan en ella, accedió a hacerte la invitación.

— Pero tú sabes que ya no tengo ánimos para volver a eso — aclaró Leonardo con tono pausado, denotando cansancio —. No es que no me gusta ya viajar, no, sino que no quiero hacerlo para volver a lo de antes. Sólo quiero tomar los viajes como una distracción, de conocer, yendo a donde me provoque y cuando me provoque

— Está bien, te entiendo. Pero esto es importante, muy importante. Además, aunque sé que eso ya no te importa, la remuneración que ofrecen es más que sustanciosa. Anímate.

— Mira Fernando — dijo Leonardo después de respirar profundo como queriendo espantar las dudas —. He leído algo acerca de ese instituto y sé del prestigio que tiene, pero, no quiero, y esto es definitivo, volver a las presentaciones. Ya no hay posible retroceso. Perdona, pero estoy satisfecho con mi vida, con mi aislamiento al lado de Dolores y nada de lo pasado me llama ya la atención, lo que no quiere decir que no esté agradecido. Si emprendo algunos viajes es por Dolores, sobretodo porque no quiero que termine por sentir que vive una vida de aislamiento y tal cosa la afecte de alguna manera, aunque cada día la siento más feliz. Además, si vieras como se mete en los libros antes

de los viajes para enterarse todo lo concerniente al país que decidimos conocer en cada oportunidad. Es un entusiasmo desbordante y contagioso. Creo que ya es experta en muchos aspectos de la geografía universal. Nada más de compromisos — dijo en tono definitivo y convincente.

Los años transcurrieron plácidamente, saturando de satisfacción la vida de la pareja, de sus padres, de doña Mercedes, Jhonny y sus amigos. De madrugada, a eso de las cinco, después de aspirar la vitalidad de la naturaleza dibujada en el rosicler, de ordeñar las ovejas y de caminar, cuesta arriba, durante una hora por la orilla de la quebrada, con el enjambre infaltable de fanelas sobre su cabeza, se encerraba en la casucha con el espíritu de don Florencio a pulir la novela de su vida. Decenas de descendientes de su vieja amiga, la rata, lo recibían sin preocupación, sin alterarse en lo más mínimo. Además de estar acostumbradas a su presencia, siempre lo esperaban por saber que les ofrecería abundante comida.

Después de cinco años del matrimonio nació Demetrio Junior y a los catorce María Mercedes Dolores, bella como su madre. Fueron creciendo en armonía con los pinos que rodeaban la casa, dándole con su esbeltez un toque cada vez más paradisíaco a un entorno inigualable. Él mismo se convirtió en el gran maestro de sus hijos. Al enseñarles todo lo que era posible en cada etapa de su edad, sentía que había en él algo de don Florencio.

Cuando frisaba los sesenta, le sucedió algo inesperado. En el cotidiano repaso que hacía de las palabras con Dolores, no pudo recordar las cuatro que esta leyó y que empezaban con Z. No le prestó ninguna importancia, a lo mejor era una cosa momentánea, propia de la edad, pero a la semana siguiente, tampoco recordó las que empezaban por Y; luego sucedió lo mismo con las que comenzaban con X.

No quiso hacer ningún comentario a pesar de la preocupación manifiesta de Dolores. En las noches, pensando sin descanso en el problema, llegó a la conclusión de que el olvido, en el sentido ascendente de las palabras del diccionario, le estaba indicando el fin de todo, el término de su tránsito terrestre. El problema siguió semana a semana. Se iban evaporando en su mente las palabras aprendidas. Cuando llegó al olvido de la Ñ, le dio a conocer a Dolores su presunción. Esta, con inteligencia y apreciando lo que sucedía como un mensaje del Supremo, ya había pensado que ese sucesivo olvido era el camino a la muerte de su amado. Le resultaba inadmisibles, pero tenía la entereza que le daba la fe de entender que los designios superiores eran inexorables.

Como siempre, precavido, Leonardo preparó todo con minuciosidad. Decidió sobre sus propiedades, sobre la forma en que sus hijos deberían enfrentar la educación, cómo quería ser sepultado y cuándo avisar a sus amigos. Si la presunción era cierta, los llamaría a todos en la semana previa para que lo acompañaran, es decir, cuando llegara el olvido de las que empezaban por B.

Si bien no recordar las palabras era indetenible y seguía un curso caprichoso, le resultaba extraño que no sintiera ningún malestar mental o corporal. Dolores trataba de hacerlo desistir de pensar en que su muerte acaecería de acuerdo a lo que presumía, pero en él había la plena seguridad de que así sería. Con las palabras — repetía — hice mi vida, con su olvido alcanzaré la muerte. Desde muchacho sabía que podría apreciar a plenitud mi extinción.

Llegó la semana en que también olvidó las que empezaban con B. Tal como había dispuesto, todos se reunieron en la biblioteca: sus hijos, Dolores, sus padres, ya muy ancianos, Darío y Beatriz y Fernando y su mujer. En los rostros se hacía

manifiesto el dolor. Ninguno lograba aceptar que le fuera tan próxima la muerte a Leonardo, todavía lleno de vitalidad y con la mente llena de lucidez.

Con voz pausada y segura — después de pensarlo un momento y de mirar con profundidad uno a uno, a los presentes— dijo, sin que le temblara la voz:

— Hijos míos, querida Dolores, Madre, Padre, amigos, creo que llegó la hora, anunciada por el Creador de una manera íntimamente relacionada con lo que fue mí forma de vida. Estimo que ha querido decirme que desaparezco, que los dejo, dándome plena cuenta de ello, en armonía con la desaparición del don que me concedió, con lo que, supongo, me dice de la humildad, de la transitoriedad humana y que sus designios son irreductibles. Por supuesto que los aceptamos con base en nuestra fe. Pero, y esto es lo importante — manifestó con voz entrecortada — he vivido a plenitud. Por ello no deben estar tristes. Todo me fue dado, en especial su amor. Algo me tenía que quitar en vida. Sin embargo, tengo la seguridad de que siempre estaré presente en el recuerdo de ustedes, que rezarán por mí. Por eso no quiero llantos. Quiero que sientan que los he amado hasta donde he podido. Quiero que tengan la certeza que los muertos viven en el recuerdo de los vivos.

Su ruego fue inútil. Los muchachos rompieron a llorar sin contención, a la vez que lo abrazaban con intensidad, afecto, ternura y viveza. Lo mismo le pasó a Dolores y si bien los otros retuvieron el dolor del momento, lloraban sin consuelo en su interior.

Pasado el momento — con voz ahora segura, sin titubeos — enumeró sus deseos.

De mis hijos se encargarán tú, Dolores, Darío y Beatriz. Procurarán que, siempre respetando sus deseos e inclinaciones,

lleguen a la Universidad. Para ello deben seguir viviendo con ustedes en la ciudad. En cuanto a ti, Dolores, no me queda más que agradecerte por la vida que me has permitido a tu lado. Lo hubiera tenido todo con sólo haber estado contigo por unos pocos días. Siento la inmensa satisfacción de que nos quisimos como nadie y que nunca llegamos a tener ni la más mínima contradicción. Debes decidir si te quedas aquí o te vas a vivir con tu madre. También existe la alternativa que mis padres se vengan a vivir contigo. Eso lo tienen que decidir entre ustedes. Eso sí. Nunca saldrán de esta casa. Ella debe ser al final el retiro de Demetrio y María y el lugar donde los nietos sientan la plenitud de la naturaleza en la que fui feliz. La quebrada, los pinos, la tumba mía y del maestro Florencio, así como las protectoras bandadas de mariposas que han gravitado sobre mí, estarán siempre con ustedes.

Quiero que me entierren al lado de don Florencio. Sé que me está esperando con ansiedad en el más allá, tal como yo los esperaré a ustedes. No tengo miedo. La muerte es parte de la vida, es un final desde el cual empezamos un camino de mayor luz, el de la eternidad. No tengo deudas con nadie, no le hecho mal a nadie, no he humillado a nadie, he formado una familia en el amor. Creo que eso me asegura un puesto en el más allá. He tenido temor de Dios, entendido como temor el que nace de amarlo y poder perder ese amor.

Vino el olvido de las acepciones de las palabras que empezaban por B. Entonces, el próximo miércoles, como era la costumbre, Dolores tomaría el diccionario y le preguntaría por la acepción de cuatro palabras que empezaban por A. Estaba seguro que al no responder la cuarta, moriría plácidamente en su butaca de la biblioteca. Menos mal que todos los pormenores sobre su muerte y su sepelio, a pesar del dolor que causaron, fueron cubiertos con exactitud, por la siempre minuciosa Beatriz. El sacerdote esperaría en la sala de la casa. La tumba, al lado de

la de don Florencio, ya estaba abierta.

Llegó el temido y presentido miércoles. Todos estaban en el recibo, esperando los acontecimientos. Bien trajeado, Leonardo salió de su habitación y se dirigió a la biblioteca. Allí, tal como lo había dispuesto, estaba Dolores con el diccionario de don Florencio en la mano. No podía contener las lágrimas.

— No llores, te lo ruego. Todo está decidido. Hemos tenido una vida buena, alegre, honesta, llena de amor, y eso es lo que importa. Empieza y terminemos de una vez.

Dolores abrió el diccionario y convencida de lo inevitable, abrió el diccionario en las primeras páginas, en donde estaban las palabras que empezaban por A. Las lágrimas empaparon las páginas que iba abriendo. Creyó ver en ellas la cara de un anciano de larga bárba que le sonreía con cariño

— Dolores, por favor, no tardemos más, dime las palabras de una vez por todas. No prolonguemos lo inevitable. Que este momento no se haga más doloroso a tu corazón y al de los demás. Repito, es lo decidido por la inexorabilidad. Tú sabes que yo sólo he olvidado las palabras, pues todo lo demás lo recuerdo perfectamente, lo que quiere decir que no estaba equivocado.

Dolores, todavía con la esperanza que Leonardo pudiera evitar la muerte si le leía palabras muy conocidas, de uso cotidiano, con voz insegura, leyó:

- Acercar.
- No recuerdo.
- Apurar.
- No reeeecuerdo.

- Aplastar.
- Nooo reeeecueeerdo.
- Adorar.
- Noooo reeeeecueeeerdo...no reeeecuerdooo naaaada.

Millones de mariposas se veían a través de las ventanas. Las ovejas balaban en un solo sostenido, saturando los espacios. La quebrada, de pronto, redujo su caudal. Un águila se posó sobre la tumba de Florencio. De su sepultura emanó un olor sugestivo a más allá, que penetró hasta el interior de la casa. De la casucha salió un chillido agudo que duró unos minutos. Las ratas se despedían, con un lloro colectivo...La espesa neblina cubrió, como nunca antes, poco a poco, toda la pradera...La analepsis fue, entonces, un suave suspiro colectivo.

“Una bella muerte llena toda una vida de honor (Honestamors turpi tita potior)” (Tácito).

FIN